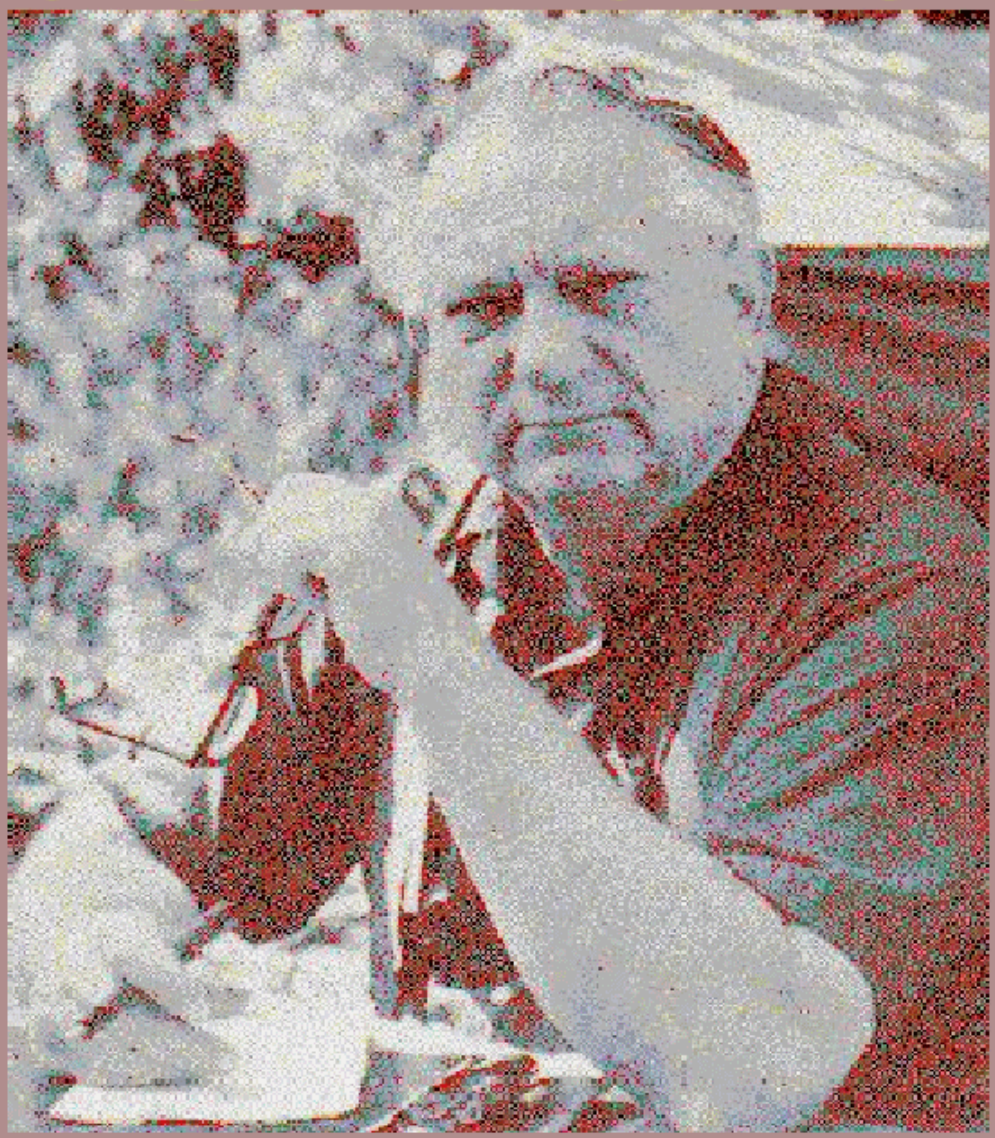
El Rostro
Jack Vance

El Rostro

Jack Vance



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Primera parte: *Aloysius*

Del Manual Popular de los Planetas, 330ª edición (1525):

«Aloysius, Vega VI

Constantes planetarias:

Diámetro ..... 11.000 kilómetros

Día sideral ..... 19,836218 horas

Masa 0,86331

Etcétera .....

»Aloysius, junto con sus planetas gemelos Bonifacius y Cuthbert, fue uno de los primeros mundos colonizados por la Tierra, y el viajero amante del ambiente de la antigüedad hallará en él muchos motivos de deleite.

»Contrariamente a la creencia popular, los primeros pobladores no fueron fanáticos religiosos, sino miembros de la Sociedad del Universo Natural, que respetaron el nuevo medio ambiente y no construyeron nada que modificara el paisaje.

»La SUN desapareció hace mucho tiempo, pero su influencia todavía se nota en el sistema, y en casi todas partes se observa un severo respeto hacia las obras y costumbres de los nativos.

»El eje de Aloysius se inclina en un ángulo de *31,7* grados con respecto al plano de su órbita; se dan cambios estacionales de notable severidad, suavizados en parte por la atmósfera densa y húmeda. La Tierra de Marcy es el mayor de los siete continentes, y tiene como capital New Wexford. La Tierra de Gavin es el menor, y en él está situada Pontefract. »Señalaremos que cada continente, en las Épocas Sacerdotales, albergaba la diócesis de un cardenal y tomaba su nombre, por ejemplo: la Tierra del cardenal Marcy, la Tierra del cardenal Bodant, la Tierra del cardenal Dimpey, etc. El apelativo cayó en desuso y apenas se utiliza. »Mediante una política de reducción de impuestos y leyes favorables, tanto Pontefract como New Wexford se convirtieron hace tiempo en importantes centros financieros, y su influencia se extiende a lo largo y ancho del Oikumene. Muchas empresas editoriales de envergadura han instalado allí su sede, incluyendo la prestigiosa revista Cosmópolis.

»Religiones. sectas, creencias, movimientos, contramovimientos, ortodoxias, herejías,. inquisiciones: éstos son los ingredientes de la historia primitiva de Vega, en especial de Aloysius, que deriva su nombre del santo patrón de la orden aloysiana. Los ambrosianos, que precedieron a los aloysianos, fundaron la ciudad de Rath Eileann junto al lago Feamish, en el centro de la Tierra de Llinliffet's. Los conflictos entre estas hermandades nominalmente devotas componen una fascinante crónica.

»La flora y la fauna nativas carecen de rasgos notables. Pese a los intensos esfuerzos de los primeros pobladores, árboles y arbustos terrestres se extienden por doquier, en especial las coníferas y los mares contienen grandes cantidades de peces terrestres seleccionados. »

Jehan Addels, fiel a su meticulosa costumbre, llegó con diez minutos de adelanto al lugar de la cita. Examinó con cuidado los alrededores antes de bajar del coche. El panorama era dramático, si bien aparentemente no había señales de peligro. A la derecha se erguía la Posada de Phruster, de madera ennegrecida por siglos de viento y lluvia, y más allá los Riscos de Dunveary, que se alzaban hasta desaparecer en la niebla. A la izquierda, los Dominios de Phruster abarcaban las tres cuartas partes de un círculo completo y varios miles de kilómetros cuadrados de territorio, que variaban según los caprichos del tiempo.

Addels, un hombre delgado, de piel color pergamino y una frente alta y despejada, descendió de su coche, dedicó una única mirada escéptica a las siniestras estribaciones, y fue a situarse sobre la plataforma de observación. Se apoyó contra el parapeto, encogió los hombros para protegerse del viento y esperó.

Era cerca de mediodía; el brillo pálido de Vega se abría paso entre la niebla. Una docena de personas ocupaba el parapeto. Addels las examinó una a una minuciosamente. A juzgar por sus atavíos, de colores rojo apagado, pardo y verde oscuro, se trataba de campesinos: los residentes de la ciudad sólo utilizaban un pardo poco vistoso, con algún adorno negro ocasional. Parecía un grupo inofensivo. Addels volvió a fijase en el panorama; el lago Feamish a la izquierda, más abajo Rath Eileann, el brumoso valle Moy a la derecha... Consultó su reloj con el ceño fruncido. El hombre al que aguardaba le había dado instrucciones muy precisas. La falta de puntualidad podría indicar problemas. Addels aspiró con vigor por la nariz, para expresar envidia y desdén hacia una manera de vivir mucho más azarosa que la suya.

Se iba a cumplir la hora de la cita. Addels reparó en un sendero que se originaba en la lejana Rath Eileann, serpenteaba hacia la ladera y terminaba en un tramo de escalones cortados en la roca. Por este sendero subía un hombre de estatura mediana, moderadamente musculoso, pómulos acentuados, mejillas pálidas y espeso cabello negro muy corto. Se trataba de Kirth Gersen, de quien Addels sabía muy poco, excepto que por misteriosos medios, sin duda ilegales, había entrado en posesión de una inmensa fortuna. Como consejero legal de Gersen, Addels recibía un generoso salario, suficiente para calmar sus escrúpulos. Gersen parecía conocer a fondo los procedimientos de la PCI, lo que proporcionaba a Addels una nerviosa tranquilidad en los momentos difíciles.

Gersen llegó al final de los escalones, se detuvo, vio a Addels y cruzó la plataforma de observación. Addels tomó desapasionada nota de que, después de una ascensión que le hubiera reducido a un estado de jadeante agotamiento. Gersen ni siquiera respiraba con esfuerzo.

Addels efectuó un solemne gesto de bienvenida.

-Me alegra comprobar que goza de buena salud.

-Exactamente -respondió Gersen-. ¿Tuvo un viaje agradable?

-Me distraje; apenas me di cuenta -dijo Addels con voz tranquila e intencionada-. ¿Disfruta de su estancia en el Domus?

-Me siento en el vestibulo durante horas para absorber la atmósfera -asintió Gersen.

-¿Por esa razón permanece en Rath Eileann?

-No exactamente. Esto es lo que quiero comentar con usted en un lugar donde no puedan oírnos.

Addels miró a derecha e izquierda.

-¿Sospecha que hay espías en el Domus?

-Aquí arriba el riesgo es mínimo. He tomado las precauciones de costumbre: no dudo que usted habrá hecho lo mismo.

-Así es. He procurado no dejar nada al azar y no correr ningún riesgo innecesario -dijo Addels.

-En ese caso, la seguridad es casi absoluta.

La única respuesta de Addels fue una risita ahogada. Los dos hombres permanecieron por un momento apoyados en el parapeto, contemplando la ciudad gris, el lago y el brumoso valle.

-El espaciopuerto local -dijo Gersen- está en Slayhack, al norte del lago. Dentro de una semana llegará la *Ettilia Gargantyr.* El propietario oficial es la Compañía de Transportes Celerus. con base en Vire, en Sadal Suud Cuatro. Esta nave se llamó en otro tiempo *Fanutis*[1]*,* propiedad de Servicios Espaciales, también en Vire. Ambas sociedades son puramente nominales. La nave pertenecía entonces a Lens Larque, y presumo que ahora también.

Addels se humedeció los labios, disgustado.

-Mencionó su nombre en nuestra conversación. para mi desagrado, debo admitirlo. Es un famoso criminal.

-Indudablemente.

-¿Y trata de entablar negocios con él? Inadmisible. Es muy poco de fiar.

-Nuestros negocios implican intereses diferentes. En cuanto la *Ettilia Gargantyr* llegue, quiero que se le imponga un embargo, o cualquier otra triquiñuela legal, a la nave y a su carga, imposibilitando su partida. Quiero que el incidente ocupe la primera plana de los periódicos, a fin de que el actual propietario, no su agente o su representante legal, deba acudir aquí con tal de proteger sus intereses.

-¿Quiere atraer a Lens Larque a Rath Eileann? -Addels frunció el ceño-. Una esperanza extravagante.

-Tendrá lugar un juicio. Por supuesto, utilizará otra identidad.

-¿Lens Larque ante un tribunal? Absurdo.

-En efecto. A Lens Larque le encantan los absurdos. También es avaricioso. Si el procedimiento parece legal, no querrá perder su nave por no presentarse.

Addels asintió con un gruñido.

-Al menos, permítame que le diga esto: no hay mejor cobertura para la legitimidad que la misma legitimidad. No existe el menor problema en desvelar el fundamento de una acción. Las naves espaciales suelen provocar pequeños pleitos. La dificultad estriba en la jurisdicción. ¿Ha aterrizado esta nave anteriormente en Rath Eileann?

-No que yo sepa. Por lo general se mueve en la Periferia de Argo.

-Le prestaré al asunto toda mi atención -aseguró Addels.

[1] La *Famuis* fue utilizada como transporte de esclavos en el ataque al Monte Agradable, donde Gersen perdió su hogar y su familia.

-Le recordaré algo muy importante: Lens Larque no es un hombre afable, a causa de sus caprichos y ardides. Mi nombre, como comprenderá, no debe ser mencionado. Incluso usted ha de proceder con absoluta discreción.

Addels, nervioso, se acarició el escaso cabello rubio con los dedos.

-No me importa enfrentarme a él, discretamente o como sea.

-Sin embargo -advirtió Gersen-, la nave debe quedar inmovilizada en Rath Eileann. Emplee un mandamiento de embargo o cualquier otro tipo de documento. El auténtico propietario tendrá que hacer acto de presencia, o perderá la nave por omisión.

-Si el propietario es una corporación -le previno Addels- o una sociedad limitada, no conseguirá lo que se propone. El plan no es tan sencillo como parece.

-Si fuera tan fácil no necesitaría su ayuda -rió sombríamente Gersen.

-Comprendo -replicó Addels, malhumorado-. Concédame uno o dos días para reflexionar sobre el asunto.

Tres días más tarde, un timbre musical anunció una llamada en los aposentos de Gersen, en el Domus San Revelras. Gersen presionó el botón correspondiente; una cascada de asteriscos certificó que la línea estaba libre de interferencias. La huesuda faz de Addels se materializó en la pantalla pocos segundos después.

-He llevado a cabo discretas averiguaciones -habló Addels con su tono más didáctico-. He recogido opiniones legales concluyentes: una acción como la que usted tiene en mente sólo será válida si un ciudadano de la región sufre perjuicios sustanciales, si se producen en la zona y poco antes de iniciar las diligencias. Por el momento no cumplimos ninguno de los requisitos. Por lo tanto, nos resulta imposible conseguir un mandato legal.

-Justo lo que esperaba -asintió Gersen.

Aguardó pacientemente mientras Addels se frotaba su huesudo mentón y seleccionaba las palabras.

-En relación con la Ettilia Gargantyr, he investigado embargos, deudas y otras situaciones punibles. Dado que las naves espaciales recalan en infinidad de puertos, a menudo incurren en infracciones o daños menores que nadie se preocupa de denunciar. La Ettilia Gargantyr no constituye la excepción. Hace dos años tuvo lugar un incidente en Thrump, en el Planeta de David Alexander. El capitán celebró un banquete para un grupo de agentes de carga locales, y empleó a azafatas y demás personal para preparar y servir la comida. Eligió un salón del espaciopuerto a tal efecto, en lugar del comedor de la Gargantyr. El Gremio de Proveedores de Thrump denunció que tal procedimiento violaba las ordenanzas locales. Presentaron una demanda por daños y perjuicios. La nave partió antes de que se entregara el auto de comparecencia, de manera que el juicio ha quedado suspendido, pendiente del regreso dé la nave, lo que parece improbable.

Addels hizo una pausa para reordenar sus pensamientos. Gersen hizo acopio de paciencia. Addels consiguió armonizar sus ideas y prosiguió:

-Entretanto, el Gremio de Proveedores negoció un préstamo con el llamado Banco de Cooney, constituido en Thrump, en el mismo Planeta de David Alexander. Entre otros bienes ofrecieron como garantía la demanda contra la Ettilia Gargantyr. El Gremio dejó de pagar el préstamo hace uno o dos meses, y el litigio está en manos del Banco de Cooney. -Addels adoptó un tono especulativo-. He pensado que podría controlar sus negocios con más facilidad mediante un banco. El Banco de Cooney, aunque solvente, cuenta con una directiva vieja y falta de ideas. Las acciones se venden a un precio razonable, de modo que podría hacerse fácilmente con el control. Se establecerían sucursales donde pareciera conveniente, por ejemplo en Rath Eileann.

-Imagino que el litigio también sería transferido.

-En efecto.

-Con lo cual sería posible embargar la nave en Rath Eileann, ¿no?

-He llevado a cabo indagaciones sobre casos hipotéticos. Los datos me llevan a pensar que el juicio no se podría celebrar ni en el Estrado de la Ciudad ni en la Corte Territorial; sólo podría llevarse a cabo en la Corte de la Igualdad Interplanetaria, que celebra sesión tres veces al año en Estremont bajo la presidencia de un Proponente Rotatorio. Me he asesorado con un especialista en derecho interplanetario; afirma que no habría el menor obstáculo en llevar adelante el caso del Banco de Cooney si la *Ettilia Gargantyr* aterriza en Rath Eileann; la presencia física fija la jurisdicción *in rem.* Sin embargo, está convencido de que ningún magistrado dictará un mandamiento para exigir la presencia del propietario de la nave por motivos tan triviales.

-¡Pero aquí está el meollo del asunto! Lens Larque ha de venir a Aloysius.

-No hay forma de obligarle -dijo Addels, complacido-. Sugiero que prestemos nuestra atención a otros temas.

-¿Quién es el Proponente que presidirá la Corte?

-No estamos seguros. Hay cinco magistrados que ejercen ese papel, y realizan una gira por el sistema de Vega.

-¿Aún está celebrando sesión la Corte?

-Ya ha completado el calendario.

-Y tardará meses en volverse a reunir...

-Exactamente. En cualquier caso, el Proponente rechazará casi con toda seguridad cualquier moción que exija la presencia del propietario de la *Gargantyr.*

-Un molesto inconveniente -asintió Gersen pensativamente.

-Entonces... -preguntó Addels al cabo de unos momentos-, ¿qué hacemos con el Banco de Cooney? ¿Lo adquirimos?

-Déjeme reflexionar sobre el particular. Le llamaré esta noche.

-Muy bien.

2

De «La ciudad de las nieblas», en *Cosmópolis* (mayo de 1520):

«Sobre el plano, Rath Eileann semeja una T retorcida. En la barra horizontal, de derecha a izquierda, se alinean los Jardines Ffolliott, Bethamy, la Ciudad Vieja, el Invernadero de los Naranjos con el Domus detrás y Estremont, en una isleta del lago Feamish. El trazo vertical se extiende hacia el norte a lo largo de varios kilómetros, cruza el barrio de Moynal, y después Drury, Wigaltown, Dundivy, Gara con su Dulzódromo y, finalmente, Slayhack, donde se halla enclavado el espaciopuerto. »La Ciudad Vieja es el barrio más encantador. Pese a las espesas nieblas, los vapores malolientes, las callejuelas tortuosas y los edificios extravagantes, no es un barrio sórdido. La gente viste únicamente ropas de color pardo que apenas se insinúa: arena y gris oscuro tamizado de pardo, que se desliza entre tonos de color canela, roble y otras maderas hasta mezclarse con el ocre. Cuando salen de su entorno, a la luz vacilante de Vega, sus

vestidos crean un efecto de particular riqueza contra la piedra, el hierro ennegrecido y las maderas tiznadas, y la mayoría luce turbantes de color rojo oscuro, amarillo o azul oscuro. Por la noche, la Ciudad Vieja centellea con las luces de innumerables farolillos que penden, obedeciendo una antigua ordenanza municipal, frente a la entrada de todas las tabernas. Dado que las intrincadas calles e innumerables callejuelas jamás han recibido nombre ni, por supuesto, exhiben placa alguna, el visitante aprende rápidamente a guiarse mediante los mencionados farolillos.

»Los monjes ambrosianos, primeros pobladores de las orillas del lago Feamish, erigieron los edificios con total desprecio por el orden, de acuerdo con el fanático fervor de su credo. La orden de los aloysianos, que se instaló cuarenta años después (y que dio al mundo su nombre), intentó sin demasiado interés modificar la Ciudad Vieja, abandonó posteriormente la idea y, tras fundar el nuevo barrio de Bethamy, dedicó todas sus energías a la construcción del templo de San Revelras.»

Gersen abandonó el Domus y caminó hacia el norte por el paseo central del Invernadero de los Naranjos, un auténtico jardín de ocho hectáreas, pero de nombre inapropiado, puesto que, entre los árboles cuidadosamente podados, sólo se encontraban tejos, limoneros y espejos verdes, una especie local.

Gersen torció al este en la Gran Explanada, siguiendo la curva del lago, y cruzó un camino empedrado que conducía al Estremont, una maciza estructura de pórfido gris plateado, construida sobre cuatro ni veles escalonados y rematada por cuatro altas torres y una cúpula central. En el Departamento de Justicia llevó a cabo una serie de investigaciones, y después, más pensativo que antes, regresó al Domus.

Ya en sus aposentos, tomó papel y pluma y redactó una minuciosa lista de fechas y acontecimientos, que luego repasó varias veces. Se volvió hacia el comunicador y se puso en contacto con Jehan Addels.

-Hoy -dijo Gersen- ensayó un procedimiento referente a la *Ettilia Gargantyr.*

-Fue una simple tentativa -repuso Addels-. El esquema se rompe en cuanto llegamos al Estremont. El Proponente Rotatorio nunca dictará una sentencia favorable a nuestros intereses.

-Se muestra demasiado pesimista. A veces pasan cosas raras; los juicios son impredecibles. Actúe según las directrices que comentamos, por favor. Adquiera el Banco de Cooney, y abra de inmediato una su cursal local. Después, en cuanto la *Gargantyr* abra la escotilla. caiga sobre ella con todos los documentos que se le ocurran.

-Como usted diga.

-Recuerde que estamos tratando con gente a quien no le importa en absoluto la ley, por decirlo de una manera suave. Asegúrese de que la nave queda a buen recaudo. Entregue los documentos acompañado de un pelotón de policías, y obligue a la tripulación a bajar a tierra. Precinte la puerta con una barra energética, selle los cierres con explosivos y rodee de cadenas la bodega. Luego, sitúe una guarnición de al menos seis hombres fuertemente armados, que se vayan relevando cada ocho horas. Quiero estar seguro de que la nave no saldrá de Rath Eileann.

-Ocuparé el camarote del capitán y vigilaré la nave desde su interior -bromeó penosamente Addels.

-Tengo otros planes para usted. No se escapará con tanta facilidad.

-Recuerde que la jurisdicción corresponde a la Corte de la Igualdad Interplanetaria. Pasarán meses hasta la siguiente sesión, en función del calendario.

-Queremos dar tiempo al propietario para que acuda -dijo Gersen-. Nuestra acusación debe alegar premeditación, conspiración y una deliberada política de fraude interestelar..., cargos que sólo el propietario puede negar.

-Se sentará en el banquillo de los acusados y lo negará todo. El tribunal dará el caso por sobreseído, y a usted no le quedará otra alternativa que barrer la sala.

-Mi querido Addels, está claro que no comprende mis intenciones..., que es justo lo que me propongo.

-En ese caso -repuso Addels con frialdad-, no me tomaré la molestia de hacer especulaciones.

Al mes siguiente, Gersen se encontró una vez más con Addels en los Dominios de Phruster.

Era media tarde; sólo jirones de niebla colgaban de los Dunvearys. El frío resplandor de la luz de Vega proporcionaba una sombría grandeza al paisaje.

Al igual que en la anterior ocasión, Gersen había subido por el sendero que conducía desde los Jardines Ffolliott hasta el extremo occidental de Rath Eileann. Se apoyó en el parapeto mientras Addels, más perezoso, llegaba en su coche.

Addels cruzó la carretera y se reunió con Gersen en el parapeto.

-La *Gargantyr* ha aterrizado -anunció con voz seca-. Los documentos han sido entregados. El capitán armó un alboroto y trató de volver al espacio. Fue arrastrado a la fuerza fuera de la nave y acusado de intentar despegar para evitar la jurisdicción de la Corte. Actualmente, se halla bajo custodia. Se han tomado toda clase de precauciones. El capitán ha enviado un informe a sus patronos. -Addels había sido informado de los detalles del plan, y aún no había conseguido calmarse-. También ha requerido los servicios de un abogado, presumiblemente competente, capaz de darnos enormes quebraderos de cabeza.

-Confiemos en que el presidente del tribunal comparta nuestro punto de vista acerca del caso.

-Una idea divertida -rezongó Addels-. Confiemos en encontrar las condiciones de la cárcel no menos divertidas.

3

De Vida, volumen 1, de Unspiek, barón Bodissey:

«Si las religiones son enfermedades de la psique humana, como afirma al filósofo Grintholde, las guerras de religión deben ser consideradas como las llagas y cánceres resultantes que infectan al conjunto de la raza

humana. Éstas son las más detestables de todas las guerras, puesto que no tienen como objetivo una ganancia tangible, sino imponer un conjunto de creencias arbitrarias a quienes piensan de otra manera.

»Pocos de tales conflictos igualan en grotescos excesos las Primeras Guerras Veganas. El problema deriva, en un principio, de un bloque de alabastro blanco sagrado que los aloysianos pretendían para el templo de San Revelras, mientras que los ambrosianos exigían el mismo bloque para el templo de San Bellaw. La batalla culminante en el Páramo de Rudyer es un episodio que pone a prueba la imaginación. El lugar: una altiplanicie brumosa de las montañas Mournan; la hora: al caer la tarde, cuando las nubes apenas dejan pasar levísimos destellos de la luz pálida de Vega. Un grupo de fieros ambrosianos aguarda en la parte más elevada; portan vaporosos mantos de color pardo, y estacas torcidas talladas con madera de tejo corrib. Abajo está concentrado un número más elevado de aloysianos, hombres bajos, de piernas cortas, rechonchos y corpulentos, todos con la perilla y el penacho en medio de la cabeza afeitada, provistos de cuchillos de cocina y herramientas de jardinería.

»El hermano Whinias emite un grito en una lengua desconocida. Los ambrosianos se precipitan ladera abajo entre chillidos histéricos, y caen sobre los aloysianos como salvajes. La batalla se mantiene indecisa durante una hora, sin que ninguno de los dos bandos adquiera ventaja sobre su contrario. A la puesta del sol, el corneta ambrosiano, obedeciendo las rigurosas leyes de la orden, da los doce toques que anuncian las vísperas. Los ambrosianos, de acuerdo con. su costumbre invariable, adoptan una actitud devota. Los aloysianos aprovechan la coyuntura, y exterminan a la partida de ambrosianos mucho antes de su hora de oraciones. Así termina la Batalla del Páramo de Rudyer.

»Los escasos supervivientes ambrosianos se refugian, vestidos con ropas seculares, en la Ciudad Vieja donde, al cabo del tiempo, se convierten en un astuto grupo de mercaderes, cerveceros, taberneros, anti cuarios, prestamistas y, acaso, administradores de negocios más oscuros. En cuanto a los aloysianos, la orden se desintegra ese mismo siglo; su fervor queda reducido a una pintoresca tradición. El templo de San Revelras se convierte en el Domus, la mayor hospedería de Vega. El templo de San Bellaw no es más que un triste túmulo de piedra cubierta de musgo.»

Gersen se sentó en el vestíbulo del Domus San Revelras, la antigua nave en la que los cenobitas habían transpirado bajo la mirada del Ojo Gnóstico. Los propietarios del actual Domus sabían poco de Gnosis, y mucho menos del Ojo, pero poca gente contemplaba la gran cámara sin asombrarse.

El trémulo sonido de un gong milenario señaló la última hora de la tarde. Un joven alto y delgado, de nariz aquilina, ojos grises muy claros y aire de despreocupada inteligencia entró en la cámara. Se trataba de Maxel Rackrose, corresponsal local de Cosmópolis, designado ahora para ayudar a «Henry Lucas», la identidad que Gersen utilizaba en su papel de escritor especializado para Cosmópolis.

Maxel Rackrosele dejó caer en una silla junto a Gersen.

-El asunto que le interesa es tan elusivo como siniestro.

-Lo que le proporciona una fascinación suplementaria.

-Sin duda. -Rackrose sacó un fajo de papeles-. Después de una semana de pesquisas, apenas sé algo más que antes. El tipo es un genio en lo que concierne a guardar el anonimato.

-Por lo que sabemos -dijo Gersen-, está sentado aquí, en el vestíbulo del Domus. No es tan improbable como usted supone.

Rackrose agitó la cabeza con aire de confianza.

-He pasado una semana con Lens Larque; le olería a dos kilómetros de distancia.

No convenía pasar por alto esas convicciones, pensó Gersen.

-Aquel hombre corpulento, con gafas..., ¿podría ser Lens Larque?

-Definitivamente, no.

-¿Está seguro?

-Desde luego. Huele a pachulí y a ispanola, lo que sería impropio de Lens Larque. En segundo lugar, corresponde a la descripción de Lens Larque sólo en que es grande, calvo y va malvestido. En tercer lugar -Rackrose emitió una risita desenvuelta-..., da la casualidad de que conozco a ese hombre, un tal Dett Mullian, fabricante de farolillos de taberna antiguos para turistas.

Gersen sonrió con ironía, pidió té a un camarero cercano, y volvió su atención a los documentos de Rackrose.

Ya conocía parte del material, como un extracto de «El ataque a Monte Agradable», de Dauday Wams, publicado en *Cosmópolis:* Guando los Príncipes Demonio intentaban afirmar sus compactas y sólidas personalidades, solían chocar entre sí. Howard Alan Treesong mediaba en las disputas como si no les concediera importancia. Attel Malagate se mostraba insufriblemente terco. Viole Falushe adoptaba posturas basadas en su capricho maligno. Kokor Hekkus, aunque impredecible y sorprendente, no agradaba a ninguno. La arrogancia de Lens Larque provocaba mucho antagonismo. Sólo Howard Alan Treesong mantenía la ecuanimidad. ¡Es prodigioso que la empresa resultara un éxito! Todo un tributo a la profesionalidad del grupo.

El siguiente documento, que llevaba como título *Lens Larque el Flagelador,* era obra de Erasmus Heupter. Debajo del título y del nombre del autor se enmarcaba el dibujo de un hombre gigantesco, semidesnudo, exhibiendo una excelente musculatura. La cabeza era pequeña y afeitada, estrecha en el cráneo y más ancha en la mandíbula. Sobre su larga y recta nariz se juntaban unas cejas espesas; todo el rostro expresaba una necia y lasciva euforia. El hombre sólo vestía sandalias y pantalones cortos, que se ajustaban a sus enormes y desagradablemente carnosas nalgas, y en la mano derecha sostenía un látigo de tres correas bastante largas.

-Si éste es nuestro hombre -rió Rackrose-, creo que le reconoceríamos incluso aquí, en el Domus.

Gersen se encogió de hombros y leyó el texto:

Se dice que Lens Larque es un enamorado del látigo; lo considera un amigo fiel y un instrumento adecuado para el castigo de sus enemigos. Lo utiliza a menudo con este fin, juzgándolo preferible a otros métodos. En Sadabra, posee una gran mansión con una sala semicircular en la que se sienta a tomar su comida favorita: enormes cantidades de hork y de pummigum[2], regadas con innumerables jarras de mosto. Le agrada tener a mano un látigo de empuñadura corta con una tralla de cuatro metros de largo. La empuñadura es de marfil y lleva grabado el nombre del látigo: Panak. El autor de estas líneas ignora el significado de la palabra. La tralla termina en una pieza de cuero bifurcada de diez centímetros de largo: el «escorpión». Los enemigos de Lens Larque se hallan encadenados a la pared, desnudos como gusanos. Pegados al trasero, tienen unas dianas en forma de corazón de unos siete centímetros de diámetro. Para animar su comida, Lens Larque intenta desprender las dianas con la punta de su látigo, y se dice que es muy diestro.

Más abajo aparecía una nota en un tipo de letra diferente:

El artículo reproducido apareció originalmente en la Galactic Review, *y quizá no sea más que el ejercicio de una imaginación desbocada, en especial si nos atenemos a la ilustración. El reportaje describe a Lens Larque como a un hombre de gran envergadura, pero el gigante* grotesco *representado es apenas creíble.*

Es instructivo señalar que el autor, Erasmus Heupter, desapareció poco después de la publicación del artículo, y nunca se le volvió a ver. Uno de sus compañeros recibió una corta misiva:

Querido Cloebe:

Me estoy dedicando en cuerpo y alma a desentrañar el significado del nombre «Panak». Ya he descubierto varias pistas, y el trabajo no deja de proporcionarme pequeñas sorpresas.

Hace buen tiempo, pero de buena gana volvería a casa. Con toda sinceridad, Erasmus.

Gersen dejó escapar un tenue gruñido.

[2] Pummtgum: un budín de harina amarilla, carne, tamarindos, ogave, sdvit y frutas similares, que se sirve de mil formas diferentes en los restaurantes para hombres del espacio de todo el universo humano.

-Se le pone a uno la carne de gallina, ¿no? -dijo Rackrose.

-Sí, desde luego. ¿Sigue dispuesto a cooperar en el proyecto? Rackrose dio un respingo.

-No mencione mi nombre, por favor.

-Comoquiera.

Gersen examinó el siguiente artículo, una hoja mecanografiada que, en apariencia, era obra del propio Rackrose:

Es probable que el nombre «Lens Larque» sea un seudónimo. Los criminales tienden a utilizar nombres e identidades falsas. Un nombre auténtico puede conducir al hogar natal, en el que se hallarán fotografías y se descubrirán relaciones íntimas; el secreto y la seguridad se resquebrajan. Por otra parte, cuando el criminal sale triunfante de sus negocios ilegales, por lo general siente el impulso de volver a su lugar de origen, y exhibir su condición de magnate entre aquellos que le despreciaron en el pasado. Ahora tiene la oportunidad de convertirse en protector de la bella muchacha que le rechazó por un marido convencional, sobre todo si ha perdido su atractivo y vive en deplorables condiciones. Todo esto es posible únicamente si nadie puede identificarle como un criminal; de aquí que se sienta impulsado a utilizar un alias y no su nombre auténtico.

Estos conceptos, una vez expuestos, parecen obvios, si bien nos llevan a la pregunta: ¿de dónde se deriva un nombre falso? Existen dos variedades: en primer lugar, aquellos seleccionados al azar, lo más vago posibles, y en segundo, los que albergan un significado simbólico. Estos últimos son los que suelen elegir los criminales enérgicos y exhibicionistas, de los que Lens Larque es un excelente ejemplo. A partir de estas premisas, deduzco que el nombre «Lens Larque» es un alias cargado de simbolismo.

Visité la delegación local del Servicio Consultivo Técnico Universal (SCTU), y ordené una investigación de todas las lenguas y dialectos del Oikumene y de Más Allá, pasados y presentes, en busca del homónimo del nombre «Lens Larque»

Gersen examinó una hoja de márgenes color naranja encabezada por las siglas SCTU:

LENS LARQUE: homónimos, con sus definiciones correspondientes. *1. Lencilorqua:* un pueblo de 657 habitantes en el continente de Vasselona, Reís, sexto planeta de Gamma Eridani.

2. *Lanslarke:* criatura alada rapaz de Dar Sai, tercer planeta de Cora, Argo Navis 961.

3. Arco de Laenzle: lugar geométrico de un punto generado por el séptimo teorema de la dinámica triskoide, definido por el matemático Palo Laenzle (907-1070).

4. Linslurk: especie de musgo originario de los pantanos de Sharmant, Hyaspis, quinto planeta de la Estrella de Fritz, Ceti 1620. 5. *Línsíl Orq:* lago de las Llanuras Dichosas, Verlaren, segundo planeta de Komred, Epsilon Sagittae.

6. *Lensle Erg:* desierto...

La lista seguía hasta incluir veintidós términos cada vez más alejados del original.

Gersen continuó estudiando el análisis de Rackrose:

Decidí que, dando por buena la hipótesis, el segundo nombre de la lista contenía la posibilidad más verosímil.

La SCTU me proporcionó datos concretos sobre el *lanslarke.* Es una criatura provista de cuatro alas, con cabeza en forma de flecha y cola afilada, que mide tres metros de largo sin contar la cola. Sobre vuela los desiertos de Darsh al amanecer y en el ocaso, atacando a los rumiantes y, ocasionalmente, a los hombres que viajan solos. Es una criatura astuta, rápida y feroz; en nuestros

días se ve poco, si bien, como fetiche del clan Bugold, posee el privilegio de volar libremente sobre sus dominios.

Hasta aquí los datos sobre el *lanslarke;* conviene examinar ahora el documento número 8. Se trata del único artículo que recoge una entrevista con Lens Larque en una fase relativamente temprana de su carrera. El narrador no se identifica, pero podría ser un funcionario de una empresa industrial. El lugar de la entrevista también es desconocido; la discreción es la nota predominante.

Gersen cogió el documento número 8.

Extracto de «Recuerdos de un agente de ventas ambulante», de Sudo Nonimus, tal como fue publicado en *Thnrst,* diario profesional de la industria metalúrgica (el nombre del autor, como queda patente, es un seudónimo):

»Nos encontramos (Lens Larque y yo) en un restaurante situado al borde de la carretera, a unos cien metros del pueblo. La estructura parecía un ejercicio de monumental tosquedad, como si algún ente monstruoso hubiera amontonado sin el menor cuidado grandes bloques de cemento unos sobre otros, casi al azar, a fin de crear un conjunto de recintos irregulares y caprichosos. Estos bloques, de un blanco deslumbrante, reflejaban la luz del sol y cegaban los ojos del que se aproximaba. El interior, sin embargo, era fresco y oscuro, y una vez me sobrepuse al temor de que los bloques se me vinieran encima, juzgué el efecto original y memorable.

»Tras interrogar a un lánguido camarero, fui conducido a una mesa apartada. Lens Larque estaba sentado frente a una gran bandeja de carne y verduras. La comida desprendía un fuerte aroma de especias picantes, ofensivo e hiriente para el olfato. En cualquier caso, un agente mercantil carece de manías, de modo que me senté ante él y observé como comía.

»Me ignoró durante un rato, como si yo fuera uno de los bichos que vagaban perezosamente por la estancia, lo que me dio ocasión de contemplarle a mis anchas. Vi a un hombre grande, fuerte, casi corpulento, cubierto con una voluminosa capa blanca cuya capucha le ocultaba el rostro. El color de su piel era de un castaño broncíneo, como las ancas de un caballo. Pude distinguir algún rasgo de sus facciones, grandes pero extrañamente comprimidas, incluso aplastadas. Sus ojos, cuando al fin se dignó mirarme, centelleaban con una amarilla intensidad, que me hubiera turbado de no haberme topado con miradas semejantes en el curso de mi trabajo, miradas que solían transparentar cierta esperanza avarienta. ¡Pero no en este caso!

»El hombre empezó a hablar cuando terminó de comer, con frases que parecían seleccionadas al azar y desprovistas del menor significado. ¿Se trataba de un ardid inédito para regatear? ¿Confiaba en confundir mi inteligencia con una retahíla de despropósitos? No sabía con quién jugaba; como siempre, intenté que no me embaucaran, engañaran o estafaran. Atendí a cada una de sus palabras, guardándome bien de no asentir ni disentir, no sea que estas señales fueran consideradas como la base del trato. Mi paciencia pareció surtir un efecto opuesto en aquel hombre tan extraño. Su voz adquirió estridencia y dureza, y sus gestos cortaban el aire como mayales.

»Al fin conseguí introducir una serena sugerencia en medio de la arenga.

»-A fin de facilitar nuestro negocio, ¿puedo preguntarle su nombre?

»La pregunta le dejó sin habla.

»-¿Pone en duda mi lealtad? -preguntó con voz ominosa. »-¡De ninguna manera! -me apresuré a responder, puesto que el hombre era evidentemente peligroso. He tratado con muchos tipos semejantes en el curso de mis negocios, pero ninguno tan agresivo como éste. Adopté un tono afable-. Soy un hombre de negocios; sólo deseo verificar la identidad de la persona con la que estoy tratando. Es una cuestión de práctica comercial ordinaria.

»-Sí, sí -murmuró-, ya lo entiendo.

»Aproveché mi ventaja.

» -Los caballeros que tratan de ultimar un trato usan maneras convencionales; el hecho de dirigirnos por nuestro nombre es pura cortesía. »El individuo asintió con aire pensativo y eructó estruendosamente, arrojando una vaharada de las especias que había consumido. Como no le concedió la menor importancia al fenómeno, fingí que no me había dado cuenta.

»-Sí, sí, lo entiendo -repitió; y luego-: Bien, no tiene demasiada importancia. Puede llamarme Lens Larque. -Se inclinó hacia adelante, y me miró por entre los pliegues de su capa-. Es un nombre que me cuadra muy bien, ¿no cree?

»-No pretendo haberme hecho una opinión en un espacio de tiempo tan corto. Ahora, volvamos a nuestro negocio. ¿Qué ofrece? »- Cuatro toneladas de duodecimate[3] negro, SG veintidós, de primera calidad.

»No tuvimos ninguna dificultad en llegar a un acuerdo. Dijo un precio. Yo podía tomarlo o dejarlo. Resolví demostrarle que algunas personas aún son capaces de actuar con dignidad y firmeza, sin necesidad de lisonjas, regateos o fingidas ofensas. Acepté de inmediato su propuesta, condicionada a verificar la calidad del material. Esta cláusula hirió su vanidad, pero me las arreglé para apaciguar su disgusto. Al final, se avino a razones y se mostró alarmantemente jovial. El camarero trajo dos enormes jarras de una detestable cerveza con sabor a ratón. Lens Larque liquidó la suya de tres tragos y, por exigencias de la situación. me vi forzado a imitarle, agradeciendo todo el rato, de forma ferviente y silenciosa, el estómago de hierro y la incomparable capacidad adquirida durante los numerosos años de agente comercial. Gersen devolvió los papeles a la carpeta.

-Excelente trabajo. Lens Larque empieza a tomar cuerpo. Es un hombre grande, entrado en carnes, de nariz larga y barbilla prominente, quizá alteradas ahora por medio de la cirugía. El tono de su piel fue en un tiempo rojo broncíneo, aunque se la puede teñir como cualquier otro. Por último, su lugar de origen podría ser el mundo Dar Sai, basándonos en su nombre y en la mención de los duodecimates, que se extraen en Dar Sai. Rackrose se irguió en su silla.

-¿Conoce Wigaltown?

-En absoluto.

-Es un barrio lúgubre y deprimente con doce o más colonias de otros mundos. Completamente impresentable, por supuesto; de hecho, si siente inclinación por los olores y la música peculiares, Wigal town es el sitio que busca. Existe una pequeña colonia darsh que regenta una taberna en la calle Pilkamp. Se llama La Sombra de Tintle. He reparado a menudo en un letrero que reza: «Excelente comida darsh».

-Una noticia interesante. Si Lens Larque es darsh, y si pasa por la zona, es muy probable que visite La Sombra de Tintle.

-Hasta Dett Mulhan me parece siniestro -comentó Maxel Rackrose, mirando por encima del hombro-. ¿Por qué piensa que Lens Larque está cerca?

-No lo tengo muy claro. En realidad, podría llegar en cualquier momento.

-Las probabilidades matemáticas garantizan al menos esto.

[3] Duodecimates: aquellos elementos transuránicos estables que rondan o superan el número atómico 120. El duodecimate negro es una arena impura compuesta de varios sulfuros, óxidos y componentes similares duodecimates, con una gravedad específica estipulada, como «SG-22».

-En efecto. Deberíamos dirigirnos a La Sombra de Tintle para prever esta contingencia.

-El lugar huele mal -se estremeció Rackrose-. Dudo que lo pueda soportar.

Gersen se puso en pie.

-Creo que esta noche cenaremos «excelente comida darsh». Tal vez nos convirtamos en devotos de esa cocina.

Rackrose se levantó de la silla a regañadientes.

-Conviene cambiar de vestimenta -gruñó-. En La Sombra de Tintle nos haríamos notar con atavíos propios del Domus. Me disfrazaré de albañil y nos encontraremos allí dentro de una hora.

Gersen examinó sus prendas: un elegante traje azul holgado, una camisa blanca con el cuello abierto y un cinturón escarlata.

-Me siento como si ya fuera disfrazado. Me cambiaré de ropa para ir más cómodo.

-Dentro de una hora en la calle Pilkamp, en el corazón de Wigaltown. Nos encontraremos en el exterior. Si coge el ómnibus, baje frente al callejón Noonan.

Gersen salió del Domus y, a la incierta luz del crepúsculo, caminó hacia el norte por el Paseo de los Naranjos. Llevaba una camisa oscura, pantalones grises ceñidos en los tobillos y botines, la típica indumentaria de los trabajadores espaciales.

Subió a una plataforma de transporte y esperó. El lago reflejaba los últimos destellos de la puesta de sol, rojo oxidado, verde manzana y naranja pálido. Los colores se difuminaron mientras Gersen contemplaba el espectáculo, y el lago se transformó en un débil resplandor broncíneo, iluminado por las escasas farolas que bordeaban la orilla opuesta... Un ómnibus descubierto se aproximó. Gersen montó, se sentó, introdujo una moneda en la ranura para no ser expulsado en la siguiente parada, y se relajó.

La Explanada se convirtió en la calle Pilkamp en la curva del lago. El ómnibus siguió hacia el norte a través de Moynal y de Drury, bajo un bosque interminable de farolas blancoazuladas.

El vehículo penetró en Wigaltown. Gersen descendió en la pendiente cercana al callejón Noonan.

Las tinieblas habían caído sobre Wigaltown. Contrafuertes de roca negra se hundían en el lago, a espaldas de Gersen. Los estrechos edificios de la calle Pilkamp dibujaban formas improbables y extraños ángulos contra el cielo. Algunas de las altas y estrechas ventanas estaban iluminadas, pero otras no.

Un rótulo iluminado colgaba en diagonal sobre la calle:

LA SOMBRA DE TINTLE

Excelente comida darsh:

Chatowsies Pourrian Ahagaree

Gersen cruzó la calle. Maxel Rackrose surgió de las sombras del callejón Noonan. Vestía pantalones de pana marrón, una camisa a cuadros marrón y negra, chaqueta negra decorada con lentejuelas, y un sombrero negro de ala ancha con un adorno metálico.

-Chatowsies, pourrian, ahagaree -leyó Gersen-. ¿Tiene hambre?

-No mucha. Soy un comensal melindroso. Apenas probaré bocado. Gersen, que a menudo había engullido viandas en las que no quería ni pensar, se limitó a reír.

-Un periodista agudo no conoce la palabra «melindroso.

-A veces hay que fijarse unos límites. Ahí está La Sombra de Tintle.

Empujaron la puerta y entraron en el local. Al frente, una escalera conducía a los pisos superiores; a un lado, un arco se abría sobre una sala de losas blancas que apestaba a humedad. Una docena de hombres bebía cerveza en una barra atendida por una anciana vestida de negro, cuyas características más notables eran el cabello muy negro, la piel de color naranja oscuro y un bigote negro. Había carteles que anunciaban exposiciones y bailes nuevos, en Rath Eileann y en otras partes. Uno de éstos rezaba:

La gran compañía de Rincus

¡Asista a un centenar de maravillosas proezas! ¡Vea a los payasos cantar y bailar mientras los látigos silban y cortan el viento! El Día de Swister en Fuglass Hall.

Y otro:

¡Whippery Ned Ticket y sus alegres payasos! *¡Cómo saltan! ¡Cómo brincan!*

¡Whippery Ned canta canciones suaves como la seda y riñe a su compañía cuando comete errores o muestra insuficiente celo con un ligero chasquido del látigo!

-¿Por qué se quedan aquí parados como peces hipnotizados? -les gritó la mujer desde detrás de la barra-. ¿Han venido a beber cerveza o a comer?

-Tenga paciencia -le aconsejó Gersen-. Estamos decidiendo.

El comentario molestó a la mujer. Su voz adoptó un tono estridente.

-¿Que tenga paciencia, dice? Toda la noche sirvo cerveza a hombres de dudosa reputación; ¿no le parece bastante paciencia? Acérquense, remolones. ¡Voy a abrir esta espita del todo, la meteré en un sitio que les asombrará, y luego veremos quién suplica paciencia!

-Hemos decidido cenar -dijo Gersen-. ¿Qué tal están esta noche los chatowsies?

-Como siempre, ni mejor ni peor que otras. Ahuequen el ala y no me hagan perder el tiempo, a menos que deseen beber cerveza... ¿Qué pasa? ¿Risitas a mí?

Aferró una jarra de cerveza para arrojarla sobre Maxel Rackrose, que retrocedió velozmente hacia la antesala seguido de Gersen.

La mujer sacudió con desdén su melena, se retorció el bigote con el pulgar y el índice, y les dio la espalda.

-Carece de estilo -rezongó Rackrose-. Acaba de perder un cliente.

-Quizá el comedor nos depare alguna sorpresa -dijo Gersen. -Agradable, espero.

Subieron la escalera que, como la sala, exhalaba un hedor poco grato; una mezcla de aceites extraños, condimentos de otros planetas y amoníaco rancio.

Rackrose se detuvo en el primer rellano.

-A decir verdad, encuentro todo esto un poco inquietante. ¿Está seguro de que vamos a cenar aquí?

-Si tiene escrúpulos no dé un paso más. He comido en sitios mejores y peores.

Rackrose murmuró por lo bajo y continuó subiendo los peldaños. Un par de pesadas puertas de madera daban acceso al restaurante. Pequeños grupos de hombres se apiñaban como conspiradores en mesas muy separadas; bebían cerveza o comían de los platos que tenían directamente bajo sus rostros.

Una robusta mujer avanzó hacia ellos. Gersen la juzgó no menos formidable que la mujer de abajo, aunque unos años más joven. También llevaba un vestido negro informe, y tenía el espeso cabello sucio y enmarañado. El bigote era más discreto. Les miró con ojos llameantes.

-Bien, ¿desean cenar?

-Sí, por eso estamos aquí -respondió Gersen.

-Siéntense allí.

La mujer les siguió a través de la sala. Cuando se sentaron, se inclinó ominosamente y apoyó las manos sobre la mesa.

-Sólo conocemos la comida darsh por referencias -dijo Gersen-. ¿Cuáles son los platos especiales?

-Ah, no, ésos los reservamos para nosotras. Aquí servimos chichala[4] y ya tienen bastante.

-¿Y la excelente comida darsh que anuncian? ¿Los chatowsies, el pourrian y el ahagaree?

-Miren a su alrededor. Los hombres están comiendo.

-Cierto.

-Por lo tanto, eso es lo que deben comer. Tráiganos un poco de cada plato; los probaremos.

-Como quieran.

La mujer se marchó.

Rackrose se hundió en un sombrío silencio, mientras Gersen paseaba la vista por la sala.

-Nuestro hombre no se encuentra entre los presentes -dijo Gersen por fin.

Rackrose miró con escepticismo de mesa en mesa.

-¿De veras confiaba en localizarle aquí?

-No estaba muy convencido, pero a veces se dan coincidencias. Si pasara por Rath Eileann, éste es el lugar en el que deberíamos encontrarle.

Maxel Rackrose estudió a Gersen con aire de duda.

-No me está diciendo todo lo que sabe. ¿Le sorprende?

-No, de ninguna manera, pero me gustaría que me proporcionara algún indicio.

-Esta noche sólo debemos temer a los chatowsies y, quizá, al pourrian. Si nuestra investigación prosigue, es posible que corramos peligro. Lens Larque es un hombre siniestro.

Rackrose examinó nerviosamente la sala.

-Prefiero no ofender a ese hombre. Es muy rencoroso. ¿Se acuerda de Erasmus Heupter?

-Me importa un comino el significado del nombre «Panak».

La mujer se acercó con una bandeja.

-Ésta es la cerveza que los hombres suelen tomar con su comida. También es costumbre que los nuevos clientes suministren un poco de diversión. La caja de sombras está allí; una moneda producirá una serie de divertidas ficciones.

[4] *Chichala:* un término poco delicado. La palabra, en el presente contexto, se refiere a comida preparada y servida a los hombres.

-Usted es un experto en estos asuntos -le dijo Gersen a Rackrose-. Elija.

-Será un placer -dijo con cierta energía Rackrose.

Fue hacia la caja de sombras, leyó la nota de posibilidades, tiró de una palanca e introdujo una moneda en la ranura.

-¡Somos Javil Natkin y sus Taimados Bribones! -chilló una voz aguda.

La imagen proyectada de los actores apareció al son de una estruendosa música de percusión; un hombre alto y delgado con un delantal blanco y negro que portaba un látigo, y un grupo de seis chicos pequeños que vestían sólo largas medias rojas.

Natkin cantó una serie de versos chabacanos en los que lamentaba los defectos de sus pupilos, luego ejecutó una excéntrica jiga e hizo chasquear el látigo, mientras los chicos saltaban, hacían cabriolas y correteaban con extraordinaria agilidad. Natkin, insatisfecho con sus bufones, descargó el látigo sobre sus gordos traseros. Ante este estímulo, los chicos dieron frenéticos saltos mortales, hasta que Natkin se irguió rodeado de los chicos saltarines, levantó las manos en señal de triunfo y las imágenes se desvanecieron. Los clientes, que habían prestado suma atención al espectáculo, murmuraron, gruñeron y volvieron a comer.

La mujer vestida de negro salió de la cocina con platos y cuencos, que posó sobre la mesa.

-Aquí está la comida: chatowsies, pourrian, ahagaree. Coman hasta reventar. Las sobras vuelven a la olla.

-Gracias -dijo Gersen-. A propósito, ¿quién es «Tintle»? La mujer emitió un bufido irónico.

-El nombre de Tintle está en el letrero. Nosotras hacemos el trabajo; nosotras damos el callo. Tintle se mantiene a distancia.

-Me gustaría intercambiar algunas palabras con Tintle, si fuera posible.

La mujer volvió a bufar.

-Tintle no le gustará; es lerdo y estúpido. Sin embargo, ya que insiste, le encontrará en el patio trasero contándose los dedos o rascándose con un aguijón.

La mujer se alejó. Gersen y Rackrose inspeccionaron la comida con cautela.

-No puedo decidir lo que sabe peor -dijo a los pocos momentos Rackrose-. Los chatowsies son fétidos, pero el ahagaree es deleznable. El pourrian es simplemente detestable. Y da la impresión de que esa dama haya bañado a su perro en la cerveza... Pero ¿cómo, aún come más?

-Haga lo mismo. Hay que establecer un pretexto para regresar. Mire, pruebe estos notables aderezos.

Rackrose levantó la mano.

-Ya he comido bastante, sobre todo teniendo en cuenta mi actual salario.

-Como guste. -Gersen engulló algunos bocados más, y luego bajó pensativamente la cuchara-. Ya hemos visto lo suficiente por esta noche. -Hizo una seña a la mujer-. Señora, la cuenta, por favor.

La mujer examinó los platos.

-Han comido con voracidad. Eso les costará dos, o mejor dicho, tres UCL a cada uno de ustedes.

Rackrose elevó una enérgica protesta.

-¿Tres UCL por unos pocos bocados? ¡Sería exorbitante incluso en el Domus!

-El Domus sirve comida insípida. Paguen, o me sentaré sobre sus cabezas.

-Vamos -dijo Gersen-, ésta no es forma de atraerse a clientes fieles. Debo añadir que esperamos a cierto miembro del clan Bugold.

-¡Bah! -se burló la mujer-. ¿Y a mí qué? Un Bugold vagabundo robó el almacén de Kotzash, y por eso ahora vivo en este antro de vientos húmedos y reuma incesante.

-Me han contado una historia algo diferente -dijo Gersen en un tono de despreocupada omnisciencia.

-¡Entonces le han contado tonterías! El rachepol Bugold y ese escorpión Panshaw se conchabaron. Ellos deberían haberse arruinado, y no el pobre Tintle. Páguenme y sigan su camino. Esta conversación sobre Kotzash me ha crispado los nervios.

Gersen extrajo con resignación seis UCL. La mujer se apoderó de las monedas, y dedicó una risita de triunfo a Maxel Rackrose.

-Otros dos UCL supondrán la propina más adecuada. Gersen le tendió las monedas, y la señora Tintle se marchó. Rackrose bufó, disgustado.

-Es usted demasiado generoso. La avaricia de la mujer sólo es comparable a la vileza de su cocina.

-He escuchado su observación por casualidad -habló la señora Tintle por encima del hombro de Rackrose-. En su próxima visita coceré los chatowsies con mis bragas.

Se marchó de nuevo. Gersen y Rackrose hicieron lo mismo.

Se pararon un momento en la calle. La niebla colgaba sobre el lago; las farolas que bordeaban la calle Pilkamp en ambas direcciones mostraban amplias aureolas de color azul pálido.

-¿Y ahora qué? -preguntó Rackrose-. ¿Vamos a buscar a Tintle?

-Sí -convino Gersen-. Lo tenemos a nuestro alcance.

-Esa mujerona vulgar mencionó un patio trasero -rezongó Rackrose-. Lo encontraremos al final de la callejuela Noonan.

Los dos hombres doblaron la esquina de La Sombra de Tintle, y subieron por la colina siguiendo un muro en el que, a los pocos metros, se abría una puerta de rejas metálicas que daba al patio trasero de Tintle. Al fondo se veía una serie de cobertizos; en uno de ellos brillaba una luz.

Alguien produjo un estrépito en una ventana de arriba al golpear una cacerola contra el muro; luego hizo descender una olla mediante una cuerda.

-Parece que Tintle va a cenar -dijo Gersen.

La puerta del cobertizo se abrió, y se dibujó la silueta de un hombre corpulento de anchas espaldas. Cruzó el patio con paso seguro, desató la olla y se la llevó dentro.

-¡Tintle! ¡Oiga, Tintle, acérquese a la puerta! -gritó Rackrose. Tintle se detuvo, paralizado por la sorpresa, después se volvió y corrió a grandes zancadas hacia el cobertizo. La puerta se cerró tras él; las luces se apagaron de inmediato.

-Por esta noche hemos acabado con Tintle -observó Gersen. Ambos volvieron a la calle Pilkamp, abordaron el siguiente ómnibus y regresaron a la Ciudad Vieja de Rath Eileann.

4

De Los Príncipes Demonio, por Carl Carphen:

«El autor de esta monografía, al reflexionar sobre los Príncipes Demonio y sus hazañas prodigiosas, suele quedar confundido por la multiplicidad de acontecimientos. Para resolver este conflicto recurre a generalizaciones, con el resultado de que todo el edificio se hunde bajo el peso de las calificaciones.

»Los cinco individuos presentan, básicamente, un sólo aspecto común: su total desprecio por el dolor humano.

»Así, si elegimos a Lens Larque como referencia, ésa es la única característica que comparte con sus iguales. Incluso ese anonimato y sigilo que debería ser un elemento básico del grupo se transforma, en el caso de Lens Larque, en algo insolente y ofensivo, como si en realidad deseara atraer la atención. En ocasiones, Lens Larque se muestra casi ansioso por exhibirse.

»Sin embargo, cuando resumimos lo que sabemos acerca de Lens Larque, descubrimos pocos hechos concluyentes. Ha sido descrito como un hombre alto, de considerable envergadura, que, con su mirada llameante y bruscos movimientos, aparenta un carácter apasionado y veleidoso. No existen descripciones precisas de su rostro. Según rumores es experto en el uso del látigo, y disfruta castigando con dicho instrumento a sus enemigos. »

El ensayo concluye con esta recapitulación:

«Una vez más sucumbo a la tentación de generalizar y planteo la siguiente tesis:

»La perversa magnificencia de los Príncipes Demonio no puede ser comparada cuantitativamente, pero puede ser calificada, tal vez intuitivamente, sobre una base cualitativa.

»l. Viole Falushe es nocivo como una avispa.

»2. Malagate el Funesto es inhumanamente cruel.

»3. Kokor Hekkus goza cometiendo horripilantes travesuras.

»4. Howard Alan Treesong es inescrútable, tortuoso, y se le puede considerar un demente, si el término fuera aplicable a gente como ésta.

»5. Lens Larque es brutal, vengativo y extravagantemente sensible al menosprecio. Al igual que Kokor Hekkus, no desdeña el sadismo en sus variaciones más grotescas. A veces he encontrado referencias a "tufo" u "olor desagradable" en relación a su persona, pero no queda claro si se trata de un aura psicológica o de una característica física. Pese a todo, parece que Lens Larque es el menos atractivo de los Príncipes Demonio, con la posible excepción de Howard Alan Treesong, cuyo aspecto se desconoce.»

Ráfagas de lluvia, restos de la tormenta que había estallado antes del amanecer, barrían el extremo norte del lago Feamish; las nubes cruzaban velozmente Rath Eileann, y permitían que algunos rayos de pálida luz vegana descendieran sobre la ciudad gris. Gersen y Jehan Addels caminaban por la Explanada hacia el Estremont.

Addels andaba con rigidez y sin el menor entusiasmo, los hombros hundidos y la cara sombría y hosca. Se detuvo de improviso cuando se hallaron cerca de la calzada elevada.

-Le aseguro que esto es una auténtica locura.

-Pero por una buena causa -le tranquilizó Gersen-. Algún día se felicitará.

Addels reanudó la marcha a regañadientes.

-El día que me despidan de Frogtown Pits.

Gersen no respondió. Addels volvió a pararse en la calzada elevada.

-No siga adelante. Es mejor que no nos vean juntos.

-De acuerdo. Me quedaré aquí.

Addels avanzó hacia las grandes puertas de hierro y cristal que se abrieron ante él; penetró en un silencioso vestíbulo pavimentado de mármol blanco y stelt[5].

Addels subió a la cuarta planta, y anduvo con resignación hacia las oficinas del secretario general. Hizo una pausa en el pasillo, respiró hondo, enderezó la espalda, se pasó la lengua por los labios, compuso una expresión de serenidad y confianza, y traspasó el umbral de la puerta.

Un mostrador de mármol atravesaba la sala. Al fondo, cuatro subalternos con batas de color rojo oscuro examinaban documentos. Levantaron sus inexpresivos rostros, y en seguida volvieron al trabajo.

Addels golpeó con energía el mostrador. Uno de los empleados se puso en pie con una triste mueca y se le acercó.

-¿Qué se le ofrece?

-Quiero hacer una consulta al secretario general.

-¿A qué hora era la cita?

-Mi cita es ahora -dijo Addels con brusquedad-. ¡Anúncieme y no se demore!

El empleado pronunció una o dos lánguidas palabras ante un micrófono, y luego escoltó a Addels hasta una cámara de techos altos, iluminada por un globo de cristal multifaceteado. Cortinas de terciopelo rosa colgaban sobre las altas ventanas; un escritorio semicircular de estilo Viejo Imperio, esmaltado en marfil con estrías doradas y bermejas, ocupaba el centro de una alfombra azul pálido. Sentado a sus anchas se hallaba un hombre calvo, de mediana edad, grueso y de cara redonda, que mostraba una expresión benigna. Vestía una bata de color rojo oscuro, al igual que los subalternos, pero se tocaba con una gorra blanca cuadrada con el emblema oficial de la Tierra de Llinliffet. Al ver a Addels, se puso cortésmente en pie.

-Abogado Addels, es un placer y un deber ponerme a sus órdenes.

-Gracias.

Addels se sentó en la silla indicada.

El secretario general vertió té en una taza de quebradizo belleek, y la puso al alcance de Addels.

-Le agradezco su amabilidad -dijo Addels antes de beber-. Soberbio. ¿Lutic Gold, acaso, enriquecido con algo que le preste un sabor final más intenso?

-Excelente paladar -reconoció el secretario general-. Lutic Gold, en efecto, de la vertiente norte, con una onza de dassawary negro por libra. Lo considero muy apropiado para mañanas activas como ésta.

Discutieron de té durante algunos minutos, y después Addels fue al grano.

-Hablemos del asunto que me trae aquí. Represento al Banco de Cooney, que acaba de abrir una sucursal en Rath Eileann. Como sabrá, hemos interpuesto una demanda contra la Compañía de Transportes Celerus, de Vire, Sadal Suud Cuatro; la nave *Enifa Gargantyr y* otros. He consultado con el honorable Duay Pingo, que defenderá la nave. Arde en deseos de resolver el caso, al igual que yo. Hablo en representación de ambas partes; queremos acelerar el procedimiento. Suplicamos que se celebre lo más pronto posible.

[5] Stelt: escoria preciosa extraída de la superficie de las estrellas apagadas.

El secretario general se humedeció los labios, hinchó las mejillas y consultó un documento que tenía frente a él.

-Da la casualidad de que podemos fijar una audiencia relativamente rápida. El circuito ha sido adjudicado a un tal presidente Dalt. Addels frunció sus cejas de color arena.

-¿Puede ser el mismo presidente Waldemar Dalt que presidió la Corte Interplanetaria en Myrdal, Bonifacius?

-El mismo. Hay un buen artículo sobre él en el *Legal Observer.*

-El *Legal Observer,* ¿eh? No había oído hablar nunca de. ese diario.

-Es el primer número, publicado en New Wexford. He recibido dos copias, supongo que debido a la naturaleza de mi cargo.

-Me gustaría examinar un ejemplar, aunque sólo fuera para saber algo sobre Dalt.

-Una lectura muy interesante. Felicitan a Dalt por su exactitud, pero lo tildan de excesivamente riguroso.

-Así lo recuerdo.

Addels cogió la publicación y estudió el artículo. Una foto mostraba a un hombre de facciones duras, ataviado con el ropaje judicial blanco y negro. La borla frontal del tocado tradicional le caía sobre la frente. Las cejas negras acentuaban su extrema palidez. La boca apretada y los brillantes ojos entornados sugerían inflexibilidad y, tal vez, severidad.

-Humm -dijo Addels-. Sí, ése es el presidente Dalt. Le he visto en acción. Es tan duro como aparenta.

Cerró la revista. El secretario general la cogió y leyó en voz alta:

-«A veces considerado excesivamente abstracto y excesivamente riguroso, el presidente Dalt no es de ningún modo un especulador teórico; al contrario, insiste en respetar las normas tradicionales. Los funcionarios judiciales le consideran un fanático de la disciplina.»

-¿Cuál es su opinión? -preguntó Addels con una tenue sonrisa. El secretario general meneó la cabeza con pesar.

-Para ser exactos, parece un viejo y tiránico buitre.

-No es tan viejo como aparenta; de hecho, algunos dicen que se aprovecha de ese detalle.

-Ya, ya -murmuró el secretario general-. Me ha llegado esa información desde fuentes muy diversas.

-Vista a sus alguaciles con los mejores uniformes -dijo Addels-. Proporcione a sus pregoneros las mejores pastillas para la garganta..., porque el presidente Dalt viene a despabilar su corte. Tiene mirada de águila. Si alguien descuida su trabajo, le despellejará vivo. En lo que a mí concierne, hubiera preferido un juez más tratable. ¿Llevará alguien más el peso de la sesión?

El secretario general meneó la cabeza con pesar.

-Tendrá que vérselas con Dalt, lo mismo que yo. Gracias por sus consejos; advertiré a mis alguaciles para que el presidente Dalt no tenga de qué quejarse.

Los dos hombres bebieron té en silencio.

-Después de todo es una suerte que me haya tocado Dalt. Es inflexible con los estafadores, y no permitirá que los tecnicismos entorpezcan la justicia; es casi una bendición. ¿Cuándo tendrá lugar la audiencia?

-El próximo mitas, a media mañana.

Una tormenta se desencadenó el maas por la mañana en el lago Feamish. Remolinos de agua se estrellaban contra los cimientos del Estremont. Las altas ventanas de la sala del tribunal filtraban una mortecina luz grisácea, y los tres candelabros que simbolizaban los tres planetas de

Vega brillaban en todo su esplendor. El secretario general, ataviado con ropajes negros y escarlata y un sombrero de franela negro, se sentó ante su mesa. Dos alguaciles custodiaban la puerta, rígidos, vigilantes y preocupados por la reputación del presidente Dalt. A la derecha se sentaba el abogado Duay Pingo con sus clientes, y a la izquierda el abogado Jehan Addels con los directivos del Banco de Cooney. Había acudido media docena de espectadores, por razones que sólo ellos conocían. La sala estaba en silencio. Sólo se oía el lejano murmullo de las olas al estrellarse contra las rocas.

Una campana indicó que era media mañana. De una cámara posterior surgió el presidente Dalt, un personaje de mediana estatura y enjuto que lucía los emblemas del Tribunal Supremo. El birrete ceñía su frente y los flecos cubrían sus orejas. Sin mirar ni a derecha ni a izquierda subió al estrado y paseó una rápida mirada por la sala; su tez blanca como el yeso y sus facciones rígidas creaban un efecto de austera elegancia.

Los rituales del sistema judicial vegano se habían ido modificando con el paso de los siglos, pero todavía eran notables por sus homologías simbólicas. El presidente del tribunal ya no era transportado hasta el estrado en una silla sostenida por cuatro vírgenes ciegas, pero su asiento («la Balanza») todavía descansaba sobre un fulero en forma de cuña, si bien presidentes más progresistas exigieron puntales estabilizadores para moderar la oscilación de la Aguja de la Justicia."

El presidente Dalt había ordenado la colocación de rígidos estabilizadores para la Balanza, a fin de mantener en equilibrio la aguja.

El pregonero apareció en la galería que había detrás del estrado. -¡Que todo el mundo oiga y atienda! ¡Esta sagrada corte, presidida por el Muy Honorable Presidente Dalt, inicia la sesión! -Arrojó tres plumas al aire para simbolizar la liberación de tres palomas blancas. Alzó los brazos al cielo y gritó-: ¡Que las alas de la verdad sobrevuelen esta tierra a lo largo y a lo ancho! La Corte de la Igualdad Interplanetaria celebra sesión.

Bajó los brazos, retrocedió hacia la glorieta y desapareció.

El presidente Dalt golpeó la mesa con el mazo y echó una ojeada al sumario.

-Escucharé las declaraciones preliminares sobre el caso del Banco de Cooney contra la Compañía de Transportes Celerus, la nave *Ettilia Gargantyr,* sus oficiales y sus propietarios legales. ¿Se hallan presentes las partes en litigio?

-Preparados los demandantes, su señoría -dijo Addels. -Preparada la defensa, su señoría -dijo Duay Pingo.

-Sea tan amable de formular su acusación -se dirigió el presidente Dalt a Addels.

El presidente que se sentaba en la Balanza con tanta rigidez que la aguja se mantenía inmóvil, era calificado, en la jerga propia del tribunal, de «culotieso», mientras que al que la hacía oscilar de un lado para otro se le llamaba «rompetechos».

-Gracias, su señoría. Nuestra demanda por daños y perjuicios se basa en la siguiente concatenación de acontecimientos. En la fecha que, en tiempo terrestre, sería el día doscientos doce del año mil quinientos veinticuatro, en la ciudad de Thrump del Planeta de David Alexander, el propietario de la nave *Ettilla Gargantyr* conspiró con el comandante en jefe de la nave maliciosa y alevosamente para defraudar al Gremio de Proveedores, y estafarles una cantidad a la que tenían

legal y perfecto derecho, y luego llevó a cabo su inicuo plan mediante el sencillo y vergonzoso método de...

El presidente Dalt golpeó la mesa con el mazo.

-Si el letrado consigue controlar su indignación, favorecer al tribunal con una simple explicación de los hechos y permitirme decidir la pertinencia de términos como «inicuo» y «vergonzoso», haremos avanzar con más agilidad este caso.

-Gracias, su señoría. Sin duda anticipo mi exposición, pero estamos invocando perjuicios tanto reales como merecedores de castigo, sobre la base de intención maliciosa y premeditación.

-Muy bien, prosiga, pero recuerde que no me agradan las exposiciones subjetivas.

-Gracias, su señoría. La estafa tuvo lugar, como ya he anunciado. Las partes perjudicadas denunciaron los hechos a las autoridades locales, pero la *Ettilia Gargantyr* había desaparecido, al igual que la Compañía de Transportes Celerus.

»La causa fue transferida, a su debido tiempo, al Banco de Cooney. »La llegada de la *Etiilia Gargantyr* a Rath Eileann trasladó la jurisdicción *in rem* a este tribunal y, de acuerdo con nuestro mandato de embargo, preparamos una nueva demanda. La *Ettilia Gargantyr* se halla inmovilizada en el espaciopuerto de Slayhack. Solicitamos por daños y perjuicios una cantidad de doce mil ochocientas veinticinco UCL. Afirmamos que el propietario de la nave, mediante la aparentemente ficticia Compañía de Transportes Celerus, conspiró con malicia y total despreció de las leyes con el capitán Wislea Tooms en detrimento de los demandantes. Sostenemos que tal conducta merece un severo castigo, a fin de que no vuelva a repetirse, y en ello basamos nuestra demanda por daños y perjuicios.

-Emplea el término «propietario» de la *Ettilia Gargantyr.* Aborrezco los circunloquios. Identifique a esa persona por su nombre.

-¡Lo lamento, su señoría! No sé su nombre.

-Muy bien. -El martillo volvió a golpear-. Abogado Pingo, ¿tiene algo que decir?

-Sólo esto, su señoría: la acusación es monstruosa e insensata. Es una aviesa exageración de lo que constituye, a lo sumo, un descuido trivial. No ponemos en tela de juicio que tiempo ha existiera una demanda contra la nave, pero negamos con vehemencia la competencia del Banco de Cooney para actuar en este caso, y consideramos los cargos de intención maliciosa y conspiración fuera de lugar.

-Tendrá la oportunidad de demostrarlo mediante el testimonio de sus clientes. -El presidente Dalt examinó el banquillo de los acusados-. ¿Está presente el propietario legal y acreditado de la nave?

-No, su señoría, no lo está.

-¿Y cómo espera llevar adelante la defensa de los cargos?

-Demostrando su completa absurdidad, su señoría.

-¡Ajá, abogado! Está insultando mi inteligencia. A lo largo de mi carrera he contemplado docenas de absurdos que han acabado convirtiéndose en hechos incontrovertibles. Subrayaré que la acusación es muy concreta; alega intención maliciosa, fraude y conspiración, y estos cargos no se pueden atribuir a la retórica o a la ofuscación. Está haciendo perder el tiempo a este tribunal. ¿Cuánto tiempo le llevará convocar a los demandados?

Pingo se limitó a encogerse de hombros.

-Un momento, su señoría, por favor. -Fue a consultar a sus clientes, que murmuraron entre ellos con incertidumbre. Pingo volvió a dirigirse al presidente Dalt-. Su señoría, debo declarar que mis clientes están sufriendo molestias y gastos innecesarios, en especial el mantenimiento de la nave, que incluye salarios, seguros, el alquiler de amarraje y otros. ¿Se podría fijar una fianza como garantía del pago de la deuda, en el caso de que su dictamen nos fuera adverso, para que la nave prosiga su ruta? Sería lo más justo.

El presidente Dalt dirigió una mirada asesina a Duay Pingo.

-¿Está asumiendo, en mi tribunal, el papel de árbitro y expositor de la justicia?

-¡De ninguna manera, su señoría! Sólo era una forma de hablar. ¡Una frase desdichada, por la que suplico disculpas!

El presidente Dalt pareció sumirse en profundas reflexiones. Jehan Addels levantó el brazo como si quisiera rascarse la cabeza y murmuró para sí:

-Estipula el valor conjunto de la nave y de su carga. Ningún fiador de la ciudad o de otra parte se arriesgaría.

-Fallo en favor de la petición del abogado defensor, siempre que la fianza cubra el valor de la nave y de su carga, lo que representa la máxima indemnización.

-Tal vez sea imposible, su señoría -se sobresaltó Duay Pingo.

-¡Entonces presente a los testigos adecuados, y permita que prosigamos la causa con todas las de la ley! ¡Basta de ambigüedades! ¿De qué sirve una defensa sin hechos o sin el testimonio pertinente de testigos responsables? Estructure bien su caso o lo perderá.

-Gracias, su señoría, consultaré de inmediato con mis clientes. ¿Puedo solicitar un breve aplazamiento?

-Desde luego. ¿Por cuánto tiempo?

-No estoy seguro. Lo comunicaré sin tardanza al secretario del tribunal, si cuento con el consentimiento de mi estimado colega y de su señoría.

-Estoy de acuerdo -manifestó Jehan Addels-, con tal que el emplazamiento no exceda un tiempo razonable.

-Muy bien, le autorizo, pero seamos claros, abogado Pingo; exijo el testimonio directo del principal implicado en el caso, o sea, la persona a la que pertenecía la nave cuando se produjo la presunta infracción, así como pruebas de que es el propietario. No aceptaré declaraciones por escrito, apoderados o representantes. Bien entendido esto, concedo un aplazamiento de dos semanas. Si necesita más tiempo, haga el favor de dirigirse al secretario del tribunal.

-Gracias, su señoría.

-Se aplaza la sesión.

El presidente del tribunal se dirigió a sus aposentos. El secretario general se secó la cara con un pañuelo azul, y murmuró al oído de un alguacil:

-¿Vio alguna vez un buitre semejante?

-Menudo pajarraco, quisquilloso como un chimpancé con golondrinos. Ojalá no me las tenga que ver nunca con él.

-¡Bah! -murmuró el secretario general-. No hace falta ser el acusado; eructe en su presencia y mandará que le frían las entrañas. Estoy cubierto de sudor de tanto contener el aliento.

Por la tarde, Gersen recibió una llamada de Jehan Addels.

-Milagrosamente -observó Addels-, aún seguimos fuera de la cárcel.

-Una sensación agradable -replicó Gersen-. Disfrútela mientras pueda.

-¡Todo es tan frágil! Imagine que un periodista diligente investigue los memoriales legales, imagine que el secretario general intercambie chismes con alguien de Bonifacius, imagine que añada otros casos al sumario...

-No cabe duda de que el presidente Dalt administrará justicia -rió Gersen.

-El presidente Dalt manifestará cierto malestar, si me permite que le corrija -declaró Addels-. Recuerde que no todos los hombres de leyes son idiotas.

-No hace falta que se moleste. Pingo está enviando mensajes a lo largo y ancho de la galaxia. Se producirá un gran alboroto en algún lugar.

-¡Ya lo creo! Bien; y ahora, ¿qué?

-Esperaremos a ver quién aparece cuando se reanude la audiencia.

5

De Dar *Sai y los darsh,* por Joinville Akers:

«Las danzas del látigo de darsh constituyen una forma de arte altamente estructurada. Lo afirmo categóricamente y sin el menor ambage, tras haber dedicado considerablemente tiempo al tema. Una forma artística brutal y repelente, desde luego; una forma artística que toma como base toda una serie de aberraciones sexuales, por ejemplo, pederastia, flagelación, sadomasoquismo, voyeurismo, exhibicionismo... Todo está permitido. Una forma artística por la que no siento una personal atracción, aunque a veces ejerce cierta horrible fascinación.

»Las complejidades de la danza del látigo excluyen a los no iniciados. Quien maneja el látigo, durante su práctica ordinaria, no suele herir o infligir dolor a los bailarines, pese a las apariencias. La mayor parte es espectáculo, como en otras parecidas actividades espantosas. A los ojos de un extraño, el material temático parece repentino y limitado, y casi siempre depende de una premisa sencilla, comprobada y cierta: el flagelante y su acompañamiento de traviesos, revoltosos e insubordinados acólitos. Sin embargo los hombres darsh consideran las variaciones sobre el tema complejas, sutiles, a menudo ingeniosas, a menudo divertidas, y jamás se cansan de ellas. Las mujeres darsh, por el contrario, observan estos espectáculos con despreciativa indiferencia, y los consideran una faceta más de la fatuidad masculina.»

Gersen y Maxel Rackrose descendieron del ómnibus y contemplaron durante unos momentos La Sombra de Tintle.

-Su aspecto no mejora a plena luz del día -comentó Rackrose-. De hecho, observo pintura descascarillada y ventanas completamente torcidas.

-No importa -dijo Gersen-. El estado ruinoso es pintoresco, y contribuirá a realzar la calidad de nuestra comida.

-Hoy carezco de apetito -dijo Rackrose-. Espero que eso no le impida comer a gusto.

-Es posible que le tiente algún plato del menú.

Cruzaron la calle, abrieron la puerta, evitaron el mostrador y subieron los húmedos peldaños que conducían al restaurante.

Muy pocas mesas estaban ocupadas. La señora Tintle se apoyaba indolentemente en el umbral de la cocina, retorciéndose las guías de su bigote. Les señaló una mesa con un gesto lánguido y se acercó para preguntarles qué deseaban.

-Así que han vuelto. No pensaba que les volvería a ver.

-Quedamos fascinados tanto por su poderosa personalidad como por la calidad de la comida -manifestó con aplomo Gersen.

-¿Qué quiere decir? -preguntó la mujer-. Se está burlando de mí o de la comida. En cualquier caso, le pondré un cubo de basura por sombrero.

-No era mi intención ofenderla -dijo Gersen-. De hecho, quizá le haga ganar algún dinero, si el asunto le interesa.

-No hay raza más avariciosa que la de los darsh. ¿En qué consiste la propuesta?

-Dentro de poco llegará un amigo mío de Dar Sai, o al menos así lo espero.

-¿Es un darsh?

-Sí.

-Una situación escasamente plausible. Los darsh no hacen amigos, sólo enemigos.

-Este caballero es, si lo prefiere así, un conocido. Hay muchas posibilidades de que acuda a La Sombra de Tintle en busca de comida que le sea familiar. Quiero que me notifique su llegada, a fin de renovar nuestra vieja amistad.

-Eso es fácil, pero ¿cómo le reconoceré?

-Basta con que me informe a mí o a mi amigo de que un nuevo darsh ha venido a La Sombra de Tintle.

-Bien... No es muy conveniente, pues no puedo examinar a cualquier gumba[6] que entre por la puerta. Mi curiosidad provocaría comentarios frívolos.

-Tal vez Tintle nos podría prestar ese servicio -sugirió Rackrose.

-¿Tintle? -graznó la mujer-. A Tintle le arruinaron y mancillaron hasta casi volverle loco. No permitimos que haga acto de presencia aquí; todo el mundo se apretaría la nariz y saldría volando. Apenas puedo tolerar que salga al patio.

-¿Cómo aconteció su desgracia? -preguntó Gersen.

La señora Tintle paseó la mirada por la sala y, al comprender que no tenía nada mejor que hacer, condescendió a responder.

-Fue un infortunio que Tintle no se merecía. Era el vigilante del almacén de Kotzash. El día que fueron a robar, Tintle dormía más que vigilaba, y no tuvo tiempo de dar la alarma. Robaron todos los duodecimates. Luego, se supo que Ottie Panshaw, el tesorero, se había olvidado de contratar la póliza del seguro. Panshaw desapareció, y todo el país se echó sobre Tintle. Fue sumergido en las letrinas públicas durante tres días, y la gente iba a insultarle ferozmente. Tintle y Dar Sai se hicieron incompatibles, de modo que vinimos a esta ciénaga repugnante. Ésta es la historia.

[6] Término peyorativo empleado por las mujeres darsh para referirse a los hombres: una persona estúpida, vulgar e inútil.

-Humm -dijo Gersen-. Si Tintle hubiera sido amigo de Lens Larque, las cosas habrían sido muy diferentes.

-¿Por qué menciona a Lens Larque? -preguntó la mujer con suspicacia.

-Es un hombre famoso.

-Infame, mejor dicho. Fue Lens Larque quien robó el almacén de Kotzash; ¿por qué debería ser amigo de Tintle? Pensar que le acusaron de eso...

-Entonces, ¿conoce a Lens Larque de vista?

-Es un Bugold y me importa un pimiento.

-Podría estar sentado en la sala ahora mismo.

-Mientras no se queje y pague la cuenta me es indiferente. -Examinó con aire desdeñoso la sala-. Ya puede estar seguro de que hoy no está aquí.

-Estupendo -repuso Gersen-, pero volvamos a nuestro acuerdo. Cuando un darsh desconocido aparezca, Lens Larque o cualquier otro, avíseme a mí o a mi amigo Maxel Rackrose, que comerá aquí cada día. Le pagaremos dos UCL por cada darsh desconocido que notifique. Lens Larque le reportará diez UCL. Y en el caso de mi amigo serán veinte UCL.

La señora Tintle enarcó las cejas, perpleja.

-Un trato insólito. ¿Para qué quiere a Lens Larque? La mayoría de la gente pagada diez UCL o más por no encontrárselo.

-Somos periodistas. Entrevistarle seda todo un acontecimiento, una noticia de primera magnitud, pero no creo que tengamos una suerte tan inmensa.

La señora Tintle se encogió de hombros.

-No tengo nada que perder. Bien, ¿qué van a comer?

-Una ración de ahagaree -dijo Gersen.

-Yo también -aprobó Rackrose-, pero con menos sulfuro y yodo que de costumbre.

-¿Quieren chatowsies?

-Hoy no.

Al salir del restaurante, Gersen y Rackrose fueron hacia la parte trasera del edificio, y se aproximaron a la puerta de hierro. Entre los barrotes vieron a Tintle acurrucado al sol bajo uno de los cobertizos. Un pendiente de metal colgaba de cada uno de sus largos lóbulos; Tintle se entretenía dándoles golpecitos con un dedo y haciéndolos balancear.

-¡Tintle! ¡Eh, Tintle! -le llamó Gersen.

Tintle se puso poco a poco de pie; un hombre regordete, de piel cobriza y facciones toscas. Avanzó unos pasos y escudriñó la puerta con desconfianza.

-¿Qué quiere de mí?

-¿Es usted el Tintle que vigilaba el almacén de Kotzash?

-¡No sé nada de eso! -lloriqueó Tintle-. ¡Me dormí, y soy inocente en todos los sentidos!

-Pero le despidieron.

-¡Fue un lamentable error!

-¿Ha pensado en reivindicar su inocencia?

-No se me ha pasado por la cabeza -parpadeó Tintle.

-Nos gustaría escuchar su versión del caso.

Tintle se acercó lentamente hasta la puerta.

-¿Quiénes son ustedes, y por qué me hacen esas preguntas?

-Investigadores que quieren hacer justicia.

-Ya he tenido bastante justicia. Investiguen a Ottile Panshaw, y arréstenle; yo mismo le conduciré a las letrinas.

Tintle dio media vuelta y se dirigió hacia su cobertizo.

-¡Espere un momento! -le detuvo Gersen-. Aún no hemos hablado de los beneficios.

-¿Qué clase de beneficios? -titubeó Tintle.

-En primer lugar, una gratificación por el tiempo que nos dispense. En segundo, el castigo de los ladrones.

Tintle emitió un sonido de divertida incredulidad.

-¿Quién osada castigar a Lens Larque?

-Todo es posible. Por el momento, nos contentamos con escuchar los detalles del caso.

Tintle les miró con estupor.

-¿Cuál es su rango oficial?

-No haga tantas preguntas. Los oficiales de alta graduación no ofrecen gratificaciones.

Tintle empezó a mostrarse más flexible.

-¿Cuánto me ofrecen?

-Dependerá de lo que nos diga. Cinco UCL, como mínimo.

-No es una gran suma -gruñó Tintle-. De todos modos, creo que será suficiente. -Miró hacia las ventanas de la parte trasera del restaurante-. Allí está, la gran rata que acecha en su madriguera. Sugiero que tengamos esta conversación en La Taberna de Groary, al otro lado de la calle.

-Como desee.

Tintle abrió la puerta y salió al callejón.

-La bruja se ofenderá de manera inimaginable cuando nos vea ir a la taberna, y comeré aguachirle durante una semana, pero vayámonos. Un hombre jamás debe prestar atención a las protestas de una mujer.

Negros pilotes que emergían de las aguas del lago Beamish sostenían la parte posterior de La Taberna de Groary. Los tres hombres tomaron asiento alrededor de una mesa de madera. Tintle se inclinó hacia adelante, y Gersen creyó percibir vagos efluvios de un hedor nauseabundo. ¿Imaginación? ¿Tintle? ¿Emanaciones del fondo del lago?

-Creo que mencionaron cinco UCL -dijo Tintle. Gersen puso el dinero sobre la mesa.

-Estamos interesados en el robo de Kotzash. Recuerde que si el botín fuera recuperado, podríamos restituirle su honor e indemnizarle por los perjuicios sufridos.

-¿Me toma por idiota? -rió Tintle con sarcasmo-. En la vida real no se producen acontecimientos tan milagrosos. Les diré lo que sé, me guardaré el dinero y punto.

Gersen se encogió de hombros.

-Usted era el vigilante del almacén de Kotzash. ¿Qué es exactamente «Kotzash»?

-Ottile Panshaw creó la corporación. Los mineros entregaban los duodecimates a Panshaw, que les pagaba en acciones de la Compañía Kotzash. Las acciones podían ser canjeadas por UCL en cualquier momento. Todo iba bien, y el almacén de Serjeuz rebosaba de paquetes de excelentes duodecimates. ¿Cómo iba a resistir la tentación Lens Larque? Hay quien dice que Ottile Panshaw le dio el soplo cuando el almacén estuvo al límite de su capacidad, y Lens Larque desembarcó una noche en el recinto con su gran nave negra. Sus esbirros se precipitaron sobre el almacén, y aún tuve suerte de salir con vida, porque me hubieran matado sin dudarlo ni un instante. Esta consideración no aplacó la rabia general. Preguntaron por qué yo, el guardia oficial, no había sabido proteger el almacén, y por qué la puerta principal estaba mal cerrada. Acusé a Ottile Panshaw, pero se hallaba ausente. En consecuencia, fui conducido al Sumidero Central y despedido.

-Una triste historia -se condolió Gersen-. Pero, dígame, ¿cómo sabe que Larque fue el culpable?

Tintle meneó con violencia la cabeza, y los pendientes oscilaron.

-Ya le he dicho bastante. No es saludable mencionar tantas veces ese nombre.

-Sin embargo, el culpable debe ser entregado a la justicia, y su ayuda puede ser decisiva.

-¿Y qué ocurrirá cuando Lens Larque se entere de mi locuacidad? Bailaré diez fandangos al ritmo del Panak.

-Su nombre no será mencionado. -Gersen sacó otros diez UCL de curso legal-. Díganos todo lo que sepa.

-No es mucho. Soy del clan Duppi; Lens Larque es un Bugold. Le conocí muy bien en los viejos tiempos. Jugábamos a hadaul[7] en Naidnaw Shade, en facciones opuestas. Ideó una contraestrategia, y fui yo el que salió con los huesos rotos.

-¿Qué clase de hombre es?

Tintle volvió a menear la cabeza mientras buscaba las palabras. -Un hombre grande, con una larga nariz y ojos burlones. En el almacén de Kotzash llevaba un thabbat[8], pero le reconocí por la voz y el fusto[9].

-¿Le reconocería si entrara en La Sombra de Tintle?

-No se me permite la entrada en el local -se lamentó lúgubremente Tintle-. Podría entrar y salir una docena de veces; nunca le descubriría.

-¿Qué nombre empleaba cuando jugaba al hadaul?

-Ha pasado mucho tiempo. Entonces no era más que Husse Bugold, aunque ya era rachepol.

-¿Guarda fotografías de Lens Larque?

-¿Para qué conservar semejantes recuerdos? -bufó Tintle-. Él está arriba, yo abajo. Él huele a una mezcla de meriandra, corona perfumada y ahagaree rojo; yo, a letrina.

Gersen empujó el dinero en su dirección.

---

[7] *Hadaul:* un juego darsh que combina elementos de conspiración, doblez, artimaña. embuste y tiende al enfrentamiento generalizado de los contrincantes.
[8] *Thabbai:* capucha darsh, de tela blanca o azul por lo general.
[9] *Fusto:* olor propio de los hombres darsh.

-Si ve a Lens Larque, tenga cuidado. No se lo diga a ningún conocido, no deje que le reconozca. Comuníquese al instante con Maxel Rackrose.

Escribió en una tarjeta y se la entregó.

Tintle dibujó una furtiva mueca de inquietud en su rostro. -Da la impresión de que espera a Lens Larque.

-Una simple cuestión de confianza. Es un hombre escurridizo.

-Quizá no supiera reconocerle -insinuó Tintle-. Dicen que ha modificado su aspecto físico. ¿Sabe que los methlen se burlaron de él? Quería vivir en una hermosa mansión, pero el vecino se lo prohibió. Dijo que no quería ver feas caras darsh asomarse sobre el seto del jardín. Lens Larque se exasperó, y cambió su rostro en seguida. ¿Quién sabe cuál será su actual aspecto?

-Utilice su intuición. ¿Qué le ocurrió a Ottile Panshaw?

-Se marchó a Twanish, en Methel; creo que sigue allí.

-¿Y aún trabaja la Corporación Kotzash?

-Entregué cuatrocientas onzas de excelente arena negra -Tintle escupió en el suelo-, una verdadera fortuna, y recibí a cambio cuarenta acciones. Jugué al hadaul y ahora tengo noventa y dos. -Sacó de un grasiento billetero un paquete de papeles doblados-. Aquí están los certificados. Su valor: cero.

-Son certificados al portador -dijo Gersen tras examinar los papeles-. Se los compro.

Puso diez UCL sobre la mesa.

-¿Qué? -gritó Tintle-. ¿Por casi cien acciones de la Kotzash? ¿Tan estúpido parezco? Cada acción representa no sólo diez onzas de arena, sino otros valores: derechos, opciones, arriendos... -Contempló despavorido como Gersen volvía a coger los diez UCL-. ¡No vaya tan de prisa! Acepto su oferta.

-Sospecho que sale ganando -dijo Gersen, mientras le entregaba de nuevo el dinero-, pero no importa. Si por casualidad localiza al hombre del que hemos hablado, llámenos y le recompensaremos. ¿Puede decirnos algo más?

-No.

-Si nos proporciona más información, le pagaremos bien.

Tintle se limitó a emitir un gruñido de asentimiento. Terminó la cerveza de un trago y salió de la taberna. El hedor que levantó al pasar hizo encogerse a Gersen y a Maxel Rackrose.

6

De Vida, volumen I, de Unspiek, barón Bodissey:

«El hombre perverso es una fuente de fascinación: las personas normales se preguntan cuál es el motivo de tales excesos en el comportamiento. ¿Deseo de riqueza? Un motivo normal, sin duda. ¿Anhelo de poder? ¿Venganza contra la sociedad? Démoslo por garantizado. Pero cuando se han logrado el poder y la riqueza, y la sociedad ha sido reducida a un estado de humillante sumisión, ¿cuál es el siguiente paso?

»La respuesta es obvia: la maldad por la maldad.

»La motivación, aunque incomprensible para el hombré normal, es, sin embargo, apremiante y real. El criminal se convierte en el resultado de sus propios hechos. Una vez superada la transición, un nuevo conjunto de valores entra en juego. El criminal inteligente reconoce su maldad, y comprende a la perfección el resultado de sus actos. Retrocede a un estado de solipsismo para calmar sus remordimientos, y comete actos de perversión exacerbada, lo que provoca en sus víctimas la sensación de que el mundo se ha vuelto loco.»

Maxel Rackrose se personó en los aposentos alquilados por Gersen en el Domus el día de San Dulver a mediodía. Se le veía deprimido y habló con concisión.

-Durante las dos últimas semanas he investigado a los pasajeros provenientes de los espaciopuertos de Slayhack, New Wexford y Pontefract. Veinte eran nativos del sistema de Cora, pero sólo tres se autodenominaron darsh. Los otros eran methlen. Ninguno de los darsh se ajustaba a la descripción, aunque tres de los methlen podrían ser nuestro hombre. Aquí están las fotografías.

Gersen examinó los rostros; no reconoció ninguno. Rackrose le tendió otra foto con el gesto de un prestidigitador realizando un truco de magia.

-Este hombre es Ottile Panshaw, el que se olvidó la póliza del seguro en Kotzash. Llegó ayer y se halla alojado en el Domus.

Gersen estudió la fotografía del espaciopuerto, que reproducía a un hombre de mediana edad, delgado y frágil, de barriga prominente, notable cabeza, de ojos vivos y brillantes, nariz larga y esbelta y boca delicada que se plegaba en las comisuras. Rizos de color castaño sobresalían a ambos lados de su calva; se había teñido la piel de un tono amarillo rabioso. Ottile Panshaw vestía ropas elegantes y ornamentadas: un sombrero cuadrado de terciopelo negro ribeteado de plata y escarlata, pantalones grises ajustados, camisa de color rosa pálido de cuello cisne negro y chaqueta parda.

-Muy interesante -dijo Gersen-. Confío en poder hacer una o dos preguntas a Panshaw.

-No parece muy difícil; apenas nos separan cien metros. Más problemático será obtener respuestas sinceras, a juzgar por su rostro.

-No es el rostro de un hombre ingenuo -asintió Gersen con aire pensativo-. Tampoco es el rostro de un hombre que olvida suscribir pólizas de seguro.

-Sí; una situación desconcertante. Quizá el valor de la póliza era exorbitante. No resulta improbable tan cerca de Más Allá.

-Ni tan cerca de Lens Larque. Quizá los directivos de la compañía se negaron a suscribir la póliza en virtud de esta teoría.

-O, lo que es todavía más probable, Panshaw se limitó a solicitar el pago y se guardó el dinero en el bolsillo.

Gersen volvió a examinar el rostro vivaz de la fotografía.

-Está claro que no encomendaría la custodia de mi dinero a Ottile Panshaw... Quizá tenía sus razones para despreciar el lote almacenado en Kotzash.

-¿Qué le impulsaría a obrar de esta forma? -se preguntó Rackrose.

-Tengo en mente varias posibilidades. Una sería el voto por el control de la compañía.

-¿Y si se trataba de bancarrota?

-Tintle mencionó otros bienes; arriendos, opciones y cosas así. -Imagino que todo es posible.

Gersen reflexionó unos momentos, y luego puso en marcha el comunicador. El rostro astuto de Jehan Addels se materializó en la pantalla. -He descubierto un aspecto nuevo en el asunto que

nos concierne -dijo Gersen-; la Sociedad Anónima de Seguros Kotzash, con sede en Serjeuz, en el planeta Dar Sai del sistema Cora. ¿Podemos obtener alguna información en New Wexford?

Addels exhibió una de sus poco frecuentes sonrisas.

-Le asombraría la cantidad de información que es posible solicitar. Si esta Kotzash ha facturado negocios por valor de un UCL a cualquier banco del Oikumene, lo sabremos al instante.

-Estoy interesado en bienes, directivos, procedimientos de control, cualquier cosa que parezca interesante.

-Esclareceré lo que sea necesario.

La pantalla se apagó. Gersen captó, al volverse, la expresión pensativa que nublaba el rostro de Rackrose.

-Para ser un simple periodista, ejerce una sorprendente autoridad -dijo Rackrose.

Gersen había olvidado por un momento su papel de Henry Lucas, periodista especializado para Cosmópolis.

-No hay ningún misterio; Addels es un viejo amigo.

-Entiendo... Bien, ¿qué vamos a hacer con Ottile Panshaw?

-Vigilarle de cerca. Alquilaremos a un profesional, si hace falta.

-Un hombre como Panshaw se dará cuenta de tales maniobras -comentó Rackrose.

-Si es así, su proceder será interesante.

-Como quiera. ¿De qué forma pagaré a los detectives?

-Con talones de la cuenta de Cosmópolis.

Rackrose se levantó, exhaló un suspiro de resignada desesperación y se marchó.

A los pocos instantes, el rostro de Addels apareció en el comunicador.

-El de Kotzash es un asunto turbio. El robo en el almacén de Serjeuz fue valorado en veinte millones de UCL. El interventor se había negado a pagar el seguro, y la compañía quebró. Fíjese en que no se trató de una bancarrota; los únicos que salieron perdiendo fueron los accionistas. Por supuesto, el capital comercial es nulo.

-¿Y quién es el dueño?

-El permiso legal de constitución fue transferido al banco Chanseth de Serjeuz; las copias fueron enviadas posteriormente a la sucursal de New Wexford. Especifica que cualquiera que posea el veinticinco por ciento o más de las acciones se convierte en director, con el porcentaje de votos correspondiente. Hay cuatro mil ochocientas veinte acciones registradas, de las que mil doscientas cincuenta, algo más del veinte por ciento, obran en poder de Ottile Panshaw. Las otras están distribuidas entre pequeñas empresas no registradas.

-Muy extraño.

-Extraño y significativo. Panshaw es el único director; controla Kotzash.

-Debe haber comprado las acciones a bajo precio -dijo Gersen-. Seguro que nunca adquirió ni media tonelada de duodecimates.

-No corra tanto. Panshaw es un hombre con clase. ¿Por qué gastar un dinero ganado con tantos esfuerzos en acciones sin valor?

-Buena pregunta. Me muero de curiosidad.

-Es evidente que Kotzash mantiene la oficina de Methel; el folleto adjunta las direcciones de Serjeuz y de Twanish. Por otra parte, Kotzash es una sociedad anónima interplanetaria, y presenta un informe anual.

La ley vegana castiga con rigurosas penas el uso de células-espía móviles y aparatos semejantes. Los detectives emplean métodos tradicionales de vigilancia.

Los bienes reseñados el año pasado fueron: complejos mineros, derechos de prospección y alquiler, en lugares tan lejanos como el asteroide Granate y la luna Shanitra. Kotzash también controla el cincuenta y uno por ciento de la Compañía Comercial de Transportes Hector, de Twanisb. ¿Quién controla el cuarenta y nueve por ciento restante? Ottile Panshaw. Da la impresión de que, como interventor de la Kotzash, emitió mil doscientas cincuenta acciones de la Kotzash á su nombre, a fin de adquirir el cincuenta y uno por ciento de la Compañía de Transportes Hector.

-¿Y qué informes tenemos de esta compañía?

-Ninguno. Jamás ha publicado ni un folleto.

-Me siento cada vez más confundido -confesó Gersen.

-En absoluto -replicó Addels-. Es un simple caso de papeleo y malabarismo, utilizados por personas sin escrúpulos para violar sus responsabilidades.

-¿Se cotizan en bolsa las acciones de la Kotzash?

-El índice indica un valor nominal de un céntimo por acción, lo que desalienta a compradores y vendedores. El valor es nulo, en pocas palabras.

-Haga algún sondeo. Si las acciones de la Kotzash aumentan de valor, cómprelas.

Addels meneó tristemente la cabeza. -Es dinero perdido.

-Ottile Panshaw piensa de otra manera. Se aloja en el Domus.

-¿Cómo? ¡Sorprendente! ¡Ahora existen motivos para sospechar!

-Mi perplejidad no es menor que la suya, pero tranquilícese. Mañana se vuelve a reunir el tribunal. El presidente Dalt no soporta evasivas; esclarecerá los hechos.

-Si nos libramos de la cárcel y la vergüenza pública. ¡Estamos en la cuerda *floja*! ¡Panshaw es extremadamente astuto!

-Si todo va bien, Panshaw seguirá su camino en paz, al menos en lo que a mí concierne.

-Cuando dice: «Si todo va bien», ¿se refiere a la aparición de Lens Larque en Estremont?

-Exacto.

Addels meneó la cabeza con brusquedad.

-Lamento decírselo, pero persigue una quimera. Lens Larque puede ser maniático, brutal, tortuoso... pero no estúpido.

-Bien, ya veremos. Y ahora perdóneme; es la hora de comer del presidente Dalt.

A la hora en punto, el presidente Dalt entró con aire majestuoso en el restaurante del Domus; rígido, grave, un hombre de piel blanquecina y negros rizos que enmarcaban su rostro austero e inexpresivo. Su vestimenta recreaba la elegancia de varias décadas atrás. Todas las cabezas se volvieron para observar como el implacable jurista cruzaba la sala en dirección a su mesa.

Tomó una frugal colación de ensalada y pollo frío, y luego se hundió en ominosa meditación sobre la taza de té. Un hombre delgado de estatura mediana que estaba sentado al otro extremo del comedor avanzó hacia su mesa.

-¿Presidente Dalt? ¿Puedo acompañarle unos minutos?

El presidente Dalt miró de arriba abajo al que había hablado, y luego respondió con voz seca y calculada:

-Si es periodista, no tengo nada que decir.

El otro hombre rió cortésmente, como si hubiera escuchado una pequeña broma.

-Me llamo Ottile Panshaw y, desde luego, no soy periodista. -Se sentó sin más preámbulos en la silla opuesta a la del presidente Dalt-. Mañana se celebra la audiencia del Banco de Cooney contra la Etúlia Gargantyr et altri. ¿Consideraría inapropiado que habláramos del caso? El presidente Dalt estudió a Ottile Panshaw y vio a un hombre maduro, flaco, de gran cabeza, facciones bien conformadas y expresión benévola. Llevaba un elegante traje en tonos ciruela y ocre.

Panshaw sostuvo la mirada del presidente con aplomo.

-¿Cuál es su papel en el caso? -preguntó al fin el presidente Dalt.

-En cierto sentido soy socio del acusado, pero no es mi intención entrometerme. El caso es tan extraordinario que conviene que ciertos elementos no sean presentados formalmente, si bien podrían arrojar luz sobre su visión de conjunto.

El presidente Dalt entornó los ojos levemente; adoptó una expresión más inescrutable que de costumbre.

-No me interesan los intermediarios.

-Es obvio. Tenga la seguridad de que sólo deseo esclarecer ciertos datos fundamentales; hablarán por sí solos.

-Muy bien, prosiga.

-Gracias, señor. Para empezar, represento al propietario de la Etttlia Gargantyr. La nave está alquilada a la Compañía de Transportes Hector, filial de la Kotzash, una compañía de la que soy director geren te. Hasta aquí todo está bien, pero resulta que el propietario real de la nave es un tal Lens Larque. ¿Le suena el nombre?

-Es un famoso criminal.

-Exacto. Le resultaría enojoso presentarse ante un tribunal de Vega e identificarse. De hecho, la idea es extravagante. Por lo tanto, sugiero que se acepte mi testimonio, el de propietario en funciones, en lugar del de Lens Larque.

El pálido rostro del presidente Dalt no se alteró en lo más mínimo.

-En la audiencia preliminar dictaminé que únicamente el propietario de la nave en el momento del supuesto delito podía prestar una declaración pertinente. No veo motivos para cambiar de opinión. La peculiaridad del testigo es marginal, y no afecta al dictamen.

-En efecto -asintió Ottile Panshaw con una mueca de pesar-. Su punto de vista es que si Lens Larque deseara prestar declaración ante un tribunal vegano, no se habría convertido en un criminal.

El fantasma de una sonrisa aleteó en los labios del presidente Dalt.

-Exacto. El tribunal reanuda la sesión mañana. ¿Irá a testificar ese tal Larque?

-¿Puedo preguntar si nuestra conversación es extraoficial y confidencial? -dijo Ottile Panshaw bajando la voz.

-¡No puedo asumir ese compromiso!

-En tal caso, no le diré nada.

-Su conducta es muy expresiva. Sospecho que la persona de la que hablamos no se halla muy lejos.

-Planteemos una hipótesis: si Lens Larque estuviera aquí, ¿aceptaría tomarle declaración *in camera?*

El presidente Dalt enarcó las cejas.

-Espero que acuda a testificar para esclarecer su caso. Es de conocimiento público que ha robado, torturado y asesinado; le costará muy poco cometer perjurio. ¿Aportará pruebas a su declaración?

-Usted y yo, señor -rió suavemente Ottile Panshaw-, a pesar de nuestras diferencias, somos seres humanos normales. Lens Larque es muy distinto. No osaría pronosticar su declaración. Las pruebas pueden o no existir. En su dictamen del otro día, usted señaló que sólo necesitaba el testimonio del propietario.

-Es evidente que el caso del Banco de Cooney contra la *Ettilia Gargantyr* se sale de lo corriente. El único modo de aplicar la mayor equidad posible consiste en dejar de lado los antecedentes de los actores. Me he impuesto como objetivo juzgar cada caso ateniéndome a los hechos desnudos. Sin embargo, pese a mi inclinación por los procedimientos formales, me comprometo a escuchar el testimonio de ese hombre *in camera.* Tráigale a mis aposentos dentro de dos horas. Tomo esta decisión extrema en interés de la imparcialidad y la equidad.

-¿Será tan amable de venir conmigo a un lugar que yo elegiré? -sonrió tímidamente Ottile Panshaw.

-Por supuesto que no.

-Ha de comprender el azoramiento de esa persona.

-Si hubiera llevado una vida sin mácula, podría caminar sin temor.

-Oh, ya lo hace. -Ottile Panshaw se levantó y titubeó unos segundos. Su boca dibujó una mueca tragicómica-. Haré lo que pueda.

La suite del presidente, la más elegante y exquisitamente amueblada del Domus, incluía una salita para recibir visitas, amueblada con piezas antiguas del estilo conocido como Dravan Commandeer. El presidente se sentó en una enorme butaca. Había optado por vestir su indumentaria oficial para realzar la solemnidad de la ocasión. Su rostro, blanco y cadavérico, con sus descarnadas mejillas, la fuerte mandíbula y la nariz corta y recta, contrastaba con los espesos rizos negros de la peluca ceremonial. Las manos del presidente, recias y huesudas, de dedos largos y estrechos, parecían un poco incongruentes; parecían las manos de un hombre activo, acostumbradas a manejar herramientas y armas.

Jehan Addels estaba sentado en el extremo opuesto de la salita, y su postura evidenciaba un acusado nerviosismo; habría preferido hallarse en cualquier otro sitio.

Sonó un timbre; Addels se puso en pie, salió al recibidor y apretó un botón. La puerta se deslizó a un lado para dar paso a Ottile Panshaw y a un hombre alto y corpulento, ataviado con una capa blanca. La capucha revelaba un rostro aplastado y redondeado de piel broncínea, nariz prominente, labios gruesos y ojos negros.

-Ya conoce al abogado de la parte demandante -dijo el presidente Dalt a Ottile Panshaw-, el honorable Jehan Addels. Puesto que resulta concebible que todos los problemas puedan resolverse aquí y ahora, consideré apropiado informarle de nuestro encuentro.

Ottile Panshaw imprimió a su cabeza una rápida inclinación.

-Lo comprendo, señor presidente. Permítame presentarle al acusado del caso. No mencionaré su nombre; no hay necesidad de molestar a nadie...

-Al contrario -replicó el presidente Dalt-, precisamente estamos aquí para que las identidades sean autentificadas y para responder con precisión a las preguntas que se formulen. Usted, señor, ¿cómo se llama?

-He usado muchos nombres, presidente. Adquirí la nave *Exilia Gargamyr* bajo el nombre de «Lens Larque». Durante todo el tiempo que la he poseído, no he cometido actos influidos por la maldad o la venganza. Soy inocente de los cargos que me imputa el Banco de Cooney, lo juro.

-Son necesarios algo más que juramentos en casos como éste -dijo el presidente Dalt-. Abogado, sea tan amable de llamar al secretario. Jehan Addels abrió una puerta lateral; el secretario general entró en la salita, empujando un instrumento montado sobre ruedas.

-Secretario, permita que estos caballeros demuestren la autenticidad de sus declaraciones -dijo el presidente.

-En seguida, su señoría. -El secretario deslizó la máquina hacia el hombre de la capa blanca-. Señor, éste es un aparato inofensivo que capta las emanaciones cerebrales. Observe este indicador luminoso; la verdad enciende una luz verde, y la mentira una roja. Aplicaré el registrador a su sien; permítame que le suba la capucha.

El hombre dio un paso atrás, irritado, y cuchicheó con Ottile Panshaw, que se encogió de hombros con una media sonrisa, cabizbajo. El secretario le alzó la capucha con cuidado, y aplicó un parche adhesivo a la rojiza sien.

-Abogado Addels -dijo el presidente Dalt-, haga sus preguntas, pero sólo a efectos de comprobación de la identidad y los motivos en el momento del presunto delito.

-¿Puedo sugerir, su señoría -dijo Ottile Panshaw con voz sedosa-, que haga usted las preguntas a fin de conseguir la máxima imparcialidad?

-Mi única intención es esclarecer la verdad. En tanto el abogado Addels persiga la verdad, todos daremos nuestra aprobación. Abogado, haga sus preguntas.

-Señor, ¿declara que su nombre es Lens Larque?

-Sí, ése es el nombre con el que se me conoce. La luz verde brilló en el indicador.

-¿Cuál es su nombre real?

-Lens Larque.

-¿Desde cuándo?

-¡Su señoría -exclamó Ottile Panshaw-, el hecho ha sido aclarado y verificado por el indicador! ¿Es necesario proseguir este estéril interrogatorio?

-Su señoría, declaro que la identificación todavía no es definitiva.

-Estoy de acuerdo. Continúe.

-Muy bien. ¿Dónde nació?

-En Dar Sai. Soy darsh.

Una sonrisa presuntuosa ensanchó la boca del hombre.

-¿Y cuál fue su nombre de pila?

-Esa cuestión es irrelevante.

La luz roja parpadeó, y después brilló la verde.

-Qué extraño -musitó el presidente. Se decidió a formular él mismo la pregunta-: ¿Desde cuándo se le conoce como Lens Larque?

-Eso no es importante.

La luz roja se encendió.

-¿Alguien le ha adjudicado recientemente, digamos hace una o dos semanas, el nombre «Lens Larque»?

Los ojos del darsh parecieron salirse de las órbitas, y sacudió los hombros.

-Esa pregunta es insultante.

-No me gusta su tono. -El presidente Dalt se inclinó bruscamente hacia adelante-. O usted es Lens Larque y vamos al meollo del caso, o no lo es, y usted y el señor Panshaw han cometido un delito muy serio.

-Esto es una farsa -gruñó el darsh-. Acepten el hecho de que soy Lens Larque y hagan sus preguntas.

-Si usted es Lens Larque, respóndame a esto -dijo el presidente Dalt con ojos centelleantes-: ¿Quiénes eran sus cómplices en el ataque a Monte Agradable?

-Bah, olvidé esos detalles.

-¿Qué le sugiere el nombre «Husse»?

-Nunca recuerdo los nombres.

-Tal vez, pero usted no es, evidentemente, Lens Larque. Por última vez, declare la identidad bajo la que ha vivido durante los últimos veinte años.

-Soy Lens Larque.

La luz roja se encendió en el indicador.

-Y yo les acuso a usted y a Ottile Panshaw de conspiración, perjurio y fraude. Secretario, ponga a esos hombres bajo arresto. Enciérrelos en celdas separadas.

El secretario hinchó los carrillos y avanzó con cautela.

-Desde este momento considérense detenidos. ¡Quietos! ¡Ni un movimiento! ¡Represento todo el peso de la ley vegana!

Los ojos de Ottile Panshaw expresaron profunda tristeza y preocupación.

-Señor presidente, le suplico comprensión. ¡Tenga en cuenta las especiales circunstancias!

-Acaba de causar un profundo perjuicio a su caso -habló con frialdad el presidente Dalt-. Estoy dispuesto a fallar a favor de los demandantes, a menos que Lens Larque se presente de inmediato. Puede usar ese teléfono para llamarle. Estoy harto de tretas.

Ottile Panshaw exhibió su triste y tortuosa sonrisa.

-Lens Larque es famoso por sus tretas. -Hizo una pausa y después prosiguió en un tono casi confidencial-: Le aseguro que el Banco de Cooney jamás tendrá el placer de llevar a Lens Larque ante los tribunales.

-¿Que significan sus palabras?

-Las naves desaparecen. No de una, sino de muchas maneras. ¡Recuerde las tretas! Le ruego que acepte mis más sinceras disculpas y nos deje marchar.

-¡Alto! -gritó el secretario-. ¡Están bajo mi custodia! El darsh miró a Ottile Panshaw.

-¿Todos ellos?

Panshaw se encogió ligeramente de hombros, de lo que el darsh pareció extraer la información que necesitaba. Dio un paso atrás y sacó un instrumento peculiar: un mango de treinta centímetros de largo terminado en una pequeña bola de púas. El secretario general se dio la vuelta, aterrorizado, y corrió hacia la puerta. El darsh balanceó el mango y arrojó la bola de púas contra la nuca del secretario; éste alzó los brazos y se desplomó. El darsh se volvió sin alterar el rítmico movimiento, balanceó el mango y disparó la bola contra el presidente Dalt. Jehan Addels emitió un grito de rabia y se lanzó hacia adelante, pero Ottile Panshaw le puso la zancadilla. El presidente Dalt había saltado a un lado; el proyectil golpeó la pared que tenía detrás. Agachó la cabeza y avanzó corriendo; sus ropas negras revolotearon, y su rostro blanco asomó bajo los rizos negros. El darsh dio un paso atrás y esgrimió el mango. El presidente Dalt asió el brazo alzado, propinó al hombre una patada en la rodilla, y hundió un codo en la fuerte mandíbula rojiza. El darsh cayó al suelo. El presidente se apoderó del mango y lo arrojó lejos de su alcance; el darsh se incorporó a medias y le arrastró al suelo. Se revolcaron por la estancia, un amasijo de ropas blancas y negras, como dos monstruosas mariposas blancas y negras. Ottile Panshaw saltaba de un lado a otro con una diminuta pistola en la mano. Miró en dirección a Jehan Addels, quien al instante se parapetó detrás de un sofá. Panshaw dio media vuelta y contempló con asombro cómo el apático y elegante jurista rompía primero la muñeca y luego la mandíbula al darsh, para extraer a continuación un brillante estoque negro y hundirlo en la nuca del darsh.

Ottile Panshaw apuntó con frialdad su pistola. Jehan Addels, que le observaba desde detrás del sofá, chilló y le arrojó un jarro de bronce. El presidente Dalt fue en busca del arma del darsh. Ottile Panshaw caminó con serenidad hacia la puerta, hizo una reverencia, y se marchó con el aplomo de un prestidigitador consumado.

El presidente apartó el cuerpo del darsh y se puso en pie. Jehan Addeis salió de su escondite.

-¡Qué situación tan espantosa! -exclamó Addels-. ¡Si nos descubren con esos cadáveres nos encarcelarán para siempre!

-Lo mejor será que nos vayamos. Es la solución más sensata.

El presidente se quitó la peluca y los ropajes negros. Contempló los cadáveres con semblante sombrío.

-Qué desastre. El plan ha fallado. -Indicó el bulto informe que una vez había sido el secretario general-. Encárguese de su familia; es lo menos que podemos hacer.

-Temo por mí y por mi familia -se estremeció Addels-. ¿Cuándo acabará esta violencia? Mire esos cadáveres; ¡somos tan vulnerables! ¡Y Panshaw puede dar la alarma de un momento a otro!

-En efecto. Es hora de que el presidente Dalt se disuelva en la nada. Una pena; era un tipo admirable, con estilo y elegancia. ¡Adiós, presidente Dalt!

-Bah -murmuró Addels-, usted parece más un actor de teatro que un asesino, o lo que pretenda ser. ¿Nos vamos a quedar aquí para siempre? Las mejores mazmorras son las de Maudley; las de Frogtown Holes son mucho peor.

-Confío en no visitar ninguna. -Gersen tiró a un lado la peluca y el atavío-. Larguémonos.

Ya en sus aposentos, se quitó el tinte para piel blanco; después, ante la mirada desaprobadora de Addels, adoptó su vestimenta ordinaria. Addels no consiguió contener su curiosidad.

-¿Adónde va ahora? Cae la noche; ¿nunca piensa en descansar? Gersen se ciñó sus armas, y respondió, casi disculpándose:

-¿No oyó las insinuaciones de Panshaw? ¿Cómo llegó a considerar el Banco de Cooney a la *Exilia Gargantyr* un negocio provechoso? ¿Hasta qué punto son famosas las tretas de Lens Larque? No cabe duda de que Lens Larque está cerca. Me gustaría ser testigo de sus argucias.

-¡Aborrezco tamaña curiosidad! ¡Cuando me acuerdo de lo que he presenciado, se me hiela la sangre en las venas! Admito que soy un hombre de leyes y un experto en cuestiones financieras, pero mi desprecio hacia la ley no pasa de determinados límites. Necesito tiempo para descansar. He de recuperar mi percepción de la realidad. Le deseo buenas noches.

Jehan Addels salió de la suite.

Gersen lo hizo cinco minutos después. El Domus continuaba tan tranquilo como siempre; resultaba evidente que Ottile Panshaw no había levantado la liebre.

Gersen se dirigió a la calle, y llamó a uno de los venerables simones tradicionales en la ciudad.

-Al espaciopuerto de Slayhack, tan rápido como pueda.

-¡Sí, señor!

El simón recorrió la Explanada y dobló por la calle Pilkamp. El resplandor del crepúsculo se desvaneció a lo largo del trayecto, y el ocaso se reflejó sobre el lago Feamish. Cruzaron Moynal y Drury, penetraron en Wigaltown, y Gersen divisó a lo lejos el letrero de La Sombra de Tintle. Las ventanas superiores estaban adornadas con luces rojas y amarillas que producían sombras fugaces: ¡Diviértase esta noche en La Sombra de Tintle! Pasaron de Wigaltown a Dundivy, después a Gara y llegaron por fin a Slayhack, donde los faros del espaciopuerto iluminaban el cielo. Gersen se inclinó hacia adelante en su asiento, como tratando de aumentar la velocidad del viejo simún con la simple fuerza de su voluntad... Una explosión de luz, un súbito resplandor blancoamarillento, rasgó los cielos, y segundos más tarde se escuchó un estruendo ensordecedor. Desde el vehículo, Gersen vio fragmentos negros surcando el haz de luz, y su imaginación los transformó en restos humanos.

La luz se difuminó en una nube de oscuro humo.

-Señor, ¿qué hacemos? -gritó el cochero, atemorizado.

-¡Siga adelante! -gritó Gersen, y luego-: ¡Deténgase aquí!

Bajó del simón y contempló la pista de aterrizaje. En el espacio que había ocupado la *Ettilia Gargantyr* sólo se veían fragmentos dispersos. Gersen permaneció inmóvil, lleno de rabia y consternación. «Era de esperar -se dijo con los dientes apretados-. ¡Liquida la nave y el proceso al mismo tiempo, y cobra el seguro! ¡Ottile Panshaw no ha descuidado ningún detalle!»

-Me he vuelto blando -murmuró-. ¡Estoy perdiendo facultades! -Dio media vuelta, disgustado, y volvió al vehículo-. ¿Puede dejarme en la pista?

-No, señor -respondió el conductor-, está prohibido.

-Entonces siga un poco más por la carretera.

El simón bordeó la pista. Gersen divisó a un grupo de hombres, aparentemente asustados o histéricos, parados en el área iluminada junto a los talleres de reparaciones.

-Desvíese por esa carretera adyacente hacia los depósitos -ordenó Gersen al conductor.

-No puedo salir de la carretera, señor.

-Muy bien; espéreme aquí.

Gersen saltó al suelo.

Una camioneta surgió de la parte trasera de los talleres y cruzó a toda velocidad, con movimientos erráticos, la pista hacia la carretera de acceso. Los hombres parados frente a los talleres reaccionaron al instante. Algunos les persiguieron a pie, otros saltaron sobre los vehículos cercanos y empezaron la persecución. La camioneta entró en la carretera de acceso y aceleró. Gersen distinguió claramente la cara del conductor cuando pasó bajo un faro, grande, rojiza, congestionada y de ojos redondos como huevos; la cara de Tintle. Perdió el control de la camioneta y se precipitó en la cuneta. En vehículo saltó, traqueteó, osciló a un lado y dio una vuelta de campana. Tintle, pataleando y chillando, salió volando por los aires; cayó de costado y quedó inmóvil unos instantes. Luego, con grandes esfuerzos, se irguió, echó una mirada furibunda por encima del hombro y empezó a cojear hacia la carretera. Sus perseguidores le dieron caza bajo uno de los faros y, en el círculo de luz blancoazulada, le golpearon contundentemente con los puños y con instrumentos metálicos. Le patearon la cabeza y el cuerpo hasta que Tintle, ensangrentado y desfigurado, murió.

Gersen llegó al lugar de los hechos, y preguntó a un joven que llevaba un mono de mecánico:

-¿Qué pasa aquí?

El aludido le miró, entre temeroso y desafiante.

-¿No ve el desastre? ¿Se ha fijado en aquel amasijo? ¡Ese hombre lo voló, junto con media docena de nuestros compañeros! Se metió sin pestañear con el camión bajo la escotilla de carga, y depositó una caja llena de explosivos. Se alejó, y un minuto más tarde la onda expansiva nos arrojó a casi todos al suelo, incluso a los que estaban junto a los talleres. Había cuatro guardias a bordo y seis hombres del turno de día que se iban a su casa. ¡Todos muertos en la explosión! -Transtornado por la indignación y el dramatismo de la situación, el mecánico empezó a gritar-: ¿Y aún se atreve a preguntarme por qué cogimos a ese canalla?

Gersen dio media vuelta sin molestarse en responder. Volvió al Simón, donde el conductor aguardaba nerviosamente en la oscuridad.

-¿Adónde vamos ahora, señor?

Gersen dirigió una última mirada a la pista de aterrizaje. A la luz de los focos, el grupo de hombres seguía gritando y gesticulando alrededor del cadáver de Tintle.

-Volvamos ala ciudad.

El taxi se alejó de Slayhack, continuó hacia el sur por la calle Pilkamp, cruzó Gara y Dundivy. Gersen miraba fijamente hacia adelante. Las luces de la calle dibujaban una línea curva luminosa, que se alargaba hasta la Ciudad Vieja. Un letrero interrumpió las cavilaciones de Gersen: La Sombra de Tintle. Luces de colores y sombras movedizas resbalaban por las ventanas superiores. Esta noche, mientras Tintle yacía muerto en Slayhack, La Sombra de Tintle bullía de jovial actividad.

Un pavoroso pensamiento rozó el cerebro de Gersen. Se debatió en la duda durante un instante y luego ordenó al conductor que se detuviera. -Espéreme; no tardaré mucho.

-Sí, señor.

Gersen cruzó la calle. Rumores ocasionales surgían de La Sombra de Tintle; música de flautas y gritos de regocijo. Gersen empujó la puerta. La anciana vestida de negro le contempló con estupor, pero no pronunció ni una palabra.

Gersen subió por la escalera que conducía al primer piso. Se encontró frente a una triple fila de cuerpos alineados, cabezas y hombros hundidos, recortados contra la luz rosada del fondo.

Un espectáculo tenía lugar en el centro de la estancia. Dos músicos, subidos sobre una plataforma, tocaban tambores y flautas. Por encima de las cabezas calvas divisó a un joven envejecido prematuramente que jugueteaba con un muñeco de goma. Iba disfrazado de mujer darsh. Cantaba con voz nasal, casi sin respirar, en el dialecto darsh[10], que Gersen no llegaba a entender del todo:

Primero vi la luz de La Sombra de Gaggar detrás del nefar;

me dieron cerveza de barril y buen ahagarí.

Mi colgante se enredó en todas partes,

para desespero de los hablantes.

Una kitcheta[11] cruzó el umbral;

el vestido le apretaba aquí y allá.

Tachín, tachín, tarara, tarará.

Los eones transcurridos

no son más que tiempo perdido.

Vi a una chelta vestida de nativa,

y me embargó una gran alegría.

La despiada criatura se mofó y burló

de mi tímida proposición.

Cada día perseguía a las cheltas

y acechaba de noche en las tinieblas,

cavilando adónde iban las kitchetas

cuando Mirassou iluminaba las laderas.

Tachín, tachín, tararí, tarará.

Aunque descaradas, no llevan bigote las chepas,

y sólo uno les crece a las kitchetas.

Oh, ¿adónde irán las kitchetas por la noche a pasear?

[10] Los hombres y las mujeres darsh emplean dialectos diferentes, ricos ambos en insultos. En la canción se emplea la jerga de los varones.

[11] Una chica joven es una «chelta». Tras la adolescencia, y hasta que le crece el bigote al cabo de unos seis a ocho años, es una «kitcheta». A partir de ese momento se le pueden adjudicar innumerables epítetos, por lo general despreciativos. Las mujeres emplean un conjunto de términos equivalentes referidos a los hombres.

Oh, ¿qué aleja a esos pimpollos de La Sombra de Gaggar?
Van a la fuente de Dobbin; la calle Knobkelly ascienden;
sobre Bagshilly Sand las tiernas kitchetas convergen.
Tachín, tachín, tararí, tarará.
¡Terrible sensación la de competir con el sexo femenino!
Cuando me hice adolescente y Mirassou brillaba en toda regla,
a la llanura de Bagshilly fui para atrapar a una kitcheta,
pero quien me atrapó fue la vil khoonz que aterrorizaba el lugar
con su vientre abombado, monstruoso culo y repugnante faz.
Tachín, tachín, tararí, tarará.
¡Terror y espanto bajo la luz de la luna en la llanura de Bagshilly!
Me zarandeó de un lado a otro, jugó con mi terror;
con loción escrofulosa mis partes masajeó.
Me puso en un dilema y me produjo gran consternación.
No me soltó hasta que el día amaneció.
Tachín, tachín, tararí, tarará.
Erguido y pálido me arrastré hasta La Sombra de Gaggar.
Ahora que soy más valiente, voy a donde quiero.
Me ligo a las kitchetas siempre que deseo.
Sereno y alegre hacia la llanura de Bagshilly caminé;
¡quién, sino la misma khoontz, me pilló otra vez!
Tachín, tachín, tararí, tarará.
Sereno e imperturbable caminé por la arena hacia un destino atroz.
Me adentraré en los pantanos más tenebrosos,
exploraré los helados polos,
retaré a quince campeones de hadaul sin más,
pero a la llanura de Bagshilly nada me hará regresar,
temeroso de que la vil khoontz me coja otra vez.
Tachín, tachín, tararí, tarará.
A la llanura de Bagshilly nunca más volveré.

El público coreaba los versos en medio de aplausos, risas y chillidos vibrantes.

Gersen se deslizó por detrás de los espectadores hasta la cocina, desde donde se podía presenciar mejor el espectáculo. Algunos de los presentes lucían vestimentas típicas de Vega, mientras que otros llevaban la túnica blanca y el thabbat de los darsh. Dos hombres, sentados ante una mesa al otro lado de la sala, llamaron la atención de Gersen; uno, grueso y curiosamente rígido,

y el otro, de menor envergadura, le daba la espalda a Gersen y hacía gestos breves y tímidos mientras hablaba.

Alguien empujó a Gersen y le apartó a un lado; Gersen contempló la sardónica faz de la señora Tintle.

-¿Así que es usted, el arrojado periodista? ¿Vino a buscar a su amigo?

-¿A qué amigo se refiere? -preguntó Gersen con afabilidad.

La señora Tintle insinuó una sonrisa maliciosa que movió más su bigote que su boca.

-No lo sé. Todos me parecen iskish[12], pero, con paciencia, quizá le encuentre. ¿O acaso ha venido para ver a Ned Ticket?

-No del todo. Pensé que tal vez podría hablar con usted, en relación a lo que acordamos el otro día. Por ejemplo, ¿los de esta noche son todos clientes habituales? ¿Quiénes son aquellos dos hombres que están sentados al otro lado de la sala?

-Extranjeros recién llegados de Dar Sai. ¿Son los conocidos que buscaba?

-Con tan poca luz no me atrevería a asegurarlo.

La sonrisa de la señora Tintle se transformó en una mueca de disgusto.

-¿Y por qué no va a presentarles sus respetos?

-Una buena idea. Lo haré dentro de poco. ¿Sabe algo de Tintle? Le enviaron a un recado.

-¿Usted cree? Tintle se está volviendo loco de remate. Anoche bailó y se mostró muy ágil.

El cantante terminó la canción entre el fragor de los aplausos. La señora Tintle aspiró en señal de desagrado.

-La vil khoontz, ¿verdad? ¡No tema! En el piso de las mujeres comemos ahagaree fresco y entonamos *Tobo, el tirano tembloroso.* Es un buen contrapunto. ¿Qué viene a continuación? Ned Ticket. Observe con atención; ¡lo pasará en grande!

La señora Tintle se alejó, abriéndose paso a codazos entre los espectadores sin molestarse en pedir disculpas. Gersen miró de nuevo a los dos hombres que había al otro extremo. El más delgado debía de ser Ottile Panshaw, pero el otro... Un redoble de tambor. Un hombre alto y delgado de largas piernas salió corriendo al escenario, vistiendo un traje ajustado negro y mostaza. Tenía los brazos descarnados y nervudos; su larga nariz pendía sobre una barbilla también larga y puntiaguda. Blandía un látigo, cuyos chasquidos puntuaban sus palabras.

-¡Hola, hola, es hora de divertirse! Soy Nikity Ticket. Probé el agua por primera vez en la fuente de Wabbers. Roly Tatwyn me enseñó el arte de la flagelación. Mi látigo se llama «Zumbido»; nunca está cansado, de modo que..., ¿quién quiere bailar? ¿Quién brincará al son del látigo? ¡Exquisito y delicado! ¡Aquí llegan nuestros bailarines!

Gersen seguía contemplando, distraído, a los dos hombres sentados al otro lado de la sala. Uno era Ottile Panshaw; el otro -apenas se atrevía a pronunciar el nombre en su mente-, ¿sería Lens Larque?

La señora Tintle salió de un reservado situado detrás de los dos hombres. Se detuvo a su lado, en una postura a la vez deferente y desdeñosa. Se inclinó hacia adelante, empezó a hablar e hizo un gesto con el pulgar. Los dos hombres volvieron la cabeza hacia Gersen, que había tomado la precaución de retroceder hacia una zona menos iluminada.

[12] *Iskish: en* la jerga de los darsh, cualquier extranjero.

-¡Hola, hola, hola! -gritó Ned Ticket a los bailarines. Hizo chasquear el látigo cerca de sus pies, produciendo sonidos secos y restallautes-. ¡Con brío ahora, con brío! ¡Un saltito y una patadita, así, enseñadnos los talones y exhibid las dianas! -Los bailarines llevaban pantalones cortos ajustados, con discos escarlata cosidos en el trasero. Dos de los bailarines eran muchachos darsh; el tercero era Maxel Rackrose, que bailaba con agilidad-. ¡Hale, hop! -gritó Ned Ticket-. ¡Así es como bailamos en La Sombra de Docdam! ¡Un toque de ternura del dulce látigo, el lustroso, flexible y dulce látigo! ¡Hurra! ¡Un chasquido, y otro y otro y otro! ¡Saltad ahora, con vigor! ¡Estamos en un alegre tiovivo! ¡Giro y paso, vuelta y paso, y una pizca de látigo! ¡Oh, por mi alma, qué hermosa y elegante danza! ¡Estamos verdaderamente alegres! ¡Salto y brinco, y chasquido, chasquido, chasquido! Bah, ¿tan pronto? ¿Por qué queréis estropearla diversión? Un chasquido y un chasquidito, justo en la diana; arriba ahora, girad como un hada encantadora. ¿Cansancio? ¡Patrañas! Arriba, adelante con el baile; ¡no podemos terminar tan pronto! ¡Arriba! Doblaos e inclinaos; ¡una sonrisa y una lágrima, a ver si hacemos diana...! Una pausa para descansar. -Ned Ticket se volvió para hacer una reverencia al hombre sentado junto a Ottile Panshaw-. Señor, su látigo es famoso; ¿quiere unirse al baile?

El hombre corpulento denegó con la cabeza.

-¡Necesitamos bailarines nuevos, diestros y voluntariosos! -gritó Ottile Panshaw-. ¡Hay uno cerca de la cocina, un espía iskish! ¡Sacadle al escenario!

-¡Rackrose, por aquí, rápido! -gritó a su vez Gersen.

Rackrose, con los ojos vidriosos y jadeante, volvió la cabeza y renqueó hacia Gersen.

-¡Todavía no! -aulló Ned Ticket-. ¡Sacadles a bailar!

Gersen presintió algo detrás de él; la señora Tintle tenía los brazos extendidos para empujarle. Gersen se hizo a un lado, la cogió y la arrojó hacia el escenario. Sacó su pistola y disparó contra el estómago del hombre corpulento. Alguien desvió su brazo y la bala erró el blanco. Un puñetazo le arrebató la pistola; sombras oscuras se precipitaron sobre él. -¡Rackrose! -vociferó Gersen-. ¡Por aquí, rápido!

Una figura colosal se aplastó contra Gersen; éste asestó a su agresor un golpe en la nuca. Le esquivó y hundió el codo en un estómago cercano. Se calzó un guante metálico en la mano izquierda y blandió un cuchillo con la derecha. Alguien le volvió a pegar; Gersen le retorció el brazo, y el asaltante emitió un jadeo agónico a medida que las fuerzas le abandonaban. Gersen se abrió paso a cuchilladas hasta Rackrose, le arrastró hacia la cocina, pero incluso en esta situación retrocedió ante el hedor a aceite. Cuatro mujeres les increparon. Gersen asió un caldero de salsa hirviente y lo arrojó en dirección a la sala, levantando gritos de dolor. La señora Tintle, los ojos llameantes, entró por una puerta lateral que daba a la escalera. Agarró a Gersen por detrás y lo estrechó contra su cuerpo.

-¡Mujeres! -aulló-. ¡Traed el aceite! ¡Preparad los ralladores! ¡Vamos a freír en el horno a este espía iskish!

Gersen le asestó un puñetazo con el guante metálico; la señora Tintle gritó, se tambaleó y cayó rodando por la escalera. Gersen volcó sobre las mujeres un estante lleno de comida, y le hizo una señal a Rackrose. -¡Dése prisa!

Bajaron corriendo la escalera y saltaron sobre la forma inerte de la señora Tintle. La mujer que servía cervezas les miró con estupor.

-¿A qué viene tanto estrépito?

-La señora Tintle ha sufrido una caída -explicó Gersen-. Será mejor que se ocupe de ella. Venga, Rackrose, volvamos a nuestras ocupaciones.

Gersen echó una última mirada a la escalera. El hombre corpulento les apuntaba con una pistola desde el rellano. Gersen saltó a un lado, esquivando la bala, y le arrojó el cuchillo. Era un mal ángulo; el cuchillo, en lugar de clavarse en la garganta del hombre, le cercenó el lóbulo colgante.

El hombre gritó de rabia y disparó de nuevo, pero Gersen y Rackrose ya estaban fuera. Corrieron por la calle Pilkamp hasta el taxi.

-¡Rápido, vuelva a la ciudad a toda velocidad! -ordenó Gersen-. ¡Los darsh se han vuelto locos!

El taxi partió en dirección al sur. Nadie les persiguió. Gersen se derrumbó en el asiento.

-Estaba allí... Dos veces intenté matarle, y dos veces fallé. El plan funcionó bien; tragó el anzuelo..., pero fallé dos veces.

-No sé de qué está hablando -gruñó Rackrose-. Le comunico lo siguiente en este mismo instante: no pienso seguir ayudándole. El sueldo... -Rackrose habló con un tono de sarcástica delicadeza-... no está a la altura de mis obligaciones.

Gersen no estaba de humor para bromear con Rackrose.

-Salió con vida; considérese afortunado.

Rackrose gimió y cambió de postura con evidente dolor.

-A usted le resulta muy fácil hablar. ¡No estuvo bailando con Ned Ticket! ¡Qué asunto tan repugnante!

-Me ocuparé de que le recompensen -suspiró Gersen-. Alégrese de los latigazos; gracias a ellos ganará dinero.

-¿Quién era el hombre grande que vestía como un darsh? -preguntó al cabo de un rato Rackrose.

-Lens Larque.

-Usted intentó matarle.

-En efecto. ¿Porqué no? Fallé, mala suerte.

-Es usted un periodista muy peculiar.

-No le quepa duda.

Tres días más tarde, Jehan Addels se puso en contacto con Gersen mediante el comunicador. Al advertir la expresión cuidadamente serena que mostraba en su rostro, Gersen adivinó que iba a oír noticias significativas.

-En relación a la Ettilia Gargantyr -dijo Addels con voz tan seca como crispada-, la nave fue completamente destruida. El caso del Banco de Cooney contra la Ettllia Gargantyr queda sobreseído.

-Así lo imaginé.

-En seguida me puse a pensar en la cuestión del seguro -prosiguió Addels-. Hicimos averiguaciones sobre la compañía de seguros, la cobertura de la póliza y, por supuesto, el beneficiario. Han surgido a la luz algunos hechos que tal vez le interese conocer.

-Desde luego. ¿Cuáles son estos hechos?

-La póliza fue suscrita hace sólo tres semanas por un valor total equivalente, o incluso superior, a los gastos de restitución de la nave y de su carga. La compañía aseguradora es la

Compañía de Seguros de Cooney, una filial del Banco de Cooney en Thrump, en el planeta de David Alexander. La parte asegurada, la Agencia Kotzash de Serjeuz, Dar Sai, ha presentado ya la demanda. Siguiendo los criterios de la compañía aseguradora, la indemnización ha sido pagada rápida y religiosamente.

Gersen contempló a Addels con expresión sombría.

-¿Soy dueño del Banco de Cooney?

-Sí, y también de la Compañía de Seguros de Cooney.

-Por lo tanto, he pagado a Lens Larque una enorme suma de dinero.

-Así es.

Gersen, que solía contener sus expansiones emotivas, levantó las manos en el aire, apretó los puños y los dejó caer sobre su cabeza.

-Me tomó el pelo.

-Es famoso por sus jugarretas -asintió Addels.

-Sí, lo sé.

-Un viejo proverbio dice que «El que se acuesta con niños, mojado se levanta». Tal vez debería haber elegido otra cama menos estrecha. -Ya veremos -dijo Gersen-. ¿Está preparado para marehar?

Addels palideció.

-¿Marchar? ¿Adónde?

-A Dar Sai, por supuesto.

Addels entornó los ojos y ladeó la cabeza.

-Importantes asuntos personales impiden que le acompañe en esa empresa. Por otra parte, aunque ya sé que carece de importancia, Dar Sai es un mundo salvaje y violento, en el que no me encontraría muy a gusto.

-Sí, es posible.

-¿Cuándo se marcha? -preguntó Addels al cabo de un momento.

-Esta tarde. No hay nada que me retenga aquí.

-Malgastaría mi aliento recomendándole prudencia, de modo que le desearé buena suerte -replicó Addels con aspereza.

-Seré todo lo prudente que pueda -dijo Gersen-. No tardaré en ponerme en contacto con usted.

Segunda parte: Dar Sai De la Guía turística *de Coranne,* de Jane Szantho:

«Dar Sai, segundo planeta de Coranne, no puede ser considerado un planeta agradable o benigno; de hecho, un observador casual descartaría de inmediato toda posibilidad de que el hombre se instalase en él. Cada hemisferio puede dividirse en zonas igualmente perniciosas. El viento sopla en los polos alrededor de un ciclón perpetuo de aspiración invertida, provocando lluvia, aguanieve y nieve incesantes. Las consiguientes aguas subterráneas se depositan en las Ciénagas, un entorno de limo, légamos ponzoñosos, insectos venenosos e incontables variedades de algas, que llegan a alcanzar la altura de arbustos.

»Desde el norte y el sur de las Ciénagas las aguas afluyen a la Zona Tórrida ecuatorial, llamada el Lomo. Parte del agua se evapora, y parte desaparece bajo la arena.

»El Lomo está totalmente expuesto a la ardiente luz de Cora, y parece un lugar tan insano como cualquier otro de Dar Sai. Suaves vientos variables soplan durante el día, pero por la noche la tranquilidad invade el desierto que, en ese momento, adquiere una extraña belleza.

»Una estrella enana muerta, compañera de Cora en tiempos remotos y conocida posteriormente como Fideske, es la responsable de que el hombre pudiera instalarse en Dar Sai. Hace veinte millones de años, Fideske se desintegró en fragmentos, el mayor de los cuales, Shanitra, gira alrededor de Methel, el tercer planeta, como una luna. Algunos fragmentos forman un cinturón de asteroides; otros se precipitaron sobre Methel y Dar Sai, aportando raros y preciosos elementos de número atómico alto, los duodecimates[13]. Estos elementos se perdieron en el fondo de los mares de Methel, pero en Dar Sai se convirtieron en componentes de las arenas del desierto, que el viento esparce y separa constantemente. Los primeros hombres llegaron a Dar Sai para explotar los filones de duodecimates; con el paso de los siglos dieron lugar a los darsh, un pueblo tan feroz y perverso como el planeta que habita.

»Estos primeros pobladores, en su mayor parte fugitivos, desesperados y vagabundos, descubrieron en seguida que sólo podrían sobrevivir de día con la ayuda de potentes refrigeradores de aire o, en circunstancias más precarias, bajo cobertizos refrigerados con agua destilada. Con las ganancias obtenidas de los duodecimates, los darsh erigieron sus famosas «sombras»: enormes parasoles de ciento setenta metros de alto, que protegían una extensión de diez o quince hectáreas. El agua de las capas subterráneas se bombea hasta la superficie, se distribuye a la periferia y produce cortinas de lluvia, vapores y nieblas frías. Bajo estas sombras viven los darsh. Cultivan alimentos en sus jardines, sintetizan otros, e importan el resto. Las especias que enriquecen su cocina derivan de ciertos tipos de algas pantanosas. Algunas de estas especias (el ahagaree, por ejemplo) alcanzan el mismo valor por peso que un buen duodecimate negro.

»Los habitantes de otros planetas, o iskish, para utilizar la jerga darsh, no encuentran físicamente atractivos a los darsh. Son huesudos, a menudo voluminosos, y en los últimos años de su vida propensos a la

corpulencia. Son de facciones marcadas, y el tono de su piel es de un tosco color roano, con ocasionales matices pizarrosos. Los hombres pierden por completo el pelo en la pubertad. Las mujeres, por el contrario, son hirsutas, y diez años después de la pubertad desarrollan bigote. En esta breve década que separa la pubertad del bigote, las chicas, o kitchetas, alcanzan un cierto grado de atractivo físico, y son muy apreciadas por los hombres darsh de todas las edades.

»El cartilago de las orejas de los darsh se estira con facilidad. Los lóbulos cuelgan flojos y largos, y a veces son adornados con pendientes. Los hombres llevan túnicas blancas y capuchas. Cuando salen de día al exterior, pequeños acondicionadores de aire bombean aire frío bajo estas túnicas. Las mujeres, que nunca abandonan la sombra del día, visten túnicas menos voluminosas en marrón, naranja o mostaza, que contrastan desagradablemente con su tez.

»Los niños darsh no viven en un ambiente afectuoso. Son explotados de todas las maneras posibles, sin recibir gratitud ni cariño, y desarrollan un notable egocentrismo que nada tiene que envidiar a su orgullo,

como si cada uno hubiera apostrofado al Destino: "Me has maltratado y vejado; no me has favorecido en nada, pero he sobrevivido. ¡A pesar de todo, he crecido fuerte y obstinado!".

»El varón darsh designa este orgullo como "plambosh", una ostentación jactanciosa y premeditada, un imprudente desdén por las consecuencias de sus actos, una perversidad que conduce automáticamente al desprecio hacia la autoridad. Si, por un motivo u otro, como la humillación en público, se quebranta o destruye este orgullo, el hombre queda "roto", y a partir de entonces se transforma casi en un eunuco.

»El carácter de las mujeres es más difícil de definir, y adopta la forma de una estudiada inescrutabilidad. A quien desee estudiar la opacidad humana, le bastará con intentar bromear con una mujer darsh. Hombres y mujeres se casan sólo por motivos económicos. La procreación se lleva a cabo mediante procedimientos mucho más complicados, durante paseos nocturnos por el desierto, en especial cuando Mirassou brilla en el cielo. El sistema es sencillo en líneas generales, pero complicado en los detalles. Tanto hombres como mujeres buscan agresivamente pareja. Los hombres abordan muchachas casi adolescentes; las mujeres se apoderan de chicos no mucho mayores. Las mujeres envían chicas

[13] Un término erróneo, pero que ha adquirido gran popularidad.

púberes al desierto para que los jóvenes salgan en su busca. El sistema conlleva permutaciones que no detallaremos aquí. A este respecto, sin embargo, mencionaremos las diversiones relacionadas con la flagelación. Adoptan formas muy elaboradas en las principales ciudades, y no cabe duda de que el visitante de otros planetas que asista a estos extraños rituales experimentará asombro, fascinación y, al mismo tiempo, repulsión. También podríamos hablar del juego darsh llamado *hadaul,* pero es más característico de las sombras del interior.

»Antes de que el lector se forme una impresión negativa de los darsh, conviene plasmar sus virtudes. Son valientes; ningún darsh es cobarde. Nunca mienten, pues comprometerían su orgullo. Son de naturaleza hospitalaria, en el sentido de que ningún viajero desconocido o de otro planeta que llegue a la sombra más apartada dejará de recibir alimentos y albergue, como si le amparara algún derecho. Un darsh puede confiscar, apropiarse o servirse de cualquier objeto que le sea de uso inmediato, pero jamás se rebajará a robar; las pertenencias del visitante se hallan a salvo. Sin embargo, si el visitante descubriera una testada de arena negra, no seria extraño que le robaran y asesinaran. Los darsh admiten que tales actos son crímenes, pero su indignación hacia los causantes es escasa.

»En lo que respecta a la comida darsh, cuanto menos se diga mejor. El viajero debe resignarse a la cocina darsh como si se tratara de una catástrofe natural. Es inútil buscarle algún mérito; los propios darsh saben que es repulsiva, pero da la impresión de que se enorgullezcan de su capacidad para consumirla regularmente.

»Y con esto, amigos viajeros, se habrán formado una sucinta idea del planeta Dar Sai. Es posible que no les guste, pero seguro que no lo olvidarán jamás.»

Gersen hizo la travesía a Dar Sai en un Fantamic Flitterwing de tamaño y apariencia modestos. La ruta cruzaba las regiones más alejadas de Argo Navis, cercanas al límite de Más Allá, una zona que nunca había visitado.

Enfrente brillaba el sol blanco Cora. Gersen localizó en el macroscopio los dos planetas habitados, Methel y Dar Sai.

En *Indicaciones para el tráfico* sólo aparecía una breve referencia acerca de Dar Sai:

Las mayores poblaciones son, por orden de importancia, Serjeuz, La Fuente de Wabber, Dinkelstown y Berfeser. Ninguno de estos lugares depara más que facilidades rudimentarias para la reparación o aprovisionamiento de naves. No hay regulaciones de llegada o de partida; de hecho, no existe ninguna autoridad central. Algunas compañías de Methlen, a fin de proteger sus intereses comerciales, mantienen un cierto tipo de control policial, pero fuera de las cuatro ciudades principales disminuye la influencia methlen. En Serjeuz, un rectángulo pintado en blanco indica la zona de aterrizaje preferida para acceder con mayor facilidad a los almacenes comerciales.

Desde treinta y cinco kilómetros de altura, Serjeuz parecía un diminuto mecanismo perdido en medio de la extensión gris, rosa y amarilla. A medida que Gersen descendía, la luz del amanecer de Cora permitió distinguir más detalles, y Serjeuz se reveló como un amasijo de parasoles que derramaban chorros de agua sobre los bordes.

El fracaso de Rath Eileann había quedado grabado en el fondo de la mente de Gersen como una pequeña y oculta úlcera inflamada. Al contemplar Serjeuz, Gersen experimentó olvidadas emociones: el instinto del cazador, un hormigueo de placer y el temor ante la cercanía de la presa. El hedor de Lens,Larque contaminaba el paisaje. Cien veces se había refugiado del calor bajo los refrescantes parasoles; cien veces, ataviado con su flotante túnica blanca, había cruzado el desierto que separaba Serjeuz de las sombras de Bugold. No era descabellado pensar que en este mismo momento estaría comiendo y bebiendo en alguno de sus locales favoritos, a menos de diez minutos de distancia.

Dos docenas de naves de diferentes clases y características reposaban en el interior de un rectángulo pintado de blanco. Gersen hizo aterrizar el Flitterwing muy cerca de las paredes de agua. La nave enmudeció; Gersen sintió la solidez del puente bajo sus pies.

La hora local era media mañana. Gersen se preparó para desembarcar. Según el *índice Inmunológico,* la amenaza más importante para la salud humana consistía en ciertas esporas de las

algas pantanosas que, llevadas por el viento, germinaban en los pulmones. Gersen ya se había inyectado una dosis de antígenos profilácticos. Se ciñó una túnica blanca con capucha, deslizó dinero y documentos de identidad falsos en el bolsillo, comprobó sus armas, cruzó la puerta y descendió a la arenosa superficie de Dar Sai. Al instante, el calor azotó su rostro. Entornó los ojos para protegerlos de la claridad, y se dirigió hacia la pared de agua.

Cuatro darsh surgieron a través de la cortina a bordo de ruinosos vehículos que rodaban sobre cuatro globos de aire. Conducían con extremo plambosh saltando y rebotando, las blancas túnicas flotando a sus espaldas. Llevaban la cara cubierta con thabatts, a excepción de un hemisferio de metal sobre los ojos que les daba aspecto de insectos blancos. No prestaron atención a Gersen y casi lo arrollaron; Gersen saltó a un lado y les insultó en voz alta, sin resultado. Los cuatro iban hacia el norte, en dirección al resplandor de un solitario parasol recortado contra el horizonte.

Gersen cruzó la cortina de agua y penetró en una jungla de vegetación que crecía en hacinadas artesas de unos quince metros de altura. El camino pasaba por debajo, bordeaba un par de almacenes abombados y terminaba en una confusión de pequeñas cúpulas de resistentes paredes de hormigón, altas, bajas, grandes y pequeñas; cúpulas amontonadas sobre cúpulas, cúpulas pegadas o brotando de otras cúpulas; cúpulas en grupos de tres, cuatro, cinco o seis. Eran las llamadas «campanas», las residencias de los darsh, construidas con un estilo arquitectónico tosco, vital y apropiado al medio ambiente, como los propios darsh. La vegetación rodeaba a las campanas por todas partes. Por las callejuelas paseaban niños pequeños. Gersen reparó en un grupo de muchachos que jugaban a pelearse y a empujarse; una variación infantil del hadaul.

Gersen eligió lo que parecía una avenida principal, y luego pasó del primer parasol al segundo, todavía más soberbio y lujoso, que encerraba un enorme volumen de espacio refrigerado.

La avenida se abría en una plaza rodeada de cúpulas de hormigón y vidrio construidas en un estilo medio darsh, medio galáctico-interplanetario. Las más grandes albergaban el Banco de Chanseth, el Banco de Inversiones Mineras, el Gran Banco de Dar Sai y un par de hoteles, el Sferinde Select y el Traveler's Inn. Tres restaurantes daban a la plaza, el Sferinde Garden, el Traveler's Inn Garden y el Olander. El Sferinde Garden reunía a una clientela que Gersen no identificó de inmediato. El Traveler's Inn Garden, emplazado audazmente bajo limoneros, placamineros y aniseros, atraía a comensales muy variados: turistas, viajantes de comercio, hombres del espacio y algunos darsh. El Olander, en el extremo más alejado de la plaza, sólo servía a los darsh.

El Sferinde Select parecía el hotel más grande, caro y confortable de todos. El Traveler's Inn, aunque quizá más tranquilo, tenía un aspecto descuidado. Gersen volvió a examinar a los clientes del Sferinde Gar den, gente atractiva de cabello negro, tez olivácea y facciones regulares. Vestían ropas singulares, de un estilo desconocido para Gersen; como el propio Sferinde Select, no encajaban en el ambiente de Dar Sai. A Gersen le resultaba más fácil imaginárselos en algún lugar elegante de otro planeta, en un tiempo muy alejado en el pasado o en el futuro.

Intrigado, Gersen decidió alojarse en el Sferinde Select. Cruzó la plaza y atravesó el restaurante ajardinado. Los clientes interrumpieron sus conversaciones y se volvieron para mirarle con fría curiosidad, que él consideró poco halagadora.

Entró en el vestíbulo, que ocupaba la totalidad de la planta baja. Un árbol de hojas negras y anaranjadas brotaba de un estanque central; pequeñas criaturas semejantes a pájaros saltaban de rama en rama, se sumergían en el estanque y volvían a surgir, emitiendo dulces sonidos que recordaban el de la flauta. Gersen se acercó a la recepción. El empleado, un joven cetrino de semblante severo, dedicó una rápida mirada de soslayo a Gersen y luego dedicó su atención al libro de registro.

-Haga el favor de llamar al encargado de la recepción -dijo Gersen con voz suave-. Quisiera una habitación, o mejor, una suite.

-Nos es imposible ofrecerle acomodo -respondió el empleado en tono monótono-. Estamos al completo. Pruebe en el Traveler's Inn, o en el Olander.

Sin una palabra, Gersen dio media vuelta y salió del Sferinde Select. La gente congregada en el jardín no pareció fijarse en él. Cruzó la plaza hacia el Traveler's Inn, un hotel de características muy distintas al Sferinde Select. El Traveler´s Inn había sido construido al estilo darsh, con absoluta confianza en la inspiración improvisada. Las tres hileras curvas de arcos parabólicos, las ocho cúpulas que se entrecruzaban, las rotondas, galerías elevadas y balcones habían sido ensamblados con audacia, y proporcionaban al edificio un definitivo aire de plambosh. Un pasillo de compactas paredes conducía al vestíbulo, más práctico que suntuoso. Un hombre delgado, de mentón estrecho y larga barbilla, trabajaba tras un mostrador circular. Recibió a Gersen con un saludo cortés aunque rutinario.

-¿Qué desea, señor?

-Una suite, la mejor posible. Tengo la intención de quedarme varios días, una semana o quizá más.

-Creo que podré complacerle, señor. Tengo en mente un dormitorio bien aireado con vistas a la plaza. Cuenta con un espléndido cuarto de baño, un saloncito alfombrado con pañete verde y excelentes mue bles. Si desea inspeccionarlo suba por la escalera, gire a la derecha por el primer pasillo y entre en la habitación azul orlada de negro.

Gersen visitó los aposentos y los encontró a su gusto. Volvió a la recepción y pagó una semana por adelantado para formalizar el trato.

El empleado quedó favorablemente impresionado.

-Nos sentimos felices de contarle entre nuestros clientes, señor.

-Gracias. En el Sferinde no quisieron saber nada de mí.

-Eso no constituye ningún misterio; el Sferinde es un reducto methlen. No aceptan otro tipo de clientes.

-Así que eran methlen. Parecían muy selectos.

-«Selectos» es la palabra adecuada. Si el santo Symas descendiera en todo su esplendor al Sferinde, con un séquito de profetas alados y ángeles tocando trompetas, también le enviarían al Traveler s Inn. No espere nada mejor de los methlen.

El empleado, hablador y prudente a la vez, podía ser una valiosa fuente de información, reflexionó Gersen.

-¿Por qué vienen a Dar Sai? -preguntó.

-Por asuntos de negocios o por turismo. No le extrañe verles agrupados frente al Traveler's Garden, estudiando a las clases inferiores. Pese a todo, no son ni depravados ni odiosos. Su riqueza les permite jugar a la vida; todo se reduce a un juego dramático. En Serjeuz llevan una existencia decadente, y emplean a los pobres y desfavorecidos darsh como criados y sirvientes. -El empleado hizo un gesto de tolerancia-. De todas maneras, ¿y qué? A veces soy demasiado desdeñoso.

-Cuesta creerlo -respondió Gersen con amabilidad.

-Oh, los años han suavizado mi carácter. Recuerde que mi deber consiste en tratar con todos los patanes y deficientes mentales que se deciden a enseñarme su cara, como ahora. Durante años,

mis nervios han parecido cables de electricidad. Después, descubrí el primer axioma de la armonía humana: aceptar a cada persona en sus propios términos. Mantengo la boca cerrada; sólo ofrezco mi opinión cuando me la solicitan. ¡Un cambio impresionante! La disensión desaparece, nuevos hechos salen a la luz, la digestión fluye como un ancho río.

-Interesantes ideas -comentó Gersen-. Me gustaría discutirlas más tarde, pero creo que ahora probaré su restaurante.

-Muy bien, señor. Le deseo que coma a gusto.

Gersen salió al jardín y eligió una mesa con vistas a la plaza. Pulsó un botón, y la superficie de la mesa se convirtió en un tablero iluminado, que reproducía los platos y bebidas a disposición de los clientes. Un camarero se aproximó. Gersen señaló una de las ilustraciones.

-¿Qué es esto?

-Este es nuestro «Ponche dominical». Está enriquecido con tres toques de ron Black Gadroon y medio de Elixir Secreto.

-El día es joven todavía. ¿Qué es esto?

-Un sencillo cóctel preparado con frutas y elixires suaves.

-Suena más práctico. ¿Y esto otro?

-«Ahagaree Turístico», especialmente modificado para adaptarse al paladar de otros planetas.

-¿Y esto?

-Pez nocturno al horno, recién pescado en las marismas.

-Tomaré el cóctel sencillo, ahagaree y una ensalada.

-Muy bien, señor.

Gersen se reclinó en su silla y contempló el panorama. La plaza se extendía hasta un grupo de árboles, cuyas hojas exhibían un brillante color pardo similar al de las nueces; más allá se alzaban los tallos de leja nos parasoles. Cortinas de agua dificultaban la vista de ciertas zonas, pero las áreas despejadas permitían divisar los límites de Serjeuz. Arquitectos cosmopolitas, utilizando materiales comunes y motivos darsh, habían creado la mayoría de edificios que rodeaban la plaza, con la notable excepción del Traveler's Inn, que parecía auténticamente darsh.

El camarero trajo un carrito con bandejas cubiertas. Colocó el ahagaree en el centro de la mesa, y un plato a cada lado, la ensalada a la izquierda y el «Cóctel Sencillo» a la derecha. El camarero se retiró. Ger sen probó con precaución el «Ahagaree Turístico», y lo encontró infinitamente más sabroso que el servido por la señora Tintle.

Gersen comió sin prisa, y después se puso a meditar ante una taza de té. Extrajo del bolsillo un informe preparado por Jehan Addels que le había sido entregado poco antes de abandonar Aloysius. Empezaba sin más preámbulos:

La Compañía Kotzash constituye una operación perpetrada por un ingenioso estafador, muy experto en cuestiones financieras. Evidencia la cruel impudicia y la completa falta de escrúpulos que cabría esperar de un monstruo marino. Los dos caballeros que conocimos recientemente se reflejan en la carta de constitución de la Kotzash como en un espejo.

He aquí un ejemplo, tomado de la carta:

«Para asegurar una gestión eficiente y enérgica, el cargo de director ejecutivo recaerá en la persona o entidad que posea el mayor número de acciones. La subdirección recaerá en la persona o entidad que posea el segundo mayor número de acciones. La subdirección recaerá en la persona que

posea el tercer mayor número de acciones. En todos los casos, la cualificación mínima será poseer, al menos, el veinticinco por ciento de las acciones existentes. Los otros accionistas votarán en proporción a la cantidad de acciones que posean para elegir un consejo asesor, cuya labor será la de aconsejar e informar al director para llevar a cabo operaciones eficientes y provechosas.

»Los directores, o sus representantes, y el consejo asesor se reunirán en el lugar y momento que señale el director ejecutivo para conocer y dirigir la gestión de la compañía. En estas reuniones cada director votará en proporción a su número de acciones. Caso de hallarse ausente alguno de los directores o sus representantes, los directores o el director presente bastarán para constituir el quórum.»

Observará que el director ejecutivo controla en la práctica la compañía, desde el momento en que puede convocar las reuniones cuando y donde le plazca, sin preocuparse de los problemas que cause a los otros directores o al consejo asesor.

Circulan 4.820 acciones; bastan 2.411 para acceder a la mayoría. Según la Agencia Interplanetaria, el mayor accionista es:

Ottile Panshaw Dindar House Serjeuz (Dar Sai)

Este hombre posee 1.250 acciones. El Banco de Chanseth (con sede central en Twanish, Methel, y una sucursal en Serjeuz) posee 1.000 acciones. Un tal Nihel Cahous, de La Sombra de Inkin (Dar Sai) posee 600 acciones. Adjunto una lista, más o menos completa, de pequeños accionistas.

El precio por acción es de un céntimo, es decir, las acciones no valen nada. Las acciones que he mencionado suman un total de 2.850.

Usted posee 92. Las restantes 1.878 se hallan repartidas entre un centenar aproximado de individuos, en casi todas las sombras de Dar Sai.

A pesar del casi nulo valor de las acciones, es interesante señalar que Kotzash posee ahora cuantiosos bienes, incluyendo el control de un par de filiales: Transportes Hector (que acaba de recibir una generosa indemnización) y Explotaciones Mineras Didroxus. Kotzash parecería depreciada de no ser por el hecho de que el director ejecutivo (y único) es Ottile Panshaw.

La situación presenta aspectos interesantes, pero yo no me atrevería a estudiarlos más a fondo. Le deseo buena salud y longevidad, y le conmino a comportarse con cautela, no sólo por la estima personal que le tengo, sino por interés egoísta, puesto que me costaría muchísimo encontrar un trabajo tan bien remunerado. Respetuosamente suyo,

J. A.

Gersen guardó la carta, se reclinó en la silla y se sumió en sus pensamientos. El camino a Lens Larque pasaba por Ottile Panshaw, y tal vez por la Compañía Kotzash. La situación en aquel momento era tranquila y serena, como un estanque en un día encalmado. El gran pez reposaba oculto bajo reflejos cristalinos. Para obligarle a moverse, a atacar, a exponerse a la luz, habría que agitar las aguas.

El recepcionista entró en el jardín y miró de un lado a otro. Gersen levantó la mano. El recepcionista, un hombrecito nervudo, de cabello rubio, rostro enjuto e inteligentes ojos pardos de espesas pestañas, se aproximó cojeando levemente.

-Siéntese -dijo Gersen-. ¿Puedo ofrecerle un «Ponche dominical», o prefiere algo menos llamativo?

-Gracias. -El recepcionista se dirigió al camarero-. Tomaré una jarra de esa excelente «Engelman Yellow».

-Se volvió hacia Gersen-. ¿Le gustó la comida?

-Mucho. La dirección parece comprender los gustos extranjeros.

-Ya sería hora. Llevan en esto bastantes años.

-¿Y usted? No es nativo de Dar Sai.

-Por supuesto que no. Nací en Svengay, Caph Cuatro, un pequeño planeta muy alegre. ¿Lo ha visitado alguna vez?

-No. Lo más cerca que llegué fue al sistema de Mizar, o quizá a Dubhe. No estoy seguro de las distancias.

-Me parece que ha viajado bastante por las estrellas. ¿Me permite preguntarle de dónde procede? Suelo adivinarlo, pero en su caso me siento confundido.

-Nací en un planeta del que no habrá oído hablar. Mi tío me llevó a la Tierra cuando era muy pequeño.

-¿Y dónde vivió en la Tierra?

-En ningún lugar fijo. Conozco bien Londres, San Francisco, Numea, Melbourne... Me eduqué un poco en todas partes. -Gersen sonrió levemente al recordar la clase de instrucción que recibió de su tío-. También conozco bien Alphanor, y el Grupo en general. ¿Quiere decirme su nombre? Me llamo Kirth Gersen, como ya sabe.

-Deswell Tippin, a su servicio; una persona sin pretensiones. -Hablando de pretensiones, me interesó mucho su charla sobre los methlen. Son gente desconocida para mí.

-Son un grupo de señoritos acaudalados muy poco interesantes. Apenas tengo tratos con ellos. Su riqueza proviene de los duodecimates, y vienen aquí principalmente para velar por sus intereses. Lo único que sé es que son espléndidos, soberbios y exquisitamente sensibles. Si yo poseyera estas virtudes, también evitaría a los turistas, a los darsh y a vulgaridades semejantes.

-¿Extraen ellos mismos los duodecimates?

-Desde luego que no. Enséñeles una pala y le dirán que es un instrumento. Compran, venden y negocian con opciones, arriendos, prospecciones y cualquier tipo de operación relacionada con la minería, y obtienen enormes ganancias.

-¿Sabe algo de la Compañía Kotzash? ¿No fue una operación methlen?

Deswell Tippin lanzó una rápida y penetrante mirada a Gersen, y resopló de indignación.

-Al contrario. La Kotzash fue un duro golpe para los methlen, una forma de ganarles la partida en su propio terreno. Me costó mis buenos seiscientos UCL.

-Entonces debe conocer a Ottile Panshaw.

-Sólo de vista -reconoció Tippin con una breve aspiración-. Aún conserva su oficina bajo la Sombra de Skansel.

-¿No tiene fama de bribón y de estafador?

-He oído rumores, pero nadie ha podido probar nada.

Tippin terminó su jarra y la posó en la mesa con aire pensativo. Gersen hizo una señal al camarero.

-Dos más de lo mismo, por favor.

-Gracias -dijo Tippin-. Apenas bebo, pero hoy estoy en vena.

-Disfruto de su conversación -repuso Gersen-. El asunto Kotzash es muy intrigante. ¿Se sabe el nombre del ladrón?

-La gente emplea un nombre temible. -Tippin echó una ojeada a derecha e izquierda-: Lens Larque, uno de los famosos Príncipes Demonio.

-Conozco su reputación -asintió Gersen-. Me han dicho que es un darsh.

Tippin volvió a inspeccionar los alrededores antes de contestar.

-Eso parece; un Bugold rachepol[14]. No me gusta pronunciar su nombre, mi lengua se resiste. Es un bromista con un sentido del humor como el del diablo Sclamoth, que esconde las cabezas de los niños en los hornos de sus madres.

-Tranquilo, los nombres no son más que palabras. Las palabras carecen de sustancia.

-¡Se equivoca! -declaró Tippin con gran vehemencia-. ¡La magia está hecha de palabras! ¿Ha leído Los *mecanismos cántripos de Farsakar?* ¿No? ¡Entonces no sabe nada de las palabras!

Gersen, al que no interesaba en absoluto el tema, hizo un gesto displicente.

-Vivimos en un mundo de cosas sólidas. Temo al hombre y a su látigo, no a las palabras «Lens Larque» y «Panak».

Tippin frunció el ceño y bajó la vista hacia la jarra.

-Bien, tampoco importa mucho. Es humano y es un darsh. ¡Cómo les gustaría a los methlen cogerle! Es su coco, le odian rabiosamente. ¿Ha visitado Methel?

-Todavía no.

-Twanish es su espaciopuerto y su principal ciudad. Los methlen no soportan el olor del ahagaree, y los darsh han de residir en barrios apartados. ¿No le parece un universo extraño y maravilloso? Creo que me tomaría otra jarra de este excelente licor.

Gersen dio la orden al camarero.

-¿No perdieron nada los methlen en el desastre de la Kotzash?

-Nada de nada. Los darsh y pequeños especuladores como yo; ¡nosotros fuimos las víctimas!

-¿Ganó o perdió algo Ottile Panshaw?

-No lo sé. Desapareció durante algunos meses, pero ahora ha vuelto a Serjeuz; ayer le vi. Tiene un aspecto deplorable, pálido y enfermizo.

-Muy comprensible después de tamaña catástrofe. ¿A cuánto asciende el valor de las acciones que usted posee?

-Tengo veinte acciones. Veinte por cero sigue siendo cero.

Gersen se retrepó en su asiento y contempló la superficie interior del parasol. Rebuscó en su bolsillo y extrajo veinte UCL.

-Tengo el vicio de especular. Le compraré sus acciones a un UCL cada una.

[14] *Rachepol:* una persona expulsada de *su* sombra nativa, un desterrado, un vagabundo sin hogar, pero sin llegar a la categoría de criminal.

A Tippin se le aflojó la mandíbula. Examinó con el ceño fruncido los billetes y después miró de soslayo a Gersen con aire suspicaz.

-La especulación suele basarse en una esperanza.

-La mía se basa en un capricho.

-Usted no parece un hombre caprichoso.

-Imagine que Lens Larque indemniza a la Kotzash; yo obtendría un beneficio.

-Jamás he oído una idea tan absurda.

-Sin duda tiene razón.

Gersen se inclinó para recuperar el dinero, pero las huesudas manos de Tippin fueron más rápidas.

-No se precipite. ¿Por qué no satisfacer sus antojos?

-Eso me pregunto yo. ¿Dónde guarda sus acciones?

-Arriba, en mis aposentos. Se las traigo en seguida.

-Se fue a toda prisa, y regresó con las acciones; el dinero cambió de manos-. Tengo acceso a otras acciones de la Kotzash. Ignoro el número, pero se las venderé al mismo precio.

Gersen sonrió con amargura.

-¡Proceda con la máxima discreción! No le diga a nadie que un extranjero está comprando las acciones de Kotzash. Creerían que es un timo y subirían el precio. Yo no las compraría y nadie saldría ganando. ¿Comprende esta cadena de acontecimientos?

-En todos sus detalles, salvo en uno, el motivo por el que está comprando las acciones..., si exceptuamos el capricho, por supuesto.

-Capricho y, pongamos por caso, altruismo.

Tippin se echó hacia atrás con una sonrisa irónica.

-Uno es tan plausible como el otro. Haga el favor de adelantarme algo de capital para ponerme a trabajar. Un centenar de UCL serán suficientes por hoy. ¿Va a comprar todas y cada una de las acciones de Kotzash a un UCL por unidad?

-Definitivamente. -Gersen sacó el dinero-. Una última condición: ¡no se acerque bajo ningún pretexto a Ottile Panshaw!

-Sus acciones son tan buenas como las de cualquier otro -protestó Tippin.

-Posee más acciones de las que me atrevo a comprar. La discreción es absolutamente necesaria. ¿Me hará caso?

-Bien, sí, por fuerza. Aun así, no comprendo por qué...

-Capricho.

-«Capricho» es una manta que no recubre ningún lecho. Le tomé por un hombre que intentaba reparar acciones repulsivas.

Gersen agitó un fajo de UCL.

-Éstas son mis acciones; llámelas «repulsivas», si quiere.

-Hemos hecho un trato. -Tippin se puso en pie-. Esta misma noche le informaré de mis gestiones.

Salió del jardín y cruzó la plaza cojeando levemente. Gersen llamó al camarero y pagó la cuenta.

-¿Dónde está Dindar House?

-Allí, señor, bajo la Sombra de Skansel. ¿Ve la gran cúpula justo a la izquierda del tallo? Eso es Dindar House.

Tippin se había dirigido hacia la Sombra de Skansel. Gersen decidió seguirle.

8

De «El hábitat darsh», de Stuart Sobek, publicado en Cosmópolis:

«Dar Sai, batido por el sol Cora, es tórrido y árido en la faja ecuatorial, de arenas ricas en duodecimates. A lo largo de los siglos, una raza de hombres y mujeres temerarios ha aprendido los trucos para defenderse del calor de Cora y arrebatar sus riquezas a la arena. Así son los darsh, la raza de las diez mil odiseas. De día gozan de la protección de enormes paraguas metálicos, que derraman cortinas de agua desde sus bordes, las famosas «sombras» de Dar Sai. Un hombre que saliera al Lomo sin protección moriría de calor e insolación en pocos minutos; bajo su "sombra" goza de vegetación exuberante y de sorbetes.

»Los darsh no son un pueblo alegre, ni tienden a la meditación filosófica; se concentran en la esencia de cada instante, y exhiben una curiosa propensión a disfrutar de esta habilidad particular experimentando su antítesis. Sazonan su comida con condimentos repugnantes, a fin de saborear mejor el agua pura fría; beben té y cervezas ofensivas al paladar, como si quisieran alardear de esta típica perversión, que valoran en su justa medida.

»Sus relaciones eróticas son de un carácter capaz de alarmar a los espíritus más sosegados, y se basan aparentemente, no en el mutuo afecto, sino en el odio y el desprecio.»

Gersen pasó bajo la cortina de agua que separaba la Sombra Central de la Sombra de Skansel. El débil chorro de diminutas gotas enfrió su cara y apenas humedeció sus ropas. Continuó hacia la plaza Skansel, bajo árboles y follaje, dejó atrás edificios devastados por el paso del tiempo que contrastaban con la modernidad cosmopolita amparada por la Sombra Central. La gente asomada a la puerta de las campanas eran darsh urbanos, que se distinguían de sus compatriotas del desierto por las zapatillas blandas, las ropas ligeras y un leve matiz cetrino en el tono de piel, si bien eran inconfundibles por sus grandes narices, sus fuertes mandíbulas y los lóbulos colgantes adornados conjoyas.

Gersen se detuvo en el borde de la plaza Skansel sin ver a Tippin. Algunos turistas asiduos vagaban entre las tiendas y los puestos ambulantes; compraban curiosidades a las mujeres darsh de rostro inexpresi vo y negro bigote, o bebían obstinadamente cerveza darsh en los bares. Con todo, pensó Gersen, una escena exótica y pintoresca, enturbiada tan sólo por la proximidad psíquica de Lens Larque.

Dindar House, un enorme amontonamiento de cúpulas bajas y chatas que se entrecruzaban formando arcadas curvas y sesgadas, se alzaba a su derecha. Un gran letrero rezaba en el segundo nivel:

DIARIO MINERO Serjeuz (Dar Sai)

Amplia información sobre el desierto, las minas y las sombras. Ottile Panshaw mantenía abierta una oficina en Dindar House. Daswell Tippin había partido en esta dirección, a pesar de que

Gersen no tenía el menor deseo de encontrarse con Ottile Panshaw en este preciso instante; seda más inteligente comprobar la integridad de Tippin. Subió por una rampa hasta el interior de Dindar House. Del vestíbulo, pavimentado con baldosas de color oscuro e invadido por un olor a humedad, partían dos pasillos escasamente iluminados.

Una escalera ascendía hacia los niveles superiores.

Gersen consultó el directorio; *Ottile Panshaw, Arriendos y Seguros Mineros* ocupaba la suite 103.

Gersen eligió al azar uno de los pasillos, y encontró una hilera de altas puertas verdes numeradas 100, 101 y 102. Gersen se detuvo a escuchar ante la puerta 103. Le pareció oír un murmullo de voces. Aplicó su oreja a la hoja de la puerta. O los ocupantes habían cesado de conversar, o la habitación estaba vacía.

Gersen se alejó, temeroso de ser descubierto. Observó que las oficinas adyacentes estaban separadas por espesas paredes de hormigón. No había forma de penetrar en la oficina de Ottile Panshaw, como no fuera por la puerta o por la ventana.

Gersen se marchó de Dindar House. En un puesto cercano, casi oculto por el follaje de un kumquat, una rechoncha anciana de abundante cabellera negra y notable bigote vendía confituras, periódicos, mapas y baratijas. Gersen compró un ejemplar del Diario *Minero, y* se apoyó con negligencia en el puesto. Una serie de carteles, pegados unos sobre otros a lo largo de años, ocupaban la superficie de la pared. En el más reciente se leía:

GRAN ESPECTÁCULO DE TRUCOS Y BAILARINES

1. Panko Wapshot. Baila un duelo contra el Danzarín de Cuatro Brazos.

2. Bufones y Cheltas. Farsa divertida.

3. Los Cuatro Escorpiones y el Danzarín Borracho. Contemple sus trucos y travesuras.

4. Miffet y su Maravillosa Máquina de Arena. ¡Un invento prodigioso!

5. Otras farsas y representaciones en la plaza Twinker, bajo La Sombra de Twinker, el vigésimo día de Dirdolio.

Otro cartel, manchado y descolorido, anunciaba:

¡EXTRAORDINARIO ESPECTÁCULO DE DANZA! Con la participación de:

Whippity Ticket y sus Bufones Ineptos

Jumping Jipsum y las Cheltas Reacias

Caliogo y Ofis La khoontz demente captura a un danzarín imbécil, y otros trucos divertidos, acertijos y proezas acrobáticas.

Un flamante letrero nuevo, impreso en verde y amarillo, anunciaba:

GRANHADAUL en Dinkelstown Día de Daffel, décimo día de Mirmone.

La aparición de una joven methlen procedente de la Sombra Central distrajo la atención de Gersen, que la contempló primero con indiferencia, luego con interés y después con fascinación. Negros y largos rizos enmarcaban su rostro, ahora serio y preocupado, pero que en otro momento habla parecido un vivaz instrumento de expresión.

Llevaba un vestido largo de lana verde, hasta la rodilla, y sujetaba un sobre grande de color gris. Se movía con una indiferente despreocupación que, junto con su piel pálida algo morena, la nariz corta y recta y la barbilla delicada, sugería un ambiente privilegiado. Para Gersen representaba exactamente la existencia de la que vivía apartado por las circunstancias, y que en ocasiones despertaba agridulces anhelos en el fondo de su ser... Al pasar frente al puesto, la muchacha dirigió a Gersen una mirada inexpresiva y subió por la rampa hacia Dindar House.

Gersen la siguió contemplando hasta que se perdió de vista. Su figura esbelta y bien formada, sin un gramo de más, le resultaba sumamente atrayente. Exhaló un profundo suspiro y volvió su atención al Diario *Minero.*

Transcurrieron diez minutos. La joven methlen salió de Dindar House y bajó por la rampa. Al notar que Gersen la observaba, le dedicó una fría mirada, alzó un poco el mentón y se encaminó hacia la Sombra Central.

Gersen sonrió tristemente, dobló el periódico y entró de nuevo en Dindar House. Volvió a acercarse a la suite 103; le pareció oír voces ahogadas, como antes, y el crujido de la madera. Gersen retrocedió rápi damente hasta el vestíbulo y se refugió en las sombras tras un contrafuerte. Dos hombres salieron de la suite 103. Uno era Daswell Tippin, el otro un darsh alto de rostro cuadrado, facciones duras, complexión fuerte y largos lóbulos. En lugar de túnica y thabbat vestía una blusa de color pardo, pantalones azul pálido y botas negras que le llegaban a los tobillos.

Ambos abandonaron Dindar House. Gersen les siguió al cabo de un momento hasta la plaza Skansel, pero habían entrado en una de las calles protegidas por árboles y no pudo verles.

Gersen volvió sobre sus pasos; cruzó la cortina de agua y desembocó en la plaza Central. Se dirigió al Traveler's Inn, y echó una ojeada al vestíbulo. Daswell Tippin no estaba en la recepción.

Gersen salió al jardín. Era media tarde; la atmósfera era cálida y sofocante. El agua que caía provocaba un murmullo soporífero. Los paseantes, en su mayoría turistas, caminaban con languidez. Gersen se sentó a una mesa junto a la plaza. Había mucho en qué pensar. Sacó la carta de Addels, repasó el texto y copió una lista:

Ottile Panshaw	..... 1.250
Banco de Chanseth	..... 1.000
Nihel Cahouse	 600
Otros	..... 1.970

Gersen efectuó algunos cálculos. Si adquiría todas las acciones del Banco de Chanseth y todas las que pertenecían a Nihel Cahouse, podría reclamar la dirección ejecutiva de la Kotzash, a pesar de que todavía no conseguiría la mayoría absoluta.

Las ingenuas confesiones de cobardía de Jehan Addels divertían a Gersen. Sonrió, levantó la vista y se topó de nuevo con los ojos de la joven methlen, que pasaba en aquel momento frente al Traveller's Garden. Gersen no pudo pasar por alto su aspecto pulcro y saludable. También parecía obstinada y altiva. Apretó los labios, miró de reojo a Gersen con disgusto y prosiguió su camino. La sonrisa de Gersen se transformó en una mueca lastimera. La contempló con tristeza. Deliciosa y encantadora, pensó Gersen, aunque algo irascible. La muchacha, fuese por curiosidad o capricho, se volvió a mirarle; al notar la insistente atención de Gersen, agitó la cabeza con desdén y se alejó por la plaza.

«Mi nivel social está fuera de toda duda», reflexionó Gersen.

Entonces vio la fachada de Chanseth, uno de los edificios más espléndidos de la plaza Central. La chica entró en el banco y se perdió de vista, pero Gersen ya se había concentrado en

otros pensamientos. El Banco de Chanseth poseía mil acciones de la Compañía Kotzash. El tiempo era esencial, ahora que Daswell Tippin, para bien o para mal, se había convertido en su socio. Gersen se levantó y cruzó la plaza.

Un auténtico jardín flanqueaba el acceso al Banco de Chanseth. Cuatro altos pointanos en forma de lágrima se erguían rodeados por un seto de chisbayas rojizas. Gersen pasó bajo un arco y desembocó en una extensa área refrigerada, pavimentada con baldosas azules. A su derecha, una balaustrada de alabastro tallado delimitaba la zona de trabajo; a la izquierda, columnas en espiral sostenían un conjunto de tabiques con cámaras electrónicas. En el extremo opuesto de la sala había una zona de descanso, en la que estaban sentados media docena de methlen de edades diversas, incluyendo a la joven en la que Gersen se había fijado, acompañada ahora de un hombre mayor. Al ver a Gersen abrió la boca, sorprendida; se volvió con rapidez, e intercambió unas palabras con su acompañante.

Gersen sonrió agriamente y se acercó al mostrador. Pasó un minuto, luego otro. Gersen se impacientó. Se dirigió a un empleado.

-Creo que éste es el Banco de Chanseth, ¿no?

-En efecto -respondió el empleado en tono neutro.

-¿Quién es el director gerente?

-¿Puedo preguntarle de qué asunto se trata?

-Quiero discutir una transacción financiera.

-Nos ocupamos casi en exclusiva de asuntos comerciales. Como no estamos coaligados con ningún otro banco, no aceptamos cheques ni talones.

-El asunto que vengo a tratar es bastante importante. Sea tan amable de llamar al director.

-Es ese caballero[15] de allí, el Muy Noble Adario Chanseth. Observará que está muy ocupado.

-¿Sí? ¿Es una persona distinguida esa joven dama?

-Es su hija, la Muy Noble Jerdian Chanseth. No le moleste hasta que hayan terminado de hablar.

-Mi asunto no puede esperar -declaró Gersen.

Se apartó del mostrador y se acercó al saloncito. Dos hombres altos, que exhibían idénticos bigotes erizados, salieron a su encuentro. Cada uno le cogió por un brazo y le arrastraron sin mediar palabra hacia la salida.

-¡Eh, oigan! -se quejó Gersen-. ¿Qué van a hacer?

-Lárguese y no vuelva -dijo uno de los hombres.

-No moleste a las damas methlen; ¡le puede costar caro! -añadió el otro.

-¡No he molestado a ninguna! -protestó Gersen-. Están cometiendo un error.

[15] La palabra methlen averroi da cuenta de un estatus considerablemente más elevado que el que se desprende de la palabra «caballero». Averroi implica dignidad, suma formalidad, exclusividad, donaire y un dominio total de la etiqueta met hlen. Los methlen alimentan la ficción de que todos ellos están en igualdad de condicíones; en consecuencia, sólo emplean un título honorífico, el «Muy Noble». En realidad, las distinciones sociales son muy pronunciadas, y reflejan factores demasiado numerosos y sutiles para enumerarlos aquí.

Al mismo tiempo, cabe señalar que los methlen son muy susceptibles al ridículo y a las humillaciones. Las penas civiles y criminales reflejan esta sensibilidad.

Forcejeó, pero le agarraron por el fondillo de los pantalones, le llevaron en volandas hasta la puerta y le arrojaron sobre un seto.

Gersen se levantó, se desprendió de las hojas y la basura adheridas a su traje y volvió al banco.

Los dos hombres, sorprendidos por su obstinación, avanzaron hacia él.

-Quédense en su sitio, por favor -dijo Gersen, airado-. Tengo que tratar un asunto con el Muy Noble Adario Chanseth, no con ustedes.

Sorteó a los dos hombres y caminó hacia Chanseth, que se había apartado de la Muy Noble Jerdian.

-Y bien, ¿qué significa esto?

Gersen sacó una tarjeta y se la entregó a Chanseth.

-Me gustaría discutir un asunto con usted cuando le parezca conveniente.

-«Honorable Kirth Gersen -leyó Chanseth-. Presidente del Banco de Cooney, Rath Eileann, Aloysius.» -Expresó sus dudas con un gruñido-. ¿Qué quiere de mí?

-¿Hemos de hablar aquí? Esto no sucede en el Banco de Cooney. Si usted viniera a tratar un asunto conmigo, no ordenaría que le arrojaran al seto.

-Evidentemente, se ha producido un error -respondió Chanseth con frialdad-. Si fuera tan amable de proporcionarme algún indicio sobre ese asunto, al menos podría informarle de si soy la persona indicada para tratar de ello.

-Como quiera. Francamente, he venido a solicitar su consejo. Mi banco posee intereses sustanciales en el campo metalúrgico, y esperamos establecer sucursales tanto aquí como en Twanish. Estamos interesados en duodécimos y duodecimates.

-Será mejor que hablemos en privado. -Chanseth le condujo a través de una telilla plasmática hasta su despacho. Indicó una silla de álamo-. Siéntese, por favor.

Sin embargo, Chanseth permaneció de pie.

Gersen se acomodó en la silla sin hacer caso de la evidente rigidez de Chanseth.

-El método methlen de acoger a un colega es definitivamente único.

-Mi hija me informó de que usted la había mirado de una forma indecente -respondió Chanseth sin alzar la voz-, «con una sonrisa lasciva» para emplear sus palabras, no una, sino varias veces. La siguió hasta La Sombra de Skansel y de vuelta, y luego hasta aquí. Por lo tanto, ordené que le echaran.

-Si no fuera su hija la que se ha quejado -dijo Gersen-, pensaría de ella que es vanidosa y frívola.

Chanseth, claramente indiferente a las opiniones de Gersen, asintió de mal humor.

-No cabe duda de que vivimos en un planeta de bárbaros. Los darsh son una raza indescriptiblemente vulgar; son brutales y violentos. Tal vez considere Serjeuz pacífica y tranquila; así es, pero sólo porque los methlen no toleramos otra conducta. Vigilamos la indecencia, y su proceder, sea cual sea su naturaleza, merecería una rápida censura. Pero dejemos eso. Explíqueme sus razones para consultarme, por favor.

-Desde luego. La recogida y venta de duodecimates en Dar Sai es un proceso poco eficaz. Sospecho que estas operaciones podrían ser racionalizadas, tal vez mediante uña entidad central, a fin de que todo el mundo salga beneficiado.

-Está en lo cierto -dijo Chanseth-. El negocio de los duodecimates se halla deficientemente estructurado, pero los mineros son darsh, y detestan la disciplina.

-Sin embargo, comprenderían la conveniencia de una única entidad estable. Quizá podría generar un sistema cooperativo.

-Si desea que le apaleen -rió Chanseth de mala gana-, cuéntele este tópico a un minero darsh. La Compañía Kotzash intentó algo de este tipo. Los mineros darsh recibían acciones a cambio de los minerales, el almacén fue robado y ahora las acciones no valen nada.

-He oído algo. Si la Kotzash resucitara y consiguiera buenos filones...

-Un procedimiento muy caro.

-Pese a todo, compraré algunas acciones de la Kotzash. Como mínimo me haré un lugar en la comunidad.

Chanseth asintió con aire pensativo. Fue a sentarse detrás de su escritorio.

-Es posible. Poseo unas cuantas acciones, un millar, de hecho, que venderé por una fracción de su valor nominal.

Gersen se encogió de hombros, aparentando indiferencia.

-Me conformaré con unos centenares, no necesito tantas. ¿Cuál es su cotización actual en bolsa?

-No estoy seguro, pero diría que bastante baja.

-Sin duda. Bien, compraré sus acciones al precio nominal. Creo que cincuenta UCL bastarán.

-¿Habla en serio? -se asombró Chanseth-. ¿Por mil acciones, cada una de las cuales equivale a diez onzas de duodecimates?

-Diez onzas de duodecimates inexistentes. Su valor exacto es cero.

-Correcto, a menos que alguien se dedicara a indemnizar a los accionistas. Usted, por ejemplo.

-Allá usted con sus conclusiones.

-De todas formas, cincuenta UCL es una suma ridícula.

-Le pagaré cien UCL, ni uno más -suspiró con tristeza Gersen.

Chanseth buscó en un armario, y sacó un sobre que colocó ante Gersen.

-Aquí están sus acciones. Son al portador, no es necesario ningún documento de traspaso.

Gersen pagó los cien UCL.

-Dinero perdido, por supuesto.

-Estoy de acuerdo.

-¿Cómo llegó a obtenerlas?

-No me costaron nada -rió Chanseth-. Las cambié por algo igualmente sin valor; acciones de una sociedad anónima minera difunta. –

-¿No sería, por casualidad, las Explotaciones Mineras Didroxus?

-¿Cómo lo sabe? -se sobresaltó Chanseth.

-La Guía Comercial indica que Didroxus es una filial de la Kotzash, pero no menciona que la Didroxus posea bienes.

-Exacto. Sólo tiene concesiones mineras en Shanitra, la luna de Methel.

-En teoría es una concesión valiosa.

-Shanitra ha sido explotada hasta la saciedad -sonrió con frialdad Chanseth-. No es más que un montón de rocas. Hice un intercambio inútil.

-Pero ha obtenido, como resultado, cien UCL. Es un hombre inteligente.

Chanseth exhibió de nuevo su sonrisa gélida.

-Le voy a dar un consejo gratis, considerablemente más valioso. Si tiene el proyecto de establecer una sucursal de su banco aquí, o en cualquier punto de Dar Sai, olvídelo. Es imposible. Los methlen controlamos los negocios. No obtendrá nada, sin mencionar que los darsh apenas utilizan los bancos.

-No echaré en saco roto su consejo. -Gersen se levantó-. Transmítale mis respetos a su hija; lamento que se disgustara por mi culpa. Le presentaré mis disculpas personalmente en cuanto tenga ocasión.

-No se preocupe, por favor, ella ya ha olvidado el incidente. En cualquier caso, no tardaremos en regresar a Methel. -Hizo una breve reverencia-. Buenos días, caballero.

Gersen salió del despacho. La Muy Noble Jerdian comía bombones en la sala de descanso con una amiga. Gersen inclinó la cabeza al pasar, pero la joven fingió no verle.

Gersen se encontró otra vez en la plaza. Había muy cerca un café cubierto por un enorme dendron, en el que brotaban flores blancas y rojas. Gersen buscó una mesa apartada y pidió una taza de té.

Repasó mentalmente las posibles opciones futuras, un laberinto intrincado en cuyo centro se agazapaba una figura siniestra. Gersen sonrió ante la extravagancia de la imagen. Lens Larque se hallaba agazapado en algún sitio, de eso no cabía duda. Sin ir más lejos, podía ser ese hombre grande que devoraba un flan en la mesa de enfrente; no había forma de averiguarlo. Lens Larque ocultaba su auténtica identidad, como todos los Príncipes Demonio. Un único hilo, compuesto de varios nudos, recorría el laberinto: la Compañía Kotzash, Ottile Panshaw, las Minas Didroxus, las concesiones de Shanitra (¿por qué se habría molestado Panshaw en hacer el trato?), y ahora, seguramente, Daswell Tippin (¿por qué se había dirigido Tippin, sin más preámbulos, a las oficinas de Ottile Panshaw, a pesar de las advertencias de Gersen?). ¿Quién era aquel casi darsh con el que Tippin se había citado?

El próximo paso a recorrer en la pista de la Kotzash parecía conducir a Nihel Cahouse, de la Sombra de Inkin, que poseía 600 acciones de la Kotzash. ¿Cómo había obtenido Cahouse un número tan considerable, equivalente a tres toneladas de arena negra? Dejando aparte sus métodos, convenía encontrarle antes que Daswell Tippin o cualquier otro... Al pensar en Tippin, Gersen se removió, inquieto. Tal vez había sido un error contratar a Tippin. Al principio, pensó que le sería útil para reunir unas cuantas acciones más, pero quizá el hombre tenía la vista puesta en negocios más productivos.

¿Quién era Cahouse, y dónde estaba la Sombra de Inkin? Reparó en el letrero de una tienda cercana:

GRANDES ALMACENES DEL DESIERTO Equipos para turistas. Información sobre viajes. Expediciones y excursiones organizadas con guía. Contemple un auténtico hadaul con toda comodidad.

Gersen fue a mirar el escaparate. Contenía artículos para emprender travesías por el desierto: cascos herméticos, túnicas darsh, botas y trajes aislantes, depósitos portátiles de aire

acondicionado y artículos similares. Un estante de libros, mapas y folletos estaba flanqueado por un par de caballetes. El primero sostenía un cartel con la leyenda:

AVISO A LOS TURISTAS

y seguían unas líneas de texto. El segundo exhibía otro cartel, impreso en llamativos caracteres verdes y amarillos:

GRANHADAUL en Dinkelstown

El Día de Daffel, décimo día de Mirmone.

¡Uno de los grandes encuentros del año! ¡Un acontecimiento extraordinario! Viaje con toda comodidad en compañía de nuestro experto guía, y asista al típico espectáculo darsh.

Gersen entró en la tienda y compró un libro titulado *Los clanes de Dar Sai*, una colección de mapas y el folleto *Guía de las Sombras*. Volvió con sus compras a la mesa que había ocupado bajo el árbol. Desplegó el mapa, que medía un metro de largo y treinta y dos centímetros de ancho, impreso en varios colores sobre un fondo amarillo arenoso. Las zonas limítrofes, en tinta verde, se indicaban con la palabra CIÉNAGA, y carecían de rasgos distintivos. Las cuatro ciudades principales (Serjeuz, La Fuente de Wabber, Dinkelstown y Belfeser) estaban señaladas con estrellas negras, los pueblos con puntos negros grandes, y las sombras aisladas con puntos pequeños. Los lugares de interés histórico, espectáculos turísticos y similares («El Puente del Estrangulador», «Las Torres de Turnalina», «La Granja del Escorpión», «La llanura de Bags-hilly» y «El Skutch») destacaban con cruces o líneas de puntos. Zonas sombreadas, tanto grandes como pequeñas, correspondían a los dominios de un clan. Gersen localizó la «región Bugold» y la «Sombra de Bugold» algo al norte, y a tres mil quinientos kilómetros al este de Serjeuz. Al levantar la vista del mapa, Gersen divisó a Daswell Tippin, que cruzaba la plaza cojeando con aspecto de preocupada concentración. Iba mirando a derecha e izquierda, pero no pudo ver a Gersen, refugiado en las sombras. Divertido y perplejo, Gersen le vio entrar en el Banco de Chanseth. La entrevista entre Tippin y Adario Chanseth no beneficiaría a ninguno de los dos. Gersen, sin perder de vista el banco, dobló el mapa y examinó *Los clanes de* Dar Sai. El primer capítulo describía la primitiva historia de Dar Sai: la construcción de las Sombras y la formación de los clanes. El segundo, tercer y cuarto capítulos se referían a las características propias de cada clan, las relaciones interpersonales, los hábitos de procreación, las distinciones de casta y las diversiones. En el quinto capítulo se analizaba extensamente el hadaul; la opinión del autor era que los juegos de cada sociedad específica podían ser contemplados como un microcosmos de la propia sociedad... Daswell Tippin salió del banco con el paso menos apresurado. Miró nerviosamente en todas direcciones, caminó con desgana hacia el café, y se sentó dando la espalda a Gersen, apenas a diez metros de distancia.

Un camarero se acercó. Pidió con voz tensa una copa de licor burbujeante, y lo ingirió como si fuera un medicamento indispensable. Sacó del bolsillo de su chaqueta un fajo de papeles; Gersen vio que eran acciones iguales a las que había comprado a Chanseth. Tippin las contó con dedos temblorosos.

Gersen se puso en pie, se acercó a Tippin por detrás y le arrebató las acciones de la mano, súbitamente paralizada.

-Buen trabajo -dijo Gersen-. Me las quedo ahora y le pagaré esta noche. Siga con ello.

Gersen volvió a su silla. Tippin tartamudeó una tímida protesta. Estuvo a punto de levantarse, pero se dejó caer poco a poco contra el respaldo.

Gersen contó las acciones: 178 en total.

Tippin le miró en silencio unos momentos, luego se volvió y se encogió sobre su copa; la curva de su espalda indicaba un claro y amargo reproche.

Gersen sumó sus acciones: 1.112 más 178 ascendían a 1.290. Ya podía considerarse director, incluso director ejecutivo, en el caso de que Ottile Panshaw continuara poseyendo sólo 1.250 acciones... Una esperanza ilusoria. Ante la mesa de Tippin, como por arte de magia, se materializó el darsh de elevada estatura que Gersen había visto en Dindar House. Se sentó al lado de Tippin, que pronunció una única y escueta frase. El darsh soltó una imprecación y contempló el banco con mirada despreciativa. Preguntó algo con brusquedad a Tippin, quien meneó la cabeza con impotencia, y le ofreció al darsh una explicación apaciguadora, recibiendo a cambio otra maldición. Tippin ensayó un comentario que sólo sirvió para empeorar la situación. El darsh se puso en pie de un salto y cruzó la plaza a grandes zancadas. Tippin contempló como se alejaba, y después observó de reojo a Gersen, frío e indiferente. Tippin cojeó hasta la mesa de Gersen. Se derrumbó en una silla y trató de aparentar tranquilidad.

-Esas acciones no eran para usted.

-¿Para quién eran?

-No importa. Tiene que devolvérmelas.

-Ni por asomo. Si quiere, se las pagaré.

-Quiero esas acciones. Me las había encargado ese caballero darsh.

-¿Quién es? ¿Por qué ese súbito interés en las acciones de la Kotzash?

-Se llama Bel Ruk. No sé por qué quiere las acciones, ni tampoco por qué las quiere usted.

-Las quiere por la sencilla razón de que usted le dijo que yo las quería, desobedeciendo mis instrucciones.

La boca de Tippin se retorció en una mueca de pánico.

-No importa. Esas acciones era mías, y quiero que me las devuelva.

-Las compró para mí y me las quedaré. ¿Quiere su dinero? -Gersen contó ciento ochenta UCL-. Aquí lo tiene.

Tippin cogió el dinero con dedos indecisos.

-Esto me va a causar graves inconvenientes.

-No debería haber ido a Dindar House. Usted mismo provocó esos inconvenientes.

-Hace tiempo fui socio de Panshaw -gruñó Tippin-; ésa es la cuestión. No pude hacer otra cosa.

-¿Bel Ruk también trabaja con Ottile Panshaw?

-Yo diría que sí.

-¿«Con» o «para»?

-«Para», según mi opinión.

-¿Cuántas acciones más puede conseguir?

-¡Ninguna! ¡Doy por terminado este asunto! -Tippin se levantó. Escudriñó como un pájaro inquieto a un grupo de jóvenes methlen que se instalaban en una mesa cercana-. ¿Sabe lo que significa la palabra darsh «rachepol»?

-He oído mencionarla.

-Significa «desarraigado»..., o sea, «desterrado». Bel Ruk es un rachepol. Carece de conciencia. Es un experto asesino. Si valora en algo su vida, abandone Serjeuz.

Tippin salió del café y cruzó la plaza a la máxima velocidad que le permitían sus piernas.

Gersen reanudó su lectura. Al cabo de unos minutos, uno de los jóvenes methlen se acercó a Gersen. Era un joven alto, de finas cejas negras, nariz larga y aspecto de serenidad aristocrática.

-Señor, ¿me concede un minuto de su tiempo?

-Desde luego -respondió Gersen-. ¿Qué desea?

-Su conducta me produce un gran asombro. Exijo una explicación.

-Hay poco que explicar. Mi conducta es la que usted contempla. Estoy sentado aquí bebiendo una taza de té y leyendo este libro, que compré en aquella tienda. Describe las costumbres de los darsh.

-Ésa no es la conducta en la que estoy pensando. -Explíquese, por favor.

-En concreto, me refiero a su compra de acciones de la Kotzash.

-El principio esencial es: «Compra barato, vende caro». ¿Por qué no va a preguntarle al Muy Noble Adario Chanseth? Es un experto en estos asuntos, y le proporcionará mucha más información de la que yo pueda darle.

-Me interesan sus actos de falsedad, y las sospechas que levanta en general.

Gersen sonrió y meneó la cabeza.

-Me es imposible proseguir hablando en términos tan vagos. Podríamos seguir hablando durante horas de la misma forma, pero no puedo resignarme a perder el tiempo inútilmente.

-Usted ha provocado una extraña cadena de acontecimientos. -La voz del joven se hizo un poco más aguda-. Quiero saber hasta dónde piensa llegar.

-De hecho, lo ignoro. Y ahora, si me permite...

Gersen volvió a su lectura. El methlen dio medio paso adelante. Gersen suspiró y empezó a recoger sus libros.

Una segunda persona se acercó a la mesa.

-Aldo, es una cuestión sin importancia. Ven, vamos a planear la excursión.

Gersen miró de reojo y vio un torso revestido de color verde oscuro; levantó los ojos y descubrió el rostro de Jerdian Chanseth.

-¡Este hombre es definitivamente tortuoso! -exclamó Aldo, sin apartar los ojos de Gersen-. Me parece un maleducado.

-¿Y qué? Las cosas son así; ¿pretendes alterar su naturaleza?

-Hasta los andropos pueden ser rehabilitados; quizá debería hablar con la policía. La caricia de una porra obrará milagros en el carácter de este sujeto.

-O quizá fortalecería su ánimo. Deja que siga aquí sentado; ¿por qué te molesta tanto?

-No es tan sencillo. Sus manejos ya se han convertido en una fuente de preocupaciones para tu padre.

-Bueno, pues deja que le hable yo. Tal vez se comporte con más educación.

-No quiero. Es un asunto de hombres.

-Aldo -dijo Jerdian en tono decidido-, apártate, o mejor, vuelve a la mesa.

-Esperaré aquí -afirmó Aldo con dignidad glacial.

Gersen había seguido la conversación con moderado interés. Cuando Jerdian se sentó en la silla que Aldo había desocupado, se levantó y volvió a tomar asiento.

-Éste es un placer inesperado. ¿Puedo ofrecerle té? Por cierto, me llamo Kirth Gersen.

-No quiero té, gracias. ¿Para qué ha venido a Serjeuz?

-Podría darle una docena de respuestas. Viajo mucho. Me gusta explorar los rincones perdidos de la galaxia. Me interesan los pueblos exóticos, como los darsh y los methlen; los considero pintorescos.

Los labios de la Muy Noble Jerdian se curvaron. Gersen no pudo deducir si estaba irritada o se divertía.

-Me está esquivando.

-De ninguna manera. Hay mucho de qué hablar. Despida a este tipo y pasaremos el resto del día juntos, y quizá también la noche.

Aldo resopló y dio un paso atrás.

-¡Jamás he oído una insensatez tan asombrosa! Vámonos, Jerdian, la impertinencia de este hombre me agota.

Jerdian le dedicó una mirada inexpresiva y Aldo se calló de repente. Jerdian se dirigió a Gersen con voz sedosa.

-Se ha presentado como un banquero.

-Así es.

-Usted no es como los banqueros que he conocido.

-Ha dado en la diana. El banquero nominal sólo es desconfiado y agresivo cuando lleva las de perder. ¿Cuál es su sincera opinión sobre mí?

-De entrada, pienso en usted como el hombre que acaba de estafar a mi padre.

-¡Falso! -respondió Gersen, alzando las cejas-. Su padre estaba convencido de que se había aprovechado de mi inocencia.

-¡Esas afirmaciones rozan la calumnia! -gritó Aldo-. ¡Las pagará caras!

-¿Por qué no le ruega a este caballero que nos deje en paz? -pidió Gersen-. Es un aguafiestas.

Jerdian miró pensativamente a Aldo, y luego volvió su atención a Gersen.

-A pesar de que se preocupa de aparentar franqueza, nuestra conversación ha terminado.

Gersen hizo un gesto de pesar.

-Quizá haya sido evasivo, pero me siento vigilado por Aldo. Sus amenazas e improperios me inhiben.

-Aldo, vuelve a la mesa, por favor -ordenó de repente Jerdian-. En realidad, es difícil pensar contigo acechando sobre mi hombro.

-Como quieras.

Aldo se alejó, y Gersen hizo una señal al camarero.

-Tráiganos más té, o mejor, una botella de *Spondenr Flux* y dos vasos.

Jerdian se reclinó en la silla, como ajena a la jovialidad de Gersen.

-Me da igual. Dentro de un momento volveré con mis amigos.

-¿Por qué se molestó en venir? Es evidente que me considera detestable.

El comentario divirtió a Jerdian; rió y pareció más atractiva que nunca. Gersen sintió un repentino estremecimiento. Amar a Jerdian Chanseth y ser correspondido sería una experiencia fascinante.

Jerdian, tal vez intuyendo los sentimientos de Gersen, habló con voz cuidadosamente neutral.

-Le explicaré mi interés, es muy sencillo. En el escándalo de la Kotzash estaba involucrado el famoso Lens Larque. En cuanto oímos la palabra «Kotzash» nos ponemos alerta.

-Muy comprensible.

-Entonces..., ¿por qué compra las acciones de la Kotzash?

-Es una maniobra táctica, en modo alguno deshonrosa. Si se lo explicara, se lo contaría a su padre, éste a una docena más de personas, y yo sufriría graves perjuicios.

Jerdian paseó la mirada por la plaza, y luego dijo:

-¿Y no tiene ninguna conexión con Lens Larque?

-Por supuesto que no. Si la tuviera, no iría pregonando el hecho. Jerdian se encogió de hombros con desdén y ligereza al mismo tiempo.

-Parece que está muy informado sobre él.

-Y usted también.

-Por una buena razón; es nuestro coco local. De hecho, ocurrió una desagradable aventurilla en la que estaba involucrado Lens Larque. Es un darsh de pura raza, y rachepol hasta la médula. ¿Conoce la palabra?

-Significa «desterrado».

-Algo así. Los darsh celebran una gran ceremonia y le cortan una oreja al reo.

-Yo le corté la otra -dijo Gersen. Jerdian movió la cabeza, asombrada.

-¿Cómo ha dicho?

-¿Cuál fue el delito que le costó a Lens Larque una oreja?

Jerdian compuso una expresión de fría dignidad. El delito de Lens Larque era, evidentemente, de una naturaleza que las jóvenes methlen de buena educación consideraban inimaginable o indescriptible.

-No conozco bien los detalles, y usted aún no me ha dado mucha información.

Gersen cogió el vaso y examinó el fondo del vidrio.

-He de mantener la boca cerrada con la representante del Banco de Chanseth. Con alguien cuya personalidad puede considerarse seductora, estimulante e incluso cautivadora me mostraría mucho más locuaz.

-Usted es definitivamente impertinente, y muy audaz. -Su tono, según creyó advertir Gersen, no era ni terminante ni mordaz-. Con razón me quejé de usted hace un rato -añadió.

-Todo fue un malentendido. Levanté la vista de una carta que me estaba divirtiendo y la vi, pero no le «sonreí con lascivia». Luego reparé en el Banco de Chanseth y entré para hablar de negocios, pero fui expulsado.

La dignidad de Jerdian casi se había evaporado.

-¿Y qué me dice de Dindar House? ¿O es que no me siguió?

-Imposible; ya estaba allí antes de que usted llegara.

-Bien..., es cierto, pero incluso ahora se expresa de una manera muy personal.

-Me resulta imposible olvidar que es usted fascinante, que me agrada su conversación. ¿Debo seguir?

-No se moleste, por favor. -Jerdian se levantó-. Es un hombre muy extraño. No sé qué hacer con usted.

Gersen también se puso en pie.

-Si me conociera mejor, no albergaría tantas dudas.

-Temo que no llegaremos a conocernos mejor. Si se interpone en el camino de Lens Larque, le matará.

-Aún no le preocupo; todavía hay tiempo.

-En absoluto. Volveré a Methel en cuanto termine el hadaul de Dinkelstown. ¿Existe alguna posibilidad de que continúe con vida?

-Espero que sí. ¿Nos veremos antes?

-No lo sé.

Jerdian volvió a su mesa. Aldo y sus otros amigos habían estado observando con disimulo; en cuanto se reunió con ellos la asediaron a preguntas, que ella respondió de forma evasiva. Al poco rato, el grupo se dirigió al hotel Sferinde Select.

Cora se deslizó por el cielo azul de Dar Sai, tembló en el horizonte, adquirió tonalidades rojas, se acható y luego desapareció en pocos minutos, dejando tras de sí un leve resplandor amarillo limón. Masas de cirros que abarcaban centenares de kilómetros hacia el norte y hacia el sur se tiñeron de bermellón, luego de púrpura y terminaron por desvanecerse. El aire del desierto se enfrió con el ocaso. Las cortinas de agua de Serjeuz se redujeron a gotas ocasionales, y la brisa nocturna se movió entre las cúpulas sin impedimentos. Al cesar la caída del agua, Serjetiz se sumió en un silencio casi total, y los darsh enfundados en sus túnicas blancas que todavía paseaban por la plaza se transformaron en criaturas misteriosas e intrigantes.

Una de esas formas blanquecinas era Gersen, cargado con una bolsa en la que transportaba lo que se podía denominar sus útiles de trabajo. Mientras pasaba de la Sombra Central a la todavía menos iluminada Sombra de Skansel, pensó que si Jerdian Chanseth estuviera ahora con él y supiera lo que llevaba encima, tendría toda la razón en considerarle un hombre muy extraño.

Pero Jerdian se encontraba en otro lugar, pensó Gersen, a salvo de todo riesgo en el refinado ambiente del hotel Sferinde Select. Lo mejor y más sensato sería olvidarla. Era inimaginable pensar que algún día formaría parte de su precaria vida, a la que había pronosticado un inminente fin.

La idea le entristeció y, al mismo tiempo, le devolvió el dominio absoluto de sus aptitudes. Se acercó a Dindar House como una fiera al acecho, con todas sus facultades, conscientes y subconscientes, volcadas en inspeccionar los alrededores.

Se detuvo a la sombra del quiosco donde había comprado los libros. La propietaria se había marchado sin cerrar el puesto, para que cualquiera pudiera adquirir lo que deseara[16].

Gersen aguardó. Pasaron cinco minutos. Sólo tres luces, en lo alto de las cúpulas más elevadas, surgían de Dindar House. El aire de la noche transportaba sonidos distantes, audibles como las voces que se oyen en un auricular. Gersen distinguió un alarido ronco, prontamente acallado, y algo más cerca el estrépito electrónico de la música darsh, una especie de tañido gimiente y ensordecedor. Estos sonidos sólo contribuían a realzar el silencio de Dindar House.

Gersen salió de las sombras y, sin hacer el menor ruido, ganó la rampa y se introdujo en el vestíbulo. Se detuvo de nuevo a escuchar, pero el silencio era absoluto.

Encendió una linterna con la que iluminó el vestíbulo; como antes, no vio más que hormigón mohoso, macizas arcadas y madera deslustrada. Redujo la luz al mínimo, cruzó el vestíbulo a grandes zancadas y se plantó ante la alta puerta verde que daba acceso a la oficina de Ottile Panshaw.

Examinó en vano la puerta, la cerradura y el picaporte, sin hallar la menor señal de alarma o cámara oculta. La cerradura, contrariamente a la costumbre darsh, era a prueba de robos. Significativo, pensó Gersen.

Las cerraduras sólo estaban aseguradas cuando protegían objetos valiosos.

Retrocedió hasta la rampa de entrada y volvió a inspeccionar los alrededores. Al otro lado de la plaza, un par de cervecerías al aire libre, recubiertas de follaje, se distinguían por sus farolillos verdes y blancos.

La plaza estaba desierta. Gersen se izó a la superficie inclinada de un contrafuerte, bordeó una cúpula y se dejó resbalar sobre otra superficie curva que descendía frente a una hilera de ventanas. Gersen, calculando las distancias, identificó la ventana que daba a la oficina de Ottile Panshaw, y se aproximó a ella, pero una reja de vondaloy y una espesa hoja de vidrio impedían el acceso.

No era tan fácil entrar.

La oficina estaba a oscuras. Gersen intentó iluminar el interior con la linterna, pero los reflejos le deslumbraron.

---

[16] Los darsh no sienten inclinación por el hurto, delito que, fuera de las ciudades, es prácticamente desconocido. El crimen cara a cara y el robo relacionado con los duodecimates son más frecuentes, si bien son considerados delitos execrables. Al culpable, caso de ser detenido, primero se le azota con saña, y luego se le encadena entre las rocas del desierto, donde es fácil presa de los lancilarkos, los insectos roedores y los escorpiones. Los crímenes que más repudian los darsh son el robo de vehículos para cruzar el desierto, o el de provisiones de agua. Las penas conllevan la flagelación y ser atado a una estaca en el fondo de las letrinas de la ciudad.

Vale la pena destacar que el delito que ocasionó la expulsión de Lens Larque de la Sombra de Bugold fue robar el depósito de aire acondicionado del cadáver de un hombre que, borracho, se había desplomado sobre unos cactos venenosos. El delito fue considerado repulsivo, pero no extremadamente infame. Husse Bugold, como era conocido entonces, sufrió la pérdida de un lóbulo, y fue expulsado a latigazos de la Sombra de Bugold.

Arroja luz sobre la cuestión el hecho de que Jerdian Chanseth, carente de información concreta sobre la naturaleza del delito cometido por Husse Bugold, le imputó el que los methlen desprecian más: conducta sexual anormal, actitud habitual entre los darsh; así se explica su reacción ante la pregunta de Gersen.

Retrocedió unos pasos hacia la anterior ventana; estaba abierta, indiferente a los intrusos. Gersen enfocó la linterna y descubrió lo que tal vez era la oficina central de un agente importante. Este despacho y el de Ottile Panshaw habían sido en otro tiempo una única estancia. Un armario rebosante de libros, folletos y muestras bloqueaba la puerta de comunicación.

Gersen entró en el despacho, apartó el armario y examinó la puerta. Todo el espectro de la criminología comparada es morbosamente fascinante, y se discute no sólo en el tomo séptimo de la monumental exégesis de la condición humana llevada a cabo por el barón Bodissey, sino en obras más especializadas, como *El crimen interplanetario: causas y consecuencias,* de Karen Miller, o *Almas pecadoras,* de Tbeodore Pedersen. Richard Pelto, en *Los pueblos de Coranne,* analiza ampliamente las sociologías casi enfrentadas de Methel y Dar Sai.

Giraba sobre goznes en dirección a Gersen. Asió la perilla y tiró, pero la puerta resistió, asegurada por un pestillo en las dependencias de Ottile Panshaw.

Gersen inspeccionó los goznes. Estaban trabados y semiocultos; era imposible desmontarlos sin destruir la puerta.

Gersen volvió a examinar la puerta. Forzar cerrojos no era su especialidad, pero tenía una modesta confianza en sus habilidades. Aunque quizá había un método más sencillo.

La puerta se abría hacia él. El pestillo o el picaporte eran tan seguros como la aldabilla que los sujetaba a la puerta: Gersen apoyó la rodilla en la pared, agarró la perilla, la giró, tiró y concentró toda la fuerza de su pierna en la rodilla.

Se oyó un crujido y la puerta se abrió. Gersen sólo se atrevió a moverla unos centímetros. Recorrió la rendija con la linterna, en busca de cables de alarma rotos. No vio ninguno, pero eso no significaba nada; conocía al menos una docena de métodos invisibles para proteger una puerta. Sabía de habitaciones que contenían gas venenoso para asfixiar a los asaltantes. Olfateó el aire, pero sólo percibió el aroma rancio de la constante presencia humana. Era improbable, de todos modos, que Ottile Panshaw tomara la precaución habitual de envenenar el aire de su oficina. Abrió la puerta del todo y paseó la linterna por el despacho. Vio lo que ya esperaba: paredes pardoverdosas, un escritorio, una mesa, tres sillas, un armario y un comunicados absurdamente lujoso.

Gersen procedió con rapidez y destreza. Encajó una minúscula grabadora en el ángulo formado por la moldura de la puerta y la pared, donde no podía ser vista por nadie. Desde la grabadora esparció con un bote a presión una película conductora alrededor de la puerta hasta la oficina adyacente y, siguiendo el perfil de las paredes, hasta la ventana por la que había entrado. Volvió a la oficina de Panshaw y reparó el pestillo roto lo mejor que pudo, fijando los clavos de nuevo en los agujeros. Un examen superficial no delataría lo sucedido.

Gersen concentró su atención en el escritorio. Un sobre con la inscripción Importante, Confidencial parecía contener un fajo de papeles. Gersen pensó que se trataba de una invitación demasiado obvia y, por lógica, una señal de peligro. Era necesario comportarse con prudencia. El aparato sensitivo de Gersen, tenso hasta extremos casi dolorosos, recibió un aviso en ese preciso instante. Gersen no tardó ni un segundo en analizar la advertencia. Se deslizó por la puerta, ajustó el pestillo, cerró la puerta, situó el armario en su lugar de costumbre y fue hacia la puerta que daba al pasillo. Aplicó la oreja al tablero; ningún sonido. Abrió la puerta y oyó al instante el rumor de pasos que se acercaban. Cerró la puerta, corrió el cerrojo y se precipitó hacia la ventana. Vigiló desde las sombras, y pronto divisó en la zona tenuemente iluminada a un hombre ataviado con una capa oscura y un sombrero de ala flexible. Creyó reconocer la postura y las dimensiones de Ottile Panshaw.

Gersen retrocedió para quedar fuera del ángulo de visión de Panshaw, en el caso de que llevara gafas para ver de noche. Conectó la grabadora y dio el máximo de volumen. Por un momento no oyó nada, y después un sonido metálico y el crujido de la puerta al abrirse. De nuevo silencio, mientras la habitación era inspeccionada. A continuación, pasos; y luego una voz tranquila que hablaba, aparentemente, en un radiotransmisor.

-Nada. No veo a nadie.

-¿Hay algo fuera de su sitio? -preguntó la voz suave y lejana de Panshaw.

-Creo que no.

-Quizá ha sido una falsa alarma. Voy a subir.

Gersen miró por la ventana y vio que Panshaw avanzaba hacia la puerta del edificio.

Gersen salió por la ventana y se situó sobre la superficie de la cúpula. Conectó el detector y no tardó en oír la voz de Panshaw.

-¿Qué disparó la alarma?

-Un impacto luminoso, breve y de baja intensidad.

Silencio. Después, una vez más, la voz de Panshaw, cautelosa y pensativa.

-Todo parece estar en su sitio... Qué extraño. Sospecho de ese hombre, aunque a veces soy demasiado desconfiado. Quizá sea lo que aparenta.

-Una idea que ya implica desconfianza.

-Es posible... Tenemos un misterio entre las manos, lo que desagradará al Gran Pájaro. Pero lo primero es lo primero, y esto significa causar las menos molestias posibles al Pájaro. En tal caso, le toca el turno a Cahouse. El tipo de Traveler's Inn puede esperar.

-Cahouse no se encuentra en la Sombra de Inkin. Es posible que me lleve varios días encontrarle.

-Proceda a su aire, pero cumpla su cometido. Lo dejo en sus manos; parto ahora mismo hacia Twanish.

-¿Tan pronto? Le convendría más quedarse a reunir acciones.

-Hago lo que me mandan. Bien, ha sido una falsa alarma. Nada nos retiene aquí... ¡Un momento! Creo que han forzado la puerta que comunica con el despacho de Litto. La pintura está rayada...

Un murmullo de palabras que Gersen no pudo entender y, a continuación, el rumor de pasos precipitados.

Gersen corrió sobre la cúpula, se dejó caer en la rampa de entrada y se refugió bajo la sombra del quiosco antes de volverse. Las ventanas de ambas oficinas estaban iluminadas; una forma oscura se asomó un momento por la ventana de Litto y luego desapareció.

Gersen volvió sobre sus pasos. Al cruzar la plaza Central reparó en un conjunto musical que tocaba en los Sferinde Gardens para un numeroso grupo de methlen ataviados con trajes de noche amarillos y blancos; los hombres, además, llevaban fajas de color azul pálido.

Gersen estuvo mirando un rato, después esbozó una sonrisa melancólica y continuó hacia el Traveler's Inn.

Daswell Tippin ocupaba su puesto tras el mostrador de la recepción. Al ver a Gersen, una curiosa expresión de sorpresa y consternación se dibujó en su rostro. Gersen se acercó al mostrador.

-¿Por qué me mira así?

-Alguien le llamó hace apenas cinco minutos -farfulló Tippin-. Pensé que estaba en su habitación, y así lo comuniqué.

-¿Quién llamó?

-Bien..., no dijo su nombre.

-¿Panshaw? ¿No? ¿Ruk? Bien, no importa. Voy a subir a mi habitación, de modo que sólo se equivocó por cinco minutos..., un lapso de tiempo insignificante, ¿no cree?

-Desde luego.

-¿Dónde puedo encontrar a Nihel Cahouse?

-En la Sombra de Inkin. Pertenece al clan Fogle; muchos Fogle viven en la Sombra de Inkin.

-¿Y si no está en la Sombra de Inkin? Tippin se encogió de hombros.

-Podría estar en cualquier otro sitio.

-No hable a nadie de mi interés por Cahouse.

-Su interés por Cahouse es público y notorio -refunfuñó Tippin-. No revelaría nada nuevo.

-De todos modos..., tenga la boca cerrada.

-¡Claro, claro, claro! ¡La mantendré tan cerrada como si me hubieran cortado la lengua!

Gersen subió a sus aposentos, que examinó con toda minuciosidad. Después, tras instalar alarmas de su invención en puertas y ventanas, se bañó y se fue a dormir.

9

De *Los pueblos de Coranne,* de Richard Pelto:

«Los darsh contraen matrimonio basándose exclusivamente en determinados cálculos. Las mujeres juzgan el peso de los duodecimates del hombre; los hombres saborean los guisos de la mujer y comprueban la comodidad de su campana. Así se casan los darsh. Lo más probable es que no establezcan relaciones sexuales, sino que cada uno se interne en el desierto a la luz de la luna para perseguir a sus posibles amantes.

»La relación conyugal es fría y formal. Cada miembro sabe lo que se espera de él o de ella y, más concretamente, lo que él o ella espera. Si aparece una contrariedad, la mujer se desquita con ahagaree rancio o pourrian quemado; el hombre, por su parte, deposita menos duodecimates sobre la mesa y pasa casi todo su tiempo en las cervecerías.

»Por la mañana, una hora antes de que Cora salga, la mujer despierta al marido, que se levanta con semblante severo, se ciñe sus ropas de día y sale a examinar el cielo. Pronuncia una frase en vano optimismo, que se podría traducir como: "¡Hoy hará buen tiempo!", y se va a trabajar. La mujer se despide con otra frase peculiar: "¡Ve, estúpido!".

»El hombre regresa al anochecer. Antes de entrar en la sombra, echa un último vistazo al cielo y dice, de nuevo en tono indefinido: "¡Asi achih!", que significa: "¡Se terminó!". La mujer, que aguarda en el interior de la campana, se limita a reír entre dientes. »

Gersen se despertó al amanecer. Los rayos de Cora, casi paralelos a la superficie del desierto, arrojaban largas sombras oscuras sobre la plaza. Gersen se asomó a la ventana y pensó en la luz de Rigel, casi tan blanca y brillante. Desde Alphanor, la luz de Rigel parecía fría, quebradiza, moteada de manchas violeta. La luz de Cora, contemplada desde una distancia más cercana, quemaba y aquijoneaba la piel.

Gersen se puso pantalones anchos grises, una camiseta a rayas azules y blancas y sandalias con almohadillas de aire, la indumentaria convencional en todo el universo humano para el tiempo caluroso. Llamó por el comunicador al *Diario Minero, y* la informaron que las oficinas aún tardarían en abrir una hora.

Gersen bajó al desierto vestíbulo y salió al jardín, concurrido por unos pocos esforzados turistas. Desayunó té, frutas, pastelillos y queso importado de algún lugar lejano. Cuando abandonó el jardín, el agua empezó a gotear de los bordes, hasta convertirse en cortinas. El día había empezado de veras; era preciso combatir el asalto de Cora.

Gersen fue directamente a Dindar House. Ignoró el mal ventilado vestíbulo y subió a las dependencias del *Diario Minero,* una sala larga y ancha dominada por un enorme mapa en relieve del Lomo que abarcaba toda una pared. La superficie del mostrador delantero era de jaspe y jade, y en el ángulo derecho sostenía una fila de frascos de cristal que contenían diversas muestras de arena negra, junto con pequeños discos del metal correspondiente; a la izquierda, se erguía un impecable cubo de pirita de medio metro de lado.

Un hombre de mediana edad, serio, pausado y barbudo, se acercó al mostrador.

-¿Qué desea, señor?

-Represento a Cosmópolis -dijo Gersen-. Me han enviado para escribir una serie de artículos sobre Dar Sai y los darsh. Estoy autorizado a contratar un ayudante local, y confío en que sea alguien de su redacción.

-Yo soy toda la redacción, pero estaré encantado de ayudarle, cobrando o como sea.

-Excelente. A propósito, me llamo Kirth Gersen.

-Soy Evelden Hoe. ¿En qué se ocupa ahora?

-Reúno una colección de apuntes biográficos. Me han dicho que contacte con un tal Nihel Cahouse, que reside en la Sombra de Inkin. Hoe se tiró de la barba.

-Conozco el nombre. Hummm... No recuerdo los datos. Buscaremos en el índice. Acompáñeme, si gusta.

Hoe condujo a Gersen a la parte de atrás.

-Ésta es nuestra biblioteca, por llamarla de alguna manera. La tenemos al día; si ese nombre ha aparecido en *el Diario*, lo encontraremos. -Hoe se sentó ante un ordenador-. Nihel Cahouse. Aquí está.

Ahora recuerdo la historia. ¿Se la resumo, o prefiere leer los recortes? -Le escucho.

-Cahouse es un Fogle, procedente de la Sombra de Inkin, y minero. Localizó un rico filón en un lugar llamado Jamile Wallow y obtuvo unas mil onzas de arena. Regresó a la Sombra de Inkin, justo cuando se estaba celebrando un hadaul, aunque lo más probable es que volviera para asistir

al hadaul. Apostó como un hombre poseído, y al terminar el día había ganado cinco mil onzas..., una fortuna principesca. En aquella época, la Compañía Kotzash iba viento en popa. Dio la casualidad de que el interventor de la Kotzash, Ottile Panshaw, estaba allí. Cahouse cambió su arena por seiscientas acciones de la Kotzash.

»Dos días más tarde saquearon los almacenes de la Kotzash. Nihel Cahouse lo perdió todo y se convirtió en un tópico de las noticias pesarosas.

-¿Dónde vive ahora? ¿En la Sombra de Inkin todavía? Hoe pulsó varios botones.

-Aquí hay algo reciente.

Un breve parágrafo apareció en la pantalla:

Nihel Cahouse, el antiguo millonario, ha vuelto al desierto. Se dirigirá otra vez a Jamile Wallow para buscar otro filón.

-La noticia es de hace tres meses -dijo Hoe.

-¿Dónde se halla Jamile Wallow?

-En dirección sudoeste. Se lo enseñaré en el mapa.

-Bien, pero antes hablemos de otro tema: Lens Larque, el que robó la arena de Cahouse.

Hoe se puso en guardia al instante.

-En Serjeuz mencionamos ese nombre en voz muy baja.

-Pese a ello, es uno de los ciudadanos más famosos de Dar Sai, y pienso ocuparme de él en uno de mis artículos.

-Muy comprensible -sonrió débilmente Hoe-. Es un hombre extraordinario, al que desagrada en extremo la publicidad negativa, y también muy influyente. En otras palabras, no se le puede tratar con ligereza.

-Eso me han dicho. ¿Le conoce usted?

-No, que yo sepa, y espero no hacerlo nunca.

-¿Tiene alguna fotografía en sus archivos?

-Me parece que no -titubeó Hoe-. Nada que le pueda ser útil, en cualquier caso.

-Nuestra conversación es estrictamente confidencial -manifestó Gersen-. No se citará en ningún caso al *Diario Minero,* ni siquiera como fuente de información, pero Cosmópolis necesita una fotografía. De hecho, pagaríamos cincuenta, o incluso cien UCL.

Gersen depositó sobre la mesa un billete. Hoe lo tocó con dedos vacilantes, pero luego retiró la mano.

-No tengo fotografías recientes, pero hace escasos días descubrí algo en una antigua ilustración... No sé si es lo que busca.

-Enséñeme la fotografía.

Hoe le miró por encima del hombro y apretó más botones.

-Lo que voy a enseñarle -dijo con voz metálica- es una colección de pintorescas fotografías de elanes. ¿Con cuál quiere que empiece?

-Con el clan Bugold.

-Es lógico. Ésta es la más antigua. Fue tomada hace doscientos años. ¡Mire a esa gente! ¿A que son exóticos? En aquellos tiempos, los Bugold eran un clan casi fuera de la ley; quizá nos ofrecieron sus expresiones más feroces... Aquí hay algo más reciente, tal vez de hace unos treinta años. Los Bugold de nuevo, casi tímidos en comparación. A este lado, «los chicos chapuceros», y allí, las «kitchetas», como se autodenominan. Las mujeres darsh están en su mejor momento durante esos fugaces meses transitorios. ¡Mire a esta chica de carnes prietas y ojos llameantes! Es realmente muy hermosa. Y aquí tenemos a los jóvenes machos, ya no «chapuceros», pero tampoco adultos del todo. ¡Observe a éste en particular! No sé su nombre, pero me dijeron que más tarde cometió un robo y se transformó en lo que los darsh llaman rachepol. Quién sabe lo que fue de él... ¿Quiere seguir mirando fotografías?

-Luego, en cualquier caso. Me interesan copias de estas dos; serán objeto de un análisis pormenorizado.

Hoe bajó una palanca y las dos copias cayeron en una bandeja.

-Aquí están, señor.

-Gracias.

Gersen guardó las fotografías en el bolsillo, y Hoe hizo lo mismo con el dinero.

-Tengo un poco de prisa -dijo Gersen-. Señáleme Jamile Wallow, o mejor déme las coordenadas y ya me las arreglaré.

Hoe pulsó unos botones y entregó la lámina a Gersen.

-¿Volverá pronto?

-Dentro de un par de días.

-Nuestra conversación ha sido, por supuesto, confidencial.

-No hace falta ni decirlo. Por ambas partes.

-Naturalmente. -Hoe acompañó a Gersen hasta la puerta-. Que le vaya bien, y hasta nuestro próximo encuentro.

Gersen alquiló en la tienda de turistas un último modelo de vehículo para el desierto y ropas adecuadas, un proceso largo y tedioso gracias a la pereza del empleado. Gersen se imaginó a Bel Ruk volando entre las estrellas en dirección a Jamile Wallow, y una nerviosa frustración le asaltó, que contuvo a duras penas. Por fin le entregaron el deslizador. Se introdujo en la cabina, bajó la capota, dispuso la pantalla protectora del sol sobre su cabeza y después arrancó. Cruzó la cortina de agua, ascendió una pendiente y se alejó de los arracimados parasoles de Serjeuz rumbo al oeste.

Fijó el piloto automático en las coordenadas de Jamile Wallow, puso el control de velocidad al máximo y se reclinó en el asiento. El desierto se extendía ante sus ojos, adoptando un millar de sutiles variaciones; una llanura de grava, dunas arenosas que rompían contra afloramientos de toba negra, una zona de cañones barridos por el viento, una planicie de voluminosos amontonamientos de arena que rodeaban un grupo de tres parasoles; la Sombra de Fotheringay, según el mapa. Al norte, un solitario parasol se recortaba en el horizonte, la Sombra de Dugg.

Pasaron las horas. Cora, que se inclinaba hacia el norte, se cruzó con el deslizador, que derivaba en dirección sur.

Enfrente se distinguió una sombra solitaria, deshabitada y abandonada; la Sombra de Gannet, según el mapa. El agua no caía de los parasoles; las campanas vacías cedían bajo el peso de la vegetación enmarañada y de árboles esqueléticos. Un círculo rojo indicaba en el mapa su situación

de sombra muerta. Gersen examinó la ruta que llevaba a Jamile Wallow, punteada por pequeños asteriscos rojos; todavía faltaba una hora.

El nerviosismo de Gersen se acentuó. Según donde se hallara Bel Ruk, le llevaba una hora de ventaja; de lo contrario, habría perdido dos o tres. Si Bel Ruk le había precedido, el éxito de su misión peligraba.

En el horizonte se destacó una meseta baja. Jamile Wallow ocupaba una depresión entre el desierto y un barranco poco elevado. Gersen divisó un parasol rudimentario, fabricado con tubos de arafina y una fina película revestida de metal. La estructura había sido dañada; el parasol estaba inclinado a un lado y derramaba un hilillo de agua. El parasol proporcionaba sombra a tres cabañas. Una se había derrumbado en parte; las otras dos estaban en mejores condiciones. Bajo la ardiente luz de Cora, a unos cincuenta metros de distancia, se erguía un cobertizo para herramientas construido con tablas de algaica[17], junto a un oxidado montón de equipo minero.

Gersen disminuyó la velocidad del deslizador y dio la vuelta a la sombra, sin advertir señales de vida. Dio una segunda vuelta, y después detuvo el deslizador al lado de las cabañas. Subió la capota y una oleada de aire caliente le azotó el rostro. Escuchó... El solitario goteo del agua, el susurro del viento al rozar la estructura del parasol, y nada más.

El calor empezó a irritar la piel de Gersen. Se ciñó la capucha y activó el refrigerador. Protegió sus ojos con semiesferas de metal transparente, y se calzó zapatos para el desierto. Por un lado, el desierto se perdía, árido y desolado en la lejanía; por otro, una tolva, una desvencijada correa transportadora y un montón de arena pardusca indicaban el emplazamiento de los trabajos efectuados por Cahouse. Un agrietado parasol derramaba un irregular chorro de agua. No se veía a Nihel Cahouse por ninguna parte, y Gersen sufrió una sorda sensación de fracaso.

Fue a investigar las cabañas de piedra, pero sólo descubrió basura y algunos muebles semipodridos. El cuarto cobertizo, cincuenta metros más al sur, sólo podía albergar el generador eléctrico, el manantial y la bomba de agua. Gersen salió a terreno descubierto para seguir sus pesquisas. Un punto que se movía en el cielo le llamó la atención. Se quedó quieto y al instante identificó el objeto que se aproximaba; un deslizador muy parecido al suyo.

Gersen corrió a esconderse bajo el parasol, presa de una súbita excitación; si Bel Ruk iba a bordo del deslizador, quería decir que aún no había encontrado a Nihel Cahouse. Gersen saltó dentro de su deslizador, aferró los controles y lo condujo hasta situarse bajo el ruinoso protector. Arrancó varias tablas de arafina y camufló con ellas su vehículo. Sacó el proyector y la pistola, y se refugió entre los escombros. Su presencia ahuyentó a tres animales similares a escorpiones, de unos treinta y cinco centímetros de largo, veteados de blanco y canela que realzaban más el vientre anaranjado. Erizaron sus escamas brillantes, le observaron fijamente con sus ojos de color esmeralda, agitaron sus largos aguijones, e iniciaron una maniobra envolvente. Gersen los destruyó con tres rápidos disparos de su pistola, que provocaron otras tantas explosiones tintineantes.

Gersen levantó la vista al cielo. El parasol ocultaba al deslizados que se aproximaba. Decidió que su escondite distaba mucho de ser satisfactorio; se agachó y salió corriendo hacia el cobertizo de las herramientas. Tomó impulso y dio un brinco para evitar caer en una cavidad que bullía de escorpiones con los aguijones preparados y los ojos esmeralda brillando de anticipación. Gersen los mató con un sólo chorro de energía y luego se refugió tras el cobertizo.

El deslizador, pintado de verde y negro, algo más grande que el alquilado por Gersen, planeó bajo el parasol y tomó tierra. Dos hombres con indumentaria darsh para el desierto descendieron.

[17] Al comprimir y calentar ciertos tipos de algas pantanosas, liberan una goma que, una vez enfriada, toma forma en un molde a prueba de agua.

Sus rostros, cubiertos por protectores metálicos, eran irreconocibles. Uno de ellos, a juzgar por su delgadez, era una vez más Ottile Panshaw. Los dos hombres examinaron la sombra con la misma decepción que Gersen.

Se encaminaron hacia las cabañas, y se ciñeron más las capuchas[18] para aprovechar al máximo los efectos del aire frío. Echaron una ojeada al interior, e hicieron una pausa para comentar sus descubrimientos. Gersen se preguntó en qué radicaba su interés. No tenían la menor posibilidad de encontrar a Nihel Cahouse. Y entonces, ¿qué? ¿Las acciones de Kotzash?

La tercera cabaña pareció complacerles. Uno de los hombres extendió un dedo con aire de satisfacción. Entró, y salió con una caja metálica de gran peso. La depositó en el suelo, abrió la tapa, tocó el contenido y meneó la cabeza con un gesto que podía indicar cualquier cosa. El otro hombre cerró la tapa y cargó la caja hasta el deslizador. Su compañero miró hacia el cobertizo de las herramientas. Hizo una señal perentoria, y ambos cruzaron la zona barrida por el sol en dirección al cobertizo. Uno abrió la puerta, miró adentro y retrocedió de un salto con un grito. Gersen aplicó el ojo a una rendija. Podía ver el interior gracias a la luz que se colaba por el umbral.

El segundo hombre se acercó.

-¿Qué pasa?

El segundo hombre agitó la mano.

-Lo que ves.

- ¡Asi achih![19]

-El lugar apesta. Está atestado de demonios.

-Ellos crean su propio hedor. ¡Oh, qué putrefacción! Bien, los papeles no están aquí.

-No se precipite. El shrig[20] quiere mil doscientas acciones, y seiscientas debemos encontrarlas aquí. Busquemos bien.

-Déle las cien que ya ha conseguido y la noticia de que no es posible encontrar más.

-Ya veremos. Bah, Cahouse no escondería las acciones en este horrible lugar, si es que se ha molestado en esconderlas.

-¡Ja, ja, ja! ¡Cahouse, el juerguista loco! Seguro que las arrojó al sansuun[21] con una maldición. Me dijeron que era famoso por sus impresionantes maldiciones.

-Nunca más volverá a maldecir.

-Salgamos de este lugar deprimente. Compartiremos la arena; hemos aprovechado el día, después de todo.

-El shrig quiere sus acciones y habla con voz firme. Soy Bel Ruk, pero no dejo de tener miedo.

---

[18] Un gesto típico de los darsh.

[19] Una imprecación darsh de aceptación fatalista: «¡Así sea!», o: «¡Era inevitable!». Los darsh no aceptan de buen grado o filosóficamente la desgracia; se complacen en quejarse. «¡Asi achih!» indica el reconocimiento definitivo o, como en este caso, la inexorable fuerza del destino.

[20] Larva de un animal de las ciénagas, famoso por su contoneo sinuoso sobre un par de patas caudales. El shrig alcanza una estatura media de unos ciento treinta y cinco centímetros, y emite una fosforescencia amarillenta. Por la noche, centena res de shrig bailan en las ciénagas, y crean un efecto fascinante y espectral. La palabra se utiliza en este contexto para designar a un individuo maniático y poco práctico, alejado de la realidad.

[21] Sansunn: la brisa nocturna que sigue al sol alrededor del planeta.

-Ni siquiera el miedo puede provocar la aparición de acciones que no existen.

-Es cierto... Miremos por última vez en las cabañas.

Los dos dieron media vuelta y se encaminaron a la sombra.

-Caballeros, no den ni un paso más -dijo una voz a sus espaldas-. No se vuelvan; la muerte se cierne sobre ustedes.

Los dos hombres se detuvieron con un estremecimiento.

-Levanten las manos poco a poco... Más alto. Sigan caminando hasta la base del parasol. No se vuelvan.

Diez minutos después, Gersen había concluido el asunto a su plena satisfacción. Los dos hombres habían confesado que sus nombres eran Bel Ruk y Cleander. Seguían de pie frente al parasol, la capucha sobre los ojos y las manos atadas con trozos de tela. Idénticos trozos de tela, pero de sus propias vestiduras, les amarraban los brazos al parasol. Cuando, según el ojo crítico de Gersen, ambos se encontraron completamente indefensos, les cacheó y les alivió del peso de sus pistolas, aparte del cuchillo de Bel Ruk. Investigó la caja que habían sustraído de la cabaña y transportado al deslizador; contenía unos veinticinco kilos de arena negra. El billetero de Bel Ruk había quedado olvidado en el asiento del deslizador. Gersen descubrió 110 acciones de la Kotzash que pasaron a su poder.

Volvió hacia los dos cautivos, que habían intentado disimuladamente liberarse de sus ligaduras.

-Espero que afronten esta situación con buen humor -les consoló Gersen-. En cierto sentido, es su día de suerte. Me llevo algunas acciones de la Kotzash que he encontrado en un billetero. A cambio, les dejo diez UCL. Tienen motivos para alegrarse, puesto que las acciones carecen de valor. También me llevo la arena negra de Cahouse.

Ni Cleander ni Bel Ruk hicieron el menor comentario.

-Preferiría que no se esforzaran por liberarse de sus ataduras -dijo Gersen-. Me vería obligado a matarles.

Los hombros de Cleander se hundieron; Bel Ruk se inmovilizó. Gersen les contempló un momento, y después volvió al cobertizo de las herramientas. Bel Ruk y Cleander habían dejado abierta la puerta; la luz del sol brillaba sobre un confuso montón de huesos y cartílagos secos que sobresalían entre los jirones de ropa blanca. Aparentemente, Nihel Cahouse había muerto mientras intentaba reparar la bomba de agua, quizá por una descarga eléctrica. Docenas de escorpiones formaban un círculo. Habían destrozado las ropas de Cahouse para celebrar un festín con el cadáver.

Tal como Bel Ruk y Cleander habían señalado, el hedor que provenía del cobertizo era inimaginable.

Gersen fue a la tolva, encontró una pala, volvió al cobertizo y barrió los restos de Nihel Cahouse hasta enterrarlos bajo la arena. Los escorpiones, tintineando de rabia, se lanzaron en su persecución. Gersen los mató con la pala.

Casi sin quererlo, tanto el cadáver como los escorpiones habían cambiado de sitio. Gersen corrió a buscar la protección de la sombra y examinó a sus cautivos.

-¿Cuánto tiempo pretende tenernos aquí? -preguntó Bel Ruk con voz tensa.

-No mucho. Tengan paciencia.

Gersen volvió al cobertizo. El hedor había menguado y los escorpiones ya no estaban. Gersen penetró con cautela. Conectó el conmutador principal y confirmó lo que había visto a través de la rendija.

Nihel Cahouse había usado las acciones de la Kotzash para empapelar las paredes del cobertizo de las herramientas. El calor había desmigajado la cola; desprendió los papeles sin ninguna dificultad.

Gersen contó los documentos rescatados bajo la sombra: 600 acciones. Sumadas a las 110 que había cogido a Bel Ruk, y a las que había conseguido anteriormente, totalizaban 2.000.

Gersen regresó junto a sus prisioneros. Bel Ruk, frotando sus ligaduras contra el metal, casi se había zafado de ellas. Gersen aseguró los nudos sin hacer el menor comentario.

-Caballeros -dijo Gersen-, me dispongo a partir. Bel Ruk ha demostrado que en una hora aproximada de esfuerzos quedarán en libertad.

-¿Por qué se lleva mis acciones de la Kotzash? -barbotó Bel Ruk-. No valen nada.

-En ese caso, ¿por qué estaban en su cartera?

-Los iskish locos pagan dinero a cambio de basura en Serjeuz -dijo Bel Ruk con voz estropajosa.

-De repente todo el mundo quiere acciones de la Kotzash -comentó Gersen-. Quizá ese bribón desorejado de Lens Larque se disponga a devolver el dinero que robó.

Bel Ruk y Cleander guardaron silencio, turbados.

Gersen les contempló un momento. Luego acarreó la caja de arena negra hasta su deslizador y se marchó de Jamile Wallow.

Cora había recorrido la mitad de su trayecto cuando Gersen aterrizó en la arena junto a su Fantamic Flitterwing. Trasladó la caja y las acciones de la Kotzash a bordo, condujo el deslizador a través de la cortina de agua y lo devolvió a la agencia.

Llegó a Traveler's Inn, esperó a que Tippin estuviera distraído, y subió sin ser visto a su habitación. Se bañó, cambió sus ropas por otras limpias y bajó al vestíbulo. Procuró que Tippin advirtiera su presencia; el empleado le indicó por señas que se acercara al mostrador.

-Buenas tardes -dijo Gersen.

-Sí, sin duda. ¿Dónde ha estado todo el día?

Gersen miró fijamente a Tippin, que apartó la vista.

-¿Por qué le interesa tanto?

-Alguien ha preguntado por usted -replicó Tippin, irritado.

-¿Quién?

-Bel Ruk, ya que quiere saberlo, y no hace ni diez minutos. Cree que usted le asaltó en el desierto.

-¿Cómo podría haber asaltado a Bel Ruk si he pasado todo el día en mi habitación? -preguntó Gersen con sencillez.

-No lo sé. ¿De veras estaba en su habitación?

-¿A usted qué le parece?

-No me atrevería a contradecirle.

-¿Es la primera vez que me ve hoy?

-Sí, por supuesto.

-¿Y no acabo de bajar de mi habitación?

-Ciertamente.

-Entonces dígale a Bel Ruk que, según su opinión, no abandoné mis aposentos en todo el día.

-¿Y así ha sido, en realidad? -gritó Tippin, de mal humor.

-En lo que a usted concierne, sí.

Gersen dio media vuelta y salió al jardín. Se sentó a una mesa sombreada y cenó con calma.

Daswell Tippin se asomó al jardín, vio a Gersen y se aproximó con un trotecillo agitado.

-Bel Ruk me ha amenazado de muerte -declaró con acento trágico, desplomándose sobre una silla-. Proclama que usted y yo somos cómplices; me llamó «ladrón»[22]. Dice que me llevará a la Sombra de Sangwy[23]. ¿Sabe lo que esto significa?

-Aparentemente, nada bueno.

-Implica esos malditos látigos darsh, y no se ría; sucede a menudo, se lo aseguro.

-¿Cuándo le amenazó Bel Ruk?

-¡Hace menos de cinco minutos! Hablé con él por teléfono; le dije que, por lo que yo sabía, usted no había salido de Serjeuz. Se encolerizó muchísimo.

-¿Dónde se encuentra ahora?

-No lo sé. En Serjeuz, supongo.

-Preste atención un momento. -Gersen sacó la lista que le había proporcionado Jehan Addels-. ¿A quién compró las acciones que le pedí? Marque los nombres.

Tippin ojeó la lista sin demasiado interés. Sacó una pluma y fue marcando algunos nombres.

-Éste. Éste. Éste. -Apartó la pluma con un gesto de repugnancia-. ¡Esto es una locura! Si Bel Ruk me viera, me arrancaría la piel a tiras.

-Ruk llevaba hoy cien acciones encima; ¿de quién las consiguió?

-¿Así que es cierto que le robó? -preguntó Tippin con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

-Me apropié de algo a lo que él no tenía derecho. Después de todo, Lens Larque saqueó el almacén de la Kotzash.

-Pero ésta no es la lógica darsh -susurró Tippin-. Bailaremos juntos en la Sombra de Sangwy. -Miró en todas direcciones y escrutó la plaza-. He de abandonar Serjeuz; no puedo seguir viviendo aquí.

-¿Adónde quiere ir?

-A casa, a Svengay. Tuve problemas allí hace mucho tiempo, pero ya se habrán olvidado.

-Entonces no hay nada que temer. Váyase en la próxima nave.

-¿De dónde sacaré el dinero? -Tippin se retorció las manos-. Vivo con una mujer. Me ha exprimido como una sabandija.

---

[22] Palabras como «robar», «hurtar» o «sustraer» son tremendamente ofensivas para los darsh.

[23] La Sombra de Sangwy: un poblado aislado en los yernos de Sheol, habitado por rufianes, rachepoles y fugitivos. El agente comercial «Sudo Nominus» se entrevistó en la Sombra de Sangwy con Lens Larque, episodio que relató en *Recuerdos de un agente de ventas ambulante.*

Gersen escribió una nota en un trozo de papel, sacó cien UCL y se los tendió a Tippin.

-Lleve esta nota a Jehan Addels, en New Wexford, Aloysius. Le pagará mil UCL y le ayudará a encontrar trabajo en la ciudad, si a usted la parece conveniente. Le aconsejo que no le cuente a su mujer que se marcha, aunque no es asunto mío. Si le ha exprimido como una sabandija, lo hará en cualquier otro lugar.

Tippin cogió el dinero y la nota con dedos agarrotados.

-Gracias... Un consejo muy inteligente... Sí, muy inteligente. Me iré mañana; parte una nave.

-No le diga a nadie que se va -advirtió Gersen-. Váyase, y punto.

-Sí, desde luego. Habrá un gran revuelo cuando descubran que he desaparecido.

-Volvamos a las acciones de la Kotzash. ¿Dónde consiguió Bel Ruk sus cien acciones?

-Bien... Veinte se las vendí yo. Obtuvo las otras en Melby Sift.

-Márquelas en la lista.

Tippin estudió el inventario, y trazó una serie de marcas.

-No estoy seguro de éstas. Los propietarios de las que faltan viven en el interior del Lomo, y unos pocos en la planicie de Scumby, pero no los encontrará en casa. Todos habrán ido a Dinkelstown para asistir al Gran Hadaul. Y allí se dirigirá Bel Ruk, si quiere más acciones.

-¿Qué intenta conseguir Panshaw con la Kotzash?

-Cuando dice «Panshaw», está diciendo «Lens Larque».

-¿Qué quiere conseguir Lens Larque con la Kotzash?

Tippin volvió a escrutar la plaza.

-No tengo ni idea. Panshaw sospecha que Lens Larque está loco. Se metió en Iíos con los methlen y ahora quiere vengarse. Es el más temido de los hombres. Imagine un insecto con forma humana... ¡Mire, por allí viene Bel Ruk!

-¡Siéntese y calle! No le hará ningún daño. Sólo le intereso yo.

-¡Me hará trizas!

-No diga nada; ¡no obedezca sus órdenes!

Tippin jadeó como un asmático. Gersen le miró con disgusto.

-Contrólese.

Bel Ruk entró en el jardín y caminó con determinación hacia la mesa de Gersen. Tomó una silla con exagerada delicadeza y se sentó.

-Espero no interrumpir ninguna conversación privada.

-No, en absoluto -dijo Tippin, tembloroso-. Les presentaré; Kirth Gersen, Bel Ruk, un ciudadano importante de Dar Sai. -Intentó ser chistoso y añadió-: Los dos tienes mucho en común; ambos están interesados en las finanzas.

-Oh, tenemos mucho más en común -dijo Bel Ruk.

Se echó atrás la capucha y reveló su cara huesuda y bronceada, los pómulos pronunciados y las orejas sin lóbulos. Advirtió la mirada de Gersen y explicó:

-Sí, es cierto, soy rachepol. Mi clan me trató con dureza. Sin embargo. No me arrepiento.-Hizo tuna señal al camarero- Tráigame una jarra de cerveza, y a éstos caballeros lo que deseen.

-No quiero nada -dijo Gersen.

-Tomaré una copita de Tivol -pidió Tippin:

Bel Ruk examinó a Gersen con una meticulosidad casi insultante.

-Kirth Gersen, ¿eh? ¿De qué planeta proviene?

-De Alphanor en él Grupo.

-¿Y anda comprando acciones de la Kotzash? Pero sólo a buen precio. ¿Vende usted?

No poseo ninguna, puesto que hoy usted me robó y humilló. Creo que está en un error -dijo Gersen-. Tippin ya le habrá explicado algo a este respecto, pero ignoro si le ha convencido.

-Si Tippin se ha tragado sus engaños. es mucho más imbécil de lo que yo creía. Discutamos este asunto punto por punto. -Alargó la mano-. Primero, devuélvame mis acciones.

Gersen sonriente, meneó la cabeza.

-Imposible.

Bel Ruk retiró la mano y se volvió hacia Tippin.

-Ha abusado demasiado de nuestra amistad.

-¡En absoluto! -protestó Tippin-. ¡De ninguna manera! ¡Nunca!

-Empecemos de nuevo.

-Bel Ruk alzó la jarra de cerveza y bebió la mitad de un trago. Arrojó el resto por sorpresa a la cara de Gersen. Gersen. ducho en estos trucos. había intuido lo que se avecinaba. Se apartó a un lado y esquivó la mayor parte del líquido. Al mismo tiempo. levantó la mesa y golpeó con el borde el pecho de Bel Ruk, que quedó tendido de espaldas en el jardín. El camarero se acercó a toda prisa.

-Caballeros. ¿qué ha sucedido?

-Bel Ruk ha bebido demasiado -dijo Gersen-. Sáquenle de aquí antes de que se haga más daño.

El camarero ayudó a Bel Ruk a ponerse en pie, cogió la mesa y la colocó en su sitio.

Gersen contempló, impertérrito, a Bel Ruk, que seguía de pie estudiando sus opciones. El darsh, incapaz de encontrar una imprecación adecuada, se volvió y salió del jardín.

-Va a buscar su pistola -siseó Tippin.

-No. Tiene otras preocupaciones.

-Sólo me quedan dos posibilidades -lloriqueó Tippin-. La Sombra de Sangwy o marcharme para siempre.

Gersen le dio a Tippin un talón por cincuenta UCL.

-Cancele mi cuenta antes de mañana. Yo también me voy.

-¿Adónde va? -preguntó Tippin. cada vez más aturdido.

-Aún no estoy seguro. -Gersen se levantó-. Perdóneme. tengo prisa.

Subió corriendo a su habitación y recogió algunos aparatos. Dejó el hotel y se encaminó velozmente hacia la Sombra de Skansel. Se paró en la plaza Skansel para examinar Dindar House. Había luz en las oficinas de Panshaw: no había tiempo que perder. Escaló el techo inclinado y reptó hacia la ventana que daba al despacho de Litto. Sacó el detector y manipuló los controles del hilo conductor preparado dos noches antes. La voz gutural de Bel Ruk se oyó enseguida en el auricular.

-... no es tan fácil. Se hallan esparcidos por todo el Lomo.

-La mayoría irán a Dinkelstown para el hadaul.

-Esto no significa nada -gruñó Bel Ruk-. Esos mineros no son idiotas. Si se huelen una trampa, exigirán recobrarlo todo.

-Es posible. Tengo una idea. Ponga un cartel anunciando un hadaul. El premio consistirá en cien acciones de la Kotzash. Que los robleros reúnan las acciones para nosotros.

-¿Y qué haremos con el vencedor? -refunfuñó Bel Ruk. La voz de Panshaw rezumaba sarcasmo.

-¿He de planear cada detalle?

-Fue muy locuaz con Gersen. o como se llame.

-Ésa es otra historia. Gersen no estará en el hadaul.

-Eso es lo que usted dice. ¿Y si va? -bufó Bel Ruk.

-Lo dejo también en sus manos. Al Pájaro le gustaría cambiar unas palabras con Gersen.

-Dígale al Pájaro que acuda al hadaul y que haga una exhibición de sus famosas habilidades.

-Tal vez lo haga sin esperar mis instrucciones. Es posible que quiera hacerle algunos comentarios sobre su trabajo.

-¿Lo cree de veras? -vaciló Bel Ruk.

-No. no lo creo. Vive obsesionado por su maravilloso plan. El tono de Bel Ruk se hizo más distendido.

-Malgasta sus energías con tantos trucos...

-No las malgastará si pierde la Kotzash.

-Haré lo que pueda. Gersen es un hombre experimentado. pero se negó a matarme cuando tuvo la ocasión.

Panshaw rió.

-No le considera una amenaza muy temible.

Bel Ruk no dijo nada.

-Bien -siguió Panshaw-. haga lo que pueda. No estaré a su lado para guiarle. Sé que tiene fama de experto en los robles[24]. Compita en su propio hadaul y vuelva con el bote[25].

-La idea ya se me había ocurrido antes.

-Sea como sea. reúna al menos setecientas acciones. De ese modo. aunque fuera Gersen el que robó las acciones de Cahouse. nos sentiremos más seguros. Ahora volveré a la cama: los malditos methlen se levantan con el sol, justo cuando los buenos ladrones como usted y yo damos la jornada por finalizada. Oh, ¿por qué he de pagar las culpas de las distracciones sociales del Pájaro? Si no fueran tan divertidas, lloraría de pesar.

-No entiendo nada -gruñó Bel Ruk-. Soy ajeno a estas intrigas.

-¡Tanto mejor! Será menos eficaz que nunca.

-Un día, Panshaw, le rebanaré el cuello de un sólo tajo.

-Un día, Bel Ruk, le envenenaré su pérfida cerveza. A menos que, por supuesto, perdamos la Kotzash y el Pájaro nos acaricie con Panak. Bel Ruk emitió un sonido apagado, y la conversación

[24] *Knhlry˙:* terreno de luego en el que se desarrolla el hadaul.
[25] *lime:* dinero acumulado en las apuesaas: el premio del, encedor.

concluyó. Gersen esperó un momento, por si Bel Ruk se comunicaba con alguien más, pero la oficina permaneció en silencio. Gersen volvió prestamente sobre sus pasos.

10

Gersen voló hacia el este en el Fantamic Flitterwing. El desierto, bajo el resplandor de Cora, aparecía tachonado de colores: rosa, ocre y un amarillo blanquecino, como talco mezclado con azufre. Los colores se estratificaban hacia el horizonte como trazos de marrón canela, verde grisáceo y ciruela, interrumpidos en algunos puntos por salientes de piedra negra que asomaban a la superficie.

Gersen cruzó una región de dunas bajas, una línea de oteros rojos y rosados. Más allá se extendía una meseta en la que crecía una exuberante vegetación típica del desierto: coral sedoso, salientes orejas de cera, callos amarillos de la arena, hierbas campanilleantes y magmoldos púrpura.

Parasoles muy separados entre sí derramaban agua sobre comunidades aisladas, en las que las antiguas costumbres de los darsh persistían en su forma más pura. El mapa señalaba los nombres de la Sombra de Bunter, la Sombra de Ruph, la Sombra de Itchy Nota. Las sombras desaparecieron en cuanto se internó en el Yermo de Terwig.

El Yermo de Terwig, una depresión de piedra pómez caldeada al rojo vivo, descrito en cierta ocasión por un escritor impresionable como «el lecho del infierno expuesto a la luz del día», limitaba con un bastión de roca blanca como el hueso. Al otro lado se iniciaba un erial de piedra arenisca erosionado por el viento, y el desierto reconquistaba a continuación el territorio hacia el norte, el sur y el este. Por fin, aparecieron en el horizonte los cinco parasoles de que constaba Dinkelstown.

Gersen rodeó la ciudad. En la zona de aterrizaje, al oeste, se agrupaban diversos vehículos; dos pequeños cargueros, cinco yates de diferente categoría y multitud de deslizadores, coches aéreos y camionetas.

Gersen tomó tierra cerca de la pared de agua. Se vistió como un darsh, se armó y desembarcó. El calor le azotó el rostro; se apresuró a traspasar la cortina de agua y desembocó en un barrio de campanas arracimadas, de las que surgían olores penetrantes y voces ententóreas. Se internó en un laberinto de callejuelas hasta llegar a una plaza mucho más modesta que la plaza Central de Serjeuz. Un único hotel-restaurante ofrecía una modesta hospitalidad al visitante.

La plaza estaba rodeada de cervecerías al aire libre, sombreadas por árboles de grandes hojas, frecuentadas por darsh que se habían tomado el día libre. Frente al hotel, una cuadrilla de obreros ultimaba los preparativos para el hadaul. Habían pintado círculos en el pavimento. Dos pequeñas tribunas y varias filas de bancos se habían habilitado para acomodar a los espectadores.

El hotel estaba completo.

-¡Todos los clanes se reúnen aquí durante estos días! -explicó el recepcionista-. ¡Duerma al aire libre como todo el mundo!

Gersen salió al jardín. Bel Ruk conversaba con un joven darsh de semblante zorruno a menos de tres metros de distancia. Bel Ruk, que vestía ropas iskish, se había cubierto la cabeza con un

pañuelo para ocultar sus orejas mutiladas. Gersen aprovechó que le daba la espalda para deslizarse sin que advirtiera su presencia. Se parapetó tras un ancho nefar para observar a través del follaje verdinegro.

Bel Ruk hablaba con energía y vehemencia. Sacó un fajo de UCL del bolsillo interior y lo palmeó contra su otra mano al ritmo de sus palabras. El joven asentía con gran atención. Por fin, Bel Ruk le entregó el fajo con un gesto brusco. El joven realizó con los dedos la señal darsh de asentimiento y se dispuso a cruzar la plaza. Gersen esperó cinco segundos y empezó a seguirle desde una distancia discreta.

El joven caminaba con el acostumbrado plambosh de los darsh; salió de la plaza, cruzó una maraña de vegetación, pasó por delante de doce campanas y llegó a otra plaza, donde se unió a un grupo reunido alrededor de unas jarras de hierro. Habló, y el dinero cambió de manos al instante. Apuradas las jarras todos se marcharon, excepto el joven darsh al que Gersen había seguido.

Gersen se sentó a la sombra de un plátano. Un insecto trepó por su pierna; Gersen se agitó y lo apartó de una palmada. Decidió que lo más sensato sería trasladarse a una de las cervecerías. Le sirvieron cerveza en una jarra de hierro.

Uno de los componentes del grupo regresó al cabo de una hora con un fajo de lo que Gersen identificó como acciones de la Kotzash. Gersen se levantó, salió a la plaza, fingió que inspeccionaba las mesas y avanzó hacia la que había estado vigilando. Se sentó sin pedir permiso.

-Me llamo Jaide; Bel Ruk le habrá mencionado mi nombre. Se ha producido un cambio en los planes. Sus enemigos le espían y quiere despistarles. Ahora soy su intermediario. ¿Cuántas acciones ha conseguido?

-Sólo dieciséis -dijo el joven al que Gersen había seguido. -¿Cómo se llama?

-Soy Delfin. -Señaló con el dedo al hombre que había traído las acciones-. Éste es Bartleman.

-Encantado, Bartleman -dijo Gersen-. Siga con lo suyo, tráiganos más acciones.

Bartleman no mostró el menor deseo de obedecer.

-No es tan fácil. La gente me suele considerar un idiota o un estafador. Debo tener en cuenta mi dignidad.

-¿Acaso hay algo indigno en pagar dinero por papeles sin valor?

-No carecen de valor si alguien quiere pagar por ellos. Ésta es la creencia general, especialmente en lo que concierne a la Kotzash.

-Bien, ofrézcales más dinero. Delfin, déle más dinero.

Delfin contó a regañadientes veinte UCL. Gersen cogió las acciones y se las metió en el bolsillo.

-El dinero se está acabando -gruñó Delfin-. Ruk dijo que me daría más dinero cuando le entregara las acciones.

-Yo me ocupo de todo -dijo Gersen. Sacó la lista que había preparado Jehan Addels-. Un tal Lampeter posee ochenta y nueve acciones. Localícele de inmediato y cómprele sus acciones a la baja.

-Veinte UCL no bastarán y, de todos modos, ¿qué pasa con mi comisión? -preguntó Bartleman, malhumorado.

Gersen le entregó diez UCL de su propio dinero.

-Tráigame las ochenta y nueve acciones y le recompensaré con una buena comisión.

Bartleman se encogió de hombros con escepticismo y se marchó. -Recuerde que ahora trabaja para mí -dijo Gersen a Delfin-. ¡Ni se le ocurra acercarse a Bel Ruk! Podría atraer la cólera de cierto pájaro. ¿Me comprende?

-Perfectamente.

-Manténgase alejado de Bel Ruk. Haga sus negocios conmigo.

-No se preocupe.

Otro de los emisarios de Delfín llegó con nueve acciones. Delfin le entregó diez UCL del dinero de Bel Ruk y le ordenó que prosiguiera las pesquisas. Gersen añadió las nueve acciones a las dieciséis anteriores. Sumaban 2.025. Faltaban 386.

Los emisarios fueron regresando uno a uno, hasta contabilizar un total de cuarenta y nueve acciones. Bartleman, algo cabizbajo, se presentó de nuevo.

-El rumor se ha extendido -refunfuñó-. Todos se muestran desconfiados y no quieren vender. Los que ya lo han hecho han montado en cólera. Me han llamado estafador; quieren que les devuelva sus acciones.

-Imposible -cortó Gersen-. ¿Qué pasa con Lampeter?

-Está tomando una cerveza en Valt's Arbor. -Bartleman señaló al otro lado de la plaza-. Ese hombre de la nariz torcida. Dice que sólo venderá si le ofrecen una buena cantidad.

-¿Una buena cantidad? No vamos a pagarla por papeles sin valor.

-Explíqueselo a Lampeter.

-Eso es lo que voy a hacer. -Gersen examinó otra vez la lista-. ¿Conoce a Feodor Diamant?

-Es muy conocido.

-Posee veinte acciones. Encuéntrele y compre sus acciones, si es posible. En caso contrario, tráigale aquí.

-Como quiera.

Bartleman se volvió a marchar.

Gersen se dirigió a Valt's Arbor y abordó al anciano de la nariz torcida.

-¿Es usted Lampeter?

-En efecto. ¿Quién es usted, aparte de un iskish?

-Soy un iskish, no cabe duda. Me dedico a reunir, como pasatiempo, títulos sin valor; un simple capricho. ¿Piensa utilizar para algo en concreto sus acciones de la Kotzash?

-En absoluto.

-En ese caso, tal vez quiera vendérmelas. Le haré una oferta singular, diez UCL por el paquete.

Lampeter se tiró de la nariz, y sonrió ampliamente.

-Mi experiencia me dice que cuando alguien quiere comprar, la mercancía tiene cierto valor. Las venderé al precio que me costaron, ni un centavo menos.

Gersen le miró asombrado.

-Completamente irrazonable.

-Ya veremos. Si acepta mi propuesta, recupero lo perdido; si no, me quedo como antes.

-¿Lleva esas acciones encima?

-Por supuesto que no; hasta este momento las consideraba inservibles.

-¿Dónde las guarda?

-Allí, en mi campana.

-Vamos a por ellas. Si se compromete a guardar silencio sobre la transacción, le pagaré ochenta y nueve UCL.

-¿Ochenta y nueve UCL? ¡La oferta es casi insultante! ¡Intenta estafarme dos mil UCL!

-Lampeter, obsérveme con atención. ¿Qué ve?

Lampeter, que ya había tomado varias jarras de cerveza, examinó a Gersen con ojos inseguros.

-Veo a un iskish de ojos verdes, que es un timador o un imbécil.

-Prefiero que me considere un imbécil. Ahora hágase la siguiente pregunta: ¿Cuántas veces le volverá a ofrecer un iskish imbécil, en los años que le quedan de vida, una cantidad semejante por basura sin valor?

-Nunca más, no lo dudo, por eso trato de explotar la ocasión que se me presenta.

-El límite máximo permitido es de dos UCL por acción.

-¡Lo que me costaron o nada!

Gersen se fingió derrotado.

-Pagaré una cuarta parte de su valor; no puedo ampliar mi oferta. Tengo poco dinero en metálico a mano.

Lampeter bebió más cerveza, dejó la jarra de hierro sobre la mesa y se puso en pie.

-Venga conmigo. Me siento defraudado, pero no puedo perder más tiempo. -Se tambaleó por un sendero que cruzaba la vegetación y se detuvo frente al umbral en penumbras de la campana-. Aquí están las acciones. ¿Dónde está el dinero?

Gersen cogió el sobre, examinó los certificados y contó las ochenta y nueve acciones.

-Perfecto. Acompáñeme, no llevo tanto dinero encima.

Le condujo hasta su Fantamic Flitterwing. Abrió la portilla, e invitó a Lampeter a que subiera por la escalerilla. Lampeter le miró como si sospechara algo.

-¿Adónde me lleva?

-A ningún sitio en particular. No le voy a pagar aquí, a plena luz del día.

-Bien, procedamos con rapidez. La cerveza comienza a afectarme. Gersen sacó la caja de arena negra que le había quitado a Bel Ruk en Jamile Wallow.

-Ochenta y nueve acciones a un cuarto de su valor son doscientas veintitrés onzas.

Lampeter gruñó que prefería dinero en metálico, pero Gersen no le hizo caso. Pesó 223 onzas de arena negra, las vertió en un bote y se lo entregó a Lampeter.

-Considérese un hombre afortunado.

-La curiosidad me devora. ¿Por qué paga buena arena negra por basura inútil que estaba a punto de tirar?

-Necesito al menos doscientas noventa y ocho acciones más -calculó Gersen-. Consígamelas y le explicaré para qué las quiero.

-¿Me pagará en arena negra?

-Pero no a un cuarto de su valor. No tengo tanta arena.

-Dudo que se puedan conseguir tantas acciones en Dinkelstown, pero regresemos a Valt's Arbor. Traiga la caja. Veremos lo que se puede hacer. Mi amigo Jeus posee diez o veinte acciones. Tal vez acceda a vendérselas.

-Traiga a su amigo Jeus a la cervecería que hay al otro lado de la plaza, pues me esperan allí.

Gersen se despidió de Lampeter y se reunió con Delfin. Sus emisarios habían obtenido un total de treinta y una acciones. Sin embargo, Bartleman llegó acompañado de un hombre rechoncho, de ojos negros redondos y nariz de loro.

-Le presento a Fat Odo -dijo Bartleman-. Es el propietario de quince acciones de la Kotzash.

-Bien, señor, ¿cuánto quiere por ellas? -preguntó Gersen-. He conseguido casi todo lo que necesitaba para mis propósitos, pero estoy dispuesto a escuchar su oferta.

-El precio está impreso en los certificados -dijo Fat Odo.

-Y también la firma de Ottile Panshaw. Una forma como otra de malgastar tinta.

-No pienso vender; ¿por qué me dejaría embaucar por un iskish? No estoy peor que hace una hora. Adiós.

-Espere un momento. ¿Quince acciones? Se las pagaré a un cuarto de su valor, y punto.

-Imposible.

-Adiós; ésas son mis condiciones.

-Bueno, está bien; se las venderé por la mitad. Hoy me siento generoso.

Mientras Gersen pesaba cuarenta onzas de arena negra, Lampeter fue a buscar a su amigo Jeus, tan viejo, macilento y borrachín como él. Lampeter señaló a Gersen con exagerada cortesía.

-Ahí tienes al iskish chiflado que paga arena negra por acciones de la Kotzash.

-¡Le vendo mis acciones! -gritó Jeus-. Sólo hay dieciocho, pero apelo a su generosidad para que me pague cien onzas.

-Bromea, sin duda -dijo Gersen-. No pagaré más de veinte onzas.

El regateo atrajo la atención de una gran multitud; pronto, Gersen se vio rodeado por personas que le tendían una o dos acciones y exigían recobrar lo que desembolsaron en su momento, y de otras, encoleriza das, que habían vendido a menor precio. Gersen vació la caja de arena negra, pero sólo obtuvo otras cuarenta y tres acciones. Contaba con un total de 2.270 acciones, y todavía necesitaba 141. Un círculo de darsh agitaba las acciones ante su rostro, pero Gersen se limitó a menear la cabeza.

-He de cambiar un cheque en el banco; me he quedado sin dinero y sin arena.

Los accionistas empezaron a rebajar sus peticiones. Gersen, tan cerca de conseguir su objetivo, sentía los nervios a flor de piel.

-Déme el dinero que le ha sobrado -pidió a Delfin.

-Cinco UCL -respondió Delfin-. Teniendo en cuenta el dinero que ha tirado, considero que se trata de un sueldo exiguo por un día de trabajo.

-Bartleman tiene treinta UCL con los que no contaba. -Ya no. Vaya a pedir más dinero a Bel Ruk.

-No me atrevo, ya he gastado demasiado..., pero acabo de tener una idea. Escriba: «Los precios han subido mucho. Entréguele otros doscientos UCL al portador... Delfin».

Delfín, algo vacilante, escribió la nota. Los acontecimientos eran confusos, pero ¿quién era él para discutir con un iskish chiflado?

-Y ahora vaya a ver a Bel Ruk, que no dudará en entregarle el dinero -le aseguró Gersen.

-¡Hardous! ¡Ven aquí!

Delfín le dio a Hardous la nota.

-Ve al jardín del hotel; allí encontrarás a un rachepol con un pañuelo blanco adornado con un broche de esmeraldas en la cabeza. Dale esta nota. Te dará una cantidad que me traerás en seguida. ¡Corre!

Gersen, presa de ansiedad, recorrió el círculo de los que ofrecían acciones y compró tantas como pudo.

-Déme las suyas, y las suyas, y las suyas. Delfin les pagará, o vengan a verme esta noche al hotel. Delfin me conoce bien, responderá por mí. Esta noche, o como máximo mañana por la mañana, tendrán su dinero.

Algunos de los accionistas le entregaron las acciones sin rechistar, otros se negaron. Gersen no tenía más tiempo que perder.

-Vamos a la plaza -ordenó a Delfin-. Asegurémonos de que Bel Ruk sigue allí para damos el dinero.

Se pararon bajo el follaje, observaron el jardín del hotel y vieron que Hardous entraba en aquel instante. Bel Ruk aguardaba, impaciente, ante una mesa central. Hardous le tendió la nota; Bel Ruk la leyó rápi damente. Estuvo callado un momento, y luego se levantó de un salto. Intercambió unas palabras con Hardous. Los dos salieron del jardín y se dispusieron a cruzar la plaza.

-Sospecho que las cosas no van bien para Bel Ruk -afirmó Gersen con seriedad-. Parece que la suerte le ha abandonado. Déle esquinazo. Si se encuentra con usted le pedirá cuentas, y ¿qué podrá decirle? Nada. Manténgase alejado y evitaremos problemas.

-No acabo de entender lo que está pasando -dijo Delfín en tono de preocupación.

-No me extraña, pero haga lo que le digo, y en cuanto cambie un cheque le recompensaré.

Los ojos de Delfín transparentaron un leve optimismo. -Por fin una perspectiva agradable.

-Bien. ¿Puedo confiar en usted? -En cada punto del círculo.

La metáfora, como recordó Gersen, se empleaba en el lenguaje del hadaul, y no era ni mucho menos tranquilizadora.

-Necesito..., déjeme contar..., otras ciento veinte acciones, como mínimo. Quiero que esta noche remueva cielo y tierra. La noticia se habrá esparcido por todas partes. Le ofrecerán muchas acciones, quizá todas las ciento veinte.

-¿Esta noche? Imposible. Mirassou flota en lo alto; las kitchetas saldrán al desierto, y yo iré pisándoles los talones.

-¿Y quién se los pisará a usted?

-¡Ja, ja! ¡Estoy en plena forma! ¡Hay que tener cuidado esta noche! ¿Va a salir? Le daré un consejo: las kitchetas triscan por los Chailles, pero en cada sombra se halla agazapada una khoontz. Los hombres me nos ágiles, que no son muy exigentes, van a los Llanos de Differy, pero a menudo vuelven a casa serios y malhumorados, porque las kitchetas tienen la sartén por el mango y eligen al que les da la gana.

-No olvidaré su consejo -dijo Gersen-. ¿Y manaña?

-Mañana se celebre el hadaul, que se prolonga hasta la noche. La Kotzash tendrá que esperar.

-En cualquier caso no rechace las acciones que le puedan ofrecer. Cómprelas en mi nombre y cuídese de Bel Ruk; es posible que en este momento nos esté buscando con malas intenciones.

-Presiento que sus palabras ocultan algo que no acabo de discernir -se inquietó de nuevo Delfin-. Evitaré a Bel Ruk por todos los medios. Y ahora le deseo buenas tardes y una feliz noche en el desierto.

Gersen se dirigió al Fantamic Flitterwing, contó sus acciones y las guardó bajo llave en una gaveta. Cambió su vestimenta darsh por unos pantalones anchos de color gris y una blusa a rayas verdes y negras. Comprobó sus armas, y volvió a la sombra del parasol. Anochecía; ya no caía agua, y Dinkelstown se abría al desierto.

Gersen se aproximó al jardín del hotel, se paró al abrigo de las sombras e inspeccionó a los clientes sentados a las mesas; una docena de turistas, otros tantos darsh que gozaban de una evidente buena posición, un grupo de jóvenes methlen y dos ancianas dignas y refinadas.

Jerdian Chanseth, ataviada con un hermoso vestido blanco, salió del hotel. Pasó muy cerca de Gersen. Éste la llamó en voz baja.

-¡Jerdian! ¡Jerdian Chanseth!

Jerdian se detuvo y echó una mirada suspicaz a Gersen, que estaba medio recostado contra un árbol. La joven, después de comprobar que los methlen no se habían fijado en ella, se acercó.

-¿Qué está haciendo aquí?

-Contemplar su belleza y alegrarme de tan feliz coincidencia. -¡Sssssss! -silbó entre dientes Jerdian con una pizca de burla-. Habla con verdadera galantería. Le veo más sereno, más desenvuelto que aquel hosco banquero surcador del espacio que erraba por Serjeuz. Hasta parece mucho más joven.

-Imposible. Soy al menos seis años mayor que Aldo. Sin embargo, en este momento no me siento en absoluto hosco.

-¿Por qué en este momento?

-¿Debo explicárselo? Estoy hablando con usted y la encuentro arrebatadora.

-¡Más galanterías! -Jerdian, pese a su risa glacial, no parecía molesta-. Las palabras se las lleva el viento. Usted estará casado y será padre de familia numerosa.

-Nada de eso. Estoy sólo en el mundo.

-¿Cómo llegó a ser banquero?

-Compré el banco con un propósito muy concreto.

-¡Pero comprar un banco cuesta mucho dinero! ¿Es usted un criminal acaudalado?

-Tenga la seguridad de que no soy un criminal, al menos no del todo.

-Entonces, con absoluta sinceridad, ¿qué es usted?

-La mejor definición sería un vagabundo del espacio.

-¡Kirth Gersen, se complace burlándose de mí, y yo detesto los secretos! Y, en cualquier caso, sus secretos no me interesan -añadió Jerdian, con un tono de voz dictado por su educación methlen.

-En efecto. -Gersen paseó la vista por el desierto, barrido por el ocaso-. De hecho, no debería hablar con usted. Sólo consigo torturarme a mí mismo.

Jerdian le contempló durante un minuto, y luego estalló en carcajadas.

-¡Qué maravillosos dramas interpreta! El aventurero picaresco, el banquero que estafa a mi padre, el aristócrata vestido con ropa informal, y ahora el chico enamorado, noble y melancólico, que renuncia a su amor.

Gersen empezó a perder su buen humor.

-No me reconozco en ninguno de esos papeles. -Un arrebato de tristeza le invadió-. Vamos allí, estaremos más tranquilos.

La cogió por el brazo y la condujo a una mesa situada al otro extremo del jardín. Ella caminaba con rigidez, oponiendo cierta resistencia, y se sentó en una postura altiva. Miró a Gersen con frialdad, con todo el desprecio característico de los methlen.

-Sólo me quedaré un momento. Me esperan para preparar una excursión al desierto.

-Dicen que el desierto es muy hermoso de noche, especialmente a la luz de la luna. ¿Irán a pie?

-Por supuesto que no. Hemos alquilado un microbús. He de irme. Mi interés por sus asuntos es muy superficial.

-Nuestros sentimientos son complementarios, ya que no quería decirle nada.

-¿Y por qué no? -preguntó Jerdian, sin hacer el menor esfuerzo por levantarse.

-Podría contárselo a otras personas, y atraer sobre mí toda clase de desgracias.

Jerdian se ofendió.

-¿Piensa que voy pregonando a mis amigos todo lo que me dicen? -No exactamente, pero como usted misma señaló, nuestro interés es ocasional. Sería fácil que deslizara un comentario casual en los oídos menos adecuados. La acompañaré con sus amigos.

Gersen se puso en pie.

Jerdian siguió inmóvil en su silla.

-Haga el favor de sentarse. Me está pidiendo que me vaya, lo cual es muy poco halagador. ¿Dónde está ahora la galantería de la que se jactaba?

Gersen volvió a sentarse lentamente.

-No me he jactado de galantería. Sólo hablé impulsivamente.

-Demuestra muy poca preocupación por mi vanidad -se indignó Jerdian.

-Su vanidad está a salvo en mis manos. ¿Me permite que me exprese con franqueza?

-Bien... -vaciló Jerdian-..., no hay quien pueda impedírselo. Gersen se inclinó hacia adelante y tomó las manos de la joven entre las suyas.

-Ésta es la verdad: tengo una nave esperándome. Nada me gustaría más que llevarte conmigo y hacerte el amor a lo largo y ancho de todas las constelaciones del universo, pero ni siquiera puedo permitirme imaginarlo.

-¿De veras? Y, por pura curiosidad, ¿por qué no?

-Porque he de llevar a cabo una tarea apremiante y peligrosa.

-¿Renunciarías a esa tarea si aceptara ir contigo? -preguntó Jerdian con malicia.

-No te atrevas ni a sugerirlo; mi corazón cesa de latir cuando te oigo.

-La galantería ha vuelto con renovados bríos.

Gersen se inclinó un poco más, hasta que sus labios casi se rozaron. La joven retrocedió bruscamente y trató de soltarse las manos.

-En Serjeuz hablamos de Lens Larque, si te acuerdas -dijo Gersen al cabo de un momento.

Jerdian le miró con las pupilas dilatadas.

-¡Es el hombre más perverso que existe!

-Mencionaste un episodio desagradable. ¿Qué ocurrió?

-Nada importante, un simple incidente. Vivimos en un barrio llamado Llalarkno. Un día, un darsh quiso comprar la casa vecina. A mi padre no le gustan los darsh; odia el olor de su comida y detesta su música. Le gritó encolerizado: «¡Vete, abandona esta tierra! ¡No puedes comprar la casa! ¿Crees que aguantaría ver tu enorme rostro de darsh cada mañana ante mi puerta? iLárgate!».

»El darsh se marchó. Más tarde averiguamos que se trataba del mismísimo Lens Larque.

-¿Qué aspecto tenía?

-Apenas reparé en él. Me queda la imagen de un hombre grande, de brazos largos. Tenía una gran cabeza calva y bigote negro. Su piel era de un color rosa oscuro, la típica de los darsh.

-¿Le has vuelto a ver?

-No, que yo sepa.

-Nunca olvida una ofensa, según afirma su leyenda, y es famoso por sus inteligentes trucos.

-Que haga lo que quiera. Contamos con dispositivos de seguridad muy eficientes, a causa de la cercanía de Más Allá. Pero ¿por qué estás tan interesado en Lens Larque?

-Quiero destruirle, pero antes he de encontrarle; compré las acciones de la Kotzash para llamar su atención.

Jerdian estudió a Gersen, sorprendida y atemorizada a la vez. Intentó seguir hablando, pero una forma alta se cernió sobre ellos. Aldo, la cabeza algo echada hacia atrás, dibujó en su boca una mueca severa. Hizo una reverencia brusca a Jerdian.

-Disculpa la intromisión, pero tu tía, la Notable Mayness, desea que te reúnas con ella.

-Muy bien, ahora mismo voy.

-¿Están preparando una excursión al desierto? -preguntó Gersen a Aldo.

-En efecto.

-¿Adónde piensan ir?

-Visitaremos los Chailles. -Aldo adoptó un tono gélido-. Vamos, Jerdian, por favor.

-Muchos darsh, tanto hombres como mujeres, irán esta noche.

-Mientras se mantengan lejos de nuestra vista no es asunto nuestro.

-Podrían causarles algún problema.

-Hemos alquilado un microbús; el conductor afirma que no se producirá el menor inconveniente. En cualquier caso, somos methlen; los darsh no se atreverán a acercarse.

Jerdian se levantó y, escoltada por Aldo, caminó como sonámbula. Gersen estuvo sentado un rato, absorto en sus pensamientos, y después volvió a su nave. Se detuvo junto a la escalerilla de acceso; su mirada se clavó en el desierto, hacia el este, iluminado por la luna creciente. Pequeños grupos de personas, en vehículos y a pie, las mujeres y las chicas separadas de los hombres y los muchachos, fueron saliendo de la sombra. Delfin llegó en un utilitario aéreo que casi se caía a trozos, acompañado de tres amigos. Llevaban túnicas ligeras y alegres pañuelos de cabeza. Gersen les ordenó pararse cuando estuvieron cerca. Delfin frenó el utilitario bruscamente. Gersen avanzó hacia ellos.

-¿Cómo va la noche?

-De momento, muy bien.

-¿Ha conseguido más acciones?

-No. Como usted insinuó, a Bel Ruk no le han gustado nada los acontecimientos del día. Quiere azotamos a usted y a mí.

-Primero tendrá que cogemos -dijo Gersen-, y luego levantar el látigo.

-Cierto. De todas formas, no encontrará más acciones en todo Dinkelstown. Bel Ruk ha preparado un gran hadaul, con un premio de mil UCL. Los robleros[26] deben apostar cien UCL o veinte acciones de la Kotzash. No hace falta decir que las acciones restantes servirán para financiar las apuestas.

-Una pena -dijo Gersen.

-Usted, sin embargo, actuó con mucha inteligencia; es un hombre hábil. Pero ¿por qué hablamos tanto? ¡Las kitchetas se están bebiendo la luz de la luna!

-Y también todo lo que encuentran en el Lomo -añadió uno de sus compinches.

-¡Mirad allí! -exclamó Delfín con una voz que indicaba el asombro más regocijado-. ¡Los estreñidos methlen se disponen a gozar de la luz de la luna! ¿Ve el hombre que conduce el microbús? Es Nobius, un tramposo tan astuto como usted.

Gersen agradeció el cumplido.

-¿Cree que Nobius se la jugará a los methlen?

-Hay una tierna kitcheta llamada Farrero, a la que custodian tres enormes khoontzas. Nobius ha jurado que esta noche poseerá a Farrero. Cómo lo hará mientras conduce el microbús de los methlen, es un misterio. ¡Vámonos! Mirassou está saliendo. ¡Las kitchetas corretean por la arena y acarician sueños deliciosos! ¡Allá vamos! ¡Ánimo! ¡Cambousse[27] nos dará energías!

El utilitario se alejó sobre sus suaves ruedas. Gersen buscó con la vista el microbús, una mancha azul en la arena.

---

[26] *Robleros:* los que participan en el hadaul. Los «robles» son los anillos concéntricos, pintados de amarillo, verde y azul, del campo del hadaul.

[27] El sátiro Cambousse, Pittaugh, el duende de la arena, y la Abuela Leino son elementos de la mitología darsh.

Gersen, nervioso e inquieto, molesto por sus impulsos contradictorios, lo vio desaparecer en la distancia. Los asuntos de los methlen no eran de su incumbencia..., excepto la seguridad y el honor de una tal Jerdian Chanseth, por la que sentía un cúmulo de emociones.

Bien, no podía evitarlo. Masculló una maldición, trepó a la nave, abrió la portilla lateral y descolgó el bote auxiliar hasta posarlo en tierra. Se cubrió la cabeza con un casco, y acopló al visor un panóptico para rastrear en la noche. Ocultó en la guantera lateral un par de armas, saltó a bordo y despegó hacia el cielo.

Mirassou flotaba, libre de nubes, sobre el horizonte, como un enorme disco plateado, etéreo y sereno que, sin embargo, proyectaba una ardiente luminosidad. El Lomo se transformó en un escenario donde todos los acontecimientos inimaginables e irracionales podían ocurrir. Gersen, controlando como siempre al menos dos niveles de conciencia, se divirtió al advertir que Mirassou le influía tanto como a Delfín. Se desvió un poco al sur del microbús y ganó una altura de trescientos metros. Deslizó el panóptico sobre sus ojos, conectó la fase nocturna y puso al máximo el ampliador; el microbús y sus pasajeros parecían hallarse a sólo unos cuantos metros de distancia. Los methlen, ataviados con espléndidas vestiduras y bañados por la luz de la luna, semejaban figuras irreales; un grupo de pierrots en una escapada frívola. Gersen les contempló, fascinado, sardónico y envidioso a la vez. Un total de diez methlen viajaban en el microbús. Tres chicos ocupaban el asiento posterior. Cuatro chicas, dos mujeres de mayor edad y Aldo se sentaban en los laterales. Jerdian, frágil y pálida, se sentaba bastante más adelante, como apartada de los demás. Quizá influido por Mirassou, Gersen experimentó una embriagadora alegría por su propia escapada bajo la luz de la luna.

Nobius, instalado cómodamente en el asiento del conductor, manejaba el volante como sin darle importancia y miraba de vez en cuando a sus pasajeros con condescendencia. Las señoras, si en alguna ocasión se fijaban en él, se sentían molestas por lo que consideraban insolencia y le hacían gestos perentorios para que atendiera solamente al volante, gestos que Nobius ignoraba por completo, aportando un toque de humor a la expedición.

El microbús se deslizaba sobre la sedosa arena. Enfrente se alzaban los Chailles, un erosionado risco volcánico que surgía de un conglomerado de afloramientos y resaltos. Una de las damas indicó a Nobius que se desviara de los Chailles. Nobius asintió con obsequiosidad y fingió manipular los controles para efectuar la maniobra, pero en cuanto las señoras se distrajeron condujo el microbús hacia las rocas. Al examinar las rocas, Gersen distinguió el centelleo de las túnicas blancas darsh; otra gente había salido para disfrutar de Mirassou.

Las damas methlen, al notar la proximidad de las Chailles, ordenaron inmediatamente a Nobius que se alejara, lo que éste hizo, aunque al cabo de un momento guió el vehículo hacia su primitiva dirección. Su destino parecía ser un montecillo rocoso de unos siete metros de altura, separado unos cuantos metros de los resaltos principales. En lo alto del montículo, silenciosa y pensativa, una kitcheta tenía la vista clavada en el sur.

De pronto, Nobius hizo girar el microbús, aceleró y se internó en la avenida arenosa que separaba el montecillo de los primeros resaltos. Las damas le recriminaron con vehemencia; Nobius no les prestó la menor atención hasta que detuvo el microbús al pie del montículo y se volvió en su asiento como para oír mejor las instrucciones.

Las damas hablaron con sequedad y gesticularon agitadamente; Nobius asintió. Se dispuso a arrancar el vehículo, pero ahora el motor no obedecía. El microbús avanzó unos metros y se paró, mientras Nobius manipulaba palancas y conmutadores. Los tres jóvenes sentados en la parte de atrás se levantaron. Nobius desistió de sus esfuerzos y se puso a mirar por la ventana.

Tres rotundas figuras vestidas de negro brotaron de las sombras, se precipitaron sobre el vehículo, agarraron a los tres hombres methlen y se los llevaron a rastras hacia las tinieblas.

Nobius se encogió en el asiento, como al acecho. Una cuarta figura avanzó desde la sombra del montículo, entró en el microbús, se apoderó de Aldo y, a pesar de sus chillidos, lo arrastró consigo.

Nobius, sin perder un segundo, saltó del microbús, trepó a la cumbre del montículo, cogió a la kitcheta y huyó con ella hacia las dunas. Aturdidas por la rapidez de los acontecimientos, las damas methlen se levantaron como atontadas de sus asientos. El roce de las túnicas en las sombras precedió al sonido de unos pasos apresurados en dirección al microbús. El primero en llegar asió a las chicas, y el siguiente, con mucho menos entusiasmo, hizo lo propio con las damas de compañía. Todos retrocedieron hacia su escondite.

El hombre que se encargaba de Jerdian la arrastró hacia el desierto, indiferente a sus gritos y golpes. Se detuvo a unos cien metros, entre las dunas, y la tiró al suelo. Un vehículo aéreo aterrizó junto a ellos. Gersen se hizo visible. Jerdian suspiró de alivio y de alegría.

-Lárguese de aquí -dijo el darsh en tono amenazador-. Voy a proporcionar un poco de placer a esta kitcheta.

Sin una palabra, Gersen apuntó una pistola a los pies del hombre y abrasó la arena. El darsh huyó, furioso y aterrorizado. Gersen ayudó a Jerdian a levantarse y la izó al coche; al cabo de un instante volaban por el aire, seguidos por la mirada desconsolada del darsh.

El coche, a poca altura, giró hacia el sur, sobre las dunas. Jerdian observaba de reojo a Gersen.

-Te estoy muy agradecida -dijo al fin con voz ronca-. No sé qué más puedo decir... ¿Qué hacías por aquí?

-Te vi subir al microbús. El conductor es famoso, así que os seguí para protegerte de sus estratagemas..., aunque no me pediste que cuidara de ti.

-Me alegro de que lo hicieras. -Jerdian exhaló un profundo suspiro. Miró hacia las rocas y algo similar a un sollozo se escapó de sus labios-. Mi tía Mayness y mi tía Eustacia están allí abajo. ¿Podemos ayudarlas? Aunque no creo que les suceda nada espantoso -se respondió ella misma.

-Sea lo que sea, ya no es posible remediarlo.

Gersen se quitó el casco y lo guardó en un armario. Hizo descender el coche hasta volar a sólo unos diez metros sobre las dunas. Jerdian se reclinó en el asiento y paseó la vista por la arena. El hecho de hallarse en circunstancias extrañas no parecía causarle pánico ni desesperación.

-El desierto es un lugar muy extraño a la luz de la luna -dijo en voz baja-, como surgido de un sueño... No es raro que ejerza una influencia tan peculiar.

-Soy muy consciente de ello.

Gersen la rodeó con un brazo y la atrajo hacia él. Jerdian levantó los ojos y se entregó. Se besaron una y otra vez.

El coche perdió altura y se posó sobre una duna arenosa. Los dos siguieron sentados en silencio, y contemplaron la arena iluminada por la luna.

-No tengo palabras para expresar mi sorpresa de estar aquí contigo -dijo la joven al cabo de un rato-, aunque quizá no esté tan sorprendida... No puedo dejar de pensar en el escándalo. ¿Qué dirán mañana los demás? ¿Seré la única en volver con la virtud intacta?

Gersen la volvió a besar.

-No necesariamente.

Pasaron diez segundos.

-¿Me queda otra opción? -preguntó Jerdian con un susurro ronco.

-Sí. La opción está en tus manos -respondió Gersen.

Jerdian salió del coche y dio unos pasos sobre la duna. Gersen se reunió con ella. Jerdian se volvió y se besaron. Gersen extendió la túnica darsh sobre la arena y allí, entre las antiquísimas dunas del Lomo, bajo la luz de Mirassou, se convirtieron en amantes.

La luna alcanzó el cenit y prosiguió su camino. La noche se fue retirando; la magia moría lentamente. Gersen acompañó a Jerdian a Dinkeltown, y luego volvió al microbús. Los cuatro jóvenes, taciturnos y desaliñados, se mantenían apartados. Una dama y una chica estaban sentadas en silencio en la camioneta. La otra dama salió de una hendidura entre las rocas cuando Gersen se acercaba. Subió al vehículo sin pronunciar una palabra.

Cuando Gersen se hizo visible, todos le miraron con suspicacia.

-Pasaba por aquí y pude auxiliar a Jerdian Chanseth -explicó-. Se encuentra en el hotel, y no hace falta que se preocupen por ella.

-Ya estamos bastante preocupadas por nosotras mismas -dijo sombríamente la tía Mayness-. Todos hemos sufrido brutales experiencias.

-Creo que deberíamos tomarlo con filosofía -dijo en un tono más moderado la tía Eustacia-. Hemos sufrido un ultraje, pero no un daño irreparable; alegrémonos en este sentido.

-No comparto esa opinión -bufó tía Mayness-. He sido atacada incesantemente por una enorme bestia que olía a cerveza y a esa comida intolerable.

-El hombre que me atacó también olía muy mal, aunque era casi cortés, si se puede utilizar esa palabra.

-¡Eustacia, eres demasiado blanda!

-Lo que pasa es que me siento muy cansada. Si Jerdian está en Dinkelstown, ya sólo faltan Millicent y Helen. Aquí llegan las dos, por cierto. Vayámonos de este horrible lugar.

-¿Y nuestra reputación? -gritó tía Mayness con voz aguda-. ¡Seremos el hazmerreír de todo Llalarkno!

-Intentaremos mantenerlo en secreto.

-¿Y cómo castigaremos a esos bestiales darsh si nos callamos la boca?

-Dudo que puedan castigar a los darsh -terció Gersen-. Dan por sentado que si las mujeres salen al desierto por la noche es para hacer el amor. El culpable de todo es su chófer; les ha hecho una buena jugarreta.

-Ésa es la triste verdad, y debemos aceptarla -dijo tía Eustacia-. Finjamos que no ocurrió nada.

-¡Ese hombre lo sabe! ¡Los darsh lo saben!

-Yo no sé nada -dijo Gersen-. Los darsh bromearán entre ellos, pero no irán más lejos. ¡Chicos, espabilad! Conducid el microbús de vuelta a Dinkelstown.

-Si hubiera pasado lo que yo -gruñó Aldo-, tampoco estaría espabilado. Prefiero no entrar en detalles.

-A ninguna de nosotras nos ha gustado lo sucedido esta noche -le espetó tía Maynees-, así que ocupa el asiento del conductor y date prisa. Me muero por tomar un baño.

11

De Los juegos de la Galaxia, por Everett Wright; el capítulo titulado «Hadaul»:

«Como todos los buenos juegos, el hadaul se caracteriza por la complejidad y los múltiples niveles en que se desarrolla.

»El elemento básico es sencillo: un campo convenientemente trazado y un cierto número de jugadores. Por lo general, el campo se pinta sobre el suelo de una plaza; a veces se recubre con una alfombra. Hay muchas variaciones, pero la disposición típica es ésta: se yergue un pedestal en el centro de un círculo marrón. El pedestal puede tener cualquier forma, y suele sostener el premio en metálico. El diámetro del círculo oscila entre un metro veinte y dos metros y medio. Tres anillos concéntricos, de tres metros de ancho cada uno, rodean el círculo. Se les llama «robles» y están pintados (de dentro a fuera) de amarillo, verde y azul. El área exterior al anillo azul recibe el nombre de «limbo».

»Puede participar un número ilimitado de contrincantes, o «robleros», pero el juego, por lo general, se inicia con un máximo de doce y un mínimo de cuatro. Más crearían excesiva acumulación, y menos empobrecerían al espectáculo, que es un elemento esencial.

»Las reglas son sencillas. Los robleros se sitúan en círculo dentro del roble amarillo. Se convierten así en «robleros amarillos». Cuando el juego empieza tratan de empujar a los otros robleros amarillos hacia el roble verde. Una vez arrojado o propulsado al verde, el roblero se transforma en «verde», y no puede volver al amarillo. Ahora intentará echar a los otros robleros verdes al azul. Un roblero amarillo puede arriesgarse a entrar en el verde y volver al amarillo como refugio; de manera similar, un roblero verde puede entrar en el azul y volver al verde, a menos que sea expulsado del azul por un roblero azul.

»A veces, el juego termina con un roblero amarillo, uno verde y uno azul. El amarillo puede mostrarse renuente a atacar al verde o al azul, y el verde renuente a atacar al azul. En esta situación, proseguir el juego no es posible. El juego finaliza, y los tres robleros se reparten el premio en la proporción 3-2-1. El amarillo recibe la mitad del premio. El verde o el amarillo pueden apostar una cantidad equivalente a la percibida por el amarillo, convirtiéndose de nuevo en amarillos, con lo que el proceso puede seguir hasta que quede un sólo roblero que consiga el premio. Las reglas, a este respecto, varían de hadaul en hadaul. En ocasiones, uno de los contendientes puede proponer una cantidad igual a la del premio; el vencedor anterior decide si acepta o no el reto, según las reglas locales. A menudo, el que desafía propone una cantidad doble a la del premio; el reto ha de ser aceptado, a menos que el vencedor haya sufrido alguna fractura o no esté en condiciones de proseguir. Estos desafíos se llevan a cabo con cuchillos, estacas y, más raramente, látigos. Es frecuente que un hadaul amistoso concluya con un cadáver transportado. fuera del terreno en una camilla. El juego es controlado por árbitros, con la ayuda de aparatos electrónicos que señalan el momento en que se rebasan los límites de cada roble.

»La conspiración es parte integrante del juego. Antes de que empieces, los diversos robleros forman alianzas ofensivas o defensivas, susceptibles de ser violadas. Las artimañas, la traición y el engaño son considerados accesorios indispensables para el juego; sin embargo, es sorprendente observarla indignación del roblero engañado, a pesar de que él mismo ha tratado de practicar la misma argucia.

»El hadaul es un juego de cambios y sorpresas continuas; ninguno es igual a otro. A veces, los contendientes son alegres y joviales, y todos disfrutan por igual de las tretas; en otras, un acto de flagrante falsedad caldea los ánimos, y brota la sangre. Los espectadores apuestan entre sí o, en los grandes hadauls, contra grupos organizados o peñas. Las sombras de mayor categoría, con motivo de sus festividades, celebran varios hadauls al año, considerados como los principales espectáculos turísticos de Dar Sai.»

Gersen durmió en su nave y despertó a media mañana. Permaneció inmóvil unos minutos. Los acontecimientos de la noche empezaban a perder consistencia. Pensó en Jerdian. ¿Cómo se sentiría, libre de la influencia de la luna, alejada la emoción del rescate?

Gersen se bañó y se vistió como un hombre corriente del espacio. Revisó sus armas, pues era impredecible lo que el nuevo día traería. Huyendo del calor, cruzó la cortina de agua y se dirigió al jardín del hotel. Los menthlen ya estaban sentados ante su mesa. Jerdian le dedicó una sonrisa fugaz y movió los dedos en un gesto de complicidad. Gersen respiró aliviado; la joven no sentía remordimientos. Los otros methlen no le prestaron atención.

Gersen examinó a los methlen mientras tomaba el desayuno. Los jóvenes se mostraban sombríos y taciturnos. Las mujeres más serenas, pero hablaban en voz baja. Jerdian, por el contrario, manifestaba un excelente estado de ánimo, por lo que recibía frecuentes miradas de reproche.

Cuando el grupo terminó de desayunar, Jerdian fue hasta la mesa de Gersen. Él se puso en pie.

-Siéntate conmigo.

-No me atrevo. Todos están nerviosos, y tía Mayness sospecha algo, aunque no me preocupa, porque en ella es normal.

-¿Cuándo nos veremos? ¿Esta noche?

-Nos quedamos para el hadaul, porque vinimos para eso. -Jerdian meneó la cabeza-. Luego volveremos a Serjeuz, y mañana partiremos para Llalarkno.

-Entonces te iré a ver a Llalarkno.

Jerdian sonrió con melancolía, y agitó la cabeza de nuevo.

-Todo es diferente en Llalarkno.

-¿Tus sentimientos también serán diferentes?

-No lo sé. Quizá sería mejor. Ahora estoy enamorada de ti; has ocupado mis pensamientos toda la noche y toda la mañana.

-Advierto que dices «estoy enamorada de ti» en lugar de «te quiero» -dijo Gersen al cabo de un momento.

-Muy agudo -rió Jerddan-. Hay una diferencia. Quiero algo, eso está claro. Tal vez seas tú; tal vez..., ¿qué sé yo? ¿Te has enfadado? -No es exactamente lo que deseaba escuchar, aunque... yo también me suelo hacer preguntas. ¿Soy un hombre o una máquina programada? ¿O soy una idea absurda y falsa?

-No tengo la menor duda -rió de nuevo Jerdian-. Definitivamente, eres un hombre.

-¡Jerdian! -la llamó tía Mayness con voz fría-. Ven, nos vamos a la tribuna.

Jerdian dedicó a Gersen una débil sonrisa y se alejó. Gersen la vio marchar con un nudo en la garganta. Tonterías, se dijo, tonterías propias de un adolescente inmaduro. ¡Se estaba entristeciendo como un colegial! No podía permitirse lazos sentimentales hasta haber cumplido la misión que obsesionaba su vida... Siguió a los methlen hasta el centro de la plaza, donde una gran multitud se agolpaba alrededor de los robles.

El hadaul estaba a punto de empezar, el más característico de todos los espectáculos darsh, una actividad a caballo entre el juego y la lucha libre, sazonada con engaños, mentiras y oportunismo; en definitiva, un microcosmos de la sociedad darsh.

Proporcionar asientos suficientes a los espectadores era un concepto ajeno a la filosofía darsh. Los que querían ver bien estaban obligados a utilizar las improvisadas gradas, subirse a los edificios circundantes, o apretujarse contra la valla que rodeaba los robles.

De un tablero colgaba la lista de los participantes en los diversos hadauls. Gersen fue incapaz de descifrar la enrevesada escritura darsh. Se aproximó a la casilla de inscripciones y llamó la atención del empleado.

-¿Cuál es el hadaul de Bel Ruk?

-Creo que va en tercer lugar. -El empleado señaló uno de los carteles-. La apuesta es de cien UCL, o veinticinco acciones de la Kotzash.

-¿Cuántas apuestas se han hecho?

-Hasta el momento, unas nueve.

-¿Por valor de cuántas Kotzash?

-Un centenar de acciones.

«Aún no es bastante, pensó Gersen. Como mínimo, necesitaba ciento veinte acciones. Obervó con desagrado los robles y las tribunas atestadas de darsh cubiertos con túnicas blancas. En una sección reser vada para los turistas, orgullosamente apartados, se sentaban los methlen. Gersen se encogió de hombros con resignación. Desconocía el juego; los darsh no tardarían ni un minuto en aprovecharse de un iskish. Sin embargo, cien acciones le acercarían al control de la compañía. Pagó con lo último que le quedaba, un billete de cien UCL.

-Mi apuesta para el hadaul de Bel Ruk. El empleado le miró asombrado.

-¿Va a competir en los robles? Señor, es usted un iskish, y sólo la bondad me impulsa a advertirle de que se arriesga a salir con los huesos rotos; en el hadaul de Bel Ruk participarán hombres famosos por sus triquiñuelas.

-Será una experiencia interesante. ¿Tomará parte Bel Ruk?

-Ha garantizado un premio de mil UCL, pero no luchará. Hará un buen negocio si el premio excede de los mil UCL.

-¿Las acciones Kotzash se incluyen en el premio?

-En efecto; las acciones y las apuestas en metálico constituyen el premio para el ganador.

-Escriba mi nombre en el cartel.

-Como quiera. Los médicos están sentados bajo aquella bandera roja.

Gersen localizó un asiento desde el que dominaba el campo. Los robleros del primer hadaul aparecieron: doce jóvenes ataviados con la vestimenta adecuada, es decir, pantalones cortos de lona blanca, camiseta de color pardo, gris o rojo, zapatillas de tela y una cinta en la cabeza que sujetaba los lóbulos colgantes. Los robleros pasearon alrededor de la periferia del azul, hablando entre sí, a veces confidencialmente. a veces con exclamaciones de júbilo. Algunos formaban pequeños grupos para escuchar teorías tácticas que algún otro explicaba. Si un roblero se unía a uno de esos grupos y escuchaba planes que no eran de su agrado, podía producirse un intercambio de palabras airadas, e incluso alguna pequeña refriega.

Los árbitros salieron de una campana cercana: cuatro ancianos que vestían chaquetas bordadas en rojo y negro. Cada uno portaba una vara terminada en un expulsor de humo. El árbitro principal cargaba, además, con un cuenco de cristal que contenía el premio, un fajo de UCL. Fue hacia el círculo central y depositó el premio sobre el pedestal.

Los árbitros tomaron posiciones. El principal golpeó un gong con una pesada barra de metal. Los contendientes interrumpieron sus conversaciones y se situaron alrededor del roble amarillo.

-Me dispongo a presidir -anunció el árbitro principal- un hadaul común de habilidad y fuerza, en el que está prohibido utilizar cualquier tipo de armas, y con un premio de cien UCL, con las garantías del reputado Luke Lamaras. Faltan diecisiete segundos.

Golpeó el gong: los jugadores entraron en acción y procuraron elegir las posiciones desde las que confiaban en ganar ventaja.

-Seis segundos -anunció el árbitro con otro golpe de gong.

Los jugadores se acuclillaron, miraron a derecha e izquierda y extendieron sus brazos de la forma prescrita.

-¡A jugar! -gritó el árbitro con sendos toques de gong.

Los jugadores avanzaron hacia el contrincante, algunos con rapidez, otros de forma lenta y deliberada. Tres se abalanzaron sobre un hombre de gran envergadura y trataron de arrojarle al verde. Encolerizado, arrastró a uno con él y lo lanzó por los aires hacia el azul. Los árbitros usaron al instante sus varas para señalar a los dos con manchas coloreadas.

Uno por uno, a golpes, empujones, zancadillas y codazos, los jugadores fueron lanzados del amarillo al verde, del verde al azul, del azul al limbo y, por tanto, fuera del juego. Algunos jugadores utilizaban la agilidad, otros la fuerza. Una de las maniobras favoritas, correr alrededor de los robles para atacar a un adversario por la espalda, mantenía el juego en constante movimiento. Al principio, los jugadores mostraron un excelente humor, acogiendo con regocijo una hábil embestida o un ataque por la retaguardia particularmente diestro, pero a medida que disminuían los adversarios y la perspectiva de alcanzar el premio se hacía más plausible, la lucha adquiría mayor virulencia. Los rostros se tensaron, las acometidas aumentaron en furor; dos jugadores empezaron a intercambiar puñetazos en el círculo azul. Mientras peleaban, un jugador saltó como una flecha desde el verde y los arrojó al limbo. Pese a todo, ambos continuaron luchando (con no excesiva pericia, apreció Gersen) hasta que el árbitro ordenó que cesaran para no distraer la atención del hadaul.

Por fin, sólo quedó un jugador en el verde y otro más grande y fuerte en el azul. El verde corrió a lo largo del límite, ejecutando fintas y regates, mientras el azul saltaba de un lado a otro, fingiendo dolor, fatiga y desesperación. Sin embargo, el verde no se aventuraba en el azul, como si se conformara con las tres quintas partes del premio antes que perderlo todo. El azul empezó a insultarle ferozmente para provocarle. El verde se inmovilizó por completo, reflexionó unos instantes y se volvió hacia el juez, como para solicitar el final del juego. El azul le dio la espalda, disgustado. Al instante, el verde le saltó sobre la espalda con la intención de arrojarle al limbo. El árbitro principal tocó el gong tres veces y dio por finalizado el juego, con lo que todo el premio fue a parar a manos del astuto roblero que había engañado a su oponente.

Gersen concluyó que la teoría básica del juego era sencilla. Agilidad, cuidado y mente despejada eran casi tan importantes como fuerza o peso. Las técnicas de lucha no le habían enseñado nada nuevo; si conseguía abortar la acción conjunta de cuatro o cinco adversarios, sus posibilidades no eran desdeñables. Fue a la caseta de los árbitros y descubrió que su vestimenta, si bien excéntrica e irregular, no se consideraba ilegal, a excepción de las botas. Uno de los árbitros rebuscó en una caja y le tendió un par de zapatillas sucias y viejas que Gersen se ató con resignación.

Al salir, Gersen vio a Bel Ruk en la caseta de inscripciones. Parecía irritado y nervioso; Gersen dedujo que había examinado la lista de robleros y localizado el nombre de Kirth Gersen.

Bel Ruk se apartó y habló con un hombre alto vestido de roblero; la conversación, pensó Gersen, giraba en torno a él.

El segundo encuentro, premiado con dos mil UCL, se zanjó con mucho más ahínco y menos alegría que el anterior. El vencedor fue un tal Dadexis, un hombre de mediana edad, delgado, vigoroso y muy astuto.

Fue desafiado sin más tardanza por un joven que había sido expulsado del terreno al poco de iniciarse el juego. Dadexis, que ahora podía elegir armas, se inclinó por los *afflocks,* una correa elástica con una bola de púas en su extremo, opción que desagradó notablemente al retador, pero que debía aceptar so pena de perder lo que había apostado.

Los espectadores se levantaron y se apretujaron tanto contra los robles que los árbitros ordenaron dejar un espacio libre alrededor del campo de juego. El árbitro principal hizo sonar el gong. Los contendientes tomaron posiciones y empezó el combate. Para decepción de los espectadores, resultó breve y desprovisto de sangre, dolor o tragedia. El curtido Dadexis esgrimió su *afffock* con una pericia tan aterradora que su contrincante palideció. Dadexis esquivó el arma de su contrincante con ágiles fintas, y luego disparó su correa. La bola se enrolló alrededor del otro *afflock;* Dadexis tiró del suyo y desarmó a su adversario. Dadexis sonrió, ejecutó algunas florituras con *su afflock* y, al cuarto toque de gong del árbitro, fue a recoger su premio, ahora incrementado, mientras el retador se alejaba cabizbajo.

Gersen escudriñó la tribuna y descubrió a Jerdian. Estaba de pie como los demás para observar mejor la contienda; luego se sentó entre tía Mayness y Aldo. ¿Qué pensaría cuando le viera competir en los robles con los darsh?

Como mínimo, pensó Gersen, se quedaría perpleja.

Los participantes en el tercer hadaul se concentraron alrededor del campo; entre ellos estaba el hombre que había hablado con Bel Ruk. El árbitro principal habló por el micrófono:

-¡Un hadaul de mil UCL, con la garantía del generoso Bel Ruk! Compiten once contendientes con seiscientos UCL y ciento veinticinco acciones de la Kotzash. Entre los jugadores hay expertos de varios clanes, e incluso un iskish.

Gersen se reunió con los otros alrededor de los robles, sintiéndose un poco ridículo. ¡Ciento veinticinco acciones! Si ganaba el hadaul se haría con el control de la Compañía Kotzash.

Un hombre regordete de cara redonda se le acercó.

-¿Ha participado antes en un hadaul?

-No, pero creo que se puede ganar mucho dinero.

-Eso es cierto. Bien, lleguemos a un acuerdo. Me llamo Rudo. Usted, yo y Skish, ese tipo de allí, somos sin duda los más débiles. Si trabajamos juntos tenemos muchas posibilidades.

-Buena idea. ¿Cuál es el más fuerte?

-Throngarro, el socio de Bel Ruk, y Mize, ese hombre grande y corpulento.

-Echemos primero a Throngarro, y luego a Mize.

-¡De acuerdo! Aunque es más fácil decirlo que hacerlo, por supuesto. Mantendremos el pacto hasta acabar con esos dos.

Gersen, imbuido del espíritu del juego, buscó con la mirada otros posibles aliados. Fue abordado de nuevo, esta vez por un joven fornido que se contoneaba con insolente plambosh.

-¿Tú eres Gersen? Yo soy Chalcone. No vas a ganar, desde luego, ni yo tampoco, pero aliémonos contra Furbil. Es brutal y maligno, así que será mejor echarle cuanto antes.

-¿Por qué no? También me gustaría echar a Throngarro; me han dicho que es peligroso.

-Muy cierto. Furbil, después Throngarro, y nos protegemos el uno al otro al menos hasta el verde, o incluso el azul. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

-Te explicaré cómo derrotaremos a Furbil. Le acosas por un lado; cuando se vuelva para hacerte frente, le doy una patada por detrás, le empujas y listo.

-Parece una buena táctica. Haré lo que pueda.

Furbil fue a conferenciar con Gersen unos segundos más tarde.

-¿Tú eres el iskish? Bien, te deseo buena suerte, aunque necesitarás algo más que suerte. Sugiero que trabajemos a dúo.

-Aceptaré cualquier cosa con tal de seguir en el juego.

-Bien. ¿Ves aquel mozalbete? Es Chalcone, un bribón insolente, pero rápido y experto. Te diré cómo nos desembarazaremos de él, Le cercaremos por ambos lados, te dejas caer frente a él, le empujo y allá va, en medio de la tribuna.

-Primero, Throngarro. Es el más peligroso del grupo.

-Muy bien, primero Throngarro, con la misma táctica, y después Chalcone.

-Si continuamos en los robles.

-No temas. Mientras colaboremos juntos, no hay peligro.

Tres contendientes más se acercaron a Gersen para sugerirle asociaciones y maniobras de diversos tipos; accedió a todas, sobre la base de que valía más tener alguna ventaja que no tener ninguna.

Localizó entre los espectadores a Bel Ruk, y por un instante sus miradas se cruzaron. También advirtió que Jerdian, rodeada de los otros methlen, le contemplaba con absoluta estupefacción.

El árbitro principal caminó hacia el pedestal central y colocó las apuestas: fajos de UCL y de acciones de la Kotzash.

El árbitro principal hizo sonar el gong.

-¡Participantes, a sus puestos!

Los once hombres entraron en el roble amarillo.

-¡Faltan treinta y un segundos!

Los contendientes se dispersaron y empezaron a buscar los ángulos favorables para atacar a los adversarios que consideraban más peligrosos.

-¡Faltan diecisiete segundos!

Los contendientes se agacharon, miraron a derecha e izquierda y procuraron situarse fuera del alcance de los demás.

-¡Seis segundos! Y por fin:

-¡A jugar el hadaul!

Los once hombres se movieron con rapidez. Gersen. al advertir que Throngarro se dirigía directamente hacia él, se alejó. Detrás de Throngarro apareció Chalcone. Miró a Gersen, hizo una señal y acometió a Throngarro, que se volvió para frenar la embestida. Gersen se lanzó hacia adelante, empujó y Throngarro fue a parar al verde.

-¡Ahora Furbil! -gritó Chalcone-. ¡Recuerda nuestro trato! Tú le acosas. Allí viene, actúa con rapidez.

Gersen acosó a Furbil, que retrocedió hacia Chalcone; éste le agarró por el brazo y trató de expulsarle al verde. Furbil plantó con firmeza los pies en el suelo y, aprovechando el mismo movimiento de su contrincante, lo tiró al verde. Gersen vino por detrás, le empujó y Furbil rodó hasta el verde. En el mismo instante algo macizo se estrelló contra el costado de Gersen; el enorme bulto de Mize, cuyos métodos eran brutalmente simples. Se limitaba a seguir la circunferencia del amarillo, empujando con los hombros hacia el verde a todo aquel que se cruzaba en su camino. Por pura casualidad, Gersen acertó a sujetar a Skish, que huía de otro adversario; consiguió mantener el equilibrio y permanecer en el amarillo gracias a apoyarse en Skish, que cayó en el verde. Gersen hizo una señal a Rudo y apuntó con el dedo a Mize. Éste. al presentir el ataque conjunto, apretó la espalda contra el pedestal y movió sus grandes brazos en amenazadores círculos.

-¡Venid si os atrevéis!

Gersen le cogió por un brazo y casi salió despedido por los aires. Al mismo tiempo Rudo, su antiguo aliado, le rodeó la cintura por detrás e intentó sacarle del amarillo. Gersen golpeó con la cabeza la nariz de Rudo, se libró de la presa y se zambulló bajo el corpachón de Mize. Apoyó la espalda en el pedestal, levantó los pies, aplicó toda su fuerza y Mize fue dando tumbos hasta caer en el verde, donde recibió la ayuda de Rudo, que sangraba por la nariz. Furioso, Mize cargó con un alarido sobre Throngarro, que se apartó con agilidad. Cuatro robleros verdes agarraron a Mize. Entre rugidos y maldiciones cayó en el azul, y antes de pisar el limbo se echó hacia atrás, pataleó y escapó de la eliminación. Gersen hizo una pausa para evaluar la situación. Throngarro y Mize, los adversarios más temibles, habían sido expulsados del amarillo, donde él seguía con otros cuatro. Cada uno de los cinco, una vez libres de Throngarro y Mize, podía aspirar con más posibilidades a la victoria, de modo que aumentarían las precauciones. Ya no había más alianzas que respetar o traicionar; todos se resistían a comprometerse por miedo a ser atacados por la espalda.

Gersen cayó en la cuenta de que los otros robleros le observaban con cauteloso respeto. Había que tomar en serio a un iskish tan duro de pelar.

Gersen vio por el rabillo del ojo que Rudo y un tal Hement intercambiaban unas palabras. Rudo se aproximó después a Gersen.

-¿Aún dura nuestro pacto?

-Por supuesto.

-En ese caso, el siguiente es Dexter, ese hombre alto y bizco. Atáquele por un costado; yo me adelantaré, le agarraré por la entrepierna y lo tiraré afuera. ¡Preparados!

Gersen, obedeciendo las instrucciones, avanzó hacia Dexter sin dejar de vigilar a Hement. A un brazo de distancia de Dexter, Hement y Dexter se abalanzaron sobre él, mientras por detrás hacía lo propio su teórico aliado Rudo, confirmando las sospechas de Gersen. Empujó a Dexter contra Hement, hizo saltar a Rudo por encima de la cabeza hacia el verde, asió la pierna de Dexter y lo tiró al verde justo cuando un cuerpo le golpeó por, detrás. Gersen se agachó y repitió con su asaltante la operación efectuada con Rudo. Apenas se habían reincorporado, los dos nuevos verdes fueron agarrados y enviados al azul. Hement, no sin vacilar, cogió a Gersen por el brazo y

trató de hacerle caer. Gersen le dio una patada, hizo una finta, tomó empuje y su adversario pasó al círculo verde. Gersen se quedó solo en el amarillo con otro enemigo, un joven muy corpulento que permanecía en el amarillo gracias a la táctica de no cruzarse en el camino de nadie. Gersen avanzó hacia él; retrocedió. Gersen le persiguió alrededor del anillo dos veces; la tercera implicaba la inmediata expulsión del perseguido al siguiente roble. Ambos se aproximaron con cautela. Gersen extendió el brazo; el otro le asió la muñeca y tiró hacia él. Gersen aprovechó el impulso para hacerle una llave y lanzarlo a trompicones al verde.

Gersen ya estaba solo en el amarillo. Si quería, podía aventurarse en el verde, e incluso en el azul, y regresar al amarillo, a menos que el verde fuera arrojado al azul, o del azul al limbo. No tenía el menor interés en trabar combate con los verdes o azules, pues los robleros, nerviosos y encolerizados, eran incontrolables. Luchaban con puños, rodillas, codos y pies, entre jadeos, alaridos y maldiciones. Throngarro, en el azul, forcejeaba con Rudo. Gersen observó las tácticas de Throngarro con interés; sin duda, era un luchador experto, rápido, fuerte y resistente.

Pese a todo no era rival para Mize, cuyo enorme tamaño le hacía casi inexpugnable. La idea de tener que enfrentarse a Mize cuerpo a cuerpo desagradó a Gersen. Era probable que venciera, en especial si conseguía cegarle un ojo, pero aún así sufriría luxaciones y magulladuras, quizá fractura de huesos e incluso del cuello.

Throngarro había expulsado a Rudo y se concentraba en Mize. Le atacó en compañía de otros dos azules. Los tres fueron como hormigas. Finalmente, más por suerte que adrede, consiguieron que Mize se tambaleara hasta caer boca abajo en el limbo. El vencido golpeó el suelo con los puños. Throngarro aprovechó la ocasión para expulsar a uno de sus improvisados ayudantes.

Gersen paseó la mirada por el círculo de espectadores. Observó la funesta expresión de Bel Ruk y los ojos clavados en él de Jerdian, aunque no pudo descifrar su expresión. Tía Mayness le llamó la atención, y Jerdian desvió la vista.

El hadaul había llegado a un momento de impasse. Quedaban Throngarro en el azul, Chalcone en el verde y Gersen en el amarillo. Si el hadaul se daba por finalizado, el premio sería dividido en la proporción 3-2-1.

-Me quedaré con las acciones de la Kotzash -ofreció Gersen a Throngarro y a Chalcone-. Vosotros os podéis dividir el dinero, seiscientos UCL. ¿Estáis de acuerdo?

-Estoy de acuerdo -respondió Chalcone después de reflexionar un momento.

Throngarro se dispuso a hablar, pero luego miró a Bel Ruk, que meneó violentamente la cabeza.

-No, hay que dividirse todo el premio -dijo Throngarro de mala gana.

Gersen indicó a Chalcone que se aproximara al límite entre los robles amarillo y verde.

-Hagamos un trato, que garantizo respetar si tú también me lo aseguras.

-¿En qué estás pensando?

-Entremos juntos en el azul y expulsemos a Throngarro; después volveré al amarillo, y tú al verde. Me quedaré con las acciones y tú el dinero, los seiscientos UCL.

-Estoy de acuerdo con el trato.

-Recuerda que es un trato entre caballeros, no una simple treta hadaul. Si rompes tu promesa me tomaré las cosas mucho más en serio. Puedes confiar en mí; ¿puedo confiar yo en ti?

-Por esta vez, sí.

-Muy bien. Ve por la izquierda, yo iré por la derecha, separados un brazo de distancia, y le empujamos hacia atrás.

-De acuerdo.

Sin añadir una palabra más, Gersen pasó al verde y luego al azul, flanqueado por Chalcone. Throngarro esperaba acuclillado. Pensando

que la mejor defensa era el ataque, se abalanzó sobre Chalcone con la idea de agarrarle por la cintura, voltearle y arrojarle al limbo. Gersen le cogió un brazo, y Chalcone el otro. Gersen le pateó en la parte trasera de las rodillas. Throngarro se desplomó, pero al mismo tiempo propinó a Chalcone una patada en la ingle que le hizo retorcerse de dolor en el suelo. Throngarro lanzó su pierna contra Gersen, quien le sujetó por el tobillo y se lo retorció. Throngarro chilló cuando los ligamentos se rompieron. Trató de zafarse, pero Gersen le retorció de nuevo el tobillo. Throngarro, empujado hasta el borde del limbo, se debatió frenéticamente. Con la pierna libre, consiguió dar una patada a Gersen en el costado y Gersen le aplicó una vuelta más al tobillo. Con un grito de desesperación, Throngarro rodó hasta el limbo.

Gersen, jadeante, se irguió. Chalcone había logrado ponerse en pie, encogido de dolor, y se apretaba con ambas manos el bajo vientre. Los dos hombres se midieron con la mirada, pero los ojos de Chalcone estaban vidriosos. Gersen volvió al amarillo y Chalcone cojeó hasta el verde.

-Dadme las acciones de la Kotzash -pidió Gersen al árbitro principal-, entregad el dinero a Chalcone, y demos por finalizado el hadaul.

-¿Está de acuerdo con esta división? -preguntó el árbitro a Chalcone.

-Sí. Estoy más que satisfecho.

-Así sea. -El árbitro habló por el micrófono-: Por primera vez desde que yo recuerde, y tal vez en todos los anales de nuestro glorioso juego, un iskish ha ganado un encuentro en combate contra lo mejor de Dar Sai. Proclamo ahora los desafíos: ¿alguien quiere desafiar a este temible iskish?

Bel Ruk hablaba furiosamente con Throngarro, sentado en un banco con la pierna hinchada estirada. Throngarro se limitó a negar con la cabeza. Bel Ruk se dio la vuelta con brusquedad.

-¡Yo le desafío! -bramó-. ¡Yo, Bel Ruk, y combatiremos con látigos!

-Como ya sabe, es el desafiado quien elige las armas -le recordó el árbitro-. ¿Desafía a Chalcone y a Gersen a la vez?

-No, sólo a Gersen.

El árbitro entregó los UCL a Chalcone.

-¡Sal con orgullo de este hadaul!

-Así lo haré, y rindo homenaje a Gersen, que juega con gran habilidad.

Chalcone cogió el dinero y renqueó hasta salir del campo. Bel Ruk avanzó y le dio al árbitro dos UCL.

-Pago el doble de lo que valen las acciones Kotzash, que carecen de toda utilidad.

-¡Usted mismo valoró estas acciones en cuatro UCL cada una! -observó el árbitro con desagrado.

-¡De ninguna manera! Garanticé un premio de mil UCL. Me comprometo a pagar cien UCL por veinticinco acciones. Si Gersen desea cederme las ciento veinticinco acciones le pagaré quinientos UCL. De lo contrario perderá su vida, porque le mataré si se opone a mi voluntad.

-Se muestra usted muy obstinado -dijo el árbitro-. Bien, Gersen, ¿qué vamos a hacer? Se juega sus acciones y su vida por dos míseros UCL. Si desea renunciar, evidentemente Bel Ruk le pagará qui nientos UCL por las acciones, y habrá aprovechado el día. Debo informarle de que Bel Ruk es muy diestro en el manejo del látigo y otras armas; usted tiene pocas oportunidades de vencer. Con todo, en su caso puede especificar las armas que vayan a usarse.

-Si he de combatir con él, usaré cuchillos o las manos desnudas, como él prefiera.

-¡Cuchillos! -exclamó Bel Ruk-. Le voy a cortar en pedazos. Uno de los árbitros auxiliares trajo una bandeja con dos cuchillos; los mangos eran de madera negra y las hojas, de doble filo, medían casi treinta centímetros.

Gersen tomó uno de los cuchillos y lo sopesó. La hoja, un largo y delgado triángulo, ancha en el extremo del mango, carecía del equilibrio que Gersen prefería, pero decidió que haría su función. No era un arma para ser lanzada, lo que implicaba que los darsh carecían de tal habilidad. Escudriñó la tribuna hasta encontrar la expresión de fascinado horror que mostraba el rostro de Jerdian.

-La lucha tendrá lugar dentro de los robles -dijo el árbitro principal-, y continuará hasta que una de las partes en litigio exprese su intención de abandonar, sea alzando las manos, gritando o saliendo de los robles, o cuando sea incapaz de proseguir, o cuando yo ordene parar. La lucha carece de reglas o limitaciones. Sitúense en el amarillo, en lados opuestos al pedestal. La lucha se iniciará al cuarto toque de gong, y continuará hasta que yo intervenga. Deberán cesar de combatir al instante, so pena de ser sepultados durante tres días en las letrinas, así que contengan su ardor y obedezcan mis órdenes, porque no tendré piedad del que viole las reglas. -Acompañó estas palabras con una mirada amenazadora a Bel Ruk-. Retroceder o ser perseguido tres veces alrededor del pedestal también implica la rendición. Ahora haré sonar el gong para indicar que faltan treinta y un segundos. Tomen posiciones.

Gersen y Bel Ruk se colocaron frente a frente ante el pedestal.

-Diecisiete segundos.

Bel Ruk agitó la hoja, disfrutando por anticipado el placer de la muerte.

-He estado esperando mucho tiempo esta ocasión.

-Comparto sus sentimientos -dijo Gersen-. Dígame, ¿participó en el ataque a Monte Agradable?

-¿Monte Agradable? Eso fue hace mucho tiempo.

-Así que estuvo allí.

Bel Ruk se limitó a esbozar una fría sonrisa.

-Ahora puedo matarle sin el menor remordimiento -dijo Gersen.

-¡Seis segundos! ¡Caballeros, dispongan sus armas! ¡Empiecen a combatir cuando oigan el próximo gong!

Los segundos avanzaron rápidamente, cruzando esa misteriosa barrera que separa el futuro del pasado.

Sonó el gong.

Bel Ruk, blandiendo el cuchillo como si fuera una espada, avanzó alrededor del pedestal. Gersen aguardó con el cuerpo relajado, y luego arrojó el cuchillo al corazón de Bel Ruk. La hoja hendió el aire limpiamente, se estrelló con un sonido metálico, rebotó y cayó al suelo. Era

evidente que Bel Ruk se protegía con una cota de malla debajo de la camiseta. El árbitro no protestó; la cota debía considerarse un accesorio legal.

En cuanto el cuchillo cayó a tierra, Bel Ruk lo alejó de una patada hacia el limbo; al mismo tiempo, Gersen se lanzó hacia adelante y distrajo la atención de Bel Ruk. El cuchillo se deslizó hasta detenerse dentro del azul.

Bel Ruk cargó. Gersen saltó a su izquierda, le golpeó con el canto de la mano en el fornido cuello y le asestó un puñetazo en el ojo izquierdo. Bel Ruk buscó las costillas de Gersen; la hoja desgarró su blusa y penetró un centímetro y medio en la carne hasta que la sangre brotó.

Gersen, enfurecido, asió el brazo de Bel Ruk, le aplicó una llave y le rompió la articulación del codo.

Bel Ruk emitió un gruñido; el cuchillo resbaló de sus dedos, pero lo cogió con la mano izquierda y lo hundió en el muslo de Gersen. Este retrocedió, aturdido. ¿Tan torpe se había vuelto? Sangraba por dos heridas; pronto desfallecería, y entonces le matarían con facilidad... ¡Todavía no! Golpeó el cuello de Bel Ruk por segunda vez, y cuando intentó apuñalarle de nuevo, Gersen le agarró el brazo izquierdo, pero falló la llave, momento que Bel Ruk aprovechó para alejarse de un salto y quedar en pie, jadeante; el brazo derecho colgaba inerte y el ojo izquierdo estaba casi cerrado.

Gersen, sangrando por el costado y el muslo, se abalanzó sobre su cuchillo. Bel Ruk se le vino encima con el brazo alzado para asestar el golpe definitivo. Gersen utilizó una mano para parar la cuchillada y la otra para golpear la rodilla que volaba hacia su entrepierna. Empujó con todo su peso, y Bel Ruk se tambaleó hacia atrás. Gersen recuperó su cuchillo. Bel Ruk, la boca abierta, la nariz hinchada y los ojos tumefactos, se arrojó sobre él. Gersen volvió a lanzar el cuchillo, que se hundió casi hasta la empuñadura en el macizo cuello de Bel Ruk. El hombre cayó de rodillas y con un esfuerzo final, casi un reflejo automático, lanzó el cuchillo hacia Gersen, hiriéndole en la cadera. Bel Ruk se desplomó, y el peso de su cuerpo hundió por completo el cuchillo en su cuello. Dos centímetros de la punta asomaron por la nuca.

-¡Declaro terminado el hadaul! -gritó el árbitro principal-. Gersen es el ganador, y recibirá como premio ciento veinticinco acciones de la Kotzash y dos UCL.

Gersen cogió los certificados y salió cojeando de los robles. Un cirujano le acompañó hasta una campana cercana, y se ocupó de sus heridas.

¡Ciento veinticinco acciones de la Kotzash! Gersen contaba ya con 2.416 acciones, seis más que la mitad. Controlaba la Compañía Kotzash.

Gersen abandonó la campana y descubrió que se habían llevado el cuerpo de Bel Ruk. Miró las gradas. Los methlen se habían marchado, como si ya hubieran visto lo suficiente.

Gersen se dirigió hacia su nave. Subió a bordo, aseguró las puertas, elevó el aparato y voló en dirección este, rumbo a Serjeuz.

Gersen pasó la noche en la nave, flotando sobre el desierto. Aterrizó por la mañana junto a las cortinas de agua de Serjeuz. Impulsado por un capricho, se vistió con pantalones anchos de sarga negra, una camisa blanca de lino y una faja verde oscuro; la vestimenta que exhibiría cualquier joven y rico aristócrata de Avente, en Alphanor, a la hora del paseo. A través de las cortinas de agua llegó a la plaza. El jardín del Sferinde Select estaba casi desierto. Unos pocos turistas desayunaban en el Traveler's Inn.

Gersen penetró en el vestíbulo. Llamó por teléfono al Sferinde Select y pidió que le comunicaran con la señora Jerdian Chanseth. No tardó en oír su dulce voz por el altavoz.

-¿Sí? ¿Quién es?

-Kirth Gersen.

-Espera un momento, voy a cerrar la puerta... ¡Kirth Gersen! ¿Por qué lo hiciste? ¡Todo el mundo piensa que estás loco!

-Necesitaba ciento veinte acciones más de la Kotzash. Ahora controlo la compañía.

-¡Pero te arriesgaste mucho!

-No pude evitarlo. ¿Estabas preocupada por mí?

-¡Claro que sí! Tenía el corazón en un puño. No queda mirar, pero tampoco podía impedirlo. Todo el mundo dice que Bel Ruk era un famoso asesino, muy diestro en el manejo de las armas. Dicen que tú debes ser igual que él.

-No es así. ¿Puedo verte?

-No sé cómo. Nos vamos en seguida a Llalarkno, y tía Mayness no me deja sola ni un momento. Está segura de que algo raro me ha pasado... ¿Dónde estás? ¿En el Traveler's Inn?

-Sí.

-Ahora voy; quince minutos no se notarán.

-Nos encontraremos en el jardín, en el mismo lugar donde nos sentamos el otro día.

-Donde me di cuenta por primera vez de que te quería. ¿Te acuerdas?

-Me acuerdo.

-No tardaré.

Gersen salió al jardín. Jerdian apareció dos minutos después. Llevaba el mismo vestido verde oscuro que la primera vez. Gersen se levantó; ella se precipitó en sus brazos, y se besaron una, dos, tres veces.

-Esto no tiene sentido -dijo Jerdian-. Es la última vez que te veré.

-Es lo mismo que yo me digo, pero me cuesta muchísimo creerlo.

-Has de encontrar alguna forma de remediarlo. -Jerdian miró por encima de su hombro-. Caeré en desgracia si me descubren contigo.

-¿Tanto te importa eso? -preguntó Gersen, molesto por el comentario.

-Pues..., sí. En Llalarkno mantenemos siempre las apariencias.

-¿Y si fuera a Llalarkno?

-Nuestro planeta es pequeño. Todo el mundo se conoce, y debemos hacer lo que se espera de nosotros. Esta costumbre hace que la vida sea plácida..., por lo general.

Gersen la miró durante un largo minuto.

-Si pudiera ofrecerte una vida feliz y tranquila no me molestaría en escucharte, pero sólo puedo asegurarte angustias, viajes a lugares extraños y desagradables, y quizá peligrosos..., al menos en un futuro inmediato. Así que, adiós.

Los ojos de Jerdian se anegaron en lágrimas.

-No soporto esa palabra; equivale a muerte... A veces me gustaría que me llevaras a tu nave y nos perdiéramos en el espacio. No me opondría ni gritaría; ¡me sentida llena de felicidad!

-Seda maravilloso por un tiempo, pero no puedo hacerlo. Sólo te traerla desdichas.

Jerdian se puso en pie, parpadeando a causa de las lágrimas.

-Debo irme.

Gersen también se levantó, pero permaneció inmóvil. Ella vaciló, se acercó a él y le besó.

-Nunca te olvidaré.

Se volvió y abandonó el jardín.

Gersen se sentó de nuevo, en la silla. El episodio había concluido. Olvidada a Jerdian Chanseth tan rápida y completamente como le fuera posible. Ahora tenía que darse prisa. Panshaw aún no estada al comen, te de la muerte de Bel Ruk, ni de que Gersen había adquirido el control de la Kotzash. Pagó el desayuno con uno de los dos UCL ganados a Bel Ruk y regresó a su nave. Guardó una serie de herramientas en una caja y marchó a toda velocidad hacia Dindar House, bajo la Sombra de Skansel. Fue directamente a la oficina de Ottile Panshaw.

La puerta estaba cerrada, como siempre. Gersen sacó las herramientas de su bolsa, forzó la cerradura y abrió la puerta, indiferente a las alarmas que pudiera activar. Con Ottile Panshaw ausente y Bel Ruk muerto, nadie se preocuparía de la posible alarma. Entró en la sala, que seguía oliendo a cerrado y a humedad.

Escuchó pasos apresurados en el pasillo. Dos hombres se asomaron al interior. Gersen les examinó con frialdad.

-¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí?

-Soy el administrador de este edificio -respondió uno de los hombres con sequedad-. El señor Bel Ruk me pidió que tuviera cuidado con los intrusos. ¿Cómo se atreve a entrar en esta oficina?

-Soy el director de la Kotzash. Esta oficina está bajo mi jurisdicción. Tengo derecho a entrar cuando quiera, con o sin llave.

-Bel Ruk no me dijo nada de esto.

-Ni lo hará. Bel Ruk ha muerto.

El rostro del administrador se ensombreció.

-Tristes noticias.

-No para un hombre honrado. Bel Ruk era un delincuente. Merecía una muerte peor. Ahora, váyanse. Quiero examinar con tranquilidad los archivos de la Kotzash. Si desea hacer averiguaciones sobre mí, pida informes a Adario Chanseth, el presidente del Banco de Chanseth.

-Como usted diga, señor.

Los dos hombres se despidieron y, tras consultarse entre susurros en el pasillo, se marcharon.

Gersen inspeccionó los cajones de los armarios, las estanterías y, por fin, el escritorio. Encontró documentación sobre los negocios de la Kotzash, sobre la adquisición de minas y la correspondiente distribución de acciones, toda la información que le hubiera gustado poseer tiempo atrás. Ahora ya no le servía de nada. Halló copias de arriendos, licencias y derechos de explotaciones mineras cedidos a la Kotzash; papel mojado, como sospechaba. Agrupó estos documentos y los puso a un lado.

El escritorio no contenía nada más de interés.

Gersen escudriñó la oficina por última vez. Había acogido a Ottile Panshaw, a Bel Ruk y, casi con certeza, a Lens Larque. Hasta la atmósfera parecía emponzoñada.

Gersen salió de Dindar House. Fue directamente al Fantamic Flitterwing, y al cabo de escasos minutos partió hacia el espacio.

Tercera parte: *Methel*

12

De Los *pueblos de Coranne,* por Richard Pelto:

«¡Methel! El planeta encantado en el que un pueblo soberbio, hermoso, orgulloso y espléndidamente vestido vive una existencia privilegiada; caracterizada por su ostentosa intimidad y la a menudo irritante convicción de su propia superioridad.

»"Arrogancia", una palabra apta en teoría para ser aplicada a los methlen, implica demasiadas connotaciones incorrectas y desfigura el sincero encanto de este pueblo. Incluso sus servidores y funcionarios (los llamados mongrels) contemplan a los methlen con divertida y hasta comprensiva tolerancia, lo que no deja de ser a un tiempo irónico y penoso.

»Para el estudioso de la condición humana y sus infinitas permutaciones, los methlen constituyen un caso fascinante. Hasta cierto punto, su historia carece de acontecimientos relevantes. Methel fue localizado y anexionado por los aretioi, un selecto grupo de Zangelberg (Stanislas). La cofradía se distribuyó ciertas extensiones de tierra; el resto del planeta se destinó a reserva salvaje. Muchos aretioi procedentes de Zangelberg que fueron de visita se quedaron a vivir, y todos aumentaron su riqueza con el comercio de duodecimates.

»Los methlen han dedicado intensos esfuerzos a preservar su aislamiento. La única vía de acceso y partida es el espaciopuerto de Twanish. La población de Methel es poco numerosa. Veinte mil methlen habitan Llalarkno, casi tantos como los que residen en haciendas rurales esparcidas por el globo. Por su parte, Twanish acoge a cincuenta mil mongrels, nativos de otros planetas; una raza mixta, propiamente dicho, que incluye el producto de uniones methlen/no methlen, así como una numerosa colonia de darsh, empleados en tareas inferiores.

»Llalarkno es más un pueblo grande que una ciudad. Las maravillosas casas methlen son sagradas para las familias que habitan en ellas. Cada una tiene su nombre; cada una posee una reputación, una atmósfera o un talante único y bien conocido. Los methlen celebran en estas casas sus rituales y sus juegos, y montan los espectáculos que aportan variedad y color a sus vidas: torneos de diversas clases, obras de teatro, ciclos operísticos, pavanas, pantomimas... Cada estación tiene sus propios espectáculos, y hay papeles para todos.

»El drama es el motivo principal de la existencia de los methlen. Parte del juego consiste en pretender que todos los otros pueblos del Oikumene son primitivos o, como mínimo, incultos. Los methlen más sensibles reconocen la esencia del juego: una fantasía o frivolidad que les divierte. Otros se aferran al concepto de que contiene una verdad fundamental. La mayoría de los methlen son inconscientes de su parcialidad. Tienden a exagerar, a los gestos ampulosos, a las actitudes extravagantes. Cada instante se convierte en una nueva escena que les permite situarse en la posición más ventajosa. Sin embargo, y pese a ello, los methlen son un pueblo obstinado que comete pocos errores, y no permiten que una extravagancia adquiera el carácter de inconveniencia.»

Ocho fortalezas giraban en órbita alrededor de Methel a una distancia de ochocientos mil kilómetros. Obedeciendo las instrucciones especificadas en el *Diccionario del Piloto Espacial,* Gersen anunció su presencia a una de las fortalezas. Fue abordado y registrado por un teniente methlen y un par de cadetes, tras lo cual fue autorizado a entrar. Se le asignó una plataforma de aterrizaje en el espaciopuerto de Twanish y una ruta de acceso para que le guiara el piloto automático.

Las autoridades de la fortaleza partieron. El Fantamic Flitterwing picó hacia Methel, un globo solemne y espléndido que bajo los rayos de Cora parecía terciopelo moteado de azul oscuro y verde. A un lado flotaba la luna Shanitra, una masa angular de color ceniza, un objeto del que Gersen controlaba los derechos exclusivos de explotación minera, sirviera para lo que sirviese.

El control de tráfico le guió hasta Twanish, la única ciudad de Methel, y aterrizó en la plataforma que le había asignado el espaciopuerto de Twanish.

Era media tarde. La luz de Cora, clara y transparente, se filtraba por las troneras sin el impacto brutal que producía en Dar Sai. Gersen saltó al suelo de Methel, el planeta de Jerdian Chanseth.

Al oeste de Twanish se alzaban edificios de cristal y hormigón, sostenidos por una o dos columnas; el conjunto creaba una sensación de solidez etérea. Más allá se distinguía una meseta boscosa, Llalarkno. Al norte se divisaban cultivos y huertos, y al sur un vergel de praderas y árboles viejos trepaban hasta fundirse con una larga cadena de montañas viejas.

Un panorama sereno y agradable, pensó Gersen. Cruzó la pista por un sendero de cemento hasta la terminal espacial, una estructura de metal oscuro y vidrio en forma de polígono con una central de tráfico y una torre de control. Una flecha le condujo hasta un mostrador, donde un empleado uniformado introdujo sus datos personales en un ordenador, completando así la verificación iniciada en la fortaleza espacial.

Un transporte público le llevó al centro de la ciudad. Encontró en el Hotel Comercial la habitación y el baño adecuados a sus necesidades. Lo más urgente era disponer de dinero, puesto que no contaba ni con un UCL. Buscó una guía telefónica, y descubrió al corresponsal local del Banco de Cooney. Le visitó de inmediato, y sacó mil UCL de su cuenta corriente.

Compró un mapa de la ciudad en un quiosco, y luego se sentó en la terraza de un café cercano.

Se acercó una camarera y Gersen señaló la mesa vecina, ocupada por un hombre que bebía un combinado escarchado de color verde pálido. -¿Qué bebe ese caballero?

-Nuestro «Ponche Estrábico», señor; lleva jugo de frutas, licores dulces de arrak y ron de esclamoras, todo ello helado y batido. -Tráigame uno -dijo Gersen, reclinándose para observar mejor a los habitantes de Twanish.

En su mayoría eran mongrels, gente de muy diversa clase, pero que vestían ropas similares: chaquetas a rayas verticales en colores oscuros o apagados, y faldas o pantalones negros. El efecto era de formalidad y meticulosidad. También había clientes de otros mundos, viajantes de comercio, agentes y unos pocos turistas. Gersen distinguió algunos darsh, ataviados con pantalones color arcilla y camisas blancas, o conjuntos de color blanco. Los methlen no podían faltar, inconfundibles por su cabello oscuro, la tez olivácea, la ropa y una indefinible elegancia en los gestos. Una interesante mezcla de razas, pensó Gersen.

La camarera trajo un frasco frío de «Ponche Estrábico».

Gersen abrió el mapa de la ciudad y comprobó que era de dimensiones reducidas. Las calles y las plazas de Twanish estaban cuidadosamente delineadas y rotuladas, pero la zona oeste designada como Llalarkno carecía de detalles. Aparentemente, las residencias de los methlen y sus vías de acceso no debían ser expuestas a la curiosidad general. Gersen se encogió de hombros. Los caprichos de los methlen no eran asunto suyo.

El «Ponche Estrábico» fue un éxito. Hizo una señal y la camarera trajo un segundo frasco.

-Éste bastará para satisfacer sus necesidades, señor -dijo con gran seriedad-. Es una bebida fuerte, y los extranjeros no se dan cuenta de su potencia hasta que tratan de enderezarse. Se la llama a veces «Billete para la Redención», porque cuando la gente toma más de lo debido, se vuelve revoltosa y ha de ser castigada.

-Agradezco su advertencia. ¿Cómo son castigados estos revoltosos?

-Depende de la ofensa, pero se les suele encadenar de manos y pies, y se concede permiso a los niños para tirarles frutas que, muy a menudo, están podridas. -La chica hizo una mueca de desagrado-. No me gusta que se burlen de la gente en público.

-Ni a mí. ¿Quiere hacer el favor de traerme un listín telefónico?

-Desde luego, señor.

Gersen pasó las páginas y encontró fácilmente la entrada *Compañía Kotzash, Torre Skohune,* seguida del número de teléfono.

Gersen llamó a la camarera y pagó la cuenta.

-¿Dónde está la Torre Skohune?

-¿Ve aquel edificio con una puerta alta en el centro, al otro lado del parque? Ésa es la Torre Skohune.

Gersen caminó con parsimonia por el parque y se acercó a la Torre Skohune, una estructura de ocho plantas, pisos de hormigón y muros de cristal, sostenida por cuatro columnas de metal negro, un estilo muy alejado del de Dindar House, en Serjeuz. Para una empresa como la Kotzash, en bancarrota y cargada de deudas, la Torre Skohune parecía una sede demasiado cara. De algún lugar había salido el dinero. ¿Del seguro de la *Ettilia Gargantyr?* ¿De la venta de los duodecimates robados a la Kotzash?

Gersen cruzó la avenida y entró en el vestíbulo de la planta baja, un área acristalada entre las cuatro columnas. Un directorio informó a Gersen de que la Compañía Kotzash ocupaba el despacho 307 en la tercera planta. Gersen consideró las opciones que se le ofrecían. Podía entrar en las oficinas de la Kotzash y exigir el control; una acción directa que no tardaría en llegar a oídos de Lens Larque. Ignoraba si la medida le favorecería o no, pero tenía que actuar antes de que Panshaw se enterara de la muerte de Bel Ruk, lo que era cuestión de horas.

Gersen cruzó el vestíbulo en dirección a la oficina del administrador, donde encontró a un mongrel extremadamente delgado, de aspecto inteligente y ojos negros muy vivaces, vestido con los habituales pantalones negros, chaqueta a rayas negras, pardas, mostaza y marrón, y relucientes zapatos negros. Una placa metálica sobre el mostrador rezaba: *Udolf Testel. Administrador.*

Gersen se identificó como representante oficial del Banco de Cooney.

-Estamos considerando seriamente la posibilidad de establecer una sucursal en Twanish -dijo con su voz más solemne-. Una oficina aquí iría muy bien para mis intereses.

-Me encantaría complacerle -respondió Testel, que no sólo parecía inteligente sino también pomposo y fatuo-, pero estamos al completo, si bien podría ofrecerle una suite en la segunda planta o un despacho en la quinta.

Sacó unos planos e indicó los locales que había mencionado. Gersen cogió los planos, los estudió un momento, y luego examinó el plano específico del tercer piso. La Compañía Kotzash ocupaba un despacho, el 307, entre otra oficina, propiedad de Importaciones Farmacéuticas Irie (306), y las oficinas de tres piezas de la Compañía de Ingeniería Jarkow (308).

-El que más me conviene es el tercer piso -dijo Gersen-. ¿Hay algo disponible?

-Nada en absoluto.

-Una pena. Cualquiera de estas oficinas me serviría -indicó la 306 y la 307-. ¿Trabajan permanentemente? Quizá alguno de los propietarios se avendría a trasladarse a la quinta planta.

Testel mostró su aversión hacia esta propuesta más bien altanera.

-Estoy seguro de que no querrían -replicó con sequedad-. El señor Coost, de Irie, tiene costumbres muy arraigadas. El señor Panshaw trabaja en la trescientos siete para la Compañía de Ingeniería Jarkow. Estoy convencido de que ninguno querrá trasladarse.

-En ese caso miraré la oficina de la quinta planta. Si me da la llave efectuaré una rápida inspección.

-Permítame que le muestre la oficina, no me causará la menor molestia.

-Prefiero hacerlo solo, así me formaré una opinión más precisa. -Como guste -dijo Testel con voz nasal. Abrió una gaveta y sacó una llave-. Número quinientos diez, saliendo del ascensor a la derecha. Gersen subió en ascensor hasta la quinta planta. La llave, una tira de metal laminado, controlaba la cerradura mediante variadas permeabilidades de campos magnéticos. Una llave de semejantes características no podría duplicarse con facilidad, ni facilitaría la entrada a las 306, 307 o 308. Gersen, de todas maneras, había memorizado la gaveta en la que el administrador guardaba las llaves.

Gersen examinó con rapidez la 510, volvió a la oficina de Testel y le devolvió la llave.

-Le informaré de mi decisión cuanto antes.

-Nos sentiremos complacidos de servirle.

Gersen localizó en una calle trasera una cerrajería, donde compró tres llaves parecidas a las utilizadas en la Torre Skohune, y pidió que las grabaran con los números 306, 307 y 308, respectivamente. A continuación, regresó a su nave en el espaciopuerto, y allí metió en una maleta diversos tipos de dispositivos para registrar y escuchar conversaciones. Cuando planteara las nuevas circunstancias a Panshaw, las sucesivas conversaciones podrían conducirle directamente a Lens Larque o al menos, a proporcionar algunos indicios sobre su escondite.

Dejó su equipaje en el Hotel Comercial. Ya era de noche, quizá demasiado tarde para intentar adelantar sus planes. Gersen. pese a todo, se sentía inquieto y nervioso; los acontecimientos se precipitaban hacia su desenlace. Cruzó el parque hacia la Torre Skohune, sumido en sus pensamientos, para reconocer el terreno. Si Ottile Panshaw se hallaba en la oficina, ¿quién podía adivinar adónde dirigiría sus osos cuando saliera?

Gersen contó las ventanas desde el parque. La 306 aún seguía iluminada. El señor Coost, de Importaciones Farmacéuticas Irie, trabajaba hasta tarde. La 307 estaba a oscuras; Ottile Panshaw estaría disfrutando de la noche en otro lugar. La 308, las oficinas de la Jetrkow. también estaba a oscuras. Gersen cruzó la calle y escudriñó el vestíbulo. La puerta que daba a la oficina del administrador. entreabierta. permitía ver al diligente Udolf Testel de pie ante el mostrador. examinando un libro mayor con el ceño fruncido.

Gersen fue al teléfono que había en la esquina más alejada del vestíbulo. Llamó a la oficina de Testel y escuchó la seca declaración:

-Torre Skohúne. Oficina del administrador.

-¡Señor Testel -dijo Gersen con voz muy aguda-. venga cuanto antes al jardín de la azotea! ¡Se va a armar una buena. y sólo usted puede pararla! ¡Venga cuanto antes!

-¡Oiga! -gritó Testel-. ¿Qué pasa? ¿Quién llama? ¡Por favor. conteste!

Gersen cortó la comunicación. Se situó de forma que dominara el vestíbulo.

Testel salió corriendo de su oficina con expresión grave y compungida. Entró en el ascensor y se perdió de vista.

Gersen se introdujo en la oficina de Testel, pasó por detrás del mostrador y abrió la gaveta de las llaves. Sacó las marcadas con los números 306. 307 y 308. y las reemplazó por las llaves falsas. Cerní la gaveta. salió de la oficina. cruzó el vestíbulo y se alejó de la Torre Skohúne.

Satisfecho de sus andanzas nocturnas. Gersen cenó en el restaurante Medallion. que anunciaba Cocina Clásica: Aurenticos Platas *ul E-17Í1n de* los Grandes Maestros. Gersen. sólo medianamente interesado en los arcanos de la gastronomía. se puso en manos del camarero. que le tendió una carta orlada de plata y negro.

-¡Este es nuestro Gran Ágape de hoy. señor. absolutamente recomendable!

Gersen leyó:

> Entremeses Diez Mundos Caldo con nueces de áloe v llores acuáticas. al estilo de Benitres. Capella VI.
>
> Gratinado de nardo rosáceo con berros v arenqu, s. como lo sirve Sigismond en el Gran¯Hotel. Avente. Alphanor.
>
> Costiilitas de Darango Pentacornio. importado de los pantanos de Oxygen. Cuenos Notos.
>
> Albóndigas de Raíz de Belsifer con Azafrán. al estilo (le Faresscll Stanon. \tirioien.
>
> Revoltillo de Champiñones Secos Salteados. Piña Fría y Chutnev de Mango, de las huertas de la Vieja Tierra.
>
> Ensalada de Hierbas y Verduras. aderezada con aceite de olivos mediterráneos y vinagre de Alsacia.
>
> Frivolidades. Fruslerías v Futilidades. típicas de la Explanada de Avente.
>
> Café de las Tierras Altas de Sunnyrain, Krokinoid, preparado al instante en taza de porcelana y servido con un toque de ron Mascarene. al estilo de Fat Hannah, del espaciopuerto de Copus.
>
> El menú será realzado con cinco excelentes vinos. adecuados a cada plato.

El precio de treinta UCL colocaba la comida en la categoría de lujo.

-Bien. ¿porqué no?». se dijo Gersen.

-Sírvame este Gran Ágape -pidió al camarero.

-¡En seguida. señor!

Los platos estaban bien preparados. expertamente aderezados y servidos con gestos ceremoniosos. Incluso es posible que fueran auténticos. y así le pareció a Gersen. que había comido en muchas de las localidades mencionadas, y tomado a menudo una copita de ron en el Fat Hannah de Copus. Advirtió que al menos la mitad de la clientela estaba compuesta por methlen. ¿Y si Jerdian Chanseth entraba? ¿Qué pensaría'? ¿Qué haría? Gersen se preguntó qué haría él. Nada. probablemente.

Salió del restaurante y paseó por la avenida principal de Twanish. un bulevar de tres carriles conocido como la Alameda que. tras describir una curva alrededor del Parque de la Redención. se desviaba hacia Llalarkno.

Los únicos vehículos que transitaban por las calles eran taxis. El sistema de control methlen, como Gersen se enteró más tarde. era sencillo: imponían fuertes impuestos de tráfico rodado y sólo construían carreteras en las cercanías de Twanish.

Llevado por un impulso. Gersen hizo una señal a un taxi. un pequeño vehículo sobre ruedas suaves en el que el pasajero se sentaba delante v el conductor detrás.

-¿Adónde. señor?

-A Llalarkno. Una vueltecita.

-Tiene algún destino en mente. señor?

-Ninguno. Demos una vuelta y tráigame aquí de nuevo.

-Bueno... Supongo que es posible, ahora que ha oscurecido. Los methlen, cosa que usted no sabrá puesto que es forastero, son muy celosos de su intimidad. No les gusta ver autocares con turistas paseando por Llalarkno.

-Mientras no sea ilegal, me arriesgaré a dar el paseo.

-Como diga, señor.

Gersen subió al compartimento del pasajero.

-¿Desea ver algún lugar en especial, señor? -preguntó el conductor.

-¿Conoce la residencia de Adario Chanseth?

-Desde luego, señor; la mansión de los Chanseth se llama Oldenwood.

-Cuando pasemos por delante de Oldenwood indíquemelo, por favor.

-Muy bien, señor.

El taxi recorrió la Alameda, rodeó el Parque de la Redención y subió por una pendiente hacia Llalarkno. Las acacias oscurecían las luces de Twanish. Casi al instante, Gersen se sintió en un entorno completamente desconocido.

La carretera se desviaba por una meseta boscosa y serpenteaba entre las casas methlen. Gersen, quizá influido por su opinión sobre Adario Chanseth, había esperado esplendor y ostentación; para su sorpresa, se encontró con mansiones construidas con el único objetivo de hacer la vida agradable a sus moradores. Divisó terrazas llenas de flores, césped y piscinas. Farolas de colores flotaban sobre todos los jardines; una luz dorada se filtraba por los altos ventanales. La gente que vivía en estas casas, pensó Gersen, las debían querer como a cosas llenas de vida. Los niños nunca querrían marcharse, pero los primogénitos eran los herederos, y los otros, aun contra su voluntad, debían partir. Gersen, que apenas recordaba su hogar natal, experimentó algo similar a la melancolía. Podía tener una casa igual si lo deseaba, tan espaciosa y confortable como cualquiera de aquéllas. El principal obstáculo no era el dispendio, sino su estilo de vida, que reducía tales ideas a la condición de fantasías improbables. Una fantasía agradable, pese a todo, a la que su mente se aferraba. Si las circunstancias le eran propicias, ¿dónde elegiría vivir? Ni en Alphanor, ni en ningún lugar del Grupo, ni en ninguno de los planetas de Vega, donde era casi imposible edificar casas como éstas. Quizá en la Vieja Tierra, o incluso aquí, en Methel. ¿Con Jerdian Chanseth? La idea fue arraigando a medida que le daba vueltas. Imposible, sin embargo.

-¿Dónde está Oldenwood? -preguntó al conductor.

-Ya estamos cerca. Allí se ve Parnasio, la casa de los Zames. Allí, Andelmore, de los Floristys. Y allí está Oldenwood.

-Pare un momento.

Gersen bajó del taxi y se quedó de pie en la carretera. Contempló con creciente melancolía la casa en la que Jerdian había pasado toda su vida. Las ventanas estaban a oscuras, a excepción de unas cuantas células fotoeléctricas luminosas. Los Chanseth aún no habían vuelto a casa.

-¿Ve aquella casa? -dijo el conductor-. Es Moss Alrune, una hermosa casa. Pertenece a una anciana dama, la última de los Azels. Vende la casa por un millón de UCL, ni un céntimo menos. ¿Ha oído hablar de Lens Larque, el gran corsario?

-Naturalmente.

-Un día vino por casualidad a Llalarkno, como usted ahora, y vio la casa. Decidió comprarla. Después de todo, ¿qué es un millón de UCL para Lens Larque? Se metió en el

jardín, curioseó por todas partes, olió las flores, probó las moras. Resulta que Adario Chanseth estaba en el jardín de su propiedad, y espió al extraño. Le gritó: «¡Oiga, usted! ¿Qué hace en ese jardín?». «Estoy examinando esta propiedad, por si le importa -respondió Lens Larque-. He decidido comprarla.» Adario Chanseth rugió: «¡Maldita sea! ¡Jamás toleraré que tu enorme rostro darsh se asome por el seto de mi jardín, para no mencionar los hedores y los miasmas! ¡Sal de Llalarkno y no vuelvas!». Lens Larque gritó a su vez: «¡Maldito seas tú! ¡Compraré lo que quiera y meteré mi cara donde quiera!». Chanseth entró como una exhalación en su casa y llamó a los guardias de seguridad que, por supuesto, echaron a patadas a Lens Larque de la propiedad; y allí sigue, vacía como siempre, sin que nadie quiera pagar el millón de UCL.

-¿Y qué pasó con Lens Larque?

-¿Quién sabe? Dicen que se fue loco de furor, y que azotó a doce muchachos para mitigar sus sufrimientos.

-¿Y sigue en Methel?

-¿Quién sabe? Nadie descubrió que era Lens Larque mientras curioseaba por Moss Alrune; sólo se mencionó su nombre más tarde.

Los árboles impedían a Gersen hacerse una idea general de Moss Alrune. La luna Shanitra[28] se reflejaba en un lago que había unos metros más allá.

Gersen trepó al taxi, que siguió su paseo por Llalarkno, a través de sotos y cañadas, de charcos de luz lunar, dejando atrás las grandes y antiguas casas a las que Gersen ya no prestaba atención. El taxi bajó por la pendiente y entró en la Alameda. La voz del conductor interrumpió las reflexiones de Gersen.

-¿Adónde quiere ir, señor?

Gersen sopesó las posibilidades. El tiempo volaba, pero se sentía cansado y de mal humor. Mañana por la mañana todo sería diferente.

-Lléveme al Hotel Comercial.

13

De Los *pueblos de Coranne,* por Richard Pelto:

«Los mongrels de Twanish, como reacción a la exclusividad de la aristocracia methlen, han desarrollado una contrasociedad disciplinada, educada y circunspecta. Quizá sería interesante indicar que «mongrel» no es un término methlen. Los methlen sólo distinguen tres clases de razas: los methlen, los que no son darsh y los darsh. El término «mongrel» fue introducido por el *Periódico de Twanish* para referirse jocosamente a los orígenes de los ciudadanos de Twanish; el término se puso de moda como una alusión irónica a las pretensiones de los methlen que, por supuesto, hicieron caso omiso.

»Los mongrels prefieren ignorar su dependencia económica de los methlen. Les gusta pensar en sí mismos como enérgicos y esforzados empresarios, con una clientela multirracial. Su sociedad es esencialmente de clase media, controlada por una etiqueta fastidiosa y estricta.

[28] La luna recibe el nombre de un grotesco payaso perteneciente a la opéra *bouffe* methlen.

»Aun así, las fantasías mongrel no tienen nada que envidiar a las methlen, pese a su origen defensivo. A los mongrels les gusta pensar que los methlen son frívolos, vanidosos, autoindulgentes y pretenciosos, en contraste con su dignidad, sentido común y estabilidad. Los espectáculos methlen son considerados extravagantes, ostentosos y tan ridículos como un grupo de pavos reales presumidos. Sin embargo, las actividades de los methlen son el centro de interminables chismorreos entre los mongrels; a cualquier methlen de Llalarkno se le llamará por el nombre cuando él o ella baje a Twanish.

»Los dos pueblos y sus culturas dispares conviven en completa armonía. Los mongrels aparentan desdén hacia la fragilidad de los methlen; los methlen no prestan la menor atención a los mongrels.»

Gersen se levantó temprano y se fue con sus pertrechos a la Torre Skohune. El vestíbulo estaba vacía y silencioso; la puerta de la oficina de Udolf Testel permanecía cerrada.

Gersen subió en ascensor hasta la tercera planta. Pasó ante la 307 sin detenerse; la inclinación de Ottile Panshaw por trampas y alarmas le aconsejaba actuar con prudencia. Se detuvo ante la 308 y, después de mirar a ambos lados del pasillo, insertó la llave. La puerta se abrió y Gersen penetró en las oficinas de la Compañía de Ingeniería Jarkow. Vio una amplia sala de recepción, el despacho acristalado del secretario a la izquierda y, a la derecha, un pasillo que conducía a una sala de dibujo y a un par de despachos privados.

Todas las salas estaban vacías. Gersen cerró la puerta a su espalda. La sala de recepción contenía un sofá, dos sillas, una mesa y unos estantes con modelos a escala de aparatos mineros para el espacio: vagonetas, excavadoras, moledoras, centrífugas, tanques alimentadores y sistemas conductores. El cubículo del secretario daba a la oficina de Ottile Panshaw. Gersen sacó de su maleta un taladro, y practicó en la pared un agujero pequeño pero profundo. Introdujo en el agujero una sonda, de modo que el extremo entrara en contacto con la superficie externa de la pared de Ottile Panshaw. Colocó una grabadora bajo el escritorio del secretario, a la que conectó la sonda mediante un hilo conductor. Desmontó la placa posterior del teléfono del secretario, extrajo los cables de la caja negra que revestía la grabadora, y los empalmó con las terminales interiores del teléfono.

Trabajó con rapidez y eficiencia, a pesar de que aún era temprano, pero en el momento en que reponía la placa posterior del teléfono se abrió la puerta y una joven vestida de secretaria (falda negra y una recatada camisa de volantes, estampada en púrpura, rojo y blanco) entró en la sala de recepción. La secretaria, en cambio, no parecía tan recatada; de hecho, era descarada, vivaz y bonita. Rizos rubios sobresalían de su gorra blanca. Al ver a Gersen se detuvo en seco.

-¿Y quién se supone que es usted?

-Un técnico de comunicaciones, señorita -respondió Gersen-. Se detectaron pulsaciones irregulares en su línea. Ya la he arreglado.

-Vaya. -La chica cruzó la sala de recepción y tiró el bolso sobre una silla-. Ya había notado algo raro, sobre todo cuando llamaba a Shanitra.

-Todo irá bien desde ahora. Hay una pieza muy pequeña que suele desgastarse; reemplazarla cuesta apenas cinco minutos, y el trabajo está terminado antes de que lleguen ustedes, pero hoy me he retrasado un poco.

-Fantástico. Bueno, yo también he llegado más temprano, tenía que escribir unas cartas personales. ¿Trabaja toda la noche?

-Sólo cuando me toca. Trabajo a horas. De hecho, sólo he estado en Methel un mes.

-¿Ah, sí? ¿De qué planeta es?

-De Alphanor, en el Grupo.

-¡Me gustaría tanto visitar el Grupo! ¡Tendré suerte si llego hasta Dar Sai, maldita sea!

La chica era muy desenvuelta, pensó Gersen, con sentido del humor y bastante atractiva.

-Yo pensaba que trabajar en una empresa minera espacial facilitaba el viajar por todas partes.

-Sólo soy la recepcionista -rió la chica-. El señor Jarkow sólo me envía al almacén para recoger material. Supongo que podría viajar con él en determinadas circunstancias, ya me entiende, pero no soy de esa clase.

-Bueno, he de irme -dijo Gersen, recogiendo la maleta-. Como ya le he dicho, soy forastero y no conozco a nadie en la ciudad. ¿Me consideraría atrevido si le pidiera que nos viéramos esta noche? Quizá podríamos ir a cenar a algún sitio agradable.

La chica echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada estridente.

-Vaya si es atrevido. Los mongrels somos muy serios, y no sé muy bien lo que está tramando.

-Nada que usted no pueda controlar -replicó Gersen con lo que él supuso una sonrisa ingeniosa, pero que recordaba más a una mueca lasciva.

-¿Está casado? -preguntó la chica.

-No.

-Yo tampoco, mal que me pese. -Miró a Gersen de soslayo-. Bien..., ¿por qué no?

-Eso, ¿por qué no? ¿Dónde y cuándo nos encontramos?

-Oh... Digamos en El Granero Negro, un sitio muy alegre para bailar. ¿Es un buen bailarín?

-Bien..., no, no mucho.

-¡Yo me ocuparé de remediarlo! Cuando las campanas indiquen que empieza la noche le esperaré en la puerta roja.

-De acuerdo, pero no sé ir al Granero Negro.

-¡Claro, me había olvidado de que es forastero! Todo el mundo conoce El Granero Negro.

-No me costará encontrarlo. ¿Cómo se llama?

-Lully Inkelstaff. ¿Y usted?

-Kirth Gersen.

-¡Qué nombre tan raro! Suena casi medieval. ¿Aprendió su oficio en Alphanor?

-En parte, y también en mis viajes por el espacio. -Gersen cogió la maleta-. He de irme, se supone que no empleamos las horas de trabajo en arreglar citas. No me gustaría molestar al señor Jarkow.

-Ya es tarde -dijo Lully Inkelstaff-, oigo sus pasos en el pasillo. No se preocupe, es muy cordial. Apenas le presta atención a nada..., excepto a mí, claro.

La puerta de las oficinas se deslizó a un lado, y dos hombres entraron; enjuto y lúgubre el primero, flaco y con un melancólico rostro afilado; alto, robusto y de facciones marcadas el segundo, de tez pálida y adornado con numerosos anillos. Llevaba un traje mongrel suelto y anchos pantalones negros y chaqueta a rayas negras, verdes y naranjas, lo que acentuaba su palidez. El hombre delgado fue directamente a la sala de dibujo; Jarkow examinó a Gersen de arriba abajo con frialdad. Se volvió hacia Lully, quien dijo con voz alegre:

-Buenos días, señor Jarkow. Permítame que le presente a mi prometido, Dorth Koosin.

Jarkow saludó a Gersen con un movimiento de cabeza poco amistoso; Gersen, por su parte, se inclinó educadamente, y luego Jarkow se metió en su despacho. Lully se llevó la mano a la boca para reprimir una risita.

-Se me ocurrió en el mismo momento. A veces, el señor Jarkow se toma ciertas familiaridades, y quise desengañarle sin hacer un drama. Hay momentos en que es muy insistente. Espero que no le importe.

-En absoluto, me alegro de haber podido colaborar. Nos veremos esta noche, tengo prisa.

-Hasta luego.

Gersen salió de la oficina y fue al despacho 307, la sede de la Compañía Kotzash. Empujó la puerta y la encontró cerrada. Golpeó con los nudillos, pero nadie respondió.

Gersen reflexionó unos segundos y bajó a la recepción. Consultó el directorio y descubrió a un tal Evrem Dai, consejero legal, que ocupaba la suite 422.

Gersen subió en ascensor hasta la cuarta planta y se encaminó a la suite 422. Un conserje le acompañó a un despacho interior, donde se encontraba Evrem Dai, sentado ante su escritorio.

Gersen le hizo un resumen de sus proyectos. Evrem Dai, tal como Gersen había pensado, quería varios días para llevar a cabo sus demandas, pero Gersen insistió en la urgencia del caso y Evrem Dai, tras vacilar un instante, preparó un documento. Después utilizó el comunicador para hablar con varios empleados y con un solemne caballero sentado tras un enorme escritorio de azabache y oro. Evrem Dai le mostró las acciones Kotzash de Gersen y el documento que había redactado. El hombre asintió con un movimiento de cabeza; Evrem Dai introdujo el documento en el comunicador, donde recibió la firma transmitida.

Gersen pagó unos honorarios considerables y abandonó las oficinas de Evrem Dai. Bajó a la tercera planta, justo a tiempo para ver a Ottile Panshaw entrar en el despacho 307. Gersen corrió, llegó a la puerta antes de que se cerrara y entró. Panshaw se volvió con una expresión de mansa curiosidad.

-¿Señor?

-¿Es usted Ottile Panshaw?

Panshaw escrutó a Gersen con la cabeza ladeada.

-¿Le conozco? Tengo la impresión de que nos hemos visto en alguna parte.

-¿Estuvo hace poco en Dar Sai? Quizá nos vimos allí.

-Quizá. ¿Cómo se llama y qué desea?

-Soy especulador. Me llamo Jard Glay, y soy el accionista mayoritario de la Compañía Kotzash.

-Vaya.

Panshaw caminó con aire pensativo hacia su escritorio.

-Un momento, señor Panshaw. Ahora soy su nuevo patrón. ¿Está usted empleado en la Compañía Kotzash?

-Sí, así es.

-Entonces prefiero que se siente en esa silla mientras hablamos. Panshaw sonrió con ironía.

-Aún no me ha demostrado que usted es realmente el accionista mayoritario.

Gersen sacó el documento preparado por Evrem Dai.

-Aquí traigo la acreditación oficial, junto con la orden judicial para que me entregue de inmediato toda clase de documentos, expedientes y correspondencia relacionados con los negocios de la Kotzash, así como todos los bienes, incluyendo dinero, paquetes de acciones, intereses, contratos, propiedades reales, propiedades accesorias... En suma, todo.

-Esta situación es muy confusa -respondió Panshaw con una sonrisa trémula-. Naturalmente, no abrigo la menor duda de que se haya hecho con el control de la Kotzash. ¿Puedo saber sus motivos?

-¿Por qué se molesta en preguntarlo? No creería nada de lo que le dijera.

-No soy tan escéptico como supone -replicó Panshaw con un encogimiento de hombros.

-No importa. ¿Cuál es su cargo oficial en la Kotzash?

-Director gerente.

-¿Quién es el principal accionista, sin contarme a mí?

-Poseo una considerable cantidad de acciones -dijo con cautela Panshaw.

-¿Y cuáles son los principales negocios de la Kotzash en este momento?

-La búsqueda de duodecimates.

-Sea tan amable de explicarse. Panshaw hizo un gesto delicado.

-No hay gran cosa que decir. La Kotzash controla varias concesiones que estamos intentando explotar.

-¿Cómo y dónde, específicamente?

-Nos estamos concentrando en Shanitra.

-¿Quién ha tomado tales decisiones?

-Yo, por supuesto. ¿Quién, si no?

-¿De dónde sale el dinero?

-Las filiales proporcionan buenos beneficios -observó Panshaw con el mismo gesto de antes.

-Que no han sido distribuidos entre los accionistas.

-Necesitamos desesperadamente capital activo. El director gerente debe repartir los fondos pensando en el mayor beneficio de la empresa.

-Pienso seguir paso a paso todos los movimientos de la Kotzash. Por ahora, quiero que se suspendan todas las actividades.

-Parece que se encuentra en una posición de autoridad -dijo suavemente Panshaw-. Sólo es necesario que dicte las órdenes pertinentes.

-Exacto. ¿Tiene la intención de continuar en el cargo?

Una expresión de perplejidad cruzó el rostro de Panshaw.

-Usted no para de sorprenderme; necesito tiempo para evaluar la situación.

-En suma, ¿se niega a cooperar conmigo?

-Por favor -murmuró Panshaw-, no tergiverse mis palabras. Gersen examinó el escritorio. En un ángulo reposaba la pantalla comunicadora con el teclado, y detrás un pequeño fichero. La

mayor parte de las ramificaciones de la Kotzash, si no todas, estarían archivadas tras la frágil frente de Ottile Panshaw.

Panshaw se sentó con semblante melancólico. Gersen le observó de soslayo, algo irritado; en cierta manera se había precipitado. Para dar a Panshaw la oportunidad de comunicarse con alguien, presumiblemente con Lens Larque, tenía que dejarle solo en la oficina, aun arriesgándose a que destruyera o alterara los archivos de la Kotzash.

Una vez madurada esta idea, se dirigió a Panshaw con un tono de voz comprensivo:

-Estos cambios deben haber supuesto una desagradable sorpresa para usted. Le concederé unos minutos para que reflexione sobre su decisión.

-Su amabilidad me conmueve -repuso Panshaw, sin dejar traslucir más que un imperceptible tono irónico en sus palabras.

-Voy a pasear un rato por el pasillo. Siéntese en su escritorio, si quiere, pero no manipule los archivos.

-¿Me toma por un delincuente? -se indignó Panshaw.

Gersen abandonó la oficina, pero sin cerrar la puerta. Fue hacia el ascensor, volvió sobre sus pasos y, al pasar por delante de la puerta, tal como había supuesto, vio a Panshaw hablando por el comunicador. Sin duda, la pantalla estaría en blanco. Gersen caminó hasta el extremo del pasillo y regresó. Panshaw continuaba ocupado con el comunicador, y fruncía el ceño con nervioso desagrado.

Gersen recorrió una vez más el pasillo y, al pasar por la puerta de nuevo, Panshaw estaba sentado en su silla, pensativo.

Gersen entró en la oficina.

-¿Ha tomado ya una decisión?

-Sí, desde luego. Mi consejero legal me ha dicho que sólo tengo dos alternativas honorables: salir de esta oficina al instante, o continuar al servicio de la compañía en un cargo bien remunerado. Creo que me degradaría ante mis propios ojos si renunciara por despecho.

-Muy sensato, por supuesto. ¿He de entender que piensa cooperar conmigo?

-Exacto, siempre que lleguemos a un acuerdo económico.

-Antes de hacerle una oferta debo saber más cosas de la compañía, sus recursos, compromisos y bienes.

-Lo comprendo. Para empezar le diré algo: sus intuiciones son muy agudas. Lamento mi comportamiento insensato y vacilante. Hace tiempo me habría asegurado el control de la empresa, pero me resistí a hacerlo, y ahora debo aceptar el castigo con la mayor humildad posible. Gersen escuchó estas hipócritas afirmaciones que indicaban que su interlocutor sospechaba la existencia de un micrófono oculto.

-Si las circunstancias lo aconsejan. le mantendré a mi servicio con un sueldo adecuado. De momento, haga el favor de redactar una lista completa de los bienes de la Kotzash.

-Esa lista no existe. -Panshaw se lamió los labios-. No tenemos más que unos pocos miles de UCL en el banco...

-¿Qué banco?

-El de Sweecham, al otro lado de la calle.

-¿Y las compañías filiales de la Kotzash?

-Hemos establecido algunos acuerdos... -vaciló Panshaw.

-Basta de tonterías -le interrumpió Gersen-. Es usted incapaz de decir la verdad, excepto, me temo, si se le obliga por la fuerza. He llevado a cabo ciertas investigaciones. Sé lo de Transportes Hector. por ejemplo, y sé lo de la Ettilia Gargantyr. ¿Dónde está el dinero?

-La mayor parte sirvió para pagar a Jarkow -respondió Panshaw sin mostrar disgusto o turbación.

-¿Pagarle qué?

-Exploraciones en Shanitra. Estamos realizando un gran esfuerzo.

-¿Porqué?

-Según los informes, Shanitra contiene un prodigioso filón de duodecimates. Hemos intentado localizarlo.

-Shanitra no contiene duodecimates. Los methlen se habrían adelantado hace mucho tiempo.

-Se descubren nuevos filones de duodecimates constantemente -replicó Panshaw con un educado encogimiento de hombros.

-Pero no en Shanitra. Kotzash se halla ahora bajo mi control, y no quiero que se malgaste su dinero. Detenga las exploraciones en seguida.

-Es más fácil decirlo que hacerlo. Ya se ha invertido dinero en algunas fases...

-Conseguiremos que nos lo reembolsen. ¿Se hizo un contrato?

-No, confié en él sin más ambages.

-Quizá sea razonable ahora. Ordene la paralización inmediata. Panshaw volvió a encogerse de hombros, se levantó y salió de la oficina. Gersen conectó el comunicados y llamó a la oficina de Jarkow. La decorativa imagen de Lully Inkelstaff apareció en la pantalla. Gersen había bloqueado el ojo del comunicados, y la joven no podía ver quién llamaba.

-Ingeniería Jarkow. ¿Quién llama, por favor?

Gersen guardó silencio. Al cabo de un momento Lully cortó la comunicación. Sin embargo, Gersen seguía controlando la línea de entrada a las oficinas de Jarkow. Tecleó un código junto al micrófono para activar la grabadora y reproducir la cinta.

Primero un sonido crepitante, los pasos de Ottile Panshaw al entrar en la oficina; un momento después, la aparición de Gersen y la conversación inicial con Panshaw. Luego, el sonido de su salida y, casi de inmediato, la voz de Panshaw en el comunicados.

«Noticias de última hora. Bel Ruk falló. Acabo de recibir la visita del nuevo jefe. Trae un mandamiento legal.»

Respondió una voz áspera que hizo vibrar los nervios de Gersen. «¿Quién es?»

«Se hace llamar Jard Glay. Le he visto en Dar Sai, pero no puedo recordar en qué circunstancias. Es un tipo extraño, no puedo sacarle nada en claro.»

Un breve silencio. y luego la voz ominosa de nuevo:

«Trátele con suavidad. Vigílele. Dentro de uno o dos días caerá en mis manos; entonces sabremos quién es.»

«Sería mejor actuar cuanto antes -dijo Panshaw con cautela-. Podría causarnos problemas si se enterara de lo de Minerías Didroxus, o lo de Transportes Hector, o lo de Theremus. Nos podría bloquear financieramente.».

«¿Cómo llegaría a averiguarlo?»

«Transportes Hector está registrada en Aloysius, y las cuentas están en Sweecham.»

«Realice unas cuantas transferencias con fecha de ayer. Kosema lo resolverá sin ninguna dificultad.»

«No me costará nada, aunque este individuo no me gusta. Ahora mismo me está observando desde el pasillo.»

«Déjele que mire. En cuanto yo salga a la luz me encargaré de él, pero primero he de salir a la luz.»

«Muy bien.»

La voz de Panshaw traslucía escasa convicción.

«Entretanto. coopere con él..., hasta cierto punto. Descubra lo que busca; quizá averigüemos algo que nos beneficie. Dentro de cuatro o cinco días terminaremos con él.»

«Como usted mande.».

Gersen tecleó un código en su aparato de escucha, cortó la comunicación y fue hacia la puerta. Panshaw ya debería haber vuelto del despacho 308. Gersen volvió al comunicados y llamó a la oficina de Jarkow. Esta vez permitió que Lully le viera la cara.

-Soy tu novio; ¿te acuerdas de mí?

-Oh, sí, pero...

-Dime, ¿está Ottile Panshaw en tu oficina?

-Acaba de marcharse.

-Gracias. Esta noche en El Granero Negro, no te olvides.

-Por supuesto que no.

Gersen salió de la oficina, bajó a la planta baja y se asomó a la calle. Divisó un letrero a unos treinta metros al norte que rezaba:

BANCO DE SWEECHAM Servicios Comerciales - Transferencias Interplanetarias

Gersen corrió hacia el banco y cruzó las puertas de cristal. Un conserje le abordó.

-¿Puedo ayudarle, señor?

-¿Quién es el señor Kosema?

-Allí está su oficina. En este momento se encuentra ocupado.

-Es un asunto de mi incumbencia. Voy a entrar.

Gersen cruzó el vestíbulo e irrumpió en la oficina de Kosema. Un hombre sonrosado y regordete estaba sentado ante un escritorio. Ottile Panshaw ocupaba la silla opuesta. Kosema, que leía unos papeles con expresión preocupada, levantó los ojos, sobresaltado. Ottile Panshaw sonrió tristemente.

Gersen le arrebató el papel a Kosema. Vio que era una orden de transferencia por un total de 4.501.100 UCL de las cuentas denominadas Kotzash 2: Theremus; Kotzash 4: Transportes Hector; Kotzash 5: Minerías Didroxus; y Kotzash 9: Intereses Wundergast. El beneficiario de la orden, con fecha del día anterior, era la Compañía de Inversiones Basramp.

-¿Es usted el cómplice de Ottile Panshaw en esta gran estafa? -preguntó Gersen a Kosema.

-Por supuesto que no -estalló Kosema-. Iba a informar al señor Panshaw de que no podía ayudarle. ¿Cómo se atreve a sugerir algo semejante?

-Podría sugerirlo a las autoridades; podría enseñarles esa orden, que lleva el membrete del Sweecham.

-¡Absurdo! -La voz de Kosema se quebró y tembló-. Carece de motivos para sospechar tamaña infidelidad.

-Mire estos documentos -sonrió con ironía Gersen-. Soy el director gerente de la Kotzash.

-Sí, eso parece. Bien, tal vez el señor Panshaw se ha olvidado de informarme...

Ottile Panshaw se puso en pie.

-Tengo prisa.

-Pues se va a esperar -dijo Gersen-. Siéntese, por favor. Panshaw vaciló, y después se sentó de nuevo.

-Señor Kosema, le notifico que el señor Panshaw ya no tiene ninguna autoridad sobre los fondos de la Kotzash. A partir de este momento denunciaré cualquier talón que se pague sin llevar mi firma.

-Lo comprendo perfectamente -asintió Kosema-. Le aseguro...

-Sí, ya lo sé, inquebrantable fidelidad. Vamos, Panshaw.

Ottile Panshaw siguió a Gersen hasta la calle.

-Un momento, sentémonos en aquel banco -pidió Panshaw. Cruzaron la Alameda hasta el parque, y se sentaron en un banco. -Es usted un hombre sorprendente -empezó Panshaw-. Me temo que pagará cara su audacia.

-¿Puedo saber cómo?

-No mencionaré nombres, pero le diré lo que me dispongo a hacer. Dentro de dos horas una nave Flecha Negra parte en dirección a Saudal Suud. Tengo la intención de ir a bordo. Siga mi consejo y tome ese transporte. Cuando una persona, cuyo nombre no puedo revelar, descubra que usted le ha robado casi cinco millones de UCL que considera de su propiedad, le tratará de una forma que me aterra pensar.

-Me sorprende su advertencia.

-Soy un ladrón -sonrió Panshaw-, un estafador, un chantajista, un completo desalmado, pero cuando mis intereses no están en juego me comporto con honradez. Incluso con generosidad. Huyo por temor a que ese hombre me considere culpable de lo que usted ha hecho. Nunca volverá a verme, a menos que se embarque en la Anvana Syntro. En caso contrario, le conducirán a un lugar secreto, donde será desollado lenta y minuciosamente.

-Dígame dónde puedo encontrar a ese hombre, y terminaré con él.

-No me atrevo -confesó Panshaw, poniéndose en pie-. Nunca olvida una afrenta, como pronto descubrirá. No coja taxis, cambie de hotel cada noche. No vuelva a las oficinas de Kotzash, allí no hay nada que le interese. Eligió esa oficina porque estaba junto a la de Jarkow.

-¿Le ordenó a Jarkow que suspendiera las operaciones?

-Jarkow hace caso omiso de mis palabras. Dígame, ¿dónde nos encontramos antes?

-En Rath Eileann, en el Estremont y en el Domus. ¿Se acuerda del presidente Dalt?

Ottile Panshaw levantó los ojos al cielo.

-Adiós.

Se alejó rápidamente por el parque.

14

De Vida, volumen 111, de Unspiek, barón Bodissey:

«Constantemente me sorprenden, y muy a menudo me divierten, las diversas actitudes manifestadas por los pueblos del Oikumene ante la riqueza.

»Algunas sociedades identifican opulencia con la habilidad para abrirse paso en el mundo del crimen; para otras, la riqueza representa la gratitud de la sociedad por haber prestado servicios valiosos.

»Mis propias ideas a este respecto son sencillas y claras, y estoy seguro de que la palabra "simplista" será utilizada por los críticos. Estas personas son inexpertas y pomposas; sus exabruptos y diatribas me tranquilizan.

»Para el presente propósito descarto la riqueza conseguida mediante el crimen, que no requiere explicaciones detalladas, y la riqueza del jugador, que es efímera.

»Respecto a la riqueza, por lo tanto:

»l. El lujo y los privilegios son las gratificaciones que proporciona la riqueza. Esta observación parece, en principio, notablemente superficial, pero es más profunda de lo que se podría pensar. Si uno escucha atentamente, percibe a lo lejos la penosa campana de lo inevitable.

»2. Para conseguir la riqueza es necesario aprovechar como mínimo tres de estos cinco atributos:

a) Suerte.

b) Afán, persistencia, coraje.

c) Abnegación.

d) Inteligencia limitada; astucia, capacidad de improvisación.

e) Gran inteligencia: capacidad de planificación, percepción anticipada de los cambios.

»Estos atributos son comunes; aquel que desee lujo y privilegios ha de alcanzar la riqueza preliminar mediante el uso adecuado de su competencia innata.

»En algunas sociedades se considera la pobreza una desgracia patética o una noble abnegación, apresuradamente remediada con los fondos públicos. Otras sociedades más firmes piensan que la pobreza es la medida del hombre que la padece.»

Los críticos responden:

«¡Qué rematado imbécil es ese tal Unspiek! ¡No me deja otra alternativa que arañar y dibujar furiosos garabatos en el papel con mi pluma!»

Liolen Wistofer, en *The Monstrator*

«Soy pobre, lo admito. ¿Soy por ello un palurdo o un idiota? ¡Lo niego con toda la vehemencia de mi alma! Como mi trozo de pastel de semillas y bebo mi té con el mismo deleite que un plutócrata panzudo de ojos saltones y barbilla manchada de grasa engulle verduras al coñac, ostras de Krokinole o Darango Penticornio! ¡Mis libros constituyen mi riqueza! ¡Mis sueños son mis privilegios!»

Sistie Fael, en *The Outlook*

«La cólera que me provoca hace castañetear mis dientes; ha derramado sobre mi cabeza un alud de estupideces e insultos que claman al cielo. Aplastaré mi puño contra su locuaz boca, o mejor, le azotaré en la escalera de su club. Si no tiene club, le invito desde aquí a los amplios y cómodos escalones de los Cagatintas Mayores, aunque debo advertir que los inksters gozan de un bar superior, el cual elegiré, después de vapulear al viejo idiota, para que me invite a una copa.»

McFarquhar Kenshaw, en *The* Gaean

Se oyó un crujido detrás de Gersen, en los arbustos. Se dejó caer al suelo hecho un ovillo y extrajo una pequeña pistola, cuya punta sobresalía entre los dedos índice y pulgar.

Un jardinero con mono blanco le miró, estupefacto.

-Lo siento, no quería asustarle, señor.

-No se preocupe -dijo Gersen-, soy muy nervioso.

-Ya me he dado cuenta.

Gersen se trasladó a otro banco, desde el que podía ver en todas direcciones. Siempre se había sentido un hombre diferente, con un destino concreto; a pesar de que había experimentado a menudo el horror, la cólera y el dolor, pocas veces el miedo se infiltraba en su interior.

Gersen se examinó objetivamente. El miedo se había apoderado de Tintle, de Daswell Tippin, de Ottile Panshaw, y ahora de él. Bien, ¿y por qué no tener miedo? La idea de ser azotado por el Panak manejado por Lens Larque era lo bastante horrible como para atemorizar a un muerto.

Gersen estaba sentado inmóvil, desalentado y abatido. No ignoraba los orígenes de su estado de ánimo; se había enamorado de Jerdian Chanseth y envidiaba las hermosas mansiones de los methlen. Ambas emociones se habían roto contra sus firmes y obsesivos propósitos, como las olas rompen contra unas rocas. Y ahora que Panshaw se había ido, su único vínculo con Leos Larque se reducía a uno o dos eslabones sueltos. Uno de estos eslabones era Jarkow. Claro que también podía dejarse capturar y ser conducido ante Lens Larque, idea que le estremecía de pies a cabeza.

Gersen repasó los acontecimientos que le habían conducido a Twanish. Iban desde Rath Eileann y La Sombra de Tintle hasta Serjeuz, Dinkelstown y, finalmente, Methel. Se había empleado a fondo, pero ¿cuál era el resultado? Nada importante. ¿Qué había averiguado? Sólo que Lens Larque, por motivos desconocidos, había contratado a Ingeniería Jarkow para llevar a cabo una inexplicable investigación en la luna Shanitra.

¿Cuál era el siguiente paso?, se preguntó sombríamente. Aún no había inspeccionado la oficina de Panshaw, lo que no dejaría de ser una pérdida de tiempo; Panshaw se lo había dicho a las claras. Gersen regresó sin el menor entusiasmo a la Torre Skohune y al despacho 307. Abrió la puerta y escrutó la estancia, que ya parecía abandonada y en desuso. El método más sencillo para capturar a un hombre era el gas narcótico. Gersen olió el aire, pero no detectó nada anormal. Examinó la

puerta en busca de sensores, buscó en la alfombra algún bulto que indicara la presencia de una mina. Incluso la alfombra podía contener fibras explosivas que, al pisarlas, le redujeran a cenizas.

Entró en la habitación con grandes precauciones, evitó la alfombra y llegó hasta el escritorio. Inspeccionó los archivos de Panshaw y encontró varios arriendos, certificados de autorizaciones, permisos y transferencias de propiedades que habían constado en un principio como simples bienes de la Compañía Kotzash. La mayoría llevaba escrita una lacónica anotación en tinta roja: «Sin valor». El arriendo de Shanitra concedía a la Compañía Kotzash los derechos exclusivos para «explorar, analizar, desarrollar y explotar toda clase de sustancias valiosas presentes tanto en la superficie como en el subsuelo», y prohibía a «cualquier otra persona, compañía o entidad, incluyendo aparatos mecánicos tripulados o no» penetrar en Shanitra durante el período de arriendo, fijado en veintiséis años.

Interesante, se dijo Gersen, pero no muy revelador. La pregunta fundamental seguía sin contestación: ¿Por qué Lens Larque había invertido tanto tiempo y dinero en Shanitra?

Gersen no encontró nada más que le llamara la atención. Los detalles de los pagos a favor de Jarkow o de otras empresas de ingeniería no constaban; probablemente estarían introducidos en el ordenador de un banco.

Gersen llamó al Banco de Sweecham y, tras una serie de formalidades que cumplimentó con gran paciencia, se le notificó el código que controlaba los datos financieros de la Kotzash.

Estudió durante media hora la información obtenida, sin averiguar

nada nuevo, aunque la magnitud de los pagos efectuados a Jarkow le sorprendió. Kotzash había pagado mensualmente a Jarkow, a lo largo de un año, sumas que oscilaban entre 80.500 y 145.720 UCL. Después descendieron a 42.000 UCL. En cualquier caso, la investigación parecía condenada al fracaso.

Impulsado por una idea repentina, Gersen hojeó la guía de la ciudad. Ingeniería Jarkow debía contar necesariamente con un depósito de material, oficinas de administración, flotas de transporte, e incluso un almacén.

Debajo de «Jarkow» halló cuatro entradas: los domicilios de «Lemuel Jarkow», de «Swiat Jarkow», de «Ingeniería Jarkow» en la Torre Skohune y del «Astillero de la Corporación Jarkow», en la calle Gladhorn.

Gersen apartó la guía, se reclinó en la silla y trató de preparar un plan de acción. Ottile Panshaw le había servido de indicador, certificando la presencia de Lens Larque, al igual que una boya indica el emplazamiento de un arrecife. Una vez desaparecido Panshaw, el propio Gersen se había convertido en la clave para localizar a Lens Larque, como un cordero atado a una estaca es el cebo para atraer a un tigre. Gersen se estremeció. Sería mejor que encontrara a Lens Larque antes que éste le encontrara a él.

La única vía de investigación que parecía remotamente adecuada era la contenida en la pregunta: ¿Por qué Lens Larque invertía tantos esfuerzos en Shanitra?

Jarkow lo sabría, pero Jarkow no le diría nada a Gersen. El melancólico dibujante también lo sabría. Los empleados de Jarkow, al menos los que habían trabajado en Shanitra, también lo sabrían.

Gersen, incapaz de seguir inactivo, se puso en pie. Cruzó la estancia, entreabrió la puerta, examinó el pasillo en ambas direcciones y vio que estaba desierto. Bajó a la calle. La calle Gladhorn, según el mapa, se alejaba en ángulo de la Alameda y describía una curva en dirección al nordeste.

Un taxi dobló la esquina y frenó, como invitándole a subir. Gersen continuó a pie por la Alameda y, al cabo de unos minutos, miró hacia atrás. El taxi, viejo y vulgar, sólo distinguible por una semiborrada franja blanca pintada en la carrocería, se había diluido en el tráfico. El conductor era un individuo voluminoso de cara aplastada, mediana edad y rasgos raciales poco definidos.

Gersen se las ingenió para despistar a cualquier aparato de seguimiento puesto tras su pista. Entró en una sastrería de la calle Gladhorn y compró unos pantalones de sarga gris, una camisa azul pálido, una chaqueta cruzada de color pardo y una gorra de tela negra, que se puso en el acto. Dejó sus ropas en el establecimiento y salió a la calle vestido de obrero.

La calle Gladhorn describía una curva hacia el este, flanqueada por pequeñas tiendas y locales de muy diversa naturaleza: casas de huéspedes, tabernas, restaurantes, almacenes de curiosidades, farmacias, peluquerías y oficinas de la administración pública. Gersen divisó en las afueras de la ciudad el astillero de la Corporación Jarkow, donde Jarkow almacenaba el material: transportadores, antorchas rotatorias, puentes transversales de grúas corredizas, perforadoras verticales, cojinetes de empuje, contenedores y un par de grúas móviles. Una fila de edificios bajos se levantaba a un lado. El primero estaba señalado con el letrero OFICINA DE EMPLEO. Un segundo letrero colgaba sobre la puerta: HOY NO CONTRATAMOS. Detrás había la oficina de nóminas, varios almacenes de herramientas. y después una pequeña pista de aterrizaje en la que descansaban dos vehículos privados deteriorados por la intemperie, y un pesado carguero.

Sin nada mejor que hacer, Gersen entró en la oficina de empleo. Un anciano de rostro curtido y arrugado estaba sentado tras un escritorio.

-¿Señor?

-He leído el letrero -dijo Gersen-. ¿Quiere decir que hoy no van a contratar a nadie?

-Eso creo -dijo el empleado-. Acabamos de finalizar un arduo trabajo, y no hay nada más a la vista. De hecho, hemos despedido a la mayoría de los trabajadores.

-¿Cuál es el trabajo que han finalizado?

-Una larga exploración en Shanitra.

-¿Encontraron algo?

-Amigo, aunque lo hubieran hecho, yo sería la última persona del mundo a la que se lo dirían.

Gersen dio media vuelta y salió al exterior. Reparó en un destartalado edificio que se alzaba frente a él, decorado con enormes rayos negros y blancos pintados sobre el ladrillo rojo. El techo sustentaba un gran letrero tan llamativo como el mismo edificio, una luna creciente con una chica desnuda reclinada en la concavidad. Sostenía en alto un vaso lleno de un líquido pálido que desprendía chispas eléctricas. El letrero llevaba grabada la inscripción POSADA DEL VAGABUNDO DE LASESTRELLAS.

Gersen cruzó la calle. La música de un eufonio, tocado con gusto y decisión, se oyó con más nitidez a medida que se acercaba. A lo largo de sus viajes por el Oikumene, Gersen había conocido muchas tabernas semejantes, en las que había presenciado sucesos extraños y escuchado infinidad de relatos extraordinarios, muchos de ellos ciertos.

Entró en una larga sala de techos bajos que olía fuertemente a cerveza. Una anciana de rostro enjuto, tez blanca, pelo teñido de azul y ataviada con un vestido de lentejuelas negro tocaba el eufonio en el extremo opuesto. La barra era una simple plancha de madera petrificada. Grupos de hombres y algunas mujeres estaban sentados ante mesas de madera. Un corpulento darsh ocupaba una mesa apartada, bebiendo una enorme jarra de cerveza.

Gersen se aproximó a la barra. Sobre un estante se amontonaban infinidad de jarras, cada una con su propio emblema. Gersen distinguió algunas marcas conocidas: Vergence y Compañera Auténtica, de Alphanor; *Obladense y Subterráneo Viejo,* de Copus; *Smade,* del Planeta de Smade; *Bass* Ale, *Hinano, Elefante y Anchor* Steam, de la Tierra; *Mahogany* Select, de Derdyra; *Edel frimpschen,* de Bogardus. Gersen se sintió como rodeado de viejos amigos. Para honrar la hora y el lugar pidió una botella de *Hangry's* White Ale, que encontró exquisita.

Se volvió y paseó la mirada por la sala. Ante una amplia mesa de caballete se sentaba un grupo de hombres; a juzgar por su conversación los identificó como empleados de Ingeniería Jarkow. Habían consumido gran cantidad de cerveza y hablaban a voz en grito, sin hacer el menor esfuerzo para ocultar sus opiniones.

-... le dije a Motry que si quería que yo trabajara para ese criminal tenía que devolvenne mi ayudante y también algún tipo de guardapolvo. Lo prometió, y conduje el chisme durante un mes hasta que me sa lieron callos y se me puso la nariz roja y todo eso, y luego supe que Motry le había pasado mi ayudante al viejo Twaidlander, que trabaja con ese soplete triple de miniatura dos horas al día y no se mancha ni un dedo.

-Motry es un tipo raro. Has de saber llevarle.

-Bien, ya no trabajo para Jarkow y le voy a decir un par de cosas a Motry.

-Aún sigue allá arriba, con el técnico.

-Por mí, como si revientan.

Gersen cogió una silla y se sentó a la mesa.

-Caballeros, ¿trabajan todos ustedes para Jarkow?

Un instante de silencio acogió sus palabras, mientras seis pares de ojos le escrutaban.

-Ya no. El trabajo se terminó -dijo uno, lacónico.

-Eso me dijeron en la oficina de empleo.

-Ha llegado con un año de retraso -señaló otro hombre.

-No se ha perdido gran cosa -gruñó un tercero-. Mala comida, sueldos bajos y Claude Motry de capataz.

-¡Y sin primas!

-No hay posibilidad de primas a menos que descubran un filón de arena negra -reflexionó en voz alta Gersen.

-No encontraron arena negra por la sencilla razón de que no hay. Todo el mundo lo sabe, excepto los lunáticos ricos que pagaban la nómina.

-Quizá no buscaban arena negra -insinuó Gersen.

-Quizá no, pero ¿qué otra cosa se puede buscar allí?

-Aun así -comentó otro-, nunca efectuaron las exploraciones adecuadas. Túneles superficiales, muy poco profundos. El lugar en el que esperaban descubrir la arena es muy poco profundo, pero los túneles que nos hacían cavar no lo eran. Parecía un laberinto o una red, como si buscaran algo a escasa profundidad.

-En la Sección D bajamos casi un kilómetro antes de excavar los horizontales.

Gersen pidió otra ronda, y los trabajadores le agradecieron el gesto con gran cordialidad.

Un joven que vestía pantalones de obrero, chaqueta verde y zapatos amarillos, sentado en un extremo, pronunció una sola palabra, en voz baja, sin dirigirse a nadie en particular:

-Twittle.

Uno de los trabajadores tocó con el codo a Gersen.

-Fíjese bien; fíjese en el darsh.

Gersen miró al darsh que, como antes, seguía bebiendo cerveza.

-Fit -dijo el chico de los zapatos amarillos.

El darsh estiró la mano hacia la jarra y empezó a flexionar sus fuertes dedos rojizos.

-Fat -dijo el chico.

El darsh hundió la cabeza entre los hombros, pero no levantó la vista. El joven se levantó de un salto y caminó hacia la puerta. De la calle llegó un corpulento caballero de rostro redondeado y lustroso bigote, ataviado con un elegante traje mongrel.

-Fut -dijo el chico, y salió corriendo a la calle.

El darsh se puso en pie y se precipitó hacia la puerta. El caballero trató de apartarse, pero el darsh le agarró, le tiró al suelo, descargó una patada en su orondo trasero, derramó una jarra de cerveza sobre su cabeza y sólo entonces salió a la calle con pasos indolentes.

El caballero del traje negro se reincorporó, y miró con perplejidad a un lado y a otro. Se levantó poco a poco, meneó la cabeza, aturdido, y continuó su camino.

Los trabajadores volvieron a su conversación.

-El trabajo más extraño de toda mi vida -dijo uno-. He sido minero en veintiséis asteroides y nunca desperdicié ni diez minutos en semejante bloque de piedra pómez. Toda la superficie era escoria, y así se lo dije a Motry. No me hizo caso.

-Le daba lo mismo, mientras Jarkow le pagara el sueldo.

-No era Jarkow, sino alguien que lo hacía en nombre de la Kotzash.

-¡Sea quien sea, nos ha manipulado como marionetas y ahora ya está satisfecho!

Un recién llegado se acercó a la mesa.

-¡No estés tan seguro! Hoy mismo hemos acabado de tender cables de dexax... Motry y el técnico están ensamblando los alambres. Motry dice que en cuanto estallen volveremos y excavaremos más túneles. Yo le dije: «Motry, por las nalgas de Dalila, ¿qué estamos buscando? Se me van a caer los ojos». Me miró con sarcasmo y dijo: «Cuando necesite tu consejo te lo pediré»; y yo le contesté: «Tómalo de todas maneras, Motry, ¡es gratis!»; y él me dijo: «Un consejo gratis no vale nada, y además ¿qué haces aquí dando consejos en lugar de trabajar?». «Resulta que he terminado el trabajo, Motry.» «Pues ficha y lárgate. ¡De momento no hay más trabajo!» Así que vine y me pagaron. No queda nadie allí arriba, excepto Motry, Jarkow y un par de técnicos montando una especie de equipo de radio.

Gersen les acompañó unos minutos más, y luego comprendió que los trabajadores de Jarkow no le aportarían nuevos datos sobre el proyecto Shanitra. Se despidió y regresó por el mismo camino de la ida. Recuperó sus ropas en la sastrería y paseó por la Alameda hasta el Hotel Comercial. Antes de entrar en la habitación revisó que ningún visitante inesperado le hubiera dejado una sorpresa desagradable. No descubrió nada fuera de lo normal.

Comió en el restaurante del hotel sin apetito. Habían ocurrido muchas cosas durante las últimas horas, si bien no conseguía extraer una información que le sirviera de algo.

Abandonó el restaurante y fue hacia la Alameda, mirando a ambos lados. No percibió amenaza alguna, aunque..., ¿no era ese taxi con la franja blanca en la carrocería el que se le había acercado aquella mañana? No estaba seguro. Cruzó la Alameda y se internó en el parque. Caminó por los senderos de grava durante unos diez minutos, preguntándose qué haría a continuación. Lens Larque no se hallaba lejos, tal vez en una nave espacial o en el propio Methel.

Tenía la mente fatigada; sus problemas le abrumaban y no veía forma de escapar de ellos. Guiado por un impulso, se metió en una calle adyacente y llamó a un taxi sin franja blanca en la carrocería.

-Lléveme a Llalarkno -ordenó al conductor.

Como el de la otra noche, el taxista mostró cierta resistencia.

-Es una especia de gran parque privado. A los methlen no les gustan los visitantes; de hecho, tienen vigilantes para impedir la entrada de taxis con turistas.

-No soy un turista -repuso Gersen-. Soy banquero interplanetario y hombre de gran importancia.

-Todo eso está muy bien, señor, pero los methlen no hacen tales distinciones.

Gersen le enseñó un billete de cinco UCL.

-También llevo lo suficiente para pagar la carrera.

-Como usted quiera, señor, pero si me ponen una multa la pagará usted.

-De acuerdo. Lléveme a Oldenwood, la casa de los Chanseth.

Los claros umbríos y las cañadas de Llalarkno templaron los nervios de Gersen. A la vista de las casas semiocultas, sus temores y preocupaciones se le antojaron irreales.

El taxista disminuyó la velocidad en las inmediaciones de Oldenwood.

-La residencia de los Chanseth, señor.

-Pare un momento -dijo Gersen.

El conductor obedeció a regañadientes. Gersen abrió la puerta y se apeó. Al otro lado de un seto florido y de un pino, majestuoso, el césped descendía suavemente hacia Oldenwood. Gersen divisó un grupo de jóvenes vestidos de blanco, amarillo y azul pálido. Estaban practicando un juego que recordaba al tenis o al badmintón, pero la lejanía impedía que Gersen captara los detalles.

-Vamos, señor -le apremió el chófer-. Banquero o financiero interplanetario, no les gusta que les espíen. Estos methlen están obsesionados por la intimidad.

-Diríjase a Moss Alrune -ordenó Gersen al subir.

Gersen bajó del taxi al llegar a Moss Alrune, pese a las protestas del taxista; rodeó el terreno, examinó la casa, el prado que se extendía en pendiente inclinada hasta el lago y los árboles. El único rumor que se ola era el de los insectos entre las hierbas.

Gersen volvió al taxi.

-A Twanish.

-Gracias, señor.

Gersen se apeó en el Banco Carina-Crux, donde tramitó la compra por el Banco de Cooney, mediante su filial el Banco Carina-Crux, de la propiedad conocida como Moss Alrune representada por el consejero legal de Cytherea Azel.

15

De «El aprendiz de avatar», en El pergamino *de* la *novena dimensión:*

«Hasta los mismos cielos se mostraban premonitorios en aquella fatídica mañana; una lívida claridad hacia el este, una nube de significativa forma sobre Ymmyr Marsh al oeste.

»Marmaduke se paseaba desde las primeras luces del alba por el parapeto, atisbando la horda que se concentraba en la Llanura de Maninguez. Una corriente siniestra brotaba de todas partes. Los carros de guerra avanzaban por la carretera de Shadim; las barcazas cargadas con máquinas, pantallas protectoras y horcas ocultaban el río Cham. Las multitudes hormigueaban a medio camino del Yar; sus fanales destellahan de norte a sur.

»Por fin, el Venerable Bernissus, vestido con las ropas ceremoniales, se asomó al parapeto. Levantó los brazos en un saludo de paz, pero las hordas emitieron un odioso sonido que, al surgir de todas partes, recordó el amenazador rugido de las olas azotadas por la tempestad.

»Bernissus agitó la cabeza con pena y dio unos pasos atrás. Escrutó la llanura unos segundos mientras se mesaba la barba.

»Marmaduke se adelantó respetuosamente.

»-Venerable Señor, parece que estamos los dos solos contra esta vengativa multitud.

»Bernissus pronunció Palabras:

»-Así está bien.

»Marmaduke dio un respingo a causa de la sorpresa.

»-¡Vuestra Excelencia, iluminad mi ignorancia, por favor! ¿Cómo podemos sentirnos satisfechos en estas miserables condiciones?

»Bernissus habló Palabras:

» -Todo nos será reconocido cuando llegue el momento.

»-Os agradezco la promesa -dijo Marmaduke-. A decir verdad, esta odiosa horda me crispa los nervios.

»-Felfaw no puede vencer -fueron las Palabras-, si bien has emprendido una enorme y tediosa empresa de maldad.

»-Venerable Appodex, permitidme que os enumere las víctimas de su cruel empresa. De la horda que ahora pulula en la llanura, todos son desvariantes u obláticos, a excepción de diez mil cátaros. Muchos conocen sílabas del nombre impronunciable. Allí guardan los myrmidones púrpura, allí los hypogrotes de Lissam, allí los glames, que al menos tienen la consideración de caminar de frente si bien entran en batalla con las posaderas al aire. Los cisnes de Porving se arraciman alrededor de sus magnates; nos amenazan con los estandartes en alto. Reconozco a Obus de Thraw, a Vilnisser, a Cockatrice el Rojo, a Pleighborn, a Flynch y a Sansifer de Hutt. ¡Hace apenas diez días quemaban incienso azul en los templos a lo largo y ancho de Wayvode!

»De nuevo Bernissus se adelantó con toda su majestuosidad; el viento alborotó sus ropas y su barba blanca. Alzó los brazos y emitió un grito que se propagó por la Llanura de Maninguez hasta estrellarse en el Yar, arrancando destellos como rayos de la piedra. El enemigo se amedentró, pero luego recobró el valor y los estandartes volvieron a ondear en lo alto.

»-¡Los Decretos deben ser revocados! -gritaron-. ¡Designamos a Felfaw para la Columna! ¡Bernissus, el más hipócrita de los impostores, ha de ser ejecutado!

»Bernissus habló con bondadosas Palabras:

»- No todos son malvados. En este caso, los malos arrastran a los buenos.

»-Pero las espadas de ambos son largas y afiladas -declaró Marmaduke-. Temo que estos nobles parapetos serán reducidos a escombros, y sólo nosotros dos los defenderemos. ¿Dónde están los fieles? ¿Dónde están Helgebort y los Infatigables? ¿Dónde están Nish, y Neso, y el Ratoncito? ¿Dónde están los vervils?

»-Su destino les llama por otros caminos -fueron las Palabras-. Ellos son los escogidos; ellos enseñarán y aconsejarán; ellos predicarán los Pantículos y prepararán el advenimiento del Segundo Reino. ¡Que así sea!

»-¡Bendito Bernissus! ¿Cuál será mi papel en los días venideros? »-Cada uno tiene el suyo. Me dirijo ahora al Oratorio para pergeñar una irresistible Consigna que hará flaquear el ánimo de esos pobres chacales. Por el momento, patrulla por los parapetos. Eleva bien altos los estandartes, deshazte de las escalerillas, desafía al enemigo.

»-Haré cuanto sea necesario -declaró Marmaduke con ardor-, pero apresuraos, Vuestra Santidad, el enemigo sólo espera la señal.

» -Todo irá bien.

»Bernissus descendió con el paso firme a la Cámara Sagrada.

»Se dio la señal; las legiones prorrumpieron en tremendos alaridos, y se lanzaron hacia los parapetos.

»-IBienamado Bernissus! -gritó Marmaduke en el pasadizo-. La señal ha partido de Achernar. ¡Las legiones se abalanzan sobre nosotros! Sus espadas han sido afiladas tres veces, portan lanzas, catapultas y hoces, y escaleras para subir a los parapetos. Ya he alzado los estandartes;

mis consignas han causado estragos, pero soy uno contra ochocientos mil. ¡No hay duda de que seré despiezado sin misericordia, pues cada guerrero deseará descargar su ira sobre mi solitario cuerpo! ¡Inefable, el tiempo se agota!

»Marmaduke escuchó, pero no hubo respuesta. Descendió ansiosamente por el pasadizo y gritó el Nombre sagrado, pero su voz rebotó contra los muros de los vacíos aposentos. Se internó en lo más profundo de los cimientos y, a través de una oquedad, reptó hasta desembocar en la ciénaga. Corrió como una flecha hacia el norte, y no tardó en alcanzar a Bernissus, quien, con las ropas recogidas hasta la cintura y las musculosas piernas hundidas en el lodo, avanzaba pesada pero firmemente hacia el bosque de Warram.»

Gersen salió de su habitación, bajó al vestíbulo del hotel y se asomó a una ventana para mirar a la calle. Tres taxis estaban apostados en la esquina, esperando aparentemente a los clientes. El primero, que se distinguía por un franja blanca en la carrocería, era conducido por un hombre de tez aceitunada y cara aplastada, rizos negros y lóbulos cercenados. Gersen se situó de manera que pudiera dominar la calle.

Un hombre y una mujer salieron del hotel. Se acercaron al primer taxi, pero el conductor se negó a prestarles el servicio. Probaron el segundo y después el tercero, con idénticos resultados, y finalmente pararon a un taxi que circulaba por el otro lado de la calle.

¿Tres coches en fila, cargados cada uno con un depósito de gas narcótico? «Es posible -pensó Gersen-, muy posible.»

Salió por la puerta principal y se detuvo un momento frente al hotel como si vacilara. Por el rabillo del ojo advirtió que los tres chóferes acechaban sus movimientos. Gersen no les prestó atención. Cruzó la Alameda y entró en el parque. Parapetado tras un matorral de plantas aromáticas observó a los taxis. El primero no se movió; el segundo y el tercero arrancaron y se alejaron a toda velocidad por la Alameda.

Gersen regresó a la Alameda, hasta unos cien metros del hotel. Llamó a un taxi, que no era ninguno de los que aguardaban frente al hotel.

-Al Granero Negro.

El taxi dio la vuelta, y en lugar de subir la pendiente hacia Llalarkno giró al sur, en dirección a las afueras.

El Granero Negro, un edificio circular con paredes de madera y ancho techo cónico rematado por una veleta de hierro oscuro en forma de gallo, se encontraba en medio de un campo, a unos ochocientos metros de la ciudad. Lully Inkelstaff aún no había llegado.

El sol se hundía entre las lejanas colinas; a su paso, el cielo se teñía de naranja y oro. Ése fue el momento que Lully Inkelstaff eligió para hacer acto de presencia, luciendo un vestido blanco y negro y un gran pañuelo de gasa roja que ceñía sus rizos rubios a la nuca. Saludó a Gersen con un alegre movimiento de la mano.

-Me parece que no me he retrasado mucho..., quizá algunos minutos, pero eso no es nada para mí. ¿Has entrado ya?

-Aún no. Pensé que sería mejor esperarte aquí.

-Has hecho muy bien, es tan fácil despistarse. Sucede muy a menudo, por desgracia. Y, para qué engañarnos, casi siempre soy yo la culpable. ¿Entramos? Creo que te gustará. A todo el mundo le gusta El Granero Negro, incluso a los methlen, es uno de sus antros favoritos. ¡Ya verás que bailes tan extraños! ¡Vamos! -Lully cogió a Gersen del brazo casi con afectuosa cordialidad, como si fueran viejos amigos-. Si tenemos suerte, mi mesa favorita nos estará esperando.

Pasaron a través de dos puertas metálicas hacia una sala de entrada decorada con gastados útiles de las viejas granjas. A derecha e izquierda había pesebres de los que sobresalían las cabezas de animales de granja artificiales.

Una rampa, flanqueada por dos carromatos desvencijados, conducía a la sala principal. Cientos de mesas rodeaban la pista de baile, en cuya parte trasera, reservada para la orquesta, actuaban dos músicos vestidos de animales que tocaban la tambora y el oboe.

Lully guió a Gersen hasta una mesa que él no encontró diferente de las demás, aunque Lully se acomodó con una exclamación de gozosa satisfacción.

-Pensarás que soy tonta, pero ésta es mi mesa de la buena suerte. ¡He pasado momentos tan divertidos aquí! ¡Vamos a pasar una noche deliciosa!

-Me pones nervioso -dijo Gersen-. Quizá no estaré a la altura de las circunstancias, y te hartarás de mí y de la mesa.

-Seguro que no. He decidido que nos lo vamos a pasar en grande, y que a la mesa le conviene portarse bien.

«Sin duda una chica llena de vida y decidida», pensó Gersen; él era quien debería portarse bien.

Lully, inclinando la cabeza a un lado, pareció adivinar algo de los recelos de Gersen.

-Aunque también cabe la posibilidad, por otra parte, de que la tragedia nos golpee; todo es posible. Podemos caer mientras bailamos...

-¿Bailar? -se alarmó Gersen.

Lully no dio muestras de oírle.

-... y después tendría que probar otra mesa hasta que ésta decidiera comportarse como antes. ¿Tienes hambre?

-Mucha.

-Yo también. Deja que pida yo, porque sé exactamente lo que es bueno.

-Desde luego, lo que tú quieras.

-Primero tomaremos un plato de pescado en salmuera con guarnición, luego chispas con salsa negra picante, y después costillas de cotrelo. ¿Te apetece?

-Sí.

-El chirrete es muy bueno aquí, pero tal vez prefieras cerveza...

-¿Qué es chirrete?

-Una excelente sidra de ciruela, no demasiado fuerte. A veces, la gente es lo suficientemente idiota como para intentar bailar después de beber cerveza *Granero Negro.*

-Chirrete, pues, pero en cuanto a lo de bailar...

Lully le hizo una señal a la camarera. Como los otros camareros y camareras vestía el traje de fiesta de los campesinos: una voluminosa blusa negra y verde sobre una falda azul, medias rojas y polainas negras. Lully dictó el pedido con energía, especificando cómo quería que prepararan y sirvieran cada plato. La camarera no tardó ni medio minuto en traerles una jarra de chirrete y platos de nueces, copos marinos salteados y pescado en salmuera.

-Hemos llegado pronto -observó Lully-, aún no se ha llenado. Dentro de una hora habrá tanta animación que casi no quedará sitio para bailar. Primero cenaremos y hablaremos. Cuéntame todo de ti y de los lugares que has conocido.

-No sé por dónde empezar -rió Gersen, turbado.

-Por donde quieras. Estoy muy interesada en la eidología, y no comprendo nada tus escarmáticos. Son contradictorios; ¡parecías un hombre tan singular!

-Al contrario, soy muy normal, torpe e incluso desgarbado.

-No creo ni una palabra. Por cierto. ¿has decidido establecerte en Twanish? ¡Me gustaría mucho!

Gersen sonrió y sus pensamientos le llevaron hasta Moss Alrune.

-A veces me siento tentado.

-¡Ha de ser maravilloso viajar a través de las estrellas! -suspiró Lully-. ¿Cuántos planetas has visitado?

-No lo sé con exactitud, nunca los he contado. Docenas y docenas. como mínimo.

-He oído que cada planeta es diferente, que los hombres del espacio, aunque no sepan donde están, miran al cielo, huelen el aire y pronuncian al instante el nombre del planeta. ¿Tú lo haces?

-A veces, pero me he equivocado tantas veces como lo he adivinado. Háblame de ti. ¿Tienes hermanos?

-Tres hermanos y tres hermanas. Soy la mayor y la primera que ha empezado a trabajar. Nunca he pensado en el matrimonio. Me lo paso tan bien que me parecería una vergüenza cambiar.

Las antenas sensibles de Gersen oscilaron y vibraron. Su inquietud aumentaba por momentos.

-Yo tampoco tengo la intención de casarme. Háblame de tu trabajo.

-Era agradable antes de que la Kotzash se metiera por en medio. -Lully arrugó la nariz-. Me gustaba mucho el viejo Lemuel Jarkow. El señor Swiat Jarkow se permite ciertas familiaridades.

-¿Visitan muchos darsh al señor Jarkow?

-No muchos; muy pocos, de hecho.

-¿Recuerdas si un darsh corpulento acompañaba a Ottile Panshaw?

Lully se mojó los labios y encogió los hombros.

-No. ¿Es importante?

-Creo que he visto al señor Panshaw en otro sitio, tal vez en Dar Sai.

-Es muy posible. Al principio, Kotzash era una compañía darsh. Estas preguntas son muy misteriosas. De hecho, tú también eres misterioso. No me extrañaría que fueras de la PCI. ¿Lo eres?

-Claro que no. Si lo fuera, no se lo diría a la primera chica bonita que me saliera al paso.

-Eso es cierto. Sin embargo, no pareces un simple técnico.

-Mi personalidad cambia fuera de las horas de trabajo -intentó bromear Gersen.

Lully le examinó con gran concentración.

-¿Por qué no te has casado nunca? ¿Nadie te eligió jamás? Gersen meneó la cabeza.

-No me atrevería a pedirle a nadie que compartiera la clase de vida que llevo.

-La costumbre de Twanish es que las mujeres insinúen al hombre que desean contraer matrimonio con él -indicó Lully tras un instante de reflexión-. Creo que en otros sitios es diferente.

-Sí, eso es cierto. -Gersen buscó la manera de cambiar de tema-. Veo algunos darsh cerca de la entrada. ¿Vienen al Granero Negro?

-¡Por supuesto! Se les obliga a sentarse allí, bajo el ventilador, para que su olor no ofenda a nadie. -Lully miró a los dos darsh que cruzaban la sala casi a hurtadillas-. Son unos bárbaros. Nunca bailan. sino que se encorvan sobre sus mesas tragando comida.

-¿Dónde se sientan los methlen?

-Junto a la orquesta. Suelen venir bastante disfrazados, es una tonta costumbre que tienen... Una gente extraña, siempre jugando, interpretando, presumiendo y haciendo travesuras. Debe de ser muy divertido ser rico y vivir en Llalarkno.

-Yo también lo pienso. ¿Te gustaría casarte con un methlen?

-¡Ojalá! En realidad, no me atrevería a pedírselo, son tan delicados, ¿verdad?

-Mucho.

-Tienen sus propias costumbres, por supuesto, pero carecen de auténtico ceremonial. ¿Te casarías con una chica methlen si te lo pidiera?

-Depende de la chica -respondió Gersen, distraído. Subrayó rápidamente sus anteriores afirmaciones-. Aunque, desde luego, no tengo ganas de casarme con ninguna.

Lully le reprendió con un gesto.

-Ahora tienes un buen trabajo; ya es hora de que sientes la cabeza.

-No soy de ese estilo. -Gersen, sonriente, meneó la cabeza-. Mira, allí viene la orquesta.

-Son Denzel y sus Siete Tragadalbas -explicó Lully-. Un nombre muy raro, puesto que sólo son cinco. No me gustan los espectáculos fallidos, pero éstos son muy buenos, especialmente cuando bailan de puntillas y en las cabriolas... ¿Cuáles son tus bailes favoritos?

-No sé bailar ninguno.

-¡Qué extraño! ¿Ninguno?

-Ni siquiera los lentos.

-¡Hemos de remediarlo! ¡Es simplemente vergonzoso! ¡Jamás podría pedirte en matrimonio! -Lully estalló en carcajadas-. Por otra parte, quizá me quede inválida, ¿y qué sería de mí con un marido aficionado al baile? Aquí viene nuestra cena, y no queremos pensar en el matrimonio con el estómago vacío.

La orquesta, que consistía en flatsón, flauta baja, guitarra, trompeta y timpanillo, atacó una canción y la gente empezó a bailar. La multiplicidad de sus técnicas asombró a Gersen. En la primera canción ejecutaron un complicado remolineo, puntuado por pataditas y saltitos. En la segunda corretearon atrás y adelante resbalando y saltando con las rodillas; en la tercera practicaron una serie de evoluciones que finalizaban con cuatro bailarines, con las espaldas apretadas los unos contra los otros y los brazos echados atrás, simulando que corrían sin moverse del sitio.

Gersen comentó la habilidad de los bailarines. Lully le miró con los ojos abiertos de par en par.

-¡Olvidé que no eras bailarín! Hacemos docenas de pasos. Se considera de mal gusto dar el mismo paso dos veces. ¿No te gustaría aprender una simple polca?

-Bien, en realidad, no.

-¡Kirth Gersen, eres un hombre realmente tímido! Ya es hora de que alguien se haga cargo de ti. Creo que te prescribiremos unas cuantas clases de baile, que empezarán mañana.

Gersen buscó una respuesta adecuada, pero le distrajo la llegada de un grupo de methlen. Como Lully había señalado, muchos iban vestidos de pierrot, con pompones en sus sombreros blancos y largas zapatillas con la punta doblada. Entraron en tropel alegremente y ocuparon su zona reservada.

Algunos salieron en seguida a bailar, manteniéndose apartados de los mongrels. Utilizaban una sólo variedad de pasos y bailaban en parejas, con mucho menos entusiasmo que los mongrels.

Gersen repasó el grupo, pero no reconoció a nadie. Entretanto, LuIly continuaba hablando sin cesar. Señalaba a sus conocidos, explicaba técnicas de baile, comentaba la delicadeza de las chipas y las excelencias del pescado. Gersen intentó desviar la conversación hacia la oficina de Jarkow, con escaso éxito.

Guando terminaron de cenar, con la orquesta interpretando una alegre canción y los bailarines enfrascados en sus rapidísimos pasos, Lully empezó a impacientarse. Miró a Gersen con ojos brillantes.

-¡Mañana por la noche te enseñaré este paso! Gersen negó con la cabeza.

-Es posible que no esté libre.

-¿Sales con otra chica? -preguntó Lully en tono de reproche.

-Claro que no -se burló Gersen-. Tengo una cita de negocios.

-¡Pues pasado mañana! Para empezar con buen pie prepararé un poco de cena.

-Creo que seré un mal estudiante. De hecho, padezco ataques de epilepsia, y bailar no haría más que agravarlos.

-Me tomas el pelo -se entristeció Lully-. Sales con otra mujer, no hay duda.

Gersen forzó su imaginación para buscar nuevas excusas, pero fue interrumpido por la llegada de un amigo de Lully, un joven que vestía un elegante traje de color tostado y negro.

-¿Por qué no estás bailando? -preguntó a Lully-. Es el momento álgido.

-Mi amigo no baila.

-¿Cómo? Seguro que no querrá que desperdicies la noche. Ven, van a tocar *La Estampida* de los Goliiwogs.

-¿Te importa? -preguntó Lully a Gersen.

-¡En absoluto!

Lully y su amigo salieron a la pista y se integraron con entusiasmo al baile. Gersen observó un momento sin gran interés. Su mente vagaba; se reclinó en la silla y pasó revista a sus paralizados asuntos. Dudas, indecisiones, percances por todas partes. Había perdido la iniciativa contra Lens Larque, que ahora preparaba su respuesta. El peligro era inminente. Hasta ahora había esquivado los inocentes intentos de capturarle, pero no tardarían en hacerse más directos. Si Lens Larque se impacientaba, un dardo de cristal disparado desde la acera opuesta eliminaría al instante la molestia causada por las actividades de Gersen. De momento, Lens Larque sólo aparentaba irritación y rencor; quizá aún transcurriría un día antes de que Lens Larque se pusiera a trabajar con la máxima...

La irrupción de un segundo grupo de methlen interrumpió las ensoñaciones de Gersen. Se preguntó si Jerdian habría vuelto a Llalarkno, si acaso la vería... Casi al pensar en su nombre se volvió y vio su rostro. Iba disfrazada, como sus amigos; un ceñido traje negro que la cubría de los pies hasta el cuello, con pompones azules en la parte delantera, zapatillas excéntricas y un sombrero cónico blanco rematado por un pompón azul pálido, un poco ladeado sobre sus rizos oscuros. Tenía un aspecto tan fresco, atrayente e inocentemente alegre que el corazón de Gersen dejó de latir.

Sin pensarlo dos veces se levantó y cruzó la sala. Ella volvió la cabeza y le vio; se miraron un momento sin pronunciar palabra. Jerdian vaciló, echó una rápida mirada a sus amigos, que avanzaban hacia la zona reservada, y luego fue hacia Gersen.

-¿Qué haces aquí? -susurró.

-Esperaba verte por un sólo motivo. La atrajo hacia él y la besó. Al cabo de un instante ella se apartó.

-¡Creí que no te vería nunca más!

-Me lo imaginaba -rió Gersen-. ¿Todavía me quieres?

-Sí, claro... No sé qué decirte.

-¿Eres capaz de dejar a tus amigos y venir conmigo?

-¿Ahora? Imposible. Provocaría un escándalo. -Paseó la mirada por la sala-. Mi acompañante no tardará en venirme a buscar.

-Pensará que te has ido al tocador.

-Tal vez. ¡Qué pretexto tan innoble para encontrarse con un amante secreto!

-¿Puedo verte más tarde, cuando salgas de aquí?

-Está prevista una cena a medianoche para nuestros invitados; me será imposible escapar.

-Entonces, mañana a mediodía.

-Muy bien, pero ¿dónde? No puedes venir a Oldenwood; mi padre se mostraría descortés.

-Frente a Moss Alrune, en la parte que da al lago.

-No podemos citarnos allí -se sorprendió Jerdian-. ¡Es una propiedad privada!

-Pero está vacía y nadie nos molestará.

-De acuerdo, iré. -Miró hacia atrás-. Rápido. -Se acercó a él y levantó la cara; se besaron, una, dos, tres veces. Gersen, falto de aliento y medio sonriente, la apartó-. ¡Hasta mañana a mediodía!

Jerdian se apresuró a reunirse con su grupo. Gersen, al darse la vuelta, topó con la mirada sorprendida y poco amistosa de Lully Inkelstaff, que volvía del lavabo de señoras. La joven se dirigió a la mesa que había compartido con Gersen, agarró el bolso y la capa y fue en busca de sus amigos.

-Por lo menos, me he librado de la clase de baile de mañana -se consoló Gersen.

16

Gersen pagó la cuenta y se fue de El Granero Negro. Media docena de taxis aguardaban a la entrada. El primero mostraba una franja blanca pintada en la carrocería. Gersen fingió que esperaba a alguien. ¿Cómo te habían seguido hasta El Granero Negro? ¿Llevaba encima algún tipo de rastreador, quizá un diminuto elemento que, en respuesta a un rayo explorador, emitía una señal? Al llegar al hotel se bañaría meticulosamente y se cambiaría de vestimenta.

Al llegar al hotel..., si seguía con vida. No subiría en ninguno de los taxis aparcados en hilera. Gersen paseó con el aire de un hombre preocupado. Al llegar a una zona desde la que ya no divisaba los taxis, se puso a correr hacia la carretera de Twanish.

La noche era oscura y el cielo estaba despejado de nubes. Constelaciones que Gersen desconocía brillaban en lo alto e iluminaban la carretera, una pálida cinta flanqueada por campos en tinieblas. El cuerpo de Gersen pareció recobrar vitalidad a medida que corría; su alma se dilató. Ésta era la vida para la que estaba hecho, en la que se sentía a gusto; correr de noche por un mundo extraño, con el peligro acechándole, con la convicción de encarnar la venganza. Sus quimeras y ensueños se habían desvanecido, volvía a ser el de siempre... Las copas de unos árboles se dibujaron contra el cielo. Gersen se detuvo a escuchar. A pesar del medio kilómetro que le separaba, percibió el sonido de la música que tocaban en El Granero Negro. Entonces distinguió las luces de un taxi. Gersen escudriñó el arcén opuesto a los árboles y distinguió una zanja profunda y, más allá, unos matorrales.

El taxi venía a toda velocidad y sus faros barrían la carretera. Frenó de repente, cerca de los árboles, casi al lado de Gersen, pero la atención del conductor y de los ocupantes se centraba en los árboles, y no en los matorrales que apenas ocultaban a Gersen.

-No está en la carretera -dijo el chófer en voz baja-. No puede haber ido muy lejos.

Del interior salieron tres hombres. Gersen sólo pudo ver sus siluetas a la luz de los faros delanteros.

-Está escondido en los árboles, a menos que vaya a campo traviesa -habló de nuevo el conductor.

-Ilumina los árboles con el coche -indicó uno de los pasajeros, un hombre bajo y rechoncho.

El conductor obedeció, e hizo retroceder el taxi hacia la zanja.

-Ang, ve por la derecha -ordenó el hombre bajo-. Dofty, por la izquierda. Apartaos de la luz y cogedle vivo. Es importante; el Pajáro lo quiere vivo.

Gersen abandonó los matorrales, saltó sigilosamente la zanja y se introdujo en el vehículo. Hundió su estilete bífido en la nuca del conductor, causándole la muerte al instante. Gersen apartó e! cuerpo y se sentó al volante. El hombre bajo estaba de pie en la carretera, a la izquierda del taxi. Gersen deseaba mantener una larga conversación con él.

Pasaron tres minutos. Gersen estaba sentado con su pistola en la mano, esperando. Ang y Dofty salieron de la arboleda y avanzaron hacia la luz del taxi. Ang era un joven desgarbado con una nariz ancha y larga y corta barba negra; Dofty tenía complexión atlética, ojos rasgados y cara de niño. Gersen había conocido a muchos como ellos en Más Allá, por lo general en tabernas de los bajos fondos o ejerciendo su oficio, como ahora.

El hombre bajo dio un paso adelante, impaciente.

-¿Nada?

-No está allí -dijo Ang.

Gersen esperó a que los dos se situaran frente al taxi; entonces, sin escrúpulos ni remordimientos, disparó su arma dos veces, atravesó las frentes de Ang y Dofty con proyectiles de cristal explosivo, y alcanzó al hombre bajo en el codo cuando se disponía a huir. Luego saltó del asiento del conductor.

-Soy el hombre que anda buscando.

El hombre no dijo nada, pero miró a Gersen y su rostro se contrajo de pánico.

-¿Ha visto morir de cluto alguna vez a un hombre. ¿Sí? ¿No? Puede elegir el cluto o un disparo en la cabeza. ¿Qué prefiere?

-Un disparo -susurró el hombre bajo.

-En ese caso, responda a mis preguntas. Si me hubieran capturado, ¿qué pensaban hacer conmigo?

-Atarle de pies y manos y llevarle a un cobertizo.

-¿Y después?

-Llamaría para pedir instrucciones.

-¿Quién da las instrucciones?

El hombre bajo desvió la vista. Gersen avanzó con la mano recubierta por un guante. Levantó la mano y extendió el brazo.

-¡Rápido!

-El Pájaro.

-¿Lens Larque?

-Usted lo ha dicho.

-¿Dónde está ahora?

-No lo sé. Dalas órdenes por radio.

Se veían luces procedentes de El Granero Negro. El hombre bajo se precipitó sobre Gersen, que le disparó en la frente. Devolvió el temible guante a su funda y, al volverse, las luces

revelaron la franja blanca pintada en la carrocería del taxi. Empezó a correr por la carretera en dirección a Twanish.

El taxi que venía de El Granero Negro, al ver la carretera obstruida, paró. Gersen se detuvo para mirar atrás y vio las caras aterrorizadas del chófer y de los pasajeros a la vista de los cadáveres.

Gersen se sentó a tomar un té en el Café Capricornio, que daba al Parque de la Redención y estaba situado a medio camino del Hotel Comercial y de la Torre Skohune, para evaluar los acontecimientos de la noche. Advirtió con satisfacción que se hallaba menos preocupado. La actividad había desbloqueado los canales paralizados de su mente. ¿Las cuatro muertes? Sólo lamentaba no haber extraído más información del hombre bajo. Pensó en Jerdian y experimentó una cálida excitación; pensó en Lully y rió a carcajadas... Bajo el escritorio de Lully, en la Compañía de Ingeniería Jarkow, se hallaba el aparato de grabación que había instalado poco tiempo antes. La grabadora colocada en la oficina de la Kotzash ya no le servía para nada. Le convendría mucho más intervenir las conversaciones mantenidas en el despacho de Jarkow.

Gersen contempló la Torre Skohune, que a esta hora sólo estaba iluminada por la escasa luz de las bombillas nocturnas.

Gersen terminó su té, volvió al hotel, recogió la bolsa donde transportaba su equipo, salió a la calle de nuevo y cruzó el parque en dirección a la Torre Skohune. El vestíbulo estaba desierto. Subió en ascensor hasta la tercera planta y usó su llave del despacho 308 para entrar en las oficinas de Ingeniería Jarkow.

Después de cerrar la puerta se detuvo a escuchar. Ningún ruido, ni la menor señal de presencia humana. Penetró en el cubículo de Lully, de donde arrancó el aparato de grabación. Lo mejor sería que la sonda de sonido permaneciera en la oficina de Jarkow.

Gersen instaló el micrófono bajo el escritorio de Jarkow, donde descubrió una serie de útiles que le dejaron estupefacto. Gersen recordó un viejo aforismo: «Quien cena con el diablo debe utilizar una cu chara larga». Jarkow, como colaborador de Lens Larque, había instalado varias versiones de la «cuchara larga» en los puntos donde más falta le hacían.

Gersen trabajó con rapidez y eficiencia, y en media hora montó un sistema a su entera satisfacción, con la grabadora adosada al teléfono de la Yaotzash y varios micrófonos distribuidos por la habitación. Guardó sus herramientas y se dispuso a partir, pero se detuvo bruscamente ante la oficina del dibujante. Abrió la puerta y examinó el interior, abarrotado con la parafernalia habitual: máquinas de diseño, integradores de superficie, punzones automáticos, un gabinete de modelaje. Sobre una mesa estaban esparcidas obras en proyecto, página tras página de gráficas, columnas y filas de números. Cada página llevaba una anotación: Sección lA, Sección 1B, etc., y la última página ostentaba el rótulo Sección 20F. Gersen descubrió bajo la mesa un par de objetos peculiares. El primero era una masa irregular de una sustancia cretácea, que medía unos treinta centímetros de diámetro. La superficie había sido dividida en unas cien partes, aproximadamente, cada una marcada con tinta blanca, siguiendo el mismo esquema de las páginas. El segundo objeto era una réplica del primero, de mayor tamaño, fabricado con una sustancia ligera y transparente, y dividido de manera similar en pequeñas partes. Innumerables filamentos escarlata, sin orden ni pauta, se veían bajo la superficie.

Muy extraño, pensó Gersen. Cogió el objeto y lo miró desde todos los ángulos. Muy extraño. Muy curioso... Súbitamente. Gersen estalló en carcajadas incontrolables.

¿Era posible una estupidez tan notable y magnífica? Repasó lo acontecido en los últimos meses, y cientos de fragmentos de información empezaron a encajar en un esquema coherente.

Gersen devolvió el objeto transparente a su lugar. Cogió la bolsa y abandonó las oficinas de Ingeniería Jarkow. Había logrado su propósito. Las conversaciones grabadas en la oficina de Jarkow serían muy interesantes. Gersen llegó al hotel sin problemas. La marca que había dejado en la puerta de la habitación continuaba intacta. Gersen entró, cerró la puerta con llave, se bañó y se acostó.

Gersen pasó una noche inquieta. En su mente flotaban rostros: Lens Larque (las caricaturas, los dibujos, la foto borrosa), el pobre Tintle y su esposa, Daswell Tippin, Ottile Panshaw, Bel Ruk, Lully Inkesltaff, Jerdian Chanseth...

Por la mañana, Gersen ordenó que le subieran el desayuno a la habitación, pero luego, asaltado por las dudas, no comió nada. Se vistió con esmero, bajó al vestíbulo, paseó por la Alameda, fue al café Capricornio y tomó allí el desayuno. Iba a ser un día importante. A mediodía se había citado con Jerdian en Moss Alrune. Después... Quizá un encuentro con Lens Larque. Volvió al hotel y subió a la habitación. La marca de la puerta estaba fuera de sitio. Gersen aplicó la oreja a la hoja de madera y escuchó una serie de ruidos extraños. Abrió la puerta con el más exagerado sigilo y descubrió a la sirvienta encargada de arreglar las habitaciones.

Entró y la saludó; la mujer se despidió a los pocos minutos. Gersen se precipitó de inmediato sobre el teléfono. Llamó a la oficina de la Kotzash y activó la grabadora. Escuchó las cuatro conversaciones grabadas aquella mañana. Primero, una llamada de Zerus Belsaint, de la Compañía de Seguridad Fortaleza Estelar, que deseaba hablar con el señor Jarkow.

«Lo siento -dijo Lully con voz animada-, el señor Jarkow no está.»

«¿Cuándo llegará?»

«No lo sé, señor. Quizá mañana.»

«Dígale que he llamado, por favor. Probaré mañana.»

«Muy bien, señor.»

La siguiente llamada era de Jarkow, que preguntaba por Ottile Panshaw.

«No ha venido, señor.»

«¿Cómo? -El tono de Jarkow era agresivo-. ¿Ha dejado algún mensaje?»

«¡Ni una palabra! No ha llamado nadie, excepto un tal señor Zerus Belsaint, que quiere hacerle una consulta.»

«¿El señor Zerusqué?»

«El señor Zerus Belsaint, de la Compañía de Seguridad Fortaleza Estelar. ¿Puedo comunicarle cuándo le podrá ver usted?»

«Iré esta tarde, pero no hablaré con Belsaint, tendrá que esperar. Si Panshaw llama, dígale que venga a la oficina y no le deje marchar.»

«Sí, señor.»

Gersen escuchó a continuación una conversación privada de Lully con una amiga, de la que averiguó más cosas de las que le interesaban. Lully describió sus aventuras de la noche anterior, empleando imágenes y metáforas que Gersen consideró poco halagadoras.

«... y con una chica methlen, ¿te imaginas? -La voz de Lully vibraba de cólera-. ¡No entiendo qué clase de hombre es! ¡Le dirigí una mirada capaz de fulminarle! Luego me fui con Nary. Bailamos tres series y un gran galope. ¡Pero eso no es todo! Al volver a casa nos encontramos con

un crimen, cuatro asesinatos, de hecho, un conductor de taxi y sus tres pasajeros. Estaban tirados en la carretera como perros. ¡No olvidaré nunca esta noche!»

«¿Quién es la chica methlen?»

«Esa frívola y estúpida Chanseth. Siempre está en todas partes.»

«Sí, la conozco.»

La conversación terminó y escuchó la última llamada. Era de Motry, el capataz de Jarkow.

«El señor Jarkow, por favor.»

«Aún no ha venido, llegará más tarde.»

«Acabo de bajar de Shanitra. Hemos efectuado las últimas comprobaciones. Puede comunicarlo a sus jefes. ¿Le dará el mensaje?»

«Desde luego, señor Motry.»

«¡No se olvide!»

«¡Claro que no me olvidaré! Ahora mismo dejaré una nota sobre su escritorio.»

«¡Buen sistema! ¡Muy eficiente, querida! Examinaré la oficina mañana por la mañana.»

«Muy bien, señor Motry, se lo diré al señor Jarkow. »

Después, la línea enmudeció. Gersen se reclinó en la silla y meditó. Hoy era el día. Miró por la ventana. Hacía frío, y la luz de Cora fluía desde un cielo otoñal. Los contornos de Llalarkno se difuminaban en la niebla. La ciudad, el parque, todo el paisaje parecía sumido en una serena melancolía, coherente con el estado de ánimo de Gersen. Los problemas se habían resuelto; los misterios se habían revelado de una forma tan absurda, cruel y salvaje que la mente de Gersen pugnaba por evadirse.

Gersen reflexionó sobre las conversaciones que había escuchado. Jarkow esperaba a visitantes importantes por la tarde. ¿Quiénes serían? Sus pensamientos volaron hacia Jerdian Chanseth, y le produjeron una punzada de incertidumbre. ¿Qué estaría pensando, ahora, en este mismo instante? Gersen, tan astuto, taimado y lleno de recursos, se sentía asediado por dudas y ansiedades. La recreó en su mente tal como lo había visto por primera vez, vestido verde oscuro, medias verde oscuro, rizos de cabello oscuro sobre las orejas y la frente. Ella se limitó a mirarle fugazmente con altiva indiferencia; ¡cómo habían cambiado sus relaciones! El corazón de Gersen se derritió en su interior... Consultó el reloj y descubrió que faltaba menos de una hora para la cita; ya podía emprender el camino hacia Moss Alrune.

Gersen pasó revista a los taxis que aguardaban cerca del hotel. Aunque ninguno parecía especialmente amenazador, cruzó el parque y paró a uno que pasaba por la calle. Tras la discusión habitual, el chófer se avino a conducirle sólo cuando Gersen consintió en sentarse bien echado hacia atrás, para que no le vieran desde el exterior.

En la carretera de Moss Alrune Gersen descendió y pagó; el chófer se alejó rápidamente.

Gersen retrocedió por la carretera hacia el arco de entrada. Grandes árboles de un tipo desconocido para él sobresalían sobre el muro de piedra y arrojaban una sombra moteada; el aire era sereno y silencioso. Columnas de piedra, a ambos lados del arco, sostenían los bustos de ninfas esculpidos en bronce; sus ojos le miraban sin ver.

Pasó bajo el arco y se internó en la propiedad. El sendero doblaba hacia un amplio pórtico, tras el cual el camino rodeaba la casa en dirección a los jardines, que Gersen no había explorado. Caminó entre arbustos floridos y árboles cuidadosamente atendidos, y luego llegó a un muro de

piedra bajo. Al otro lado empezaban las tierras de Oldenwood. Gersen oteó el jardín, ocupado por un par de chiquillas de pelo oscuro, cuya única vestimenta consistía en sombreros blancos decorados con flores. Vieron a Gersen y le observaron durante un momento. Dejaron de reír y se fueron corriendo a un rincón más discreto.

Gersen volvió sobre sus pasos, preguntándose si sus hijos correrían con tanta dicha por los jardines de Moss Alrune... Dio un rodeo hasta desembocar en la entrada de la casa. Jerdian estaba sentada en la escalinata y miraba con expresión pensativa el agua. Se puso en pie; él la rodeó con sus brazos y la besó. Ella consintió, sin pasión.

-¿Has hablado de mí a tu familia? -preguntó Gersen al cabo de unos minutos.

-Mi padre no te tiene en buen concepto -rió con tristeza Jerdian.

-Apenas me conoce. ¿Quieres que vaya a hablar con él?

-¡Oh, no! Se pondría furioso... No sé qué decir. He pensado en nosotros toda la noche y toda la mañana... Aún estoy confusa...

-Yo también he pensado. Hay tres posibilidades. Podemos decirnos adiós para siempre, o te vienes conmigo..., ahora, si quieres. Mañana partiremos de Methel y surcaremos el espacio.

Jerdian suspiró y meneó levemente su cabeza.

-No sabes lo que es ser un methlen. Formo parte de Llalarkno, como si hubiera crecido aquí, como un árbol. Por más que te amara, siempre me sentiría sola lejos de mi hogar.

-0 podría quedarme en Methel y residir aquí, contigo.

-¿De veras harías eso por mí? -vaciló Jerdian.

-Yo no tengo casa. Llalarkno me atrae; ¿por qué no quedarme a vivir aquí?

-No es tan sencillo -sonrió con malicia Jerdian-. Los forasteros casi nunca son bien recibidos. Somos muy exclusivistas, como ya sabrás.

-Eso ya está arreglado. Ya tenemos casa.

-¿Aquí, en Methel?

-Moss Alrune. La compré ayer.

-¡Valía un millón de UCL! -exclamó Jerdian, estupefacta-. Pensé que tú, en fin, un pobre aventurero..., ¡un hombre del espacio!

-Es lo que soy, en cierta manera, pero no pobre. Podría comprar una docena de Moss Alrunes sin el menor problema.

-Estoy confundida.

-Espero que no te tomes a mal que no sea pobre.

-No, en absoluto. Eres más misterioso que nunca. ¿Por qué arriesgaste tu vida luchando con aquel gran darsh en el hadaul?

-Porque tenía que hacerlo.

-Pero ¿por qué?

-Mañana te lo contaré todo. Hoy..., aún no ha llegado el momento.

Jerdian le miró con suspicacia.

-¿No serás un criminal, o un pirata?

-Ni siquiera soy banquero.

Jerdian miró más allá de Gersen y se puso tensa. Una voz furiosa retumbó en el silencio.

-¡Oiga, amigo! ¿Qué está haciendo aquí? ¡Jerdian! ¿Qué ocurre? -Sin esperar la respuesta, Adario Chanseth hizo una señal a dos fornidos criados-. Cojan a ese tipo y échenle a la calle.

Los criados avanzaron con cautela. Un momento después, uno yacía de bruces sobre un macizo de flores y el otro, medio inconsciente, intentaba sentarse mientras se frotaba la cara cubierta de sangre.

-Me echó de su banco, señor Chanseth -dijo Gersen-, pero esta propiedad es mía y no me gusta que me molesten.

-¿Qué significa lo de que es suya?

-Ayer compré Moss Alrune.

-No ha comprado nada de nada -rió Chanseth-. ¿Ha leído la carta fundacional de Llalarkno? ¿No? Pues se va a llevar una buena sorpresa. Llalarkno es un territorio privado, y retiene la propiedad de base a perpetuidad. Usted no compró un título, sino lo que es, de hecho, un arriendo, que debe ser refrendado por los Síndicos de Llalarkno. Yo soy uno de ellos. No quiero ver su cara de forastero asomando sobre el muro de mi jardín, mirando a mis hijos, al igual que no toleré a aquel darsh desvergonzado.

Gersen miró a Jerdian, que se retorcía las manos mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Chanseth también la miró.

-Así que era eso, ¿eh? Un drama romántico. Bien, abandona el papel y quítatelo de la cabeza. Eres una criatura caprichosa; tu imaginación te arrastra a situaciones que no puedes controlar. El drama se ha terminado, y aquí terminas tú. Ya es hora de que aprendas a comportarte. ¡Entra en casa enseguida!

-Un momento -dijo Gersen. Fue hacia Jerdian y bajó la vista hacia su rostro anegado en lágrimas-. No necesitas obedecerle. Ven conmigo..., si quieres.

-Quizá él tenga razón -dijo Jerdian en voz baja-. Soy una methlen y nunca dejaré de serlo, creo que ya es hora de que lo asuma. Adiós, Kirth Gersen.

-Adiós.

Gersen se inclinó ante ella, clavó los ojos en Adario Chanseth, imperturbable, pero no encontró palabras para expresar lo que sentía. Dio media vuelta, recorrió el sendero, pasó bajo el arco y las ninfas de bronce le contemplaron con sus ojos ciegos.

La carretera estaba vacía. Gersen caminó hacia el sur en dirección a Twanish, dejando Oldenwood a su derecha. Dirigió una única mirada al jardín. Las dos chiquillas, que se habían vestido, advirtieron su presencia y dejaron de jugar para seguirle con la vista. Gersen cruzó los tranquilos bosques, bajó por la pendiente hacia la Alameda y se instaló en el Café Capricornio. Se sentía hambriento, sediento, cansado y deprimido; se desplomó ante una mesa y comió carne y pan. Luego pidió una taza de té y contempló el parque.

El episodio había concluido. Emociones, esperanzas, propósitos sentimentales, todo desaparecido, como chispas en el viento.

El modelo, reflexionó Gersen, era el de una sencilla tragicomedia en dos actos: tensiones, conflictos, enfrentamientos en Dar Sai, un breve intermedio mientras cambiaban los decorados, y una oleada de pasión hasta alcanzar el clímax de Moss Alrune. La insensatez de Gersen había espoleado el ritmo trepidante de la representación. ¡Qué absurdo imaginarse en el bucólico

escenario de Moss Alrune, participando de las frivolidades de los methlen, a pesar de sus desenfrenados anhelos! Era Kirth Gersen, un ser obsesionado por imperativos íntimos que nunca serían satisfechos.

El drama había finalizado. Una vez resueltas las tensiones, los elementos en conflicto habían alcanzado un equilibrio con un voluntarioso esfuerzo final. Gersen dibujó una amarga sonrisa mientras bebía el té. Jerdian no sufriría mucho tiempo, ni tampoco experimentaría mucho dolor.

Gersen se levantó y fue hacia el hotel. Se bañó y adoptó la vestimenta de hombre del espacio. Conectó la grabadora y escuchó otra conversación personal de Lully con un tal Nary Balbroke, y otra llamada de Jarkow preguntando por Ottile Panshaw, con voz más perentoria que antes.

«No ha llamado, señor Jarkow.»

«Es muy extraño. ¿No está en la oficina de al lado?»

«La oficina lleva vacía todo el día, señor. »

«Muy bien, llegaré un poco tarde, he de atender asuntos importantes. Váyase a casa a la hora de siempre. Si Panshaw llama, déjeme una nota.»

«Sí, señor Jarkow.»

Gersen desconectó el comunicador. Miró su reloj; Lully estaría a punto de salir de la oficina.

Gersen hizo sus preparativos, verificándolo todo con meticulosa paciencia. Satisfecho por fin, dejó el hotel, cruzó el parque y llegó a la Torre Skohune con el tiempo justo de ver a Lully trotando por la calle hacia la Alameda. Gersen entró en el edificio, subió en ascensor a la tercera planta y fue directamente al despacho 308.

Aplicó el oído a la puerta. Ningún ruido. Metió la llave, abrió la puerta y escrutó el interior. Los despachos estaban vacíos. Entró en la sala de recepción y cerró la puerta.

Examinó la oficina de Jarkow. Vacía, como antes. Gersen se sentó en un rincón de la sala de dibujo.

Esperó. Pasó media hora. Los rayos de Cora que se filtraban por las ventanas del oeste empezaban a declinar hacia el horizonte.

Gersen se puso en tensión. Los segundos se desgranaban con latidos casi audibles.

Se cansó de estar sentado. Se situó de forma que pudiera observar la puerta exterior por la mampara de cristal y, volviendo la cabeza, el despacho de Jarkow. La situación no terminaba de complacerle. No estaba bien protegido. Cerró la puerta, se puso de rodillas y practicó un pequeño orificio con su cuchillo en la parte inferior del panel; así podría ver de soslayo el despacho de Jarkow.

Pasos en el pasillo. Gersen aguzó el oído; un hombre solo. Quienquiera que fuese el «visitante importante» de Jarkow aún no había llegado.

La puerta se abrió y Jarkow entró. Gersen, escondido tras un armario, espiaba desde un hueco en una fila de libros.

Jarkow, cargado con una pequeña maleta, entró en el despacho. Se detuvo, miró el cubículo de Lully y frunció el ceño. «Un tipo malcarado -pensó Gersen-, que el bisoñé de pelo rubio afea todavía más, pero no hay que tomárselo a la ligera:» Murmurando para sus adentros, Jarkow penetró con paso firme en su despacho. Gersen se puso de rodillas para ocultarse.

Gersen vio por una rendija que Jarkow se acercaba a su escritorio, abría la maleta y sacaba una caja negra rematada por un botón de color ámbar. Jarkow colocó la caja en el centro exacto del escritorio y se sentó en su silla. Se reclinó en ella y miró por la ventana hacia Llalarkno.

Gersen salió de su escondite y ganó el vestíbulo. Jarkow oyó un ruido, y se sobresaltó al ver que Gersen entraba en su despacho. Enarcó sus espesas cejas y entornó los ojos grisamarillentos. Se miraron fijamente un momento. Luego, Gersen avanzó tres pasos, hasta situarse casi frente al escritorio.

-Bien, ¿quién es usted? -dijo por fin Jarkow.

-Me llamo Kirth Gersen. ¿Ha oído hablar de mí?

Jarkow meneó la cabeza.

-Sé algunas cosas de usted.

-Arrebaté a Panshaw el control de la Kotzash. Le di instrucciones para suspender todas las operaciones de Shanitra. Imagino que le informó.

-Lo hizo. ¿Por qué se ha tomado tantas molestias?

-Para empezar, quería el dinero de la Kotzash. Ayer hice una transferencia de casi cinco millones de UCL a mi cuenta.

Los ojos de Jarkow se entornaron todavía más.

-En ese caso, le enviaré la factura.

-No se moleste.

Jarkow fingió no oír la observación. Cogió la caja negra del centro del escritorio y la desplazó hacia el saliente de la ventana que tenía junto a su silla.

-Al grano, ¿qué quiere de mí?

-Un rato de conversación. ¿Espera compañía?

-Tal vez.

-Nos queda tiempo para charlar. Le contaré algo acerca de mí. Nací en un lugar llamado Monte Agradable, que más tarde fue destruido por una partida de esclavistas. Formaba parte del grupo un tal Lens Larque; un ladrón, asesino y delincuente habitual. Lens Larque es darsh, y su nombre auténtico es Husse Bugold. Se convirtió en un desterrado, un rachepol, y perdió una oreja. Perdió su otra oreja hace poco, en La Sombra de Tintle, en Rath Eileann. ¿Cómo lo sé? Yo mismo se la mutilé. Es probable que la señora Tintle la empleara en el cocido de ahagaree del día siguiente.

Luces amarillas centelleaban en los ojos de Jarkow. De pronto, se puso en pie.

-Su lenguaje me ofende, puesto que yo soy Lens Larque -dijo con voz bien modulada.

-Lo sé -replicó Gersen-. He venido a matarle. Lens Larque tanteó bajo el borde del escritorio.

-Ya veremos quién mata a quién. Primero le romperé las piernas. Apretó, pero no brotó ningún chorro de energía; Gersen había desconectado previamente la instalación.

Lens Larque masculló una maldición y extrajo un arma de su bolsillo. Gersen disparó su pistola e hizo saltar el arma de la mano de Lens Larque. Éste chilló de dolor. Rodeó el escritorio y se lanzó hacia adelante. Gersen cogió una silla y la estrelló en el rostro de su enemigo. Lens Larque la apartó con un movimiento de sus musculosos brazos. Gersen le asestó una patada en el abdomen Y, cuando bajó la cabeza. le golpeó en la nuca con la palma de su mano derecha.

Retrocedió. esquivó un violento puñetazo, propinó a Lens Larque un puntapié en la rodilla, le hizo perder el equilibrio y lo arrojó al suelo; el bisoñé rubio se deslizó, y reveló el cráneo rapado y la ausencia de lóbulos.

Gersen se apoyó en el borde del escritorio y apuntó su pistola al pecho de Lens Larque.

-Está a punto de morir. Ojalá pudiera matarle una docena de veces.

-Panshaw me traicionó.

-Panshaw se ha ido. No traicionó a nadie.

-Entonces, ¿cómo me reconoció?

-Vi su cara en la otra habitación. Conozco sus planes, y por qué utilizó la Kotzash. Todo en vano.

Lens Larque tensó los músculos y trató de aferrar a Gersen, pero no pudo efectuar más que un breve y agarrotado movimiento. Levantó la vista hacia Gersen.

-¿Qué me ha hecho?

-Le he envenenado con cluto. Su nuca empieza a arder. Sus brazos y piernas ya están paralizados. Dentro de diez minutos habrá muerto. Mientras agoniza, piense en el daño que ha causado a gente inocente.

-La caja... -jadeó Lens Larque-...,démela.

-No. Me gusta frustrar sus planes. ¿Se acuerda de Monte Agradable? Allí asesinó a mi padre y a mi madre.

-Coja la caja -susurró Lens Larque-. Tire de la rejilla posterior y apriete el botón.

-No. Nunca.

Lens Larque empezó a retorcerse en el suelo a medida que sus vísceras se contraían y sufrían calambres. Gersen salió a la sala de recepción y aguardó. Pasaron diez minutos. Los ruidos continuaron. Los músculos de Lens Larque se enroscaron, contrajeron y estiraron en diferentes direcciones. Estertores agónicos le cortaban la respiración. Al cabo de nueve minutos yacía retorcido en una grotesca contorsión. A los diez minutos cesó de respirar, y un minuto más tarde había muerto.

Gersen, sentado en la silla de la recepción, tomó aire y lo liberó. Se sentía viejo, triste y cansado.

Pasó el tiempo. Gersen se levantó y volvió a la habitación que había conocido como el despacho de larkow. El crepúsculo daba paso a la noche. Shanitra, en fase de luna llena, se elevó sobre Llalarkno.

Gersen cogió la caja negra. La sostuvo un momento, la sopesó, percibió su poder. Luchó con impulsos contradictorios. Recordó el rostro severo de Adario Chanseth. Gersen rió con tristeza. Lens Larque había trabajado mucho para preparar su jugarreta más sardónica. ¿Debían desperdiciarse tantos gastos y esfuerzos, toda vez que Gersen compartía las motivaciones de Lens Larque?

-No -dijo Gersen- por supuesto que no.

Tiró de la rejilla posterior y posó el dedo sobre el botón. Apretó.

La superficie de Shanitra hizo erupción; fragmentos enormes se desperdigaron en todas direcciones con majestuosa deliberación. Una nube de polvo dio lugar a nimbos que resplandecían a la luz de Cora.

El polvo se disipó. El material desgajado adoptó nuevas configuraciones. La superficie irregular de Shanitra recordaba extraordinariamente el rostro de Lens Larque: los largos lóbulos, la cabeza rapada, la boca torcida en una mueca de alegre estupidez.

Gersen llamó por el comunicador a Oldenwood, y entró en contacto con Adario Chanseth.

-¿Quién llama? -preguntó Chanseth, escrutando la pantalla.

-Salga al jardín -dijo Gersen-. Un enorme rostro darsh se asoma sobre el muro del jardín.

Gersen cortó la comunicación. Salió de la Torre Skohune y fue al hotel, pagó la cuenta y marchó.

Un taxi le condujo al espaciopuerto. Se dirigió al Fantamic Flitterwing, subió a bordo y abandonó el planeta Methel.